LIGHLING TUCKER



LORD DE ACERO Y FUEGO

CONTENTS

LORD DE ACERO Y FUEGO
ARCO 1: LA QUE VIAJÓ
CAPÍTULO 1: El Terremoto y el Despertar
CAPÍTULO 2: El Lord de las Cenizas
CAPÍTULO 3: La Grieta y el Gato
CAPÍTULO 4: La boda de piedra.
CAPÍTULO 5: La Noche de Bodas (que no es tal)
CAPÍTULO 6: El Fantasma en la Fortaleza
CAPÍTULO 7: El Primer Desafío
CAPÍTULO 8: La Cena Incómoda
CAPÍTULO 9: El Secreto de la Cripta
CAPÍTULO 10: El Vuelo del Cuervo
Capítulo 11: La noche en que cambió todo
CAPÍTULO 12: La Promesa de una Tonta
Arco 2: La Forjadora
CAPÍTULO 13: La Dama del Castillo
CAPÍTULO 14: Las Llamas del Aprendizaje
CAPÍTULO 15: El Susurro de la Tierra
CAPÍTULO 16: El Primer Ataque
CAPÍTULO 17: El Regreso del Lord
CAPÍTULO 18: Conversaciones de Medianoche

CAPÍTULO 19: La Danza de los Halcones
CAPÍTULO 20: El Muro de Hielo
CAPÍTULO 21: Llamada a la Corte
CAPÍTULO 22: Intrigas en la Capital
CAPÍTULO 23: El Hechizo Roto
Arco 3: La que despertará
CAPÍTULO 24: El Peso de la Piedra
CAPÍTULO 25: El Guardián de la Piedra
CAPÍTULO 26: El Plan y la Promesa
CAPÍTULO 27: La Batalla de los Dos Reinos
CAPÍTULO 28: Solo tú
CAPÍTULO 29: El Precio del Poder
CAPÍTULO 30: La Corona de Piedra y Fuego
EPÍLOGO 1:
EPÍLOGO II: El Eco de la Espuma
CONTINUARÁ…
¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?
BÚSCAME
OTROS TÍTULOS
Esquema de Personajes (ACTUALIZADO)

LORD DE ACERO Y FUEGO

LIGHLING TUCKER

Copyright © 2026 Tania Castaño-Lighling Tucker

1ªedición: Abril 2026

Fotos portada: Shutterstock.
Diseño de portada: Tania-Lighling Tucker.
Maquetación: Tania-Lighling Tucker.

Queda totalmente prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados. Registrado en copyright y safecreative.

A veces la fantasía y la magia es la única salida.

ARCO 1: LA QUE VIAJÓ

CAPÍTULO 1: EL TERREMOTO Y EL DESPERTAR

La última sensación que Sofía experimentó en su vida fue el suelo moviéndose bajo sus pies.

No era un temblor cualquiera, de esos que en Madrid se sienten cada cierto tiempo y que los madrileños comentan en las oficinas durante cinco minutos antes de volver a sus cafés con leche. Esto era diferente. Era un rugido que venía de las entrañas de la tierra, un animal despertando después de siglos de sueño.

Sofía levantó la vista del plano que estaba estudiando. El edificio frente a ella, la fachada del antiguo convento que su equipo llevaba meses restaurando, parecía ondular como si estuviera hecho de agua y no de piedra centenaria.

—¡Sofía, corre! —gritó alguien a su espalda.

Pero ella no corrió. Maldita manía de arquitecta, pensaría después, o tal vez no habría después para pensar nada. En lugar de huir, sus ojos se fijaron en la grieta que se abría en la pared, en la forma en que los sillares de granito, colocados por manos del siglo XVII, comenzaban a bailar una danza imposible.

La junta de mortero no aguantará, analizó su cerebro entrenado. *El arco de medio punto va a fallar primero por la clave, luego...*

Luego el cielo se vino abajo.

O eso le pareció. En realidad, fue una piedra, una sola piedra desprendida del dintel, la que le golpeó en la sien. El dolor fue blanco, absoluto, y luego vino la oscuridad.

Lo último que escuchó, antes de que el mundo se apagara, fue el llanto de una niña. O quizás era el viento. O quizás era ella misma, intentando gritar.

El dolor seguía allí.

Eso fue lo primero que Sofía registró al emerger de la negrura. Un dolor de cabeza monumental, como si alguien le estuviera taladrando la sien derecha con un puntero láser. Intentó llevar la mano a la zona dolorida, pero su brazo pesaba como si estuviera hecho de plomo.

—¿Señora? ¿Señora, puede oírme?

La voz era femenina, joven, y hablaba con un acento extraño. Como si estuviera diciendo las palabras con cuidado, probándolas antes de soltarlas. ¿Castellano? Sí, era castellano, pero con una musicalidad antigua, como sacada de una película de época.

Sofía obligó a sus párpados a separarse. Fue como levantar dos losas de mármol.

Lo primero que vio fue un techo de madera. No el techo blanco y luminoso de una habitación de hospital, ni el cielo gris de Madrid, sino vigas oscuras, enormes, con nudos y vetas que bailaban como ríos en un mapa. Entre las vigas, yeso pintado de un color ocre cálido.

Parpadeó.

—Gracias a los dioses —suspiró la voz femenina—. Creíamos que no despertaría.

Sofía giró la cabeza y el mundo giró con ella, acompañado de una oleada de náuseas. Había una muchacha inclinada sobre ella, con un

rostro joven y redondo enmarcado por una cofia de lino blanco. Vestía un corpiño marrón sobre una camisa de color crudo, y la miraba con unos ojos tan grandes y preocupados que parecían a punto de saltársele de las órbitas.

*¿Por qué parece salida de una feria medieval? *, pensó Sofía, confusa.

—¿Dónde...? —la voz de Sofía sonó ronca, extraña. No era su voz. Era más grave, más suave, con un timbre que no reconocía—. ¿Dónde estoy?

La muchacha frunció el ceño.

—En Roca Negra, señora. En sus habitaciones. ¿No lo recuerda? El accidente con el caballo... El señor Kaelen la encontró al pie del acantilado. Lleva tres días inconsciente.

Sofía la miró fijamente. Caballo. Acantilado. Señor Kaelen. Roca Negra.

—¿Qué hospital es este? —preguntó, intentando incorporarse.

La muchacha la sujetó por los hombros con una firmeza sorprendente para su tamaño.

—¿Hospital? No, señora, está en el castillo. En la fortaleza de Roca Negra. Por favor, no se levante, el maestro Thurmond dijo que necesitaba reposo absoluto...

Sofía se dejó caer contra el colchón. Porque era un colchón, se dio cuenta ahora, no una cama de hospital. Un colchón de plumas, hundido en el centro, cubierto con sábanas de lino áspero y un edredón de lana que le picaba en la barbilla. Olía a hierbas secas y a humo de chimenea.

Miró a su alrededor con ojos de arquitecta, buscando puntos de referencia, algo que anclar su realidad a aquello que estaba viendo.

La habitación era amplia, de piedra vista, con un ventanal estrecho por el que se colaba una luz grisácea. En la pared opuesta, una chimenea de piedra labrada crepitaba con un fuego modesto. Había un armario de roble macizo, una aparador con herrajes de hierro, un candil de aceite sobre una mesilla de noche... y ninguna toma de corriente. Ningún interruptor. Ningún enchufe.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Sofía, sintiendo que el suelo se abría bajo ella de nuevo, pero esta vez metafóricamente.

—El decimoquinto día del mes de la Cosecha, señora —respondió la muchacha como si fuera lo más normal del mundo—. El señor Kaelen preguntará por usted en cuanto regrese de la patrulla. Se ha preocupado mucho, aunque no lo demuestre.

Sofía cerró los ojos.

Mes de la Cosecha. Señor Kaelen. Patrulla. Castillo.

No, no, no. Esto no estaba pasando. Ella era Sofía Navarro, treinta y dos años, arquitecta especializada en restauración de patrimonio histórico, con una vida normal en un piso normal en el barrio de Malasaña. Tenía una madre que la llamaba todos los domingos, un exnovio al que había bloqueado en WhatsApp hacía seis meses, y una colección de plantas en el balcón que probablemente se estaban muriendo de sed en ese mismo momento.

Había estado en una obra. Un terremoto. Una piedra.

—Necesito un espejo —dijo de repente.

—¿Señora?

—Un espejo. Por favor.

La muchacha dudó un momento, pero obedeció. Se levantó y fue hacia la tocador, de donde sacó un pequeño espejo de metal bruñido, sujeto por un mango de madera tallada. Se lo tendió con cautela, como si temiera que la propia imagen pudiera hacerle daño.

Sofía lo cogió con mano temblorosa y se miró.

El rostro que le devolvió el espejo no era el suyo.

Tenía los mismos ojos, sí, ese color avellana que a veces parecía verde y a veces marrón dependiendo de la luz. Pero todo lo demás era diferente. El cabello era más largo, castaño oscuro, en lugar de su corte bob rubio ceniza. Los pómulos más marcados, la nariz ligeramente respingona, la piel más pálida y salpicada de pecas que ella no recordaba tener. Y en la sien derecha, justo donde a ella le había golpeado la piedra, un moratón amoratado y feo, cosido con tres puntos de hilo negro.

—¿Señora? —la voz de la muchacha sonó preocupada—. ¿Se encuentra bien? El golpe fue muy fuerte, pero el maestro Thurmond dijo que no le quedarían marcas...

Sofía dejó el espejo boca abajo sobre el colchón.

—¿Cómo me llamo? —preguntó.

La muchacha la miró como si acabara de preguntarle si el cielo era verde.

—Señora, es usted lady Elara. Lady Elara de Monteverde. ¿No lo recuerda?

—Elara —repitió Sofía, saboreando el nombre—. ¿Y tú?

—Soy Lina, señora. Su doncella. Llevo con usted desde que llegó a Roca Negra, hace una semana.

Una semana. Según Lina, lady Elara llevaba una semana en ese castillo. Y tres días inconsciente por un accidente de caballo. Un accidente que probablemente había matado a la auténtica Elara, dejando el hueco para que ella, Sofía, ocupara su lugar.

La palabra resonó en su mente con ecos de novelas que había leído, series que había visto, foros de internet que había frecuentado

en sus épocas de ocio. Transmigración. Isekai. Reencarnación en otro mundo.

No podía ser. Eso era cosa de ficción, de entretenimiento, de gente que se evadía de la realidad. No le pasaba a una arquitecta de treinta y dos años con una hipoteca que pagar y una madre que la esperaba para comer el domingo.

—Necesito... necesito pensar —dijo Sofía—. ¿Puedes dejarme sola un momento?

Lina dudó.

—El maestro Thurmond dijo que no debía quedarse sola, que el golpe...

—Solo un momento —insistió Sofía, y algo en su tono, quizás el mismo que usaba con los obreros que no seguían los planos, hizo que la muchacha asintiera y se retirara hacia la puerta.

—Estaré al otro lado, señora. Si necesita algo, solo tiene que llamar.

La puerta se cerró con un golpe sordo de madera maciza.

Sofía se quedó mirando el techo de vigas, respirando hondo, intentando controlar el pánico que le crecía en el pecho como una marea negra.

Piensa, se ordenó a sí misma. *Eres una puta arquitecta. Resuelves problemas. Analizas estructuras. Esto es solo otro problema. *

Se incorporó con cuidado, esta vez haciendo caso omiso del martilleo en su sien. Las piernas le temblaron al apoyarlas en el suelo, y se dio cuenta de que vestía un camisón de lino hasta los tobillos, bordado en el cuello con un hilo desvaído.

Apoyándose en los muebles, logró llegar al ventanal.

La vista que se desplegó ante sus ojos la dejó sin aliento.

El castillo estaba construido sobre un acantilado. Abajo, a una altura que le hizo retroceder instintivamente, el mar golpeaba contra las rocas en explosiones de espuma blanca. Hacia el interior, se extendía un paisaje de colinas escarpadas, cubiertas de un verde oscuro y salpicadas de afloramientos rocosos. En la distancia, montañas de picos nevados arañaban un cielo plomizo.

No había coches. No había carreteras asfaltadas. No había tendidos eléctricos. No había antenas de telefonía.

Solo naturaleza. Y un castillo de piedra. Y ella, atrapada en el cuerpo de una lady llamada Elara.

Sofía se aferró al marco de piedra de la ventana, sintiendo la frialdad del material bajo sus dedos. Y entonces ocurrió algo extraño.

La piedra *habló*.

No con palabras, no exactamente. Fue más como una sensación, un eco, un recuerdo que no era suyo. Por un instante, vio —o sintió, o supo— el momento en que aquellos sillares habían sido colocados, hacía siglos. Hombres con túnicas rudas, grúas de madera, canciones en una lengua antigua. Y luego, capas y capas de historia superpuestas: un incendio, un asedio, risas en un gran salón, lágrimas en una habitación como aquella, el peso de los años, de las generaciones, de las vidas vividas entre aquellos muros.

Sofía apartó las manos de la ventana como si se hubiera quemado.

—¿Qué coño ha sido eso? —susurró.

Su corazón latía desbocado. Se miró las palmas de las manos, esperando encontrar algo, una marca, una quemadura, cualquier cosa. Pero estaban igual que siempre. Bueno, no igual que siempre: eran más suaves, con menos callos, con uñas más cuidadas. Las

manos de una lady, no las de una arquitecta que pasaba la mitad del día en obras.

Un golpe en la puerta la hizo girar en redondo.

—¿Señora? —era Lina otra vez—. El señor Kaelen ha regresado. Pregunta por usted.

Sofía tragó saliva. El señor Kaelen. El hombre con el que la auténtica Elara estaba casada, según había deducido de las palabras de Lina. Su esposo. Un completo desconocido.

—Dile... dile que no me encuentro bien —dijo, odiando el temblor de su voz.

Hubo un silencio al otro lado de la puerta.

—Señora, el señor Kaelen no es... No es alguien a quien se pueda decir que no. Es el Lord de esta fortaleza. Y usted es su esposa.

Su esposa.

La palabra le golpeó como un mazazo. No solo había transmigrado a otro mundo, sino que había transmigrado a un matrimonio concertado con un señor feudal al que sus sirvientes parecían temer.

—Está bien —dijo, enderezando la espalda, buscando en el fondo de su ser la misma determinación que usaba para enfrentarse a promotores inmobiliarios con ínfulas—. Dile que pasaré a verle en cuando esté decente.

Otro silencio.

—Señora... Usted ya está decente. Y él está al otro lado de la puerta.

Fantástico. En el mejor momento.

Sofía sintió que el suelo se abría bajo sus pies por segunda vez en menos de una hora.

La puerta se abrió.

El hombre que entró en la habitación era exactamente lo que Sofía imaginaría si alguien le pidiera que dibujara a un señor de la guerra de fantasía. Alto, muy alto, con una presencia que llenaba el espacio y hacía que el aire pareciera más denso. Vestía una túnica de cuero negro sobre una cota de malla que tintineaba suavemente con cada movimiento. En el cinto, una espada larga, y en la cara, unas cicatrices que surcaban su mejilla izquierda como el mapa de un río seco.

Pero lo que más le impactó no fue su tamaño ni sus armas. Fueron sus ojos. Grises, del color del acero recién forjado, y tan fríos como el viento que entraba por la ventana. La miraron a ella con una mezcla de evaluación y desprecio, como quien examina un mueble que ha heredado y no sabe muy bien dónde colocar.

Era malditamente sexy, como un dios oscuro capaz de llevarse su alma, y sus bragas, con una sola palabra.

—Veo que has despertado —dijo. Su voz era grave, raspada, como piedras frotándose—. Una lástima. Me habían dicho que los caballos de Monteverde eran nobles. El tuyo debió pensar lo contrario al arrojarte por un acantilado.

Sofía parpadeó. No era exactamente el saludo cálido que esperaría de un esposo preocupado.

*¿Será bastardo? *, pensó Sofía.

—Supongo que las presentaciones no van a ser lo nuestro —dijo antes de poder morderse la lengua.

El hombre —Kaelen, recordó su nombre— enarcó una ceja. La cicatriz de su mejilla se tensó con el gesto.

—¿Presentaciones? Llevas una semana en mi casa y tres días ocupando mi cama. Creo que las presentaciones están un poco pasadas de moda.

Su cama.

Ese hombre era la cúspide de la hospitalidad y la alegría.

Sofía miró el colchón en el que había estado tumbada y sintió un calor incómodo subirle por las mejillas.

—Me refiero a que... Bueno, no sé muy bien qué se supone que debo decir. Me he despertado hace una hora en un lugar que no conozco, con una criada que me llama lady Elara y un dolor de cabeza que no me deja pensar con claridad. Así que perdona si no estoy para cortesías.

Kaelen la estudió durante un largo momento. Su expresión era ilegible, como tallada en la misma piedra del castillo.

—Eres diferente —dijo al fin.

Menudo genio, pensó.

—¿Diferente?

—La Elara que llegó aquí hace una semana no hablaba así. Se sonrojaba cuando yo entraba en una habitación. Tartamudeaba. Miraba al suelo.

El corazón de Sofía dio un vuelco. Mierda. Mierda, mierda, mierda. La auténtica Elara había sido una sumisa tímida. Y ella acababa de soltarle un discurso digno de una clase de oratoria.

—El golpe —improvisó—. Dicen que los golpes en la cabeza pueden cambiar a las personas.

Kaelen dio un paso adelante. Solo uno, pero pareció acortar la distancia entre ellos más de lo razonable. Sofía tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no retroceder.

—No me gustan los cambios que no entiendo —dijo, bajando la voz—. No me gustan las mentiras. Y no me gusta que en mi propia fortaleza haya cosas que no puedo controlar.

—No te estoy mintiendo.

—¿No?

La miró fijamente a los ojos. Sofía sostuvo su mirada, aunque por dentro se estuviera meando de miedo. Había algo en aquellos ojos grises que parecía capaz de atravesar capas y capas de mentiras, de llegar directamente al núcleo de la verdad.

—No —repitió, con más firmeza de la que sentía.

Pasaron cinco segundos. Diez. Quince.

—Bien —dijo Kaelen, dando media vuelta—. Que el maestro Thurmond te examine esta tarde. Mañana hay una reunión con los capitanes. Asistirás.

—¿Yo? ¿Por qué?

Se detuvo en la puerta sin volverse.

—Porque eres mi esposa. Porque el rey ha muerto. Y porque, te guste o no, lady Elara, esto es una guerra. Y en la guerra, hasta las piezas más pequeñas tienen un lugar en el tablero.

Salió sin esperar respuesta, dejando la puerta abierta y a Sofía temblando junto a la ventana.

Lina entró al momento, con los ojos como platos.

—¿Señora? ¿Se encuentra bien? El señor Kaelen nunca habla tanto con nadie.

Pues no se sentía afortunada precisamente.

Sofía se dejó caer en el borde de la cama, de repente agotada.

—Estoy... estoy bien, Lina. Solo necesito un momento.

Pero no estaba bien. No estaba bien en absoluto.

Había muerto en Madrid y había despertado en el cuerpo de una lady en un castillo de fantasía. Tenía un marido que la miraba como si fuera un insecto bajo un cristal. Alguien llamado "el rey" había muerto, y eso significaba guerra. Y para rematarlo, las piedras de aquel lugar parecían tener memoria y se la transmitían a ella como si fuera una antena parapsicológica.

Se llevó las manos a la cara y respiró hondo.

*Vale, Sofía. Esto es un problema. Un puto problema enorme. Pero los problemas se solucionan. Paso a paso. Día a día. *

Se levantó y volvió a la ventana. Esta vez, cuando apoyó las manos en el alféizar, se preparó para la sensación. Y vino, sí, pero más suave, como un eco lejano, como si la piedra la reconociera y la aceptara.

Bienvenida, parecía decirle. *Bienvenida a casa. *

Sofía apartó las manos y se las frotó en el camisón.

—No quiero tu puta bienvenida —murmuró—. Soy una arquitecta de Madrid y quiero volver a mi piso de Malasaña.

Pero en el fondo, muy en el fondo, sabía que no iba a ser tan fácil.

Al otro lado del pasillo, Kaelen se detuvo un momento, apoyando una mano en la pared de piedra. Frunció el ceño, confuso por algo que no lograba identificar.

Algo en esa mujer había cambiado. Algo en sus ojos, en su forma de hablar, en su manera de sostenerle la mirada.

Y no sabía si eso era bueno o era la amenaza más peligrosa que había entrado en su fortaleza en años.

CAPÍTULO 2: EL LORD DE LAS CENIZAS

Las siguientes horas fueron un torbellino de información absurda y revelaciones inquietantes.

Mientras Lina la ayudaba a vestir —y Sofía descubría que ponerse un corpiño del siglo XIV sin la ayuda de YouTube era una experiencia cercana al castigo medieval—, la muchacha parloteaba sin cesar, soltando datos sobre la vida de lady Elara como quien suelta migas de pan en un bosque.

—...y el señor Kaelen conquistó esta fortaleza hace cinco años, después de la Rebelión del Norte. Dicen que mató él solo a veinte hombres en la batalla de Valle Frío, por eso le llaman el Carnicero de las Montañas Negras, aunque a él no le gusta que le llamen así, claro, y...

—Espera, espera —la interrumpió Sofía, levantando una mano—. ¿Carnicero?

Lina asintió con toda naturalidad, mientras ajustaba las lazadas del corpiño con una destreza que sugería años de práctica.

—Sí, señora. Pero no se preocupe, nunca le ha hecho daño a una mujer. Que se sepa, al menos. Aunque con esos ojos... usted ya los ha visto, ¿verdad? Parece que le estuvieran midiendo a uno para el ataúd.

Sofía recordó la mirada de Kaelen y no pudo evitar un escalofrío. Sí, aquellos ojos grises tenían algo de funerario.

—¿Y por qué se casó con él? Quiero decir, ¿por qué quise casarme con él?

Lina frunció el ceño. Parecía haber dado por hecho que lady Elara tenía lagunas mentales, aunque no sabía que más que lagunas era un océano.

—Usted no se casó con él porque quisiera, señora. Fue su padre, el conde de Monteverde, quien concertó la alianza. El señor Kaelen necesitaba un enlace con una casa del sur para asegurar el apoyo del rey y su padre necesitaba un guerrero que protegiera sus tierras de las incursiones del este. Cosas de nobles, vamos.

Por supuesto, vendida como una vaca.

—Ah. Un matrimonio de conveniencia. Claro. ¿Y cómo era la relación entre... entre nosotros antes del accidente?

Lina dudó. Fue una duda brevísima, pero Sofía, entrenada en detectar mentiras en las juntas de obra, la captó al vuelo.

—Buena, señora. Normal. Lo normal en estos casos.

En otras palabras: inexistente. Sofía supo que no estaba teniendo una gran relación con su recién descubierto esposo.

—Lina.

—¿Señora?

—Sabes que no me gusta que me llames así, pero llevas conmigo una semana. ¿Cómo era realmente la relación?

La muchacha suspiró y bajó la voz, como si temiera que las paredes tuvieran oídos. A Sofía no le habría extrañado, después de la experiencia con la piedra.

—Usted le tenía miedo, señora. Mucho miedo. Se escondía en sus habitaciones cuando él estaba en el castillo. Una vez le oí llorar después de cenar con él. Y él... bueno, él la miraba como si fuera un

mueble. Un mueble que había que mantener, pero al que no había que dirigir la palabra.

Genial. La auténtica Elara era una esposa aterrorizada que lloraba después de cenar. Y ella acababa de soltarle a Kaelen un discurso digno de una feminista del siglo XXI.

Estaba siendo todo lo contraria a la Elara real.

—¿Y él? ¿Cómo se comportaba con ella? Quiero decir, ¿era cruel, me maltrataba? —preguntó recordando que debía hablar de Elara como si fuera ella misma.

Dio gracias al cielo de no llamarse Rigoberta o cosas así, Elara era un nombre bonito.

—¡Oh, no, señora! —Lina pareció horrorizada por la mera sugerencia—. El señor Kaelen no es cruel. Es... frío. Distante. Como una montaña. Las montañas no son crueles, solo están ahí, impasibles. Pero tampoco abrazan, ¿entiende?

Sofía entendía perfectamente.

Con corpiño finalmente ajustado —y después de que Sofía comprobara, aliviada, que podía respirar, aunque fuera de manera superficial—, Lina la llevó a ver al maestro Thurmond.

El camino hasta sus dependencias fue un laberinto de pasadizos de piedra, escaleras de caracol y estancias que Sofía registraba con ojo profesional. Los historiadores de su época matarían por estar allí y ella solo quería irse.

Miró una ventana y una pregunta le vino a la mente, ¿si se tiraba volvería a casa o moriría de verdad?

Decidió dejar esa investigación para más adelante y centrarse en el castillo.

El castillo era impresionante desde el punto de vista arquitectónico. Construido en diferentes fases, como delataban los

cambios en el aparejo de los muros y el estilo de los arcos, combinaba la funcionalidad militar con una cierta rudeza estética. No había concesiones a la belleza: todo era ángulo, piedra y propósito defensivo.

Pero también había algo más. Algo que Sofía no podía explicar con su formación académica.

Cada vez que rozaba una pared con la mano, cada vez que sus pies descalzos —Lina le había puesto unas medias de lana y unos zapatos de cuero blando— pisaban un suelo de losas, sentía ecos. Recuerdos que no eran suyos. Como si la piedra del castillo fuera una esponja que hubiera absorbido siglos de vida y ahora, al contacto con ella, los estuviera soltando.

Un niño llorando. El choque de espadas. Risas en una cocina. El gemido de un herido.

—¿Señora? ¿Se encuentra bien? —preguntó Lina, notando su expresión.

—Sí, sí —mintió Sofía, apartando la mano de la pared como si quemara—. Sigo un poco mareada, nada más.

El maestro Thurmond resultó ser un hombre anciano, con una barba blanca que le llegaba al pecho y unas gafas de metal apoyadas en la nariz que parecían más un adorno que una ayuda óptica. Sus ojos, sin embargo, eran agudos, y cuando miró a Sofía, ella tuvo la incómoda sensación de que estaba viendo algo más que una paciente con un golpe en la cabeza.

—Siéntese, siéntese —dijo, señalando un taburete junto a una mesa llena de frascos de vidrio y hierbas secas—. Voy a examinar esas costuras de su sien.

Mientras Thurmond manipulaba su herida con manos sorprendentemente firmes para su edad, Sofía aprovechó para observar la habitación. Libros. Muchos libros. Apilados en estantes que amenazaban con derrumbarse bajo su peso, amontonados en

rincones, abiertos sobre la mesa. En un mundo sin imprenta, pensó, aquellos tomos manuscritos valdrían una fortuna.

—El corte cicatriza bien —dictaminó Thurmond—. La inflamación ha bajado. Puede dar gracias a los dioses de que no hubiera infección. Con lo sucio que estaba ese acantilado...

—Gracias —dijo Sofía—. ¿Y el resto? La memoria, los mareos...

—Normales después de un golpe así. El cerebro es un órgano delicado. Necesita tiempo.

Sí y un esquema o resumen de la vida de Elara para dejar de seguir metiendo la pata de esa forma.

—¿Y las... visiones?

La palabra se le escapó antes de poder morderla. Thurmond enarcó una ceja, y sus ojos se volvieron todavía más agudos.

—¿Visiones?

Me acabo de cubrir de gloria, pensó.

Sofía dudó. Pero algo en la mirada del anciano le dijo que podía confiar en él. O tal vez era la desesperación de no tener a nadie más a quien contarle lo que le estaba pasando.

—Cuando toco la piedra —susurró—, siento cosas. Recuerdos. Como si el castillo me contara su historia.

Thurmond se quedó muy quieto. Durante un largo momento, Sofía temió haber metido la pata, haber confesado algo que la llevaría directamente a la hoguera.

—¿Cuánto tiempo lleva sintiendo eso? —preguntó al fin, con una voz extrañamente calmada.

Mayday, mayday, retrocede, pensó.

Trató de buscar una excusa, pero era lamentable mintiendo. De niña su madre siempre la pillaba por lo mismo. Así que, decidió ser sincera y que ese hombre la creyese o la tirase por la ventana llamándola bruja.

—Desde que desperté. Antes de que usted me viera. Toqué la ventana de mi habitación y... fue como si mil años de historia me atravesaran.

El anciano asintió lentamente. Luego, para sorpresa de Sofía, esbozó una sonrisa.

—Interesante. Muy interesante.

Sofía se sorprendió.

¿Interesante?
¿Y ya está? No sé, ella había esperado algo… una reacción y no un simpe "interesante". Curiosamente se sintió escupida en la cara sin tener muy claro el motivo.

—¿Sabe lo que es la magia elemental, lady Elara?

Su voz la sacó de sus pensamientos.

—¿Magia? ¿Como en los cuentos?

—No como en los cuentos. Como en la realidad. En este mundo, la magia existe. Hay cinco órdenes: fuego, agua, aire, tierra y espíritu. Quienes nacen con el don pueden sentir su elemento, comunicarse con él, dominarlo.

Sofía parpadeó.

Claro que sí. Magia. Lo que le faltaba. No era buena ni en regar las pobres plantas de su madre cuando se iba de vacaciones… Añadir magia a sus torpes manos no iba a ser una grandísima herida.

—¿Y usted cree que yo...?

—Lo que usted describe —la interrumpió Thurmond—, sentir la memoria de la piedra, es un don extremadamente raro. La magia de tierra, en su manifestación más pura. Los últimos registros de alguien con esa habilidad datan de hace trescientos años.

—Pero yo no soy de este mundo —soltó Sofía, y se arrepintió al instante.

¿Por qué? Maldita sea mi capacidad de mentir lloró en su mente.

Pero, para su sorpresa, Thurmond no se inmutó.

—Ya lo sé —declaró suavemente.

Sofía dejó salir todo el aire de sus pulmones como si acabasen de golpearle justo en el centro del pecho. Abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua, su mente luchaba por comprender las palabras de ese hombre.

—¿Cómo?

Fantástico, no tenía una gran elocuencia con sus palabras. Seguramente ese hombre, alabado sea, pensaba que estaba loca.

—Porque la verdadera lady Elara de Monteverde vino a verme el primer día que llegó al castillo. Estaba aterrorizada. Me contó que su padre la había obligado a casarse con el Carnicero, que prefería morir antes que compartir lecho con él, y me preguntó si tenía algún brebaje que la ayudara a soportarlo. Usted, en cambio, se ha sentado en ese taburete con la espalda recta, me ha mirado a los ojos sin pestañear y me ha hablado de visiones como quien habla del tiempo.

Sofía abrió la boca para decir algo, pero no le salió nada. Solo parpadeó.

¿Cómo podía tomarse la noticia con tantísima calma?

—No se preocupe —dijo Thurmond, volviendo a su mesa y empezando a revolver entre sus frascos—. Su secreto está a salvo conmigo. Llevo sesenta años en este castillo y he visto cosas mucho más extrañas que una transmigrante con poderes de tierra. Lo que me preocupa es otra cosa.

Fantástico. Ese hombre lo había visto todo.

—¿El qué? —preguntó torpemente.

Estaba claro que su mente seguía aturdida.

—El hecho de que haya desarrollado esos poderes justo ahora, justo aquí. La magia no funciona así. O se nace con ella o no se tiene. Usted no nació con ella. Usted vino de otro mundo y, sin embargo, puede sentir la piedra. Eso significa que alguien o algo la trajo aquí por una razón.

La palabra resonó en la mente de Sofía con ecos siniestros.

—¿Una razón?

—Los dioses —Thurmond se encogió de hombros—. El destino. Una profecía. Quién sabe. Pero en mi experiencia, las cosas no pasan porque sí. Y menos en los tiempos que corren.

Wow, wow, wow, wow, espera, ahora los dioses también estaban incluidos…

Seguro que estaba alucinando, eso no podía ser real.

—¿Qué tiempos? —preguntó sin darse cuenta, solo necesitaba saber más y más.

El anciano la miró por encima de sus gafas.

—El rey ha muerto. El hermano del rey, Lord Caspian, lleva años codiciando el trono. Y Kaelen, su marido, es el único que puede oponérsele militarmente. Si Caspian declara la guerra —y lo hará—,

Roca Negra será el primer objetivo. Y usted, como esposa del Lord, será una pieza clave en ese tablero.

Sofía recordó las palabras de Kaelen. *Esto es una guerra. Y en la guerra, hasta las piezas más pequeñas tienen un lugar en el tablero. *

—¿Qué clase de pieza? —preguntó.

—No lo sé. Pero le aconsejo que aprenda a controlar ese don cuanto antes. En una guerra, todo puede ser un arma. Incluso una arquitecta de otro mundo con poderes de piedra.

Sus palabras la helaron al instante.

—¿Cómo lo sabe? Lo de arquitecta —preguntó en shock.

El hombre se limitó a sonreír.

—Como le he dicho, lady Elara, aquí hay magia. Algunos tenemos trucos bajo la manga, pero no se preocupe, no se lo contaré a nadie.

Sofía no pudo hacer más que verlo levantarse y caminar tranquilamente hacia la puerta. Saliendo de la habitación como si no acabase de estallar una bomba mental en la cabeza de ella.

Este mundo estaba loco.

La reunión con los capitanes resultó ser exactamente tan incómoda como Sofía había imaginado.

El salón del trono —bueno, no exactamente un trono, sino una sala con una gran mesa de roble y un sillón de madera tallada en el centro— estaba lleno de hombres armados que la miraron entrar con expresiones que iban desde el escepticismo hasta la abierta hostilidad.

Encantadores, pensó.

Kaelen ocupaba el sillón principal.

Y sí, seguía siendo condenadamente guapo. De este atractivo que resultaba hasta ofensivo, nadie podía ser tan atractivo sin vender tu alma al demonio. Esa simetría facial, esos músculos, esos hombros… Y las manos…

Se obligó a volver a la realidad.

A su alrededor, había media docena de capitanes con armaduras gastadas y caras curtidas por el viento del norte discutían a voces sobre algo que Sofía no logró captar al principio.

—...no podemos permitirnos una guerra en dos frentes —decía un hombre pelirrojo con una cicatriz que le partía la ceja—. Si Caspian ataca desde el sur y los bárbaros aprovechan para cruzar el paso del norte, estamos muertos.

—Los bárbaros no se moverán —respondió otro, más joven, con una energía nerviosa—. Llevan dos años tranquilos. El tratado de caza...

—El tratado de caza vale lo que vale el pergamino en el que está escrito —gruñó un tercero, un gigante calvo con una barba trenzada —. En cuanto huelan sangre, cruzarán.

—Silencio.

La voz de Kaelen no fue un grito. Fue un susurro grave que, sin embargo, atravesó el ruido como un cuchillo caliente a través de la mantequilla. Todos callaron al instante.

Él levantó la vista y la clavó en Sofía, que seguía en la entrada, sin saber muy bien si debía avanzar o salir huyendo.

—Acércate.

No era una invitación. Era una orden.

Una parte de Sofía se sintió tentada a desobedecer y lanzarle lo primero que tuviese a mano, pero por suerte, su lado más sensato, la obligó a seguirle el juego a ese hombre.

Así pues, obedeció, sintiendo las miradas de los capitanes sobre ella como insectos caminándole por la piel.

Llegó hasta la mesa y se detuvo, a unos pasos de Kaelen. Nadie le ofreció una silla. Nadie dijo nada.

—Esta es mi esposa —dijo Kaelen, sin mirar a los capitanes, sin apartar sus ojos grises de ella—. Lady Elara de Monteverde. A partir de ahora, asistirá a todas las reuniones del consejo. Tendrá voz y voto en las decisiones que afecten a la fortaleza.

*¿Voto ha dicho? ¿Este hombre fuma hierba o algo? *

El silencio que siguió fue tan denso que podrías haberlo cortado con una de las espadas que colgaban de las paredes. No los culpó, ella también lo estaba procesando.

El pelirrojo de la ceja partida fue el primero en reaccionar.

—¿Voto? ¿Una mujer? ¿En un consejo de guerra?

Y ahí estaba la reacción que Sofía esperaba.

—¿Tiene algún problema con mi mujer, capitán Dain?

La voz de Kaelen seguía siendo calmada, pero algo en ella hizo que el tal Dain palideciera ligeramente.

—No, mi lord. Ninguno. Solo me pregunto qué experiencia militar puede aportar alguien que hasta hace una semana se desmayaba al ver una espada.

Sofía sintió que todas las miradas se volvían hacia ella. El momento de la verdad. O se ganaba un respeto mínimo o pasaría el resto de su estancia en aquel castillo —que podía ser corta, si había guerra— siendo invisible.

Inspiró hondo. Luego, sin pensar demasiado, soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—En mi mundo —dijo y se corrigió de inmediato—, en mi ciudad, quiero decir, estudiaba edificios como este. Cómo se construyen, cómo se defienden, cómo se caen.

Dain enarcó la ceja buena.

—¿Edificios? ¿Es albañil?

Ese hombre iba a masticar su puño tarde o temprano.

—Arquitecta. Es como un albañil, pero con estudios y mejor sueldo.

Alguien soltó una risa ahogada. El joven nervioso, para ser exactos. Kaelen no se movió, pero Sofía juraría que sus ojos brillaron un instante con algo parecido al interés.

—¿Y qué puede enseñarnos un alba... una arquitecta sobre defensas? —preguntó el gigante calvo.

Sofía se volvió hacia la mesa, donde había un mapa rudimentario de la fortaleza y sus alrededores. Sin pedir permiso —las cosas se piden, pensó, pero en este mundo parece que no—, se acercó y señaló el dibujo.

—Este es el castillo, ¿no? Roca Negra. Aquí el acantilado, aquí el camino de acceso, aquí las murallas.

—Eso ya lo sabemos —gruñó Dain.

Sofía sentía unas ganas terribles de estrangular a ese hombre. Aunque era guapo, había que reconocerlo, pero no lo suficiente como para perdonar lo estúpido que era.

—¿Y saben también que la torre del homenaje está construida sobre un terreno inestable? ¿Y que el muro oeste, el que da al mar, tiene una grieta de dos dedos de ancho en la base que, si no se repara, hará que se derrumbe con el próximo temporal? ¿Y que la puerta principal, aunque parece robusta, tiene los goznes desgastados y cedería bajo diez impactos de ariete bien dirigidos?

Silencio.

Sofía se dio cuenta de que estaba temblando. No de miedo, sino de la misma adrenalina que sentía cuando defendía un proyecto ante un cliente hostil. Había soltado todo aquello sin pensar, basándose en las observaciones que había hecho durante el camino hasta las dependencias de Thurmond, en los ecos que las piedras le habían susurrado al pasar.

El gigante calvo la miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo sabe eso de la torre?

—Lo he visto —mintió descaradamente porque lo que le enseñaba la piedra no era ver precisamente—. Cuando he venido hacia aquí. La grieta en la base es evidente si sabes dónde mirar. Y lo de los goznes... bueno, chirrían como un condenado cada vez que alguien abre la puerta. No hace falta ser un genio.

Kaelen se levantó.

Fue un movimiento lento, pausado, pero todos los capitanes dieron un paso atrás instintivamente. El hombre medía más de metro noventa y cuando se ponía de pie, parecía ocupar la mitad de la sala.

Había una parte de Sofía que se derretía sin poderlo evitar cada vez que lo miraba.

—Dain —dijo—. Ve a comprobarlo.

—¿Mi lord?

—La torre. Los goznes. Ve a comprobarlo ahora.

Dain dudó un momento, luego asintió y salió de la sala con paso rápido. El resto de los capitanes intercambiaron miradas incómodas. No les culpó, estaba claro que las mujeres en ese lugar eran meros objetos decorativos.

Limpiar, cocinar, ser madre…

Kaelen se volvió hacia Sofía. Estaban lo bastante cerca como para que ella pudiera ver los detalles de su rostro que antes había pasado por alto: las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos, la forma en que la cicatriz se curvaba hacia la comisura de los labios, el vello incipiente de su mandíbula sin afeitar.

Era más sexy todavía de cerca.

—Si has mentido —amenazó en voz baja, solo para ella—, esto va a ser muy embarazoso.

—Si no he mentido —respondió ella, manteniéndole la mirada—, ¿vas a pedir disculpas?

Los labios de Kaelen se tensaron. Durante un instante, Sofía pensó que había ido demasiado lejos. Iba a quemarla en la hoguera o a tirarla por un acantilado, de eso estuvo segura.

Luego, para su absoluto asombro, él hizo algo que no esperaba.

Sonrió.

Fue una sonrisa pequeña, casi imperceptible, un mero gesto en las comisuras de los labios. Pero estaba ahí. El Carnicero de las Montañas Negras había sonreído.

—Eres peligrosa —murmuró.

—Soy una arquitecta con un golpe en la cabeza —corrigió ella—. Hay una diferencia.

La espera duró lo que tardó Dain en ir a la torre y volver. Diez minutos. Quince. El ambiente en la sala era tenso, nadie hablaba, nadie se movía. Sofía se mantenía junto a la mesa, sin atreverse a sentarse en una silla que nadie le había ofrecido, sintiendo el peso de las miradas.

Cuando Dain entró de nuevo, traía una expresión de incredulidad en el rostro.

—Bueno —dijo, mirando a Sofía como si acabara de hacer un truco de magia—. La torre tiene una grieta. Pequeña, pero está ahí. Y los goznes... los goznes están prácticamente sueltos. Con dos buenos golpes de ariete, la puerta cae.

Gracias, piedra, por enseñarme tanto, pensó.

El silencio que siguió fue de una naturaleza completamente diferente al anterior.

—¿Cómo? —preguntó el gigante calvo, volviéndose hacia Sofía—. ¿Cómo ha podido ver eso en un simple paseo?

Sofía se encogió de hombros, tratando de parecer más tranquila de lo que estaba.

—Cuando llevas quince años mirando edificios, aprendes a ver las cosas que otros no ven. Es mi trabaj… digo, era mi hobby.

Si no aprendía a mentir iban a atraparla muy pronto.

—Tu trabajo —repitió Kaelen. Ya no sonreía, pero sus ojos grises la escrutaban con una intensidad nueva—. En Monteverde, las mujeres de la nobleza no trabajan. Tejen. Cantan. Aprenden a sonreír en las cenas.

Sí, Sofía se sentía sobre tierras movedizas y se estaba hundiendo demasiado rápido.

—Pues yo debo ser una pésima noble —respondió Sofía—. Canto fatal, tejer me da urticaria y mis sonrisas dejan bastante que desear.

El joven nervioso soltó otra risa ahogada y esta vez se le unió el gigante calvo. Hasta Dain, a regañadientes, torció los labios en algo que podría haber sido una sonrisa.

Kaelen la miró un largo momento. Luego, sin previo aviso, se dirigió a los capitanes.

—La reunión ha terminado. Dain, quiero un informe detallado de los daños en las murallas antes del anochecer. Jorund, revisa los suministros de la armería. Varn, coordina las patrullas nocturnas. Todos fuera.

Los capitanes obedecieron sin rechistar. Cuando la puerta se cerró tras el último de ellos, Kaelen y Sofía se quedaron solos en la gran sala vacía.

—Siéntate —dijo él, señalando una silla.

Sofía obedeció. Sus piernas, de repente, habían decidido que sostenerla era demasiado esfuerzo.

Kaelen no se sentó. Se apoyó en el borde de la mesa, cruzó los brazos y la miró desde arriba. Desde esa posición, parecía todavía más imponente.

—La Elara que conocí hace una semana —dijo lentamente— no sabía nada de edificios. No sabía nada de defensas. No sabía nada de nada. Se pasaba el día en sus habitaciones, llorando.

Señor, ayúdame, va a matarme, suplicó Sofía mentalmente.

Iba a descubrirla, la leía como un maldito libro abierto.

—El golpe...

—Basta.

La palabra cortó el aire como un latigazo. Sofía calló.

Tembló ligeramente.

—No sé quién eres —continuó Kaelen, bajando la voz—. No sé de dónde has salido. Pero sé que no eres ella.

El corazón de Sofía dio un vuelco. Lo sabía. Lo sabía y ahora iba a matarla o a encerrarla o a hacerle algo peor. En las novelas que había leído, los señores feudales no solían ser comprensivos con las suplantaciones de identidad.

—Sin embargo —prosiguió Kaelen, y su tono cambió ligeramente, volviéndose casi reflexivo—, tampoco me importa.

Sofía parpadeó.

—¿Cómo?

Su mente acababa de detenerse en seco.

Este hombre acababa de decir que le daba igual que ella no fuera la esposa que conocía.

—La Elara que me envió el conde de Monteverde era inútil. Una carga. Alguien a quien proteger, alimentar y soportar en las cenas. Tú, en cambio, acabas de demostrar más utilidad en diez minutos que ella en una semana.

Sofía empezó a sentir que le latía un ojo peligrosamente. Iba a golpearlo con un candelabro, el más grande que viera.

—¿Utilidad? —Sofía no pudo evitar que su voz sonara ofendida—. ¿Eso soy para ti? ¿Una herramienta útil?

Kaelen inclinó la cabeza, estudiándola.

—En tiempos de guerra, todos somos herramientas. Unos sirven para blandir espadas. Otros para curar heridas. Otros para... ver grietas en torres. Tú has resultado ser una herramienta inesperadamente valiosa.

—Qué romántico —resopló.

—El romance es para los trovadores y los tontos. Yo soy un señor de la guerra.

Sofía se levantó. No sabía muy bien de dónde sacaba el valor, pero sus piernas la obedecieron y sus pulmones se llenaron de aire.

—Pues escúchame, señor de la guerra —dijo, mirándolo a los ojos —. No soy una herramienta. No soy un mueble. No soy la esposa sumisa que esperabas. Me llamo Sofía... Elara y tengo una puta carrera y una puta vida que alguien me ha arrancado para traerme a este puto mundo de mierda. Así que, si quieres que te ayude, vas a tener que tratarme como a una persona, no como a un accesorio.

El silencio que siguió fue eterno.

Kaelen no se movió. Su expresión no cambió. Pero sus ojos... sus ojos grises se oscurecieron, y durante un instante, Sofía vio algo en ellos que no supo identificar. ¿Sorpresa? ¿Respeto? ¿Ira?

Finalmente, habló.

—Eres la primera persona que me habla así en diez años.

—Alguien tenía que hacerlo.

Otra pausa. Larga, tensa y cargada de electricidad.

—Está bien —dijo Kaelen al fin—. No eres una herramienta. Eres mi esposa. Y como mi esposa, te quedas en esta fortaleza y haces lo que yo digo. Pero... —levantó una mano cuando ella abrió la boca para protestar—, tendré en cuenta tus opiniones. Sobre las defensas. Sobre el castillo. Sobre lo que sea que sepas hacer.

Bueno, algo era algo y sorprendentemente no le importaba que el cuerpo de su esposa estuviera poseído por el de otra mujer.

Ni siquiera preguntó de dónde venía o mil preguntas que hubiera hecho Sofía de ser al revés. Estaba claro que a ese hombre solo le importaba la guerra y el resto eran meros objetos que usar.

—¿Es una tregua?

—Es una tregua.

Sofía asintió lentamente.

—Entonces, ¿puedo ir a ver esa grieta de la torre? Porque si vamos a tener una guerra, prefiero no estar debajo cuando se caiga.

Ya había muerto una vez, no necesitaba una segunda.

Esta vez, la sonrisa de Kaelen fue más evidente. Todavía pequeña, todavía controlada, pero inconfundible.

—Puedes. Pero te acompaño. Si vas a inspeccionar mi fortaleza, quiero oír todo lo que ves.

Sofía asintió y se encaminó hacia la puerta. Cuando su mano tocó el picaporte, de hierro forjado, frío, susurrándole historias de herreros muertos hacía siglos, se detuvo.

—Una última cosa.

—¿Qué?

—¿De verdad mataste a veinte hombres tú solo en la batalla de Valle Frío?

Sí, su mente seguía atascada en esa información efímera y poco productiva…

Kaelen la miró desde la mesa. Su expresión era ilegible de nuevo.

—Eran veintitrés.

Sofía tragó saliva y abrió la puerta.

—Genial. Solo quería saberlo.

Mientras bajaban las escaleras hacia la torre, ella no pudo evitar preguntarse en qué se había metido exactamente. Un matrimonio forzado con un señor de la guerra que mataba veintitrés hombres en una batalla. Una guerra civil a punto de estallar. Un poder de piedra que no entendía. Y un castillo lleno de grietas que ella, arquitecta de Madrid, tenía que reparar.

En su vida anterior, lo más peligroso que había enfrentado era un cliente que quería poner suelo de mármol en una terraza sin aislamiento térmico.

Ay, madre, pensó. *Si me vieras ahora. *

Pero su madre no podía verla. Su madre estaba en otro mundo, probablemente preocupada porque no contestaba al teléfono.

Sofía respiró hondo y siguió a Kaelen escaleras abajo. No había tiempo para llorar lo perdido. Había un castillo que revisar, una guerra que evitar, y un marido carnicero al que convertir en algo parecido a un aliado.

Tampoco es que tuviera otra opción.

CAPÍTULO 3: LA GRIETA Y EL GATO

La torre del homenaje era una estructura imponente de veinte metros de altura, construida con sillares de granito gris que el tiempo y el viento salitroso habían erosionado en texturas caprichosas. Desde fuera, parecía sólida como una montaña. Desde dentro, según Sofía descubrió en cuanto puso un pie en su base, era un prodigio de mala planificación arquitectónica.

—Esto es una locura —murmuró, pasando la mano por la pared—. ¿Quién construyó esto?

Kaelen, que la seguía a unos pasos con los brazos cruzados, enarcó una ceja.

—Mi abuelo. ¿Por qué?

—¿Tu abuelo era arquitecto?

—Era señor de la guerra. Como yo.

—Pues se nota.

Sí, la delicadeza había pasado a segundo plano, que la denunciase si quería. Bueno, mejor no, no quería ser condenada por bruja y quemada en la hoguera.

Sofía señaló la base del muro, donde una grieta fina como un cabello serpenteaba desde el suelo hasta la altura de su rodilla. Luego señaló el techo, donde una viga maestra se unía a la pared en un ángulo que hacía llorar a cualquier manual de estructuras.

—Mira esto. El peso de la torre se distribuye de manera desigual porque los cimientos no están nivelados. Eso provoca tensiones en los puntos débiles. Esta grieta es la consecuencia. Si no se refuerza, en dos o tres inviernos tendrás la torre del homenaje convertida en torre de escombros.

Kaelen se acercó a la grieta y la examinó con el ceño fruncido.

—Mi abuelo construyó esta torre hace cuarenta años. Ha sobrevivido a dos asedios y tres temporales.

La incredulidad en Kaelen fue casi ofensiva.

—También el Titanic sobrevivió a su viaje inaugural hasta que encontró un iceberg. Las cosas no se caen cuando las construyes mal, se caen cuando las empujan. Y según tengo entendido, viene un empujón en forma de guerra.

El silencio de Kaelen fue elocuente. Sofía aprovechó para seguir explorando, palpando las paredes, escuchando los ecos que le susurraban historias de piedra. En la base de la torre, junto a una puerta que parecía llevar a un sótano, se detuvo en seco.

—¿Qué hay ahí abajo?

—Las mazmorras. Antiguas. Ya no se usan.

—¿Puedo bajar?

—No.

—¿Por qué?

—Porque apestan, están oscuras y no hay nada que ver.

—Tu abuelo construyó esto. Seguro que hay algo que ver.

Kaelen suspiró. Fue un suspiro profundo, cansado, como de hombre que lleva cinco minutos discutiendo con una mujer testaruda y sabe que va a perder.

—Baja si quieres. Pero no me pidas que te acompañe. Ya estuve ahí una vez y fue suficiente.

Sofía no necesitó más. Empujó la puerta, de madera maciza, con herrajes oxidados que chirriaron como almas en pena y comenzó a descender por una escalera de caracol tan estrecha que sus hombros rozaban las paredes a ambos lados.

La piedra, aquí abajo, era diferente. Más antigua. Más profunda. Y hablaba más alto.

*Hambre. Frío. Desesperación. Un hombre encadenado que cantaba canciones de su tierra hasta que se quedó sin voz. Otro que rogaba. Otro que maldecía. Y luego, silencio. Mucho silencio. *

Sofía apartó la mano de la pared como si hubiera tocado una brasa.

—Joder —susurró.

Siguió bajando.

La escalera terminaba en una sala circular, con varias puertas de hierro que daban a celdas individuales. El suelo era de tierra pisada, el techo tan bajo que Sofía, que no era especialmente alta, podía tocarlo con la mano extendida. Olía a humedad, a moho, a siglos de encierro.

Pero no era eso lo que le había helado la sangre.

Era el gato.

Un gato enorme, negro como el carbón, sentado en el centro de la sala con la dignidad de un faraón egipcio. Tenía los ojos amarillos y una expresión de absoluto desprecio, esa mirada que solo los gatos saben poner y que dice *tú no eres digna de lamerme las patas, pero como no tengo nada mejor que hacer, te soporto*.

Sofía y el gato se miraron.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó ella.

El gato parpadeó lentamente. Luego, sin prisa alguna, se levantó, se estiró con una elegancia insultante y se acercó a Sofía. No para restregarse contra sus piernas, como haría un gato normal, sino para sentarse exactamente sobre la punta de su zapato y volver a mirarla con esa expresión de superioridad.

—Quítate —dijo Sofía.

El gato no se quitó.

—Que te quites.

El gato comenzó a lamerse una pata.

Sofía suspiró. Llevaba cinco minutos en las mazmorras y ya había encontrado un enemigo más terco que Kaelen. Intentó mover el pie, pero el gato era sólido como un ladrillo. Pesaba, además, mucho más de lo que parecía.

—Esto no es normal —murmuró, mirando alrededor—. ¿De dónde has salido?

El gato, por supuesto, no respondió. Pero algo en sus ojos amarillos cambió. Por un instante, Sofía juraría que había visto... ¿inteligencia? ¿Conocimiento? ¿Un brillo que no era solo reflejo de la antorcha que había cogido de la pared?

Luego, el gato bostezó, mostrando unos colmillos impresionantes y se levantó de su zapato para dirigirse hacia una de las puertas de hierro. Se sentó delante de ella y volvió a mirar a Sofía.

—¿Quieres que entre ahí?

El gato no respondió, pero su expresión era inequívoca: *abre la puerta, idiota*.

Sofía dudó. Las voces de la piedra, aquí abajo, eran más fuertes. Y le decían que aquella celda en concreto era diferente. No había

sufrimiento en sus ecos. No había desesperación. Había algo más. Algo que no lograba identificar.

Empujó la puerta.

El pestillo cedió con un gemido metálico, y la celda se abrió ante ella.

Era pequeña, circular, con un banco de piedra pegado a la pared y un agujero en el suelo que debía hacer las veces de letrina. En la pared del fondo, alguien había grabado algo. No runas, no letras de ningún alfabeto que Sofía conociera, sino símbolos. Círculos concéntricos. Líneas que se cruzaban. Espirales.

Y en el centro de todo, la forma tosca de una montaña.

Sofía se acercó, fascinada. Cuando sus dedos tocaron los grabados, la piedra gritó.

No fue dolor. Fue conocimiento. Información pura que se vertió en su cerebro como agua en un vaso. Vio a un hombre encorvado sobre la pared, arañando la roca con una uña hasta hacerse sangre. Vio sus ojos, vacíos pero brillantes. Lo oyó murmurar palabras en una lengua que nunca había escuchado pero que, de algún modo, entendía.

*Tierra que recuerda. Tierra que espera. La que viene de fuera reconocerá el camino. *

Sofía retrocedió, tambaleándose. Estuvo a punto de caer al suelo mientras trataba de encontrar un maldito punto de apoyo. El gato, que había entrado tras ella, se sentó a sus pies cuando se estabilizó y la miró con una satisfacción que solo podía calificarse como diabólica.

—¿Sabías que esto estaba aquí? —preguntó Sofía, jadeando.

El gato lamió una pata.

—¿Sabes quién soy?

El gato se lamió la otra pata.

—¿Vas a responder alguna vez?

El gato se levantó, le dio la espalda con un desdén olímpico y salió de la celda tan campante.

Sofía se quedó sola, temblando, con los símbolos grabados en la memoria y la sensación de que acababa de meter el dedo en un enchufe cósmico.

—Necesito un café —dijo en voz alta—. Y una explicación. Y tal vez un exorcista.

Cuando subió de las mazmorras, Kaelen seguía en el mismo sitio, con los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre el aburrimiento y la impaciencia.

—¿Has encontrado algo interesante?

—Un gato.

—¿Un gato?

—Negro. Enorme. Con actitud de tirano.

Kaelen frunció el ceño.

—No hay gatos en Roca Negra. Los perros de caza los matarían.

—Pues hay uno. Y está en las mazmorras. Y me ha llevado a una celda con símbolos raros grabados en la pared.

La expresión de Kaelen cambió. De impaciente pasó a alerta en menos de un segundo.

—¿Qué clase de símbolos?

¿Ese hombre no se cansaba de hacer preguntas? Hubiera sido más fácil que la hubiera acompañado en vez de acribillarla a preguntas incómodas.

—Círculos. Espirales. Una montaña. No sé, no soy epigrafista. Pero la piedra... la piedra me habló. Más fuerte que nunca.

Porque sí, callarse no era una opción y acababa de explicarle de que la piedra le hablaba. Ese hombre iba a tener un aneurisma ya pronto o iba a usar el antiguo arte de la decapitación con ella.

Kaelen la miró fijamente. Durante un largo momento, Sofía temió que fuera a acusarla de locura o de herejía. En lugar de eso, dijo:

—Enséñamelo.

Por supuesto, pragmático y como si decir que hablar con la piedra era normal.

Bajaron juntos.

Esta vez Kaelen llevaba una antorcha, y su presencia hacía que las sombras bailaran de manera diferente en las paredes. El gato había desaparecido, pero Sofía notó su ausencia como una presencia en sí misma, como si el animal estuviera observándolos desde algún rincón invisible.

Cuando llegaron a la celda, Kaelen examinó los grabados en silencio. Su rostro, ya de por sí severo, se fue ensombreciendo por momentos.

—Esto es magia antigua —dijo al fin—. De antes de los cinco órdenes. De cuando la tierra hablaba directamente a los hombres.

A Sofía cada vez le gustaba menos ese mundo y esos cuentos y leyendas. Solo deseó regresar a casa y aprender a regar las plantas de su madre. Eso y comer los domingos allí sin falta.

—¿Sabes lo que significa? —preguntó Sofía.

—Sé lo suficiente para saber que no debería estar aquí. Mi abuelo construyó esta torre sobre algo. Sobre alguien. Estas marcas son... sellos. Protecciones. O advertencias.

Genial. Se sintió como Frodo yendo a tirar el anillo a Mordor.

—¿Advertencias de qué?

Kaelen se volvió hacia ella. Sus ojos grises, a la luz vacilante de la antorcha, parecían casi plateados.

—De que hay cosas que es mejor no despertar.

Una buena frase para una película de miedo y funcionaba porque ella estaba muerta de miedo.

Sofía tragó saliva. Recordó la sensación de la piedra gritando, el torrente de información, las palabras del hombre que había grabado aquellos símbolos.

*La que viene de fuera reconocerá el camino. *

—Creo que es demasiado tarde para eso —murmuró.

Salieron de las mazmorras en silencio. Kaelen parecía preocupado, algo que Sofía no había visto antes en él y que la inquietó más que cualquier amenaza explícita.

—Voy a enviar un mensaje a la biblioteca de la capital —dijo cuando llegaron a la planta principal—. Puede que tengan registros de esto.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, tú no vuelves a bajar ahí.

—¿Me lo prohíbes? —dijo ofendida.

Supo que Kaelen tenía razón, pero no dejaba de ser un fastidio no bajar a investigar.

—Te lo aconsejo. Como esposo. Como señor de esta fortaleza. Como alguien que no quiere verte poseída por espíritus antiguos.

Sofía abrió la boca para replicar, pero en ese momento un estruendo atronador sacudió el castillo.

Fue un sonido profundo, como un trueno bajo tierra, que hizo temblar las paredes y caer una lluvia fina de polvo del techo. Sofía se agarró al brazo de Kaelen instintivamente; él, en lugar de apartarla, la sujetó con firmeza mientras miraba a su alrededor con los ojos entrecerrados.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella.

—No lo sé. Pero vamos a averiguarlo.

Salieron de la torre al patio de armas. El espectáculo que encontraron era digno de una comedia de situación medieval.

En el centro del patio, donde antes había un pozo de piedra perfectamente funcional, ahora se abría un agujero circular de unos tres metros de diámetro. Alrededor del agujero, media docena de soldados miraban boquiabiertos mientras un séptimo, el pobre desgraciado que debía estar sacando agua en ese momento, emergía del hueco cubierto de barro, agua y una expresión de incredulidad absoluta.

—¡Mi lord! —gritó al ver a Kaelen—. ¡El pozo! ¡Se ha hundido!

Kaelen se acercó al borde del agujero con paso firme. Sofía lo siguió, asomándose con cautela. El pozo, efectivamente, se había hundido. La estructura de piedra que lo revestía había cedido, probablemente por la misma razón que la torre tenía grietas: cimientos deficientes, terreno inestable, años de abandono.

—¿Estás bien? —preguntó Kaelen al soldado embarrado.

—Sí, mi lord. El agua amortiguó la caída. Pero... el pozo, mi lord. Ya no hay pozo.

—Ya veo.

Kaelen se volvió hacia Sofía. Su expresión era difícil de leer, pero ella juraría que había un dejo de ironía en sus ojos.

—¿Alguna sugerencia, arquitecta?

Sofía miró el agujero, miró los cimientos expuestos, miró las grietas que serpenteaban por el suelo del patio. Su cerebro empezó a trabajar a toda máquina, evaluando opciones, calculando riesgos, diseñando soluciones.

—El problema no es el pozo —dijo al fin—. El problema es que todo el patio está construido sobre terreno inestable. Mira esas grietas. Se extienden desde aquí hasta la muralla. Si no hacemos algo, en el próximo temblor o en el próximo cañonazo, se os cae medio castillo encima.

Los soldados la miraban como si hablara en chino. Kaelen, en cambio, asintió lentamente.

—¿Y qué sugieres?

—Reforzar los cimientos. Inyectar mortero o lo que tengáis en las grietas. Construir contrafuertes en los puntos débiles. Y para el pozo... —se asomó al agujero, calculando profundidades—. El agua sigue ahí abajo. Solo hay que reconstruir el brocal y revestir el hueco con piedra seca. Una semana de trabajo, si tienes buenos albañiles.

Asomada vio la profundidad de aquel lugar, era mucha altura y tenían mérito sin todos los avances que había en su tiempo.

—¿Tú sabes hacer eso?

—Soy arquitecta, no albañil. Pero puedo dirigir. Si me pones a un par de obreros que sepan lo que hacen, en diez días tienes el pozo funcionando y el patio seguro.

Sonó confiada, demasiado confiada, solo esperó no meter la pata y acabar sin castillo.

Kaelen la miró un largo momento. Luego, para sorpresa de todos los presentes —incluida Sofía—, esbozó una sonrisa. Una sonrisa auténtica, esta vez, que le cambió por completo la expresión.

—Señores —dijo, dirigiéndose a los soldados—, les presento a lady Elara. Mi esposa. A partir de mañana, va a estar a cargo de las obras de refuerzo del castillo. Cooperarán con ella como cooperarían conmigo.

El silencio que siguió fue tan profundo que se oía el viento silbando entre las almenas.

El soldado embarrado fue el primero en reaccionar.

—¿Una mujer? ¿A cargo de las obras? ¿Mi lord, es una broma?

Esos hombres necesitaban aprender modales de una maldita vez. Así pues, respiró con calma mientras se pellizcaba el puente de la nariz buscando la poca cordura que le quedase disponible.

—¿Te parece que tengo aspecto de estar de broma? —preguntó Kaelen.

El soldado tragó saliva y negó con la cabeza.

—No, mi lord. Pero...

—No hay peros. Lady Elara tiene conocimientos que nosotros no tenemos. Los usaremos. Punto.

Los soldados intercambiaron miradas, pero nadie se atrevió a discutir. Kaelen se volvió hacia Sofía y bajó la voz.

—Espero que sepas lo que haces.

—Yo también lo espero —respondió ella con sinceridad.

El resto del día fue un caos organizativo.

Sofía, que en su vida anterior había coordinado equipos de obra de hasta treinta personas, se encontró de repente al mando de un

grupo de soldados que la miraban con escepticismo, dos albañiles que hablaban un dialecto incomprensible y un viejo cantero llamado Borin que llevaba cuarenta años trabajando la piedra y que, al verla llegar, la examinó con la misma expresión que pondría un gato mirando a un ratón que presume de saber cazar.

—Así que usted es la nueva arquitecta —dijo Borin, con un tono que no ocultaba su opinión sobre el asunto.

—Así es —respondió Sofía, decidiendo que lo mejor era mostrarse segura, aunque por dentro estuviera cagada de miedo—. Y necesito que me enseñe las herramientas que tienen, los materiales disponibles y el estado de las reservas de cal y arena.

Borin enarcó una ceja.

—¿Sabe lo que es la cal?

Ese hombre estaba jugando con ella.

—Cal aérea, cal hidráulica, mortero de cal y arena, proporciones, tiempos de secado. ¿Quiere que siga?

El viejo cantero la miró fijamente. Luego, para sorpresa de Sofía, soltó una carcajada.

—¡Por los dioses! Una mujer que sabe de cal. No pensé que viviría para verlo.

—Pues viva, que esto solo acaba de empezar. Enséñeme las herramientas.

Las siguientes horas fueron un torbellino de aprendizaje práctico. Sofía descubrió que las herramientas de cantería de este mundo eran sorprendentemente similares a las del Medievo terrestre: martillos, cinceles, niveles de plomada, escuadras de madera. Los materiales también: piedra granítica de las canteras cercanas, cal extraída de los hornos del valle, arena del río.

Lo que no había era cemento Portland, ni hormigón armado, ni ninguno de los avances modernos a los que ella estaba acostumbrada. Habría que trabajar con lo que había. Y lo que había, visto lo visto, no era mucho.

—La cal es de mala calidad —observó, examinando un saco—. Tiene demasiadas impurezas. El mortero no agarrará bien.

Borin asintió, sorprendido.

—Eso mismo llevo diciendo yo veinte años. Pero nadie me hace caso. El señor Kaelen gasta el dinero en espadas, no en cal.

Sofía sonrió.

—Pues vamos a tener que hablar con el señor Kaelen. Porque con esta cal, las reparaciones no durarán ni un invierno.

No tardó en encontrarlo, la miró como si fuera un rompecabezas para armar y del que alguien se había llevado las piezas restantes.

—Cal, necesitamos cal —declaró son soltura y levantó una mano cuando vio que Kaelen iba a contestar—, no, eso que hay aquí no es cal. Tiene tantas impurezas que es un milagro que este lugar se tenga en pie. Tienes que buscar cal, buena cal.

Y así, toda la discusión se acabó. Bueno, más bien fue cobarde y no quiso enfrentarlo, porque giró y se fue corriendo a su puesto de trabajo.

Así no podía negarse.

Horas después, Sofía se secó el sudor de la frente. Llevaba horas trabajando, tenía agujetas en sitios que no sabía que existían y empezaba a comprender por qué los arquitectos medievales se morían jóvenes. Pero también, por primera vez desde que había llegado a aquel mundo, se sentía en su elemento.

Esto era lo suyo. Esto sabía hacer. Piedras, morteros, estructuras, cargas. Podía que no entendiera la magia, ni la política, ni a su

marido asesino. Pero entendía de edificios.

Cuando cayó la noche, agotada pero satisfecha, volvió a sus habitaciones arrastrando los pies. Lina la esperaba con una cena fría y una expresión de curiosidad mal disimulada.

—¿Cómo ha ido el día, señora?

—Largo —respondió Sofía, dejándose caer en una silla—. Muy largo. Y tengo arena en sitios donde no sabía que podía entrar arena.

Lina rio.

—Los canteros siempre acaban llenos de polvo. Mi padre lo era.

—¿Tu padre era cantero?

—Sí, señora. Murió cuando yo era pequeña. Una piedra mal cortada le cayó encima.

Sofía se quedó helada.

—Lo siento mucho, Lina. No sabía...

—No se preocupe, señora. Fue hace mucho. Pero por eso sé que lo suyo no es fácil. Si necesita ayuda con algo de las obras, pregúnteme. Puede que sepa más de lo que parece.

Sofía la miró con nuevos ojos. La muchacha menuda y parlanchina que la había atendido desde el principio resultaba tener una historia y un conocimiento que podían serle útiles.

—Gracias, Lina. Lo tendré en cuenta.

Mientras cenaba, un potaje de lentejas con trozos de carne que no se atrevió a identificar, repasó mentalmente todo lo que había aprendido. El estado del castillo era peor de lo que había imaginado. Los cimientos de la torre eran deficientes, las murallas tenían grietas en varios puntos, el sistema de drenaje era inexistente, y el pozo recién hundido era solo la punta del iceberg.

Pero también había descubierto algo más. Algo que la inquietaba profundamente.

En varias de las piedras que había examinado, especialmente las más antiguas, había visto los mismos símbolos que en la celda de las mazmorras. Pequeños, casi imperceptibles, grabados en sitios donde nadie miraría: la cara interior de un sillar, la base de una columna, el dintel de una puerta tapiada.

La piedra le había susurrado, al tocarlos. Y los susurros decían lo mismo una y otra vez.

*Esperamos. Esperamos. Esperamos. *

Un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Adelante.

La puerta se abrió y Kaelen entró. Traía el pelo húmedo, como si acabara de lavarse, y vestía una túnica sencilla sin armadura. Sin las capas de cuero y metal, parecía más humano. Menos amenazador.

Todavía amenazador, eso sí, pero menos.

—¿Cómo van las obras? —preguntó.

—Pregúntame mañana. Hoy solo he hecho inventario.

Kaelen asintió y se quedó en la puerta, sin entrar del todo, como si dudara sobre si debía cruzar el umbral.

—Borin me ha dicho que sabes de lo que hablas.

Bueno, alguien empezaba a creer en ella.

—Borin es un buen cantero. Sabe más que yo de trabajar la piedra. Yo solo sé de estructuras.

—Eso es más que cualquier otro en este castillo.

Sofía esperó. Kaelen no se movía. La situación era incómoda: su marido en la puerta, ella sentada a la mesa, Lina en un rincón

fingiendo que no existía.

—¿Necesitas algo? —preguntó al fin.

Kaelen dudó.

—Quería... asegurarme de que estás bien. Después de lo de las mazmorras. Y el pozo. Ha sido un día largo.

Sofía parpadeó, sorprendida. ¿Era eso... preocupación? ¿De Kaelen? ¿Del Carnicero de las Montañas Negras?

Sorprendente.

—Estoy bien —respondió—. Cansada, pero bien.

—Bien.

Silencio.

De ese incómodo como la mañana siguiente después de tener sexo con alguien. Una idea maravillosa al momento, pero que por la mañana os deja incómodos mirándoos sin saber cómo romper el hielo.

Ese tipo de silencio.

—Entonces... buenas noches —dijo Sofía.

—Buenas noches.

Kaelen se volvió para irse, pero se detuvo en el último momento.

—El gato —dijo sin mirarla—. ¿Estás segura de que era un gato?

¿Gato? ¿Qué sino?

—Era negro, peludo y me miró como si fuera una idiota. Sí, era un gato.

—Los gatos no viven en mazmorras.

—Pues este sí.

Kaelen asintió lentamente y salió, cerrando la puerta tras él.

Sofía y Lina se quedaron en silencio.

—¿El señor Kaelen —dijo Lina al cabo de un momento— acaba de venir a preguntar por usted?

Estaba tan perpleja como Sofía.

—Parece que sí.

—¿El señor Kaelen, que no habla con nadie, que no mira a nadie, que no se preocupa por nadie?

—El mismo.

Lina negó con la cabeza, incrédula.

—Señora, no sé qué le hizo ese golpe en la cabeza, pero le cambió a usted y le cambió a él. Y eso... eso es muy raro.

Sofía no pudo evitar una sonrisa cansada.

—Bienvenida a mi mundo, Lina. O al menos, al mundo en el que me he metido.

Esa noche, cuando por fin se tumbó en la cama, Sofía tardó en conciliar el sueño. Los ecos de la piedra resonaban en su cabeza, mezclados con la imagen de Kaelen en la puerta, con el recuerdo de los ojos amarillos del gato, con la sensación de que algo enorme estaba a punto de ocurrir.

En algún lugar del castillo, un gato negro maulló.

Y la piedra, en lo más profundo de sus cimientos, siguió esperando.

CAPÍTULO 4: LA BODA DE PIEDRA.

Primera parte: Kaelen

La fortaleza dormía.

Kaelen lo sabía porque llevaba horas despierto, recorriendo sus pasillos en silencio, como hacía cada noche desde que tenía memoria. Las piedras del castillo conocían el tacto de sus botas, el ritmo de su respiración, la sombra que se deslizaba por los corredores sin necesidad de antorcha.

Treinta y seis años llevaba en este mundo, y aún no había encontrado mejor compañía que la noche.

Subió a la muralla oeste, la que daba al acantilado. El mar golpeaba abajo con un rumor sordo y constante, como el latido de un corazón inmenso. El viento salitre le azotó la cara, y él cerró los ojos un momento, dejando que el frío le limpiara la mente.

No funcionó.

La imagen de ella seguía ahí, incrustada en su cerebro como una astilla.

No la Elara de Monteverde, la que había llegado a su castillo hecha un ovillo de nervios y lágrimas. La otra. La que se había plantado ante él en la sala del trono y le había soltado aquello de *no soy una herramienta*. La que había bajado a las mazmorras y encontrado un gato que no existía. La que hablaba de cal y cimientos con la misma autoridad con que él hablaba de formaciones de batalla.

¿Quién era?

Se apoyó en el parapeto, mirando la línea oscura del horizonte donde el mar se fundía con el cielo. A sus espaldas, el castillo se recortaba contra las estrellas como una bestia agazapada. Su castillo. Su hogar. La única cosa en el mundo que le pertenecía de verdad.

Y ahora había una mujer durmiendo en sus habitaciones.

Bueno, no *sus* habitaciones. Las habitaciones de la dama, las que habían permanecido vacías desde que su madre murió, veinte años atrás. Él dormía en la torre del homenaje, en la estancia que había sido de su padre, y antes de su abuelo, y antes de su bisabuelo. Una línea ininterrumpida de señores de la guerra que habían muerto con la espada en la mano o con el nombre de un enemigo en los labios.

Ninguno había muerto en la cama, rodeado de hijos y nietos. Él probablemente tampoco.

Pero aquella mujer...

Apartó el pensamiento con un movimiento brusco de la cabeza. No podía permitirse distracciones. La guerra se avecinaba, podía olerla en el aire como los perros huelen la tormenta. Caspian no tardaría en mover ficha y cuando lo hiciera, Roca Negra sería el primer objetivo.

Necesitaba concentrarse en las defensas. En los suministros. En los hombres.

No en unos ojos color avellana que le miraban sin miedo.

—Mi lord.

La voz surgió de las sombras y Kaelen no se inmutó. Había sentido la presencia de Varn mucho antes de que hablara; el capitán de la guardia nocturna no era exactamente sigiloso.

—Varn.

—Todo tranquilo en las murallas, mi lord. Las patrullas han informado. Ningún movimiento en el valle.

Un segundo de silencio.

—Bien.

Varn dudó. Era un hombre joven, apenas veinticinco años, pero con la mirada cansada de quien ha visto demasiadas muertes demasiado pronto. Kaelen lo había ascendido por su fiabilidad, no por su edad.

—Mi lord... si me permite la pregunta...

—No —contestó tajantemente.

Pero Varn no sabía cuando callar.

—Es solo que los hombres están comentando lo de lady Elara. Y lo del pozo. Y lo de la torre.

Rumores, esas cosas horribles que podían alzarte o hundirte en la miseria. Ya se los imaginaba a todos los soldados cacareando sobre lady Elara y su nuevo y energizado carácter.

Kaelen se volvió lentamente. Su expresión, a la luz de las estrellas, debía de ser terrible, porque Varn palideció y dio un paso atrás.

—¿Qué están comentando exactamente?

El pobre chico tembló.

—Que... que es diferente, mi lord. Que la lady que llegó hace una semana no es la misma que anda por el castillo ahora. Que sabe cosas que no debería saber. Y que usted la mira de una manera...

Bueno, sus hombres parecían encantados con los chismes por lo que veía. Volvió a mirarlo con severidad y supo que el pobre Varn estaba a punto de orinarse encima si le seguía presionando.

—¿De qué manera?

Varn tragó saliva.

—Como si fuera interesante, mi lord. Y usted no encuentra interesante a nadie.

El silencio se alargó. El mar seguía golpeando abajo, incansable.

—Vete, Varn.

—Sí, mi lord.

El capitán desapareció en las sombras con una rapidez que contradecía su anterior falta de sigilo. Kaelen se quedó solo, apoyado en el parapeto, maldiciendo para sus adentros.

*¿Como si fuera interesante? *

Mierda.

Bajó de la muralla cuando el cielo empezaba a clarear por el este. Las primeras luces del alba teñían el horizonte de un rosa pálido que pronto se convertiría en el gris habitual de aquella costa. Kaelen atravesó el patio de armas, donde los soldados del turno de mañana empezaban a desperezarse, y se dirigió a la torre del homenaje.

Pero en lugar de subir a sus habitaciones, sus pies lo llevaron a otra parte.

La puerta de las mazmorras estaba entreabierta.

Kaelen frunció el ceño. Él mismo la había cerrado la víspera, después de bajar con ella a ver los símbolos. Recordaba haber oído el golpe del cerrojo, el chirrido metálico de los goznes. No era el tipo de cosas que olvidaba.

Empujó la puerta con cuidado. La escalera de caracol se abría ante él, oscura como la boca de una bestia.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

Silencio.

Bajó.

La escalera era estrecha, incómoda incluso para él, que conocía cada recoveco del castillo. Cuando llegó a la sala circular, se detuvo en seco.

El gato estaba allí.

Sentado en el centro exacto de la sala, con la cola enrollada alrededor de las patas y los ojos amarillos fijos en él. La misma bestia negra que ella había descrito. La misma que, según todos los informes, no existía en Roca Negra.

Kaelen y el gato se miraron.

—Tú no deberías estar aquí —dijo Kaelen.

El gato parpadeó lentamente. Luego, con una parsimonia insultante, se levantó y se dirigió hacia la celda de los símbolos. Se sentó delante de la puerta y volvió a mirarlo.

—¿Quieres que entre?

El gato no respondió, pero su expresión era inconfundible. La misma que había visto cientos de veces en los ojos de sus soldados cuando querían pedirle algo y no se atrevían. *Abre la puerta, jefe, que tengo algo que enseñarte. *

Kaelen empujó la puerta.

La celda estaba igual que la recordaba. El banco de piedra. El agujero en el suelo. Los símbolos en la pared. Pero había algo nuevo. Algo que él no había visto la víspera, cegado por la preocupación o por la presencia de ella.

En el centro de la espiral más grande, alguien había grabado una figura. Pequeña, casi imperceptible, pero inconfundible una vez que la mirada se posaba en ella.

Una mujer.

Una mujer con los brazos extendidos, como abrazando la montaña. Y bajo sus pies, runas que Kaelen no pudo leer pero cuyo significado intuía con una certeza que le heló la sangre.

*La que viene de fuera. *

*La que despierta. *

*La que esperamos. *

Kaelen retrocedió, alejándose de la pared. El gato seguía en la puerta, mirándolo con esos ojos amarillos que parecían saber más que cualquier ser vivo con derecho a saber.

—¿Qué es ella? —preguntó Kaelen en voz baja.

El gato, naturalmente, no respondió. Pero algo en su expresión cambió. Por un instante, Kaelen juraría que había visto... ¿compasión? ¿Advertencia? ¿Miedo?

Luego el gato se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad de la escalera, dejándolo solo con los símbolos y el eco de una pregunta sin respuesta.

Cuando salió de las mazmorras, el sol ya había coronado el horizonte. Los primeros rayos de luz bañaban el patio de armas, donde los soldados se preparaban para el relevo. Todo parecía normal. Cotidiano. Humano.

Pero Kaelen no podía quitarse de la cabeza la imagen de aquella mujer grabada en la piedra.

Subió a sus habitaciones con paso rápido, necesitaba pensar, necesitaba poner en orden lo que había visto. Pero en el camino se cruzó con Lina, que bajaba de las estancias de la dama con un cubo de agua sucia y una expresión de circunstancias.

—Mi lord —dijo, haciendo una reverencia.

—Lina. ¿Cómo está lady Elara?

La muchacha dudó. Otra vez esa duda que Kaelen empezaba a conocer bien.

—Bien, mi lord. Descansando. Aunque anoche... bueno, anoche tuvo sueños. Hablaba dormida. Cosas raras.

La pobre doncella parecía preocupada, aunque no tuvo claro si era por su reacción o porque pensaba que su señora estaba enfermando terriblemente.

—¿Qué cosas?

Dudó, la vio tambalearse sobre sus propios pies mirándolo con miedo.

—No lo entendí bien. Hablaba de un terremoto. Y de una piedra que le cayó en la cabeza. Y luego decía *no soy ella, no soy ella*, una y otra vez.

Kaelen asintió lentamente.

—No se lo menciones. A nadie.

Era una orden tajante, dura. Inquebrantable.

—¿Mi lord?

—Lo que has oído. No se lo digas a nadie. ¿Entendido?

Lina tragó saliva y asintió con energía.

—Entendido, mi lord.

Kaelen siguió camino hacia sus habitaciones, pero en lugar de entrar se detuvo ante la puerta de ella. La madera era maciza, como todas las puertas del castillo. Al otro lado, una mujer que no era quien decía ser dormía sueños poblados de terremotos y piedras.

Una mujer que había sido traída aquí por alguna razón.

Una mujer que, según unos símbolos de mil años de antigüedad, era *la que esperaban*.

¿Quién la esperaba? ¿Y para qué?

Kaelen apoyó la mano en la puerta un momento. Luego, sin hacer ruido, siguió camino hacia sus propias habitaciones. Necesitaba un baño. Necesitaba desayunar. Necesitaba pensar en la guerra, en Caspian, en las defensas.

Necesitaba no pensar en ella.

Fracasó en las tres cosas.

Segunda parte: Sofía

Cuando Sofía despertó, lo primero que sintió fue alivio.

Seguía en la misma cama. Seguía en el mismo castillo. Seguía en el mismo cuerpo que no era el suyo. Pero al menos no había vuelto a transmigrar durante la noche, ni se había despertado convertida en rana, ni nada por el estilo.

Lo segundo que sintió fue una presión en el pecho.

Miró hacia abajo.

El gato negro estaba sentado sobre su esternón, mirándola con sus ojos amarillos y una expresión que solo podía calificarse de exigente.

—¿Cómo has entrado aquí? —preguntó Sofía con voz ronca.

El gato no respondió. Se limitó a bajar una pata y presionar ligeramente su pecho, como diciendo *levántate, tengo hambre*.

—Las puertas se cierran en este castillo. Hay cerrojos. Hay soldados. ¿Cómo has entrado?

El gato bostezó, mostrando unos colmillos impresionantes.

—Esto no es normal. Tú no eres normal.

El gato se levantó, dio una vuelta sobre sí mismo y volvió a sentarse en el mismo sitio, como si su posición anterior no hubiera sido satisfactoria. Sofía sospechó que era su forma de decir *ya lo sé y qué*.

Un golpe en la puerta la salvó de seguir manteniendo una conversación unilateral con un felino.

—¿Señora? —era Lina—. ¿Se encuentra bien? La he oído hablar.

—Estoy... estoy bien. Hablaba con el gato.

Silencio al otro lado de la puerta.

—¿Con el gato, señora?

—Ya te lo explicaré. Pasa.

Lina entró con una bandeja de desayuno y se quedó petrificada al ver a la bestia negra instalada en el pecho de su señora.

En ese reino parecían tener un problema con los gatos, con lo maravillosos que eran.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó en un susurro.

La pobre parecía no querer mirar al gato por miedo a que ese animal le hiciese algo.

—De las mazmorras, según parece. Anoche no estaba, ¿verdad?

—No, señora. Yo misma cerré la puerta con llave. Y la ventana también. Las ventanas de las habitaciones de la dama están a veinte metros del suelo, no hay manera...

Sofía sonrió.

—Pues ya ves. Ha entrado.

El gato, satisfecho de haber sido el centro de atención durante suficiente tiempo, saltó de la cama con una agilidad imposible y se dirigió hacia la ventana. Se sentó en el alféizar y se quedó mirando el exterior, como si contemplara su reino.

—Es enorme —dijo Lina—. Parece un lince. O una pantera pequeña.

—Es un gato. Un gato con complejo de rey, pero un gato.

Sofía se incorporó y aceptó la bandeja. El desayuno consistía en pan moreno, un trozo de queso curado y una infusión de hierbas que olía a tomillo y a algo que no logró identificar. En su vida anterior, desayunaba café con leche y una tostada con aguacate. Ahora comía queso de cabra y bebía cosas que parecían sacadas de un herbolario.

La vida daba muchas vueltas. Algunas, literalmente.

—¿Qué tal durmió, señora? —preguntó Lina mientras recogía la ropa del día anterior.

La pregunta la hizo regresar de sus pensamientos.

—Regular. Tuve sueños raros.

Vio como Lina no parecía sorprendida, así que, supo que ella la había estado vigilando.

—¿Sobre un terremoto?

Sofía se atragantó con el pan.

—¿Cómo sabes eso?

Lina enrojeció.

—Es que... anoche hablaba dormida, señora. Yo vine a ver si necesitaba algo y la oí. Decía cosas de una piedra y de no ser ella. Lo siento, no quise fisgonear.

Sofía dejó el pan en la bandeja. Su apetito había desaparecido.

—¿Le has contado a alguien lo que oíste?

Supo que sí cuando vio la cara de culpabilidad de Lina.

—No, señora. Pero... bueno, esta mañana me crucé con el señor Kaelen y me preguntó por usted. Y yo, sin querer, se lo mencioné. Lo siento mucho, señora, no pensé que fuera un secreto...

Sofía suspiró. Claro que era un secreto. Era el puto secreto más secreto de su vida. Pero tampoco podía culpar a Lina, que no tenía ni idea de lo que estaba pasando realmente.

—Está bien, Lina. No te preocupes. ¿Qué dijo él?

—Nada, señora. Solo me pidió que no se lo contara a nadie más. Y se quedó un rato mirando su puerta.

Eso fue una sorpresa, ese hombre no reaccionaba a nada.

—¿Mi puerta?

—Sí, señora. Como si quisiera entrar, pero no se atreviera.

Sofía masticó esa información mientras mordisqueaba el queso. Kaelen, el Carnicero de las Montañas Negras, plantado ante su puerta como un adolescente indeciso. La imagen era tan absurda que casi le arrancó una sonrisa.

—Bueno —dijo—. Supongo que hoy tengo trabajo. Las obras del patio, los cimientos, el pozo. Habrá que empezar.

Salió de la cama esperando encontrar algo de ropa más cómoda esta vez y algo con lo que no pareciera un cupcake de fresa.

—¿Quiere que la ayude a vestir, señora?

No, no quería, pero ese era el trabajo de Lina.

—Sí, pero antes... Lina, ¿tú sabes algo de los símbolos que hay en las mazmorras? ¿Los de la celda con la puerta de hierro?

Lina palideció.

—¿Ha bajado ahí, señora?

Iba a tener que dejar de preguntar, cada vez que lo hacía, alguien se asustaba.

—Ayer. Con el señor Kaelen.

Lina se puso tan seria que le dio hasta miedo.

—No debería haberlo hecho, señora. Ese lugar... está maldito. Mi abuela contaba historias. Decía que ahí abajo encerraron a un hechicero, hace muchos años, y que antes de morir grabó algo en la pared. Algo que no debería haber grabado. Algo que espera.

El cerebro de Sofía recopió la información e hizo sonar las alarmas después por todo lo que le explicaba.

—¿Espera? ¿El qué?

—No lo sé, señora. Nadie lo sabe. Pero mi abuela decía que cuando alguien tocara esos símbolos, algo despertaría. Algo que llevaba siglos dormido.

Sofía recordó la sensación de la piedra gritando, el torrente de información, las palabras del hombre que había grabado aquellos símbolos. *La que viene de fuera reconocerá el camino*.

—Demasiado tarde —murmuró.

—¿Cómo dice, señora?

—Nada. Vísteme, Lina. Tenemos un castillo que reparar.

El patio de armas era un hervidero de actividad cuando Sofía llegó. Borin estaba ya allí, con un grupo de peones que descargaban sacos de cal de un carro. Al verla, el viejo cantero levantó una mano en lo que podría ser un saludo.

—¡Lady Elara! ¿Ha dormido bien?

Sofía sonrió.

—Como un lirón, Borin. ¿Qué tenemos?

El hombre señaló la cal con un orgullo que bien podría ser su hijo haciendo su primer dibujo en vez de un montón de tierra.

—La cal que pidió. Llegó esta mañana de las canteras del sur. Mejor calidad que la nuestra. Y he traído a dos aprendices que saben trabajar el mortero.

Sofía examinó los sacos, abriendo uno para comprobar el grano. La cal era efectivamente mejor, más fina, con menos impurezas. Aprobó con un movimiento de cabeza.

—Bien. Empezaremos por las grietas del suelo. Hay que limpiarlas bien, quitar todos los restos sueltos, y luego inyectar el mortero a presión. ¿Tenéis cánulas?

—¿Cánulas?

—Tubos. Para introducir el mortero en las grietas finas. Si no, se quedará en la superficie y no sellará bien.

Borin la miró con respeto renovado.

—Nunca había oído eso.

—Es un método de mi tierra. Funciona.

La sonrisa de Borin le dijo que tenía una idea para solucionar eso. Y así, sin más, el trabajo los envolvió como si nada.

Las siguientes horas fueron una mezcla de instrucciones, prueba y error, y momentos de comedia absoluta. Los aprendices de Borin, dos muchachos de no más de dieciséis años, la miraban como si hablara en otro idioma —que, técnicamente, era cierto— pero seguían sus órdenes con una mezcla de obediencia y curiosidad.

El problema fue cuando llegó el momento de inyectar el mortero en la primera grieta.

—Más despacio —dijo Sofía—. Tienes que dejar que penetre, no embutirlo a la fuerza.

—¡Pero si no entra, lady Elara!

—Porque lo estás metiendo demasiado rápido. El aire no tiene tiempo de salir. Hazlo despacio, en movimientos circulares.

El chico la miró como si le hubiera pedido que bailara una jota. A su lado, el otro aprendiz soltó una risita que intentó disimular tosiendo.

—¿Te parece gracioso? —preguntó Sofía.

—No, lady Elara. Es que... bueno, lo de los movimientos circulares...

Sofía cayó en la cuenta. Miró al chico, que se estaba esforzando por no reír, y luego al otro, que había enrojecido hasta las orejas. Soltó un suspiro.

Hombres.

Fornidos y calientes hombres pensando en sexo. Malditos fueran todos.

—Esto es un trabajo serio. Las grietas de los cimientos no son una broma. Si no las sellamos bien, cuando llegue la guerra os lloverán piedras en la cabeza. ¿Os parece gracioso eso? —preguntó intentando no reírse.

Los chicos negaron con la cabeza, repentinamente serios.

—Pues entonces, concéntrate y haz lo que te digo. Despacio. En círculos. Y sin pensar en cochinadas.

Borin, que había observado la escena desde la distancia, se acercó con una sonrisa maliciosa.

—Tiene mano con los jóvenes, lady Elara.

—Tengo mano con los obreros. Da igual la edad. En mi tierra, los llamaba "cerebros de pollo" cuando se despistaban. Pero aquí no sé si la expresión funciona.

Borin parecía divertido con el término.

—Probablemente no —admitió Borin—. Los pollos son sagrados para la diosa de la fertilidad.

—Por supuesto que lo son.

A mediodía, cuando el sol alcanzaba su punto más alto, Sofía ordenó un alto para comer. Los hombres se sentaron en círculo alrededor del pozo hundido, compartiendo pan, queso y unas tiras de carne seca que había que masticar con paciencia. Sofía se unió a ellos, rechazando el gesto de Borin de ofrecerle un sitio aparte.

—Aquí se come con los hombres, Borin. En mi tierra, las arquitectas no tienen trono de comedor.

—Es un mundo extraño ese del que viene, lady Elara.

—Mucho.

Fue entonces cuando apareció Kaelen.

Sofía lo vio cruzar el patio con su paso largo y silencioso, esquivando los montones de escombros con una elegancia que no pegaba nada con su tamaño. Los hombres se pusieron tensos al verlo, pero él ignoró sus saludos y se dirigió directamente hacia ella.

—Lady Elara.

—Señor Kaelen.

Se miraron. Sofía notó que él tenía ojeras, como si no hubiera dormido bien. También notó que la miraba de una manera diferente, más intensa, más... inquisitiva.

—¿Puedo hablar con usted a solas?

La pregunta era: ¿podía negarse?

—Claro.

Se levantó, limpiándose las manos en el delantal de cuero que Lina le había proporcionado, y lo siguió hasta un rincón apartado del patio, junto a la muralla. Desde allí se veía todo el trabajo en marcha, los hombres comiendo, los sacos de cal apilados, las grietas parcialmente selladas.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Bajé a las mazmorras esta mañana. Antes del alba.

Sofía sintió un escalofrío.

—¿Y?

—El gato estaba allí. Me llevó a la celda. Y vi algo que no había visto ayer.

Eso era curioso porque el gato había dormido con ella. ¿Dos gatos? ¿Multiplicación? ¿Locura? ¿Gases tóxicos de algún pantano que hacía de alucinógeno?

Todo era posible.

—¿Qué? —preguntó tratando de entender lo que le decía.

No podía pensar tan rápido porque eran demasiadas cosas al mismo tiempo.

—Una figura grabada en la piedra. Una mujer. Con los brazos extendidos. Y debajo, unas runas.

—¿Qué decían?

Kaelen dudó. Por primera vez desde que lo conocía, Sofía lo vio inseguro. No asustado, no preocupado, sino genuinamente inseguro, como si no supiera cómo procesar lo que había visto.

—*La que viene de fuera. La que despierta. La que esperamos.*

El viento sopló entre ellos, trayendo el olor salitre del mar. Sofía se quedó muy quieta, sintiendo el peso de aquellas palabras.

Mierda. Santa y terrible mierda.

—¿Crees que hablan de mí?

Sí. Claro que sí.

—No lo sé. Pero los símbolos tienen mil años. Mil años, Elara. Y tú apareciste hace una semana.

—Me llamo Sofía —corrigió, aunque fuese una estupidez.

La palabra se le escapó antes de poder pensarlo. Kaelen la miró fijamente.

—¿Qué?

—Sofía. Me llamo Sofía. No Elara. Elara era la otra, la que se cayó del caballo y se mató. Yo soy Sofía, una arquitecta de Madrid y no tengo ni puta idea de cómo he llegado aquí ni por qué.

El silencio se alargó. Kaelen no parecía sorprendido. Tampoco parecía enfadado. Solo la miraba, como si estuviera encajando piezas en un rompecabezas que llevaba tiempo armando.

—Gracias —dijo al fin.

—¿Por qué?

—Por decírmelo. Podrías haber seguido mintiendo. Sé que dijiste que te llamaste Sofía, pero faltaba el resto. La realidad de que Elara estaba muerta. Que no era algo pasajero.

Sofía tragó saliva.

Sí, esa pobre mujer había muerto después de casarse con alguien al que le tenía un terror atroz.

—Ya no tiene sentido. Sabes que no soy ella. Los símbolos lo confirman. El gato lo confirma. Mis propios sueños lo confirman.

Era pragmática.

Elara le daba lástima, la pobre podría haber tenido una buena vida y no ese final tan abrupto. No obstante, ahora debía pensar en ella misma y en todo lo que tenía que hacer.

—El gato —repitió Kaelen—. ¿Tú también crees que el gato es importante?

Sí.

—El gato es lo más raro de todo esto. Y mira que hay competencia. Esta mañana estaba conmigo y contigo a la vez.

La sorpresa viajó por los ojos de Kaelen, quien comprendió que ese animal podía duplicarse o había más de uno.
Kaelen asintió lentamente. Luego, para sorpresa de Sofía, esbozó una media sonrisa.

—Sofía —dijo, probando el nombre—. Suena a otro mundo.

Ella se encogió de hombros.

—Lo es.

—Bienvenida a este lugar, Sofía. Ya que estás aquí, supongo que tendremos que apañárnoslas.

No era el hombre más cálido del mundo, eso había que reconocerlo.

—¿No vas a matarme? ¿Encerrarme? ¿Acusarme de herejía?

—No. Vas a arreglarme el castillo. Luego ya veremos.

Su pragmatismo a veces rozaba la pesadez y a Sofía le pesaban las manos imaginándose a ella misma golpeándolo con un candelabro. Era macabro, sin embargo, la idea se le hacía maravillosa.

Sofía no pudo evitar una sonrisa. Era una sonrisa pequeña, cansada, pero auténtica.

—Trato hecho.

Regresaron al grupo de trabajadores. Los hombres los miraron con curiosidad, pero nadie dijo nada. Sofía volvió a sentarse en el círculo y retomó su pan como si nada hubiera pasado.

Pero algo había pasado. Algo importante.

Había dejado de ser Elara. Había vuelto a ser Sofía.

Y Kaelen, el Carnicero de las Montañas Negras, sabía su nombre.

Esa noche, cuando volvió a sus habitaciones, el gato la esperaba en la cama. Esta vez no se sentó sobre su pecho, sino a los pies, como un guardián silencioso.

—¿Tú sabes algo de todo esto? —le preguntó Sofía.

El gato parpadeó.

—Claro que lo sabes. Todos lo saben menos yo.

El gato empezó a ronronear. Era un sonido profundo, vibrante, que parecía llenar la habitación entera.

—Eres un maldito enigma con patas —murmuró Sofía, acariciándole la cabeza—. Pero al menos no juzgas.

El gato cerró los ojos, satisfecho.

Y en algún lugar, muy abajo, en las profundidades de las mazmorras, los símbolos de la pared brillaron débilmente un instante.

La que viene de fuera.

La que despierta.

La que esperamos.

La piedra seguía esperando.

CAPÍTULO 5: LA NOCHE DE BODAS (QUE NO ES TAL)

Primera parte: Sofía

La cena fue un desastre culinario y social en partes iguales.

Sofía lo supo en cuanto cruzó las puertas del gran comedor, un espacio imponente de techos abovedados y paredes cubiertas de tapices descoloridos que representaban batallas cuyos nombres jamás recordaría. Una mesa larguísima de roble macizo ocupaba el centro, capaz de sentar a cincuenta personas, aunque aquella noche solo había cuatro comensales: Kaelen en la cabecera, ella a su derecha, el maestro Thurmond en el lado opuesto y un puesto vacío que, según le susurró Lina antes de desaparecer, correspondía al segundo al mando, Dain, "que nunca cena en el gran comedor porque prefiere hacerlo con sus hombres".

"Qué casualidad", pensó Sofía. "Yo también preferiría cenar con sus hombres antes que con este muermo de ambiente."

Porque el ambiente era, efectivamente, de muermo. De muermo congelado. De muermo glacial con posibles corrientes de aire ártico.

Comprendió que Dain era el segundo al mando y Varn el capitán de la guardia nocturna.

La cena transcurría en un silencio tan denso que se oía el chasquido de las velas al consumirse. Kaelen comía con una eficiencia militar que convertía cada bocado en una operación

táctica: cuchillo, tenedor, masticar, tragar, repetir. Thurmond, por su parte, parecía absorto en sus pensamientos, y de vez en cuando levantaba la vista para mirar a Sofía con una expresión que ella no lograba interpretar.

El único sonido era el roce de los cubiertos contra la loza y los ocasionales sorbidos del vino.

Sofía comenzó a preguntarse seriamente si en este mundo existía el concepto de "música ambiental" o, al menos, la posibilidad de arrastrar los pies para hacer algo de ruido blanco.

El plato que tenía delante era... bueno, digamos que interesante. Un guiso de carne oscura en una salsa espesa que parecía haber sido diseñada para durar semanas en el estómago de un guerrero. Había verduras, aunque resultaba imposible identificarlas debido al exceso de cocción y un pan moreno tan duro que Sofía sospechó que podría usarse como proyectil en caso de asedio.

—¿No tienes hambre? —preguntó Kaelen sin levantar la vista.

La voz del Lord la sacó de sus cavilaciones sobre el potencial balístico del pan.

—Sí, sí —mintió—. Es solo que... bueno, en mi tierra comemos más temprano. El cuerpo todavía está adaptado.

Mierda. Otra vez metiendo la pata con lo de "mi tierra". Tendría que aprender a controlar esa lengua suicida.

Pero Kaelen no reaccionó. Simplemente asintió y siguió comiendo como si nada.

Thurmond, en cambio, enarcó una ceja por encima de sus gafas. El anciano tenía una sonrisa que parecía decir "tranquila, yo guardo todos tus secretos, pero me entretiene verte retorcerte".

Menudo par.

—El guiso es de jabalí —dijo Thurmond, señalando el plato con su tenedor—. Cazado en el bosque del norte. La salsa lleva vino tinto de las cosechas del valle y especias que traen los mercaderes de más allá de las montañas. ¿En su tierra tienen jabalíes, lady Elara?

La pregunta era inocente, pero sus ojos brillaban con picardía. El muy cabrón estaba jugando con ella.

—Sí —respondió Sofía con cuidado—. Pero no suelo comerlos. Allí son... animales protegidos. O criados en granjas. Depende.

—Fascinante —murmuró Thurmond y volvió a su plato.

El silencio regresó, más denso si cabe. Sofía aprovechó para observar el comedor con más detalle, dejando que sus ojos de arquitecta hicieran el trabajo que su estómago se negaba a hacer con aquella comida.

El salón era impresionante desde el punto de vista constructivo. Los arcos de la bóveda eran de medio punto, sostenidos por columnas adosadas a las paredes que distribuían el peso de manera impecable. El arquitecto original sabía lo que hacía, eso era innegable. Pero había detalles que delataban siglos de modificaciones: una ventana tapiada aquí, un arco cegado allá, cambios en la dirección de las vigas del techo.

La historia del castillo estaba escrita en sus piedras, igual que los símbolos de las mazmorras. Solo había que saber leerla.

—La chimenea es del siglo pasado —dijo de repente, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

Kaelen levantó la vista.

—¿Qué?

Sofía señaló la enorme chimenea que ocupaba la pared norte, donde un fuego crepitaba luchando contra el frío de la noche.

—La chimenea. Es una reforma posterior. Originalmente, este salón se calentaba con braseros móviles. Alguien decidió construir una chimenea grande para dar más calidez, pero no tuvo en cuenta la ventilación. Por eso hay humedad en las esquinas. El tiro no tira bien.

Kaelen siguió su mirada hacia la chimenea, luego volvió a ella.

—¿Puedes arreglarlo?

Sofía parecía perdida en sus pensamientos.

—Probablemente. Habría que revisar el conducto de salida de humos, limpiarlo, quizás ensancharlo. Pero no es una prioridad. Primero las murallas, luego el pozo, luego las comodidades.

—Bien.

Y punto. Fin de la conversación.

Sofía suspiró internamente. Aquel hombre era un pozo de conversación. Un sumidero. Un agujero negro del que ni la luz escapaba.

—Señor Kaelen —intervino Thurmond, rompiendo el silencio—, mañana tendremos luna llena. Si la noche está despejada, ¿le gustaría observar las estrellas desde la torre? He recibido unos mapas astronómicos nuevos de la capital.

Kaelen dudó un momento.

—Tal vez.

—Lady Elara, ¿a usted le interesa la astronomía? —preguntó Thurmond con esa sonrisa que empezaba a resultarle familiar.

Astronomía… No era su fuerte, al menos conocer las constelaciones, pero resultaban bonitas mirarlas siempre que la contaminación lumínica de la ciudad lo permitiese.

—En mi tierra tenemos una frase —respondió Sofía—: "Mira menos las estrellas y más el suelo que pisas, no sea que te caigas en un pozo". Pero sí, me gusta mirar el cielo. En la ciudad no se ven tantas estrellas por la contaminación lumínica.

—¿Contaminación lumínica? —repitió Kaelen, frunciendo el ceño.

Sofía se maldijo internamente.

—Es... bueno, cuando hay muchas luces artificiales por la noche, las estrellas se ven menos. Como si las tapara un velo brillante.

Sofía se sentía cavando un foso más y más profundo y lo estaba haciendo ella sola con sus propias manos como si nada.

Fantástico.

—¿Luces artificiales?

—Farolas. Edificios iluminados. Carteles de neón. Ese tipo de cosas.

El silencio que siguió fue de una naturaleza diferente. Kaelen la miraba como si estuviera hablando en otro idioma, que técnicamente era el caso.

—Debe de ser un lugar muy extraño, su ciudad —dijo al fin.

Bueno, todos estaban escuchando y nadie se estaba sorprendiendo, lo que significaba que todos sospechaban que la Elara real había pasado a mejor vida y ella era lo que quedaba.

Bocazas y disfuncional.

—Lo es. A veces echo de menos el ruido. El tráfico, las sirenas, los vecinos discutiendo. Todo el mundo quejándose de todo. Aquí todo es tan... silencioso.

Y así lo era y más con estos hombres tan poco conversadores.

—El silencio es bueno —respondió Kaelen—. El silencio te permite oír al enemigo acercarse.

Práctico, por supuesto.

¿Gemiría en el sexo?

Se abofeteó mentalmente obligando a regresar a la conversación.

—El silencio me permite oír mis propios pensamientos —replicó Sofía—. Y créeme, no son buena compañía.

Por un instante, Kaelen sostuvo su mirada. Algo brilló en sus ojos grises, algo que podría haber sido comprensión o podría haber sido simple curiosidad. Luego bajó la vista y volvió a su comida.

—Termina de cenar —dijo—. Mañana será un día largo.

Sofía obedeció, aunque el guiso de jabalí no mejoró con las masticaciones adicionales. De postre sirvieron una especie de natillas especiadas que, para su sorpresa, estaban realmente buenas. Canela, pensó. O algo parecido. Y miel. Mucha miel.

Cuando por fin la cena terminó, Sofía se levantó con alivio. Kaelen hizo ademán de acompañarla, pero ella levantó una mano.

—Sé volver sola. No hace falta que me escoltes como si fuera una prisionera.

—No es una escolta. Es cortesía.

—Pues no hace falta. De verdad. Conozco el camino.

Kaelen dudó, pero asintió.

—Como quieras.

Sofía se despidió de Thurmond con una inclinación de cabeza y salió del comedor sintiendo que había esquivado una bala. El pasillo estaba oscuro, iluminado apenas por antorchas colocadas a

intervalos regulares, pero ella conocía el camino de vuelta a sus habitaciones. O eso creía.

Veinte minutos después, estaba perdida.

Completamente, absolutamente, vergonzosamente perdida.

—Esto no es mi pasillo —murmuró, mirando a su alrededor—. Esto no es mi pasillo en absoluto.

El corredor en el que se encontraba era más estrecho que los demás, con el techo más bajo y las paredes de una piedra más oscura. No había antorchas, solo la luz tenue de la que había cogido de un soporte antes de adentrarse en aquel laberinto. El suelo estaba cubierto de una capa de polvo que sugería que nadie pasaba por allí desde hacía años.

—Genial. Voy a morir aquí, en un pasillo olvidado de un castillo de otro mundo, y mi madre nunca sabrá lo que me pasó. Pensará que estoy en coma en algún hospital.

Siguió avanzando, buscando una puerta, una escalera, cualquier cosa que le indicara dónde estaba. Las paredes, al contacto con su mano libre, le susurraban historias de sirvientes que usaban aquel pasaje para ir a las cocinas sin ser vistos, de amores clandestinos en rincones oscuros, de un niño que se perdió aquí y lloró hasta que alguien lo encontró.

—Gracias, piedra, por los datos inútiles —susurró—. Pero lo que necesito es una puta salida.

Finalmente, después de lo que le parecieron horas, encontró una puerta. Empujó con cuidado, esperando lo peor, y se encontró...

En la cocina.

Una cocina enorme, con fogones de piedra, ollas de cobre colgando de las paredes y una larga mesa de madera en el centro. Y en esa mesa, un hombre con delantal de lino y cara de no haber dormido en una década la miraba con los ojos como platos.

—¿Lady Elara? —preguntó.

Sofía suspiró de alivio.

—Sí. Soy yo. Perdone la intromisión. Me he perdido.

El cocinero, porque aquel hombre solo podía ser el cocinero, parpadeó varias veces, como si su cerebro estuviera procesando la información a cámara lenta.

—¿Perdida, mi lady?

—Sí. Los pasillos de este castillo son un laberinto. ¿Podría indicarme cómo llegar a las habitaciones de la dama?

El cocinero asintió lentamente y señaló una puerta al fondo.

—Por ahí, mi lady. Sube las escaleras, gira a la derecha en el primer cruce, luego a la izquierda en el segundo, y luego... bueno, luego ya pregunta a alguien. Yo nunca he ido a esas habitaciones.

Genial, iban a tener que poner mapas con una marca de "usted está aquí" en cada pasillo.

—Gracias. Muchas gracias.

Sofía salió por la puerta indicada y siguió las instrucciones al pie de la letra. Subió escaleras, giró a la derecha, giró a la izquierda, y se encontró...

En el patio de armas.

—No jodas —murmuró.

El patio estaba desierto a aquellas horas, bañado por la luz de una luna casi llena que plateaba las piedras. En el centro, el agujero del pozo seguía abierto, rodeado de cuerdas y cubos que los obreros habían dejado al terminar la jornada.

Sofía se dejó caer en el brocal del pozo, lo que quedaba de él y se cubrió la cara con las manos.

—Esto es una pesadilla. Esto es una puta pesadilla y voy a despertar en mi cama de Malasaña con el móvil sonando y mi madre preguntándome qué quiero para comer el domingo.

No despertó.

—¿Señora?

Levantó la vista. Lina estaba frente a ella, con una vela en la mano y una expresión de preocupación en el rostro.

—¿Lina?

Nunca se había alegrado tanto de ver a alguien en toda su vida.

—La he estado buscando por todas partes, señora. La cena terminó hace más de una hora y no volvía a sus habitaciones. El señor Kaelen ha mandado a los hombres a buscarla por el castillo.

Oh dios, no. Esos soldados sabrían que era una estúpida que había rechazado la compañía de Kaelen para perderse entre aquellos muros. Solo podía huir o fingir tenerlo todo bajo control.

—Pues diles que vuelvan. Estoy aquí. Perdida en el patio de armas como una idiota.

La sinceridad a veces le resultaba pesada, pero no podía evitar ser terriblemente sincera.

Lina se acercó y le ofreció la mano.

—Vamos, señora. La llevo yo. Este castillo es un laberinto si no se conocen los pasillos de servicio.

Sofía aceptó la mano y se dejó guiar. Lina conocía el camino a la perfección: atravesaron una puerta que parecía un armario, subieron unas escaleras que nadie usaría para nada, cruzaron un pasadizo estrechísimo y de repente estaban en el corredor principal, frente a la puerta de sus habitaciones.

—¿Cómo...?

—Pasillos de servicio, señora. Los usan los sirvientes para moverse sin molestar a los nobles. Conozco todos.

—Eres un ángel, Lina. Un ángel enviado por los dioses para salvarme del ridículo.

Lina rio suavemente.

—No es para tanto, señora. Cualquiera se pierde aquí al principio.

—Llevo cuatro días aquí. Debería saber moverme ya.

—Lleva cuatro días inconsciente o trabajando, señora. No se preocupe.

Sofía entró en sus habitaciones y se dejó caer en la cama. El gato, que dormía a los pies, levantó la cabeza, la miró con desprecio y volvió a cerrar los ojos.

—Menuda ayuda —murmuró Sofía.

Lina la ayudó a desvestirse y a ponerse el camisón de lino. Cuando por fin se quedó sola, a oscuras, con el gato ronroneando a sus pies, Sofía se permitió un momento de debilidad.

Su madre. Su piso. Sus plantas. Su café por las mañanas. El ruido de la calle. Las llamadas de teléfono que siempre interrumpían en el peor momento. Todo eso había desaparecido.

Y estaba aquí, en un castillo de otro mundo, casada con un señor de la guerra que la miraba como si fuera un rompecabezas, descubriendo que podía hablar con las piedras y que había un gato mágico que aparecía y desaparecía a su antojo.

—En mi próxima vida, voy a pedir ser más sencilla —susurró—. Una planta. Una piedra. Algo que no tenga que pensar.

El gato ronroneó más fuerte, como si se riera de ella.

Segunda parte: Kaelen

Kaelen no podía dormir.

Llevaba horas dando vueltas en la cama, una costumbre que odiaba porque le recordaba a cuando era niño y tenía pesadillas con la muerte de su madre. Ahora las pesadillas eran diferentes: caras de enemigos muertos, batallas perdidas, el fuego descontrolado de su propia maldición devorándolo todo.

Pero esta noche la pesadilla tenía ojos color avellana y una sonrisa irónica.

Se levantó de un salto, frustrado. La luna entraba por la ventana de su habitación, bañando la estancia con una luz plateada que hacía que todo pareciera irreal. Su habitación era espartana: una cama, un arcón con su ropa, una mesa con mapas, una estantería con libros de estrategia. Nada personal. Nada que lo delatara como ser humano.

Porque Kaelen no estaba seguro de seguir siendo humano.

Se vistió con una túnica oscura y salió al pasillo. El castillo estaba en silencio, sumido en el sueño de sus habitantes. Los guardias conocían sus rondas nocturnas y no se sorprendían al verlo aparecer en las murallas o en el patio a horas intempestivas.

Pero esta noche no quería murallas. Esta noche quería... no sabía qué quería.

Sus pies lo llevaron, casi sin querer, hacia las habitaciones de ella.

Se detuvo ante la puerta, como había hecho la noche anterior. No se oía nada del otro lado. Ningún ruido. Ninguna respiración. Ningún murmullo de sueños.

Apoyó la mano en la madera, sintiendo la frialdad de la talla bajo sus dedos. ¿Qué hacía allí? ¿Qué esperaba encontrar? No lo sabía. Solo sabía que, desde que ella había llegado, algo en su interior se había desplazado. Como una piedra que llevaba años en equilibrio y de repente alguien la había movido un milímetro.

Era una sensación incómoda. No le gustaban los cambios. No le gustaba lo que no podía controlar.

Y ella era todo lo que no podía controlar.

—Mi lord.

La voz susurrante lo sobresaltó. Se volvió y vio a Lina, la doncella, que lo miraba con una mezcla de sorpresa y aprensión.

—Lina.

—¿Necesita algo, mi lord? ¿Quiere que despierte a la señora?

No, eso no. Demostraría que merodeaba como un fantasma por sus aposentos y eso le haría parecer… Ridículo.

—No. No la despiertes.

Dudó un momento. Lina seguía mirándolo, esperando.

—¿Ella...? ¿Está bien?

—Sí, mi lord. Descansa. Aunque... bueno, esta noche se perdió por el castillo. Tuve que ir a buscarla al patio de armas.

Levantó una ceja, divertido. La misma Sofía que le había asegurado que sabía el camino a sus aposentos.

Interesante.

—¿Se perdió?

—Sí, mi lord. El castillo es grande. Cuesta orientarse al principio.

Kaelen asintió lentamente. La imagen de ella perdida, vagando por los pasillos oscuros, le provocó algo que no supo identificar. ¿Preocupación? ¿Diversión? ¿Las dos cosas?

—Gracias, Lina. Buenas noches.

—Buenas noches, mi lord.

Lina desapareció por el pasillo, dejándolo solo ante la puerta. Kaelen dudó un momento más, luego se obligó a alejarse.

Necesitaba despejar la mente.

Bajó a las mazmorras.

No sabía por qué. Quizás porque era el lugar más alejado de ella, el único rincón del castillo donde no resonaban sus palabras ni su risa. O quizás porque necesitaba ver los símbolos otra vez, asegurarse de que eran reales, de que no los había imaginado.

La escalera de caracol estaba igual de oscura y húmeda que siempre. Cuando llegó a la sala circular, esperaba encontrar al gato, pero no había rastro de él. Solo el silencio y las puertas de las celdas, cerradas como tumbas.

Entró en la celda de los símbolos. La luz de su antorcha iluminó las paredes, los grabados, la figura de la mujer con los brazos extendidos.

Y entonces la piedra le habló.

No como a ella, no con palabras ni visiones. Fue más como una sensación, un escalofrío que le recorrió la espalda, un susurro en el borde de su conciencia.

Fuego, decía la piedra. *Fuego que quema. Fuego que destruye. Pero también fuego que forja. Fuego que limpia.*

Kaelen retrocedió, alejándose de la pared.

—¿Qué quieres? —preguntó en voz alta.

Silencio.

Pero entonces, desde la oscuridad de la escalera, llegó un maullido. El gato apareció en el umbral de la celda, con sus ojos amarillos brillando a la luz de la antorcha. Se sentó y lo miró.

El mismo gato que sabía que estaba durmiendo en los pies de Sofía.

—Tú sabes algo —dijo Kaelen—. Tú sabes quién es ella. Tú sabes por qué está aquí.

El gato parpadeó lentamente.

—Necesito respuestas. No puedo proteger este castillo si no entiendo lo que está pasando. No puedo protegerla a ella.

La palabra "proteger" le supo extraña en la boca. ¿Desde cuándo le importaba proteger a alguien que no fuera su gente, su castillo, su maldito honor?

Desde que ella había llegado, contestó una voz en su interior. Desde que lo había mirado sin miedo y le había dicho que no era una herramienta.

El gato se levantó, se acercó a él y se restregó contra sus piernas. Era un gesto extrañamente amistoso, completamente opuesto a la actitud de superioridad que había mostrado con Sofía. Como si el animal supiera que Kaelen necesitaba algo diferente.

Kaelen se agachó y, tras dudar un momento, acarició la cabeza del gato. El animal ronroneó, un sonido profundo y vibrante que parecía llenar la celda.

—No sé qué hacer —murmuró Kaelen—. No sé quién es. No sé qué significa todo esto. Solo sé que no quiero que le pase nada malo.

El gato levantó la cabeza y lo miró. Por un instante, Kaelen juraría que había visto algo parecido a la aprobación en sus ojos amarillos.

Luego el gato se separó de él, se dirigió a la pared de los símbolos y apoyó una pata en la figura de la mujer. La piedra brilló débilmente, solo un instante, pero suficiente para que Kaelen lo viera.

La que viene de fuera.

La que despierta.

La que esperamos.

—¿Ella es la que esperan? —preguntó Kaelen—. ¿Para qué?

El gato no respondió. Pero cuando Kaelen salió de la celda, lo siguió. Y cuando subió las escaleras, lo siguió. Y cuando llegó a la planta principal, lo siguió.

—¿Vas a acompañarme ahora?

El gato bostezó, mostrando los colmillos.

—Como quieras.

Caminaron juntos por los pasillos del castillo, el hombre y el gato, bajo la luz de la luna. Llegaron a la puerta de las habitaciones de Sofía y el gato se sentó, mirando la madera.

—¿Quieres entrar?

El gato no se movió.

Kaelen suspiró. Abrió la puerta con cuidado, apenas un resquicio, y el gato se coló dentro como una sombra. Desde el interior llegó un ronroneo satisfecho.

Kaelen sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero estaba ahí.

—Cuídala —susurró—. No sé por qué, pero cuídala.

Cerró la puerta y se alejó por el pasillo, hacia sus propias habitaciones. Por primera vez en muchas noches, sintió que podría dormir.

Cuando Sofía despertó a la mañana siguiente, el gato estaba en su pecho, mirándola con esa expresión de superioridad que ya

empezaba a resultarle familiar.

—Otra vez tú —murmuró.

El gato ronroneó.

—¿Sabes qué? Me rindo. Eres mi gato ahora. Te llamaré... Bigotes. No, espera, Bigotes es un nombre ridículo para un bicho tan enorme. Te llamaré Sombra. O Tinieblas. O Azabache.

El gato parpadeó, claramente ofendido.

—¿No te gusta? Pues lo siento. Aquí mando yo. Te llamarás... Gato. A secas. Gato con mayúsculas.

El gato —Gato, a partir de ahora— cerró los ojos con un suspiro que parecía decir "los dioses me castigan con esta humana".

Lina entró con el desayuno y encontró a Sofía acariciando al animal.

—¿Todavía sigue aquí?

—Parece que se ha mudado. Gato, te presento a Lina. Lina, te presento a Gato. Haced las paces.

Lina rio.

—Es usted muy rara, señora.

Decidió tomárselo como un cumplido.

—Lo sé. Y en este mundo, eso es un problema. Pero mientras pueda arreglar castillos, supongo que me tolerarán.

Desayunó con más apetito que los días anteriores. El pan seguía siendo duro, el queso seguía siendo fuerte, la infusión seguía sabiendo a hierbas. Pero por primera vez desde que había llegado, Sofía sintió que aquello podría convertirse en algo parecido a una rutina.

Luego recordó los símbolos de las mazmorras, las palabras de Thurmond, la guerra que se avecinaba. Y la rutina se desvaneció.

—Vamos, Gato —dijo, levantándose—. Tenemos un castillo que salvar.

El gato saltó de la cama y la siguió hacia la puerta.

Lina los miró alejarse, negando con la cabeza.

—Este castillo se ha vuelto loco —murmuró—. Completamente loco.

Pero sonreía.

CAPÍTULO 6: EL FANTASMA EN LA FORTALEZA

Los días siguientes adquirieron una cadencia extraña que Sofía comenzó a identificar como su nueva normalidad.

Despertar con Gato en el pecho, con su peso reconfortante y su ronroneo vibrante que le hacía vibrar las costillas como si tuviera un motor de lavadora dentro. Desayunar el pan moreno y el queso curado mientras Lina parloteaba sobre los chismes del castillo, "el comandante Dain ha vuelto a discutir con el cocinero por la calidad de la carne y dicen que el maestro Thurmond ha recibido un paquete misterioso de la capital y ¿sabe, señora, que el soldado joven ese, el que se ríe siempre, le ha escrito una carta a una chica del valle?".

Se estaba volviendo loca con tanto nombre.

Bajar al patio de armas y pasar las horas mezclando cal, dirigiendo a los obreros y discutiendo con Borin sobre la mejor manera de reforzar los contrafuertes. Comer con los hombres al mediodía, escuchando sus historias de batallas y sus chistes groseros que harían sonrojar a una monja de clausura. Cenar en el gran comedor con Kaelen y Thurmond, en ese silencio incómodo que ella intentaba llenar con observaciones arquitectónicas que nadie le había pedido. Y luego, invariablemente, perderse por los pasillos del castillo hasta que Lina la rescataba.

Porque sí, seguía perdiéndose.

Había dejado caer sutilmente que pusieran un pergamino con un mapa aquí o allá y nada.

Ni caso.

Desconsiderados.

—No es normal —murmuró al quinto día, apoyada contra una pared del corredor de servicio número quien-sabe-cuál—. He trabajado en obras más grandes que este castillo. He dirigido equipos de treinta personas en edificios del siglo XII. Una vez coordiné la restauración de un convento con cuarenta y siete habitaciones y un claustro laberíntico y no me perdí ni una sola vez. ¿Cómo puede costarme tanto encontrar mis putas habitaciones?

Gato, que la acompañaba en sus expediciones nocturnas con una paciencia felina que bordeaba el desprecio, maulló suavemente. Un maullido que en lenguaje gatuno significaba claramente "porque eres una inútil, pero te quiero".

—A ti te resulta fácil —le reprochó Sofía, señalándolo con el dedo —. Tú apareces y desapareces como si fueras un fantasma. Te vi en mis habitaciones y en las mazmorras al mismo tiempo. Eso no es normal. Eso es... no sé qué es, pero no es normal.

Gato se lamió una pata con aire de suficiencia, como diciendo "tú preocúpate de tus limitaciones humanas y déjame a mí con mis habilidades sobrenaturales".

—Ya, ya lo sé. Soy una inútil. Tú ganas.

Empujó la puerta más cercana, una de esas puertas bajas que parecían diseñadas para que los sirvientes pasaran sin ser vistos y que a ella le obligaban a agacharse como si estuviera haciendo sentadillas y se encontró en una estancia que no había visto antes.

La primera impresión fue abrumadora. Era pequeña, circular, con estantes de madera que cubrían las paredes de suelo a techo. Estantes llenos de libros. Cientos de libros. Miles, quizás. Algunos

eran tomos enormes, encuadernados en cuero oscuro con lomos decorados en oro. Otros eran pergaminos enrollados que asomaban de cestas de mimbre. Otros eran cuadernillos pequeños, casi cuadernos, apilados en montones que amenazaban con derrumbarse al mínimo estornudo.

Olía a papel viejo, a tinta, a polvo y a algo más. A magia, pensó Sofía. Aunque probablemente solo fueran los posos de las infusiones que Thurmond debía tomar allí a todas horas.

—¿Dónde...?

—Mis dominios, lady Elara —dijo una voz conocida desde las sombras—. O debería decir, ¿Sofía?

Thurmond apareció entre dos estanterías con una vela en la mano y una sonrisa en los labios. Su barba blanca parecía flotar en la penumbra, dándole un aire de mago de cuento infantil. De esos magos que en las películas siempre resultan ser más sabios de lo que parecen, pero que también esconden un par de trucos bajo la manga.

Como Gandalf el gris.

O el blanco cuando el viejo muere en la primera película y reaparece como dios todopoderoso.

—Maestro Thurmond —Sofía suspiró de alivio, dejando escapar todo el aire que no sabía que estaba conteniendo—. Menos mal. Estaba perdida. Otra vez.

Ya no era una sorpresa para nadie que tenía menos orientación que un topo a plena luz del día.

—Lo sé. Lina viene a buscarla a mi biblioteca cada dos noches. He empezado a preparar té para cuando llega. Manzanilla, por si le interesa. Relaja los nervios y ayuda con la orientación espacial, aunque en su caso dudo que haya infusión bastante fuerte.

Está gente tenía un problema serio con las hierbas. Cualquier día veía alguno alucinando con alguna hierba interesante.

—Qué vergüenza —murmuró Sofía, dejándose caer en una silla que apareció milagrosamente despejada entre montones de pergaminos—. Soy arquitecta, ¿sabe? Debería tener sentido de la orientación. Es parte del trabajo. Como los carpinteros y la madera. O los fontaneros y el agua. O los...

—Los castillos no son como las ciudades —la interrumpió Thurmond con suavidad, acercándole una taza humeante—. Están diseñados para confundir. Para que los invasores se pierdan. Para que los defensores conozcan atajos que los atacantes ignoran. Su falta de orientación no es un defecto personal, es una característica arquitectónica.

Quiso reír.

—Eso suena a excusa barata.

—Las mejores verdades suelen vestirse de excusas baratas. Como los nobles que se visten de campesinos para ir de putas. Perdone la crudeza, pero es cierto.

Sofía se atragantó con el té escupiéndolo. Thurmond la miró con una sonrisa maliciosa.

—¿Le sorprende que un anciano como yo hable de esas cosas?

—Me sorprende que alguien en este castillo hable de algo que no sean grietas, murallas o estrategias de guerra.

—Oh, querida Sofía —Thurmond se sentó frente a ella con un suspiro que hizo crujir sus viejos huesos—. He vivido setenta años. He visto más batallas de las que usted puede imaginar, he curado más heridas de las que puedo recordar y he escuchado más confesiones en lechos de muerte que cualquier sacerdote. Si hay algo que he aprendido es que la vida no son solo deberes y obligaciones. La vida también es... Esto.

Señaló la biblioteca con un gesto amplio. Los libros, los pergaminos, las velas flotantes, Sofía aún no había superado lo de las velas flotantes a lo gran comedor Harry Potter, pero decidió no preguntar, el gato que se había enroscado a sus pies.

—La vida es conocimiento. Y risas. Y buen té. Y gatos que aparecen de la nada.

Gato maulló, como si estuviera de acuerdo.

Sofía bebió otro sorbo de té. Era diferente a la infusión del desayuno, más especiada, con un toque de miel y algo que le recordó al té chai de su mundo. Cerró los ojos un instante, dejando que el calor le recorriera el cuerpo. Por un momento, si ignoraba el olor a pergamino antiguo y el hecho de que las velas flotaban, podría haber estado en cualquier cafetería de Madrid.

Pero no lo estaba. Y Thurmond lo sabía.

—¿Cómo sabe que me llamo Sofía? Se sospechaba que no soy Elara, pero todavía no había dicho mi nombre real… —preguntó sin abrir los ojos.

Solo a Kaelen.

—Porque soy un viejo sabio y los viejos sabios lo saben todo —respondió Thurmond con esa sonrisa que ya empezaba a resultarle familiar—. También porque Kaelen me lo contó. Días antes de que tú lo dejaste entrever en la mesa comiendo y hablando de contaminación lumínica.

Ah bueno, había intentado hacerse el interesante, pero tenía un chivato.

Sofía abrió los ojos de golpe.

—¿Kaelen te contó...?

—Que no eres Elara. Que vienes de otro mundo. Que te llamas Sofía y eres arquitecta. Que tienes un gato mágico que aparece en

dos sitios a la vez. Que hablas con las piedras. Sí, todo eso. Tú dejaste entrever todo y él rellenó todos los huecos del rompecabezas.

—¿Y usted qué hizo?

—Le ofrecí un té y le dije que ya lo sabía. Se quedó bastante desconcertado. Creo que esperaba una reacción más... dramática. Quizás que me desmayase o que lo acusase de herejía o que saliera corriendo a contárselo a los sacerdotes. En lugar de eso, le pregunté si quería azúcar.

Hombre, la idea de no ser quemada en la hoguera era bastante reconfortante.

Sofía imaginó la escena: Kaelen, con su cara de pocos amigos, confesando el secreto a Thurmond con esa mezcla de incomodidad y responsabilidad que parecía ser su estado natural y el anciano respondiendo con una taza de té y una pregunta sobre el azúcar. No pudo evitar reír.

—Debe de haberle sentado como un puñetazo en la entrepierna.

Se lo imaginaba.

—Oh, sí. Estuvo sin hablarme dos días enteros. Bueno, sin hablarme más de lo normal, que ya es decir. Pero luego volvió a preguntarme sobre usted. Sobre su mundo. Sobre si creía que era peligrosa.

—¿Y qué le dijo?

—Que era la cosa más interesante que había entrado en este castillo en sesenta años. Y que, si él tuviera dos dedos de frente, la mantendría cerca. Muy cerca.

Sofía enrojeció. Maldita piel blanca de Elara que no ocultaba nada. Podía sentir el calor subiéndole por las mejillas, por las orejas, por el cuello. Gato, desde el suelo, emitió un ronroneo que sonaba sospechosamente a risa.

—No creo que Kaelen quiera mantenerme cerca por... Por eso.

—¿Por qué cree que la mantiene, entonces?

—Porque arreglo el castillo. Porque soy útil. Porque soy una herramienta, como él mismo dijo. Y porque probablemente piensa que, si me pierdo una vez más, voy a caerme por un acantilado y entonces tendrá que buscar a otra arquitecta de otro mundo, y no creo que haya muchas.

Thurmond la miró por encima de sus gafas con esa expresión que Sofía empezaba a conocer bien: la de un hombre que sabe más de lo que dice y disfruta viendo a los demás retorcerse como gusanos en un anzuelo.

—Los hombres como Kaelen no llaman "herramienta" a lo que realmente les importa —dijo lentamente, saboreando cada palabra —. La llaman "herramienta" para engañarse a sí mismos. Para convencerse de que pueden controlarlo. Para no admitir que han perdido el control. Es como cuando un niño llama "amigo" a su osito de peluche, pero en realidad es mucho más que eso.

La analogía fue lo más simpático que hubiera podido escuchar en mucho tiempo y más teniendo en cuenta que Kaelen no parecía un osito de peluche en absoluto.

“Si eso es un oso de peluche, yo soy Superman”, pensó.

—¿Está comparando a Kaelen con un niño y a mí con un osito de peluche? —preguntó bastante sorprendida.

Pero Thurmond no parecía para nada impresionado, es más, parecía completamente convencido de sus palabras.

—Si el zapato te queda, póntelo.

Sí. Y si el hacha corta, huye.

Sofía resopló.

—Kaelen no ha perdido el control de nada. Kaelen es el hombre más controlado que he conocido en mi vida. En mi otra vida también y eso que conocí a un jefe de obra que planificaba sus viajes al baño con dos semanas de antelación.

Daba hasta miedo, aunque Sofía se lo imaginaba en su mundo, seguramente sería un CEO de esos de libros de romance que tanto le gustaban. Sexy, peligroso y con una habitación roja.

Sofía se sonrojó sin poderlo evitar.

—¿Ve? Eso es control. Lo de Kaelen es otra cosa. Lleva diez años sin dirigirle la palabra a nadie que no sea Dain o yo. Diez años, Sofía. De repente, aparece una mujer que le discute, que le lleva la contraria, que le habla de cimientos y morteros y que, para colmo, resulta ser el cumplimiento de una profecía de mil años. Y él, en lugar de encerrarla en una torre o entregarla a los sacerdotes, le da el control de las obras del castillo, le pide que se quede a cenar y merodea por la noche frente a su puerta como un adolescente enamorado. Eso, querida Sofía, es perder el control de una manera espectacular.

"Mierda, ¿y si eso es síntoma de demencia? ¿Esta gente sabrá lo que es el deterioro cognitivo?", pensó.

Sofía abrió la boca para replicar, pero no le salieron las palabras. Porque Thurmond tenía razón. Maldita sea, tenía razón.

—¿Merodea por la noche frente a mi puerta? —consiguió articular al fin.

—Lina me lo ha contado. Dice que lo ha visto varias veces. Ahí plantado, mirando la madera, con una expresión que ella describe como "de cordero degollado". No se me ocurre mejor comparación.

O de acosador perturbado, aquí romantizaban cualquier cosa.

—Pero... ¿por qué?

—¿Por qué cree? Porque le importa. Porque no sabe qué hacer con eso. Porque lleva tantos años sin sentir nada que ahora que siente algo, no sabe cómo procesarlo. Así que se queda ahí, como un pasmarote, esperando que la madera le dé las respuestas.

Qué forma tan romántica de mostrar sus sentimientos… Un acosador en su puerta, esa noche iba a dormir con un cuchillo debajo de la almohada.

Sofía se llevó la taza a los labios para ocultar la sonrisa que amenazaba con asomarse. Kaelen, el Carnicero de las Montañas Negras, el hombre que había matado veintitrés hombres en una batalla, plantado frente a su puerta como un adolescente. La imagen era tan absurda que casi le hacía olvidar el resto.

—¿Y usted qué cree que significa la profecía? —preguntó al fin, cambiando de tema antes de que su corazón decidiera salirse del pecho—. Lo de "la que viene de fuera", "la que despierta", "la que esperamos". ¿Qué se supone que debo despertar?

Thurmond se reclinó en su silla, entrelazando los dedos sobre el estómago con una expresión pensativa. Las velas flotantes parpadearon, como si hubieran entendido la gravedad de la pregunta.

—¿Ha notado algo diferente en sus visiones últimamente?

Sofía dudó. Desde que había empezado a trabajar en las obras, las visiones se habían vuelto más... específicas. Más claras. Ya no eran solo ecos confusos de risas y llantos, impresiones difusas como recuerdos de una siesta. Eran imágenes nítidas, momentos concretos, como si alguien hubiera ajustado el enfoque de una cámara.

—Sí —admitió—. Ahora veo cosas con más claridad. Ayer, mientras reparábamos el muro oeste, toqué una piedra y vi a un hombre. Un albañil. Se cayó del andamio hace cien años. Sentí su miedo. Su dolor. Su... su muerte. Fue como si lo estuviera viviendo

yo misma. Cuando volví en mí, estaba temblando y Borin me sujetaba para que no me cayera al pozo.

Thurmond asintió lentamente, como si aquello confirmara algo que ya sospechaba.

—Su poder está creciendo. Cuanto más contacto tiene con la piedra, más fuerte se vuelve la conexión. Es como un músculo: cuanto más lo usa, más se desarrolla. O como una adicción: cuanto más se prueba, más se necesita. O como...

Entendido.

—Vale, ya entendí la metáfora.

Iba a ir a más y no estaba precisamente feliz con eso.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó Sofía, acariciando la cabeza de Gato, que había saltado a su regazo en algún momento.

Gato era, un gato, sí, pero comenzaba a sentirse a gusto cuando estaba cerca, lo cual era perturbador porque ese gato parecía conocer todos los entresijos de las preguntas del universo.

—Depende de para qué lo use. Si aprende a controlarlo, puede ser la aliada más poderosa de este castillo. Podría sentir cada grieta, cada debilidad, cada punto vulnerable antes de que se conviertan en problemas. Podría reforzar los muros con solo desearlo. Podría...

El silencio del hombre hizo que Sofía sufriera un escalofrío.

—¿Podría?

—Si no lo controla, la profecía podría cumplirse de formas que no nos gusten. "La que despierta" no especifica qué despierta. Podría ser algo bueno. Un poder antiguo. Una sabiduría perdida. O podría ser algo que llevaba mil años dormido y que preferiría seguir durmiendo. Algo que, cuando despierte, no distinga entre amigos y enemigos.

Sofía miró a Gato, que seguía ronroneando plácidamente en su regazo. El animal abrió un ojo, la miró con esa expresión de superioridad infinita, y volvió a cerrarlo.

—¿Y el gato? —preguntó—. ¿Qué pinta el gato en todo esto?

Lo señaló como si eso hiciera reaccionar al animal.

Spoiler: no lo hizo.

—Ah —Thurmond sonrió misteriosamente, como si hubiera estado esperando esa pregunta—. El gato es otra cuestión. En este mundo, los gatos no son simples animales. Son... mensajeros. Guardianes. A veces, almas reencarnadas. Hay quien dice que los gatos pueden moverse entre los mundos, entre los sueños y la realidad, entre la vida y la muerte.

Sofía lo miró como si quisiera matarlo.

Genial, tengo el heraldo de la muerte en mis piernas.

—¿Este gato es un alma reencarnada? —dijo sin saber si debía horrorizarse o sentirse halagada.

Miró al gato, sí, definitivamente debía asustarse.

—No lo sé. Pero sé que apareció cuando usted llegó. Y sé que no se separa de usted. Y sé que Kaelen lo ha visto en las mazmorras, en su habitación, en los pasillos. Como si estuviera en dos sitios a la vez.

De hecho estaba el pequeño detalle de que en ese reino no había un solo gato, solo ese animal del terror que podía aparecer en dos lugares a la vez. No la calmaba precisamente.

Esto iba a peor como una película de miedo donde sabías que pronto te asustabas…

—Eso es imposible.

—En su mundo, quizás. En este, la palabra "imposible" tiene poco significado. Como las velas flotantes. O los hombres que matan veintitrés enemigos en una batalla. O las arquitectas que hablan con las piedras.

Sofía suspiró, acariciando la cabeza de Gato. El animal ronroneaba cada vez más fuerte, como si estuviera de acuerdo con todo lo que Thurmond decía. O como si se estuviera riendo de ella. Con Gato, nunca se sabía.

—Necesito saber más —sentenció Sofía—. Sobre la magia. Sobre la profecía. Sobre este mundo. No puedo andar a ciegas. Ya bastante tengo con perderme por los pasillos.

Estaba decida. Necesitaba recopilar toda la información posible y encontrar la posibilidad de volver a casa.

—Por eso está aquí —respondió Thurmond, levantándose con un crujido de articulaciones—. Venga. Le enseñaré algo.

La biblioteca era más grande de lo que Sofía había imaginado. Mucho más grande. Thurmond la guió a través de pasillos de estanterías que parecían extenderse hasta el infinito, pasando por salas circulares y recovecos secretos, hasta llegar a una puerta de hierro que no se diferenciaba de las de las mazmorras.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Sofía, con un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Lo que busca. Respuestas. O al menos, el principio de las respuestas.

"¿Esta gente se dará cuenta que cuando habla no responden realmente? Tanto misterio debe de ser malo para la salud. ¿Será el clima? Dioses, ¿tengo síntomas? De locura seguro", pensó Sofía antes de seguirlo.

Empujó la puerta. Al otro lado, una sala abovedada, iluminada por velas flotantes —Sofía decidió que ya era hora de aceptar que las

velas flotaban y punto—, con un pedestal en el centro. Sobre el pedestal, un libro. Un libro enorme, encuadernado en cuero oscuro, con un extraño símbolo grabado en la portada.

El mismo símbolo que había visto en las mazmorras. La espiral. La montaña. La mujer con los brazos extendidos.

—¿Qué es? —susurró Sofía, sintiendo que la voz se le quedaba atrapada en la garganta.

—El Libro de los Orígenes —respondió Thurmond, con una voz tan baja que parecía un susurro de piedra—. Un registro de todo lo que se sabe sobre la magia antigua. Sobre las cinco órdenes. Sobre las profecías. Sobre... la que viene de fuera.

"Genial, soy Frodo Bolsón y este es mi anillo. Por favor, que me toque un elfo sexy", suplicó mentalmente.

Sofía se acercó al pedestal con pasos lentos, casi reverentes. Gato saltó de sus brazos y se sentó junto al libro, mirándola con esos ojos amarillos que parecían decir "adelante, idiota, para eso te he traído hasta aquí".

—¿Puedo tocarlo?

—Para eso está aquí. Para eso ha sido traída aquí. Para eso han pasado mil años.

Sofía tragó saliva. Luego, con una determinación que no sabía de dónde sacaba, extendió la mano y posó los dedos sobre la cubierta.

Y el mundo se desvaneció.

Sofía no estaba en la biblioteca.

Estaba en un lugar que no era un lugar, un espacio vacío y lleno a la vez, donde la luz y la oscuridad se mezclaban en patrones imposibles. No había suelo, no había techo, no había paredes. Solo una inmensidad blanca y negra que parecía respirar.

Y frente a ella, una figura. Una mujer. La misma mujer de los símbolos, con los brazos extendidos, abrazando una montaña que no estaba allí. Tenía el pelo largo y oscuro y vestía una túnica sencilla de lino blanco. Sus ojos eran del color de la piedra recién cortada.

—Has llegado —dijo la mujer. Su voz era como el rumor de la piedra, como el eco en una cueva, como el susurro del viento entre las rocas—. Te esperábamos.

"¿En plural? ¿Tiene muchas personalidades?", pensó Sofía.

—¿Quién eres? —preguntó y su voz sonó diminuta en aquella inmensidad.

No se atrevió a dar un paso.

—Soy la que fue. La que será. La que siempre ha estado en la piedra. La memoria de este lugar. El eco de todos los que han vivido y muerto entre estos muros.

"Lo que yo decía, aquí la gente no sabe contestar".

—Eso no es una respuesta.

Era una mierda de esas que te hacían comerte la cabeza. Como cuando alguien contestaba algo con una pregunta, dios, cómo odiaba a esa gente.

La mujer sonrió. Era una sonrisa triste, antigua, como si hubiera visto demasiadas cosas a lo largo de los siglos. Como si todas esas cosas la hubieran cansado.

—Lo sé. Pero es la única que puedo darte. El tiempo no funciona aquí como en tu mundo. Las respuestas llegan cuando deben llegar, no cuando las buscas. Así funciona el universo. Créeme, llevo mil años esperando, sé de lo que hablo.

Sofía se pellizcó el puente de la nariz. Necesitaba mantener la calma para no decir una estupidez ante alguien que bien podría ser una diosa. Al menos por los años que tenía, inmortal era.

—Entonces, ¿para qué me has traído aquí?

—Para que sepas que no estás sola. Para que sepas que tu llegada no fue un accidente. Para que sepas que hay alguien que te espera.

Sofía parpadeó pensando en su forma de morir, patética. Su madre, pobre alma buena, la lloraría siempre.

—¿Kaelen?

La mujer rio. Fue un sonido extraño, como piedras cayendo por una ladera, como un desprendimiento en cámara lenta.

—Kaelen es parte de lo que te espera, sí. Pero no es lo único. Hay algo más. Algo que duerme bajo el castillo. Algo que solo tú puedes despertar.

"No, no gracias, estoy bien así", pensó.

—¿Y si no quiero despertarlo?

La mujer la miró con una expresión que Sofía no supo interpretar.

¿Lástima? ¿Advertencia? ¿Indiferencia?

—Entonces, cuando la guerra llegue, todos morirán. Tú. Kaelen. Lina. Thurmond. Todos. El castillo caerá. La piedra será dispersada. Y mil años de historia se perderán para siempre.

Qué esperanzador, desde luego era el oráculo de la alegría esa mujer.

—Pero si lo despierto, ¿qué pasará?

Sofía supo que la respuesta no iba a gustarle en el momento en que la pronunció. Llámalo sexto sentido quizás.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Solo sé que debe ser despertado. Y que tú eres la única que puede hacerlo.

La imagen empezó a desvanecerse, como un sueño del que se despierta lentamente.

—Espera —gritó Sofía—. ¿Cómo se despierta? ¿Qué tengo que hacer?

—La piedra te lo dirá. Escúchala. Confía en ella. Ella te guiará.

Menuda mierda de instrucciones. Era peor que los abre fácil de los paquetes de galleta que acababas abriendo con los dientes.

—Pero...

—Y cuida de Gato. Él sabe más de lo que parece. Mucho más.

La mujer desapareció. La inmensidad blanca y negra se desvaneció. Y Sofía parpadeó y estaba de vuelta en la biblioteca, con la mano todavía apoyada en el libro, Gato mirándola fijamente y Thurmond observándola con expresión preocupada.

Parpadeó tratando de mantener la calma.

—¿Cuánto tiempo...? —preguntó, con la voz ronca.

Thurmond le tendió otro vaso de manzanilla que decidió aceptar. Curiosamente sentía la garganta seca. Tragó un poco mientras intentaba procesar todo lo que acababa de ocurrirle.

—Unos segundos —respondió Thurmond—. Pero por su cara, diría que ha sido más tiempo para usted. Mucho más.

Muchísimo. El tiempo y el espacio funcionaban de forma diferente allá donde había ido.

—He visto a una mujer. La misma de los símbolos. Me ha dicho que hay algo bajo el castillo. Algo que solo yo puedo despertar. Y que cuide de Gato. Y que...

Se detuvo. De repente, todo le parecía demasiado. Demasiada información. Demasiada responsabilidad. Demasiado peso sobre sus

hombros, que ya bastante tenían con sostener el corpiño. Se puso en pie, giró y se detuvo sin saber a dónde ir.

Thurmond asintió lentamente.

—Lo imaginaba.

Ese hombre era mucho más que un abuelo adorable y con cada palabra le quedaba más y más claro. Pasaba desapercibido, pero parecía tener el peso del mundo sobre sus hombros.

—¿Lo imaginaba? ¿Y no me lo había dicho antes? —preguntó empezando a ofenderse.

Las advertencias deberían venir lo primero como al iniciar una película o una serie.

—Porque no estaba seguro. Y porque algunas verdades hay que descubrirlas por uno mismo. Si se lo hubiera contado yo, no me habría creído. O peor, me habría creído y habría actuado sin la preparación adecuada. O habría salido corriendo y se habría perdido por los pasillos y Lina y yo tendríamos que buscarla otra vez.

Estaba claro que todo el castillo estaba al corriente de que la pobre Elara se perdía en la inmensidad del castillo. No era su culpa si habían decidido que ese lugar fuera como un auténtico laberinto.

—¿Ahora bromea?

"Por favor, di que sí", suplicó en su mente.

—Siempre bromeo. Es mi mecanismo de defensa contra el horror existencial de vivir en un mundo donde las profecías se cumplen y los gatos son mágicos.

Sofía se dejó caer en una silla, agotada. Gato saltó a su regazo de nuevo y empezó a ronronear, como si nada de aquello fuera importante. Como si todo fuera una gran fiesta y él fuera el invitado de honor.

—Necesito pensar —murmuró—. Necesito procesar todo esto.

—Tiene tiempo —dijo Thurmond, sentándose frente a ella con otro crujido de huesos—. La guerra no ha empezado aún. Y el castillo necesita sus reparaciones. Dedíquese a eso. Las respuestas llegarán cuando tengan que llegar.

Estaba empezando a cansarse de ese tipo de respuestas. Quiso decirlo, gritarlo bien alto, sin embargo, se contuvo. El hombre tampoco tenía culpa de haber sido enviada a ese mundo y cargar con todo aquello.

Suspiró calmándose.

—Eso dijo la mujer —admitió Sofía.

—Las mujeres de las visiones suelen decir ese tipo de cosas. Es su trabajo. Como los fontaneros y el agua, que decía usted antes.

Sofía río, a pesar de todo. Thurmond tenía un don para aligerar las situaciones más heavies con su sentido del humor. Era como un ancla en medio de la tormenta.

—¿Puedo llevarme el libro? —preguntó.

No sabía el motivo, solo que lo necesitaba. Seguramente era la locura más grande del universo.

—Puede. Pero le advierto: pesa más de lo que parece. Y no me refiero al peso físico. Este libro tiene memoria propia. Ha visto cosas. Sabe cosas. Y no siempre está dispuesto a compartirlas.

Genial, más advertencias.

—Como Gato.

—Exactamente. Como Gato.

Sofía cogió el libro con cuidado. Pesaba, efectivamente, más de lo que parecía, pero no era un peso incómodo. Era un peso antiguo, denso, como si todas las páginas estuvieran impregnadas de siglos

de historia. Como si cada palabra fuera una piedra más en los cimientos del castillo.

—Gracias, Thurmond.

—No me las dé. Cuando todo esto termine, ya veremos si sigue queriendo dármelas. O si prefiere tirarme por las almenas por no habérselo contado antes.

"Oh dios, toma nota, el viejo por las almenas en una clase de vuelo".

—No creo que la tire por las almenas —dijo Sofía con esperanza.

—Ya veremos. La gente cambia cuando descubre que es el centro de una profecía milenaria.

Los días siguientes, Sofía compaginó el trabajo en las obras con la lectura del Libro de los Orígenes. No era una lectura fácil. El libro estaba escrito en una mezcla de lenguas antiguas, con ilustraciones que parecían moverse cuando no las miraba directamente y anotaciones al margen de lectores anteriores que llevaban siglos muertos.

Pero poco a poco, fue entendiendo.

La magia elemental, descubrió, no era un don que se heredara. Era una conexión. Una sintonía con las fuerzas fundamentales del mundo. Los magos de fuego no "lanzaban" bolas de fuego; convencían al fuego de que ardiera por ellos. Los magos de agua no "controlaban" los ríos; susurraban a las corrientes y estas obedecían. Los magos de aire no "invocaban" el viento; danzaban con él.

Era algo demasiado complejo, pero que se explicaba de una forma que parecía sencillo. Era sorprendente.

Y los magos de tierra, los más raros de todos, no movían las piedras. Las escuchaban. Las entendían. Las piedras guardaban

memoria de todo lo que había pasado a su alrededor, y los magos de tierra podían acceder a esa memoria como quien hojea un libro.

Como ella hacía.

—Eso explica las visiones —murmuró una noche, con Gato dormido a sus pies y el libro abierto sobre la mesa—. Las piedras me cuentan su historia porque yo las escucho. Porque soy su... ¿qué? ¿Su confidente? ¿Su biógrafa? ¿Su terapeuta?

Gato no respondió. Dormía profundamente, con un ronroneo que parecía el motor de un barco.

Pero había más. Había una sección dedicada a las profecías, y entre ellas, una que le heló la sangre.

*Cuando el fuego del norte se apague y la piedra del sur clame, la que viene de fuera despertará a la que duerme. Y la que duerme juzgará a los vivos y a los muertos. *

—La que viene de fuera —susurró—. Soy yo. La que duerme... ¿qué? ¿O quién?

Siguió leyendo. Las páginas siguientes estaban arrancadas. Solo quedaban los bordes desgarrados, como si alguien hubiera querido borrar esa parte de la historia. Como si alguien no quisiera que se supiera la verdad.

—Mierda.

Cerró el libro y se quedó mirando la pared. Gato se desperezó y saltó a su regazo, reclamando mimos con un maullido exigente.

—¿Tú sabes quién es la que duerme? —le preguntó, acariciándole la cabeza.

Gato parpadeó lentamente. Su expresión no era de desprecio, por una vez. Era de... ¿compasión? ¿Advertencia? ¿Miedo?

—Claro que lo sabes. Lo sabes todo, maldito bicho. Eres como un oráculo con patas. Una esfinge en miniatura. Un...

Un golpe en la puerta la sobresaltó.

—¿Adelante?

La puerta se abrió y Kaelen entró. Traía el pelo mojado, como si acabara de salir de un baño y vestía una túnica sencilla que le daba un aire casi humano. Casi. Porque seguía siendo condenadamente alto, condenadamente ancho de hombros y condenadamente guapo. Esa combinación de cicatrices y mandíbula cuadrada que hacía que a Sofía le temblaran las rodillas.

Era la imagen de un calendario erótico con el que podía empapelar su despacho.

—Sofía.

Ella parpadeó tragando saliva. Sabía que estaba mirando sus abdominales, pero su cerebro no mandaba la orden de mirar hacia arriba. Tuvo que ser gato, quien con sus garras la pinchó suavemente.

Entonces subió la mirada a los ojos fingiendo normalidad.

—Kaelen.

Se miraron. Desde que él sabía su nombre real, la dinámica entre ellos había cambiado sutilmente. Ya no era la desconfianza mutua de los primeros días, ni la tensión de la reunión con los capitanes, ni la incomodidad de las cenas silenciosas. Era algo más parecido a una tregua incómoda. Como dos gatos callejeros que deciden compartir el mismo callejón sin pelearse. Como dos perros que se olisquean con cautela antes de decidir si son amigos o enemigos.

—Thurmond me ha dicho que estás leyendo el Libro de los Orígenes —dijo Kaelen, cerrando la puerta tras de sí.

"Ese viejo chivato, aquí no hay secretos", pensó ella.

—Sí.

—¿Has encontrado algo?

"Que no voy a dormir en días pensando en ti", se dijo mentalmente Sofía sin ser capaz de hablar.

Sofía dudó un momento. Luego, decidió que ya no tenía sentido ocultar nada.

—He encontrado que hay algo bajo el castillo. Algo que duerme. Algo que solo yo puedo despertar.

Kaelen no pareció sorprendido. Se acercó a la mesa y se sentó en la silla que Lina solía usar cuando ayudaba a Sofía con el corpiño. Desde esa posición, seguía siendo condenadamente alto, pero al menos no la intimidaba tanto.

Olía bien.

Demasiado bien.

—Lo sé.

La voz de Kaelen le dio una bofetada metafórica y se obligó a prestar atención en vez de babear.

—¿Lo sabes? —preguntó confusa.

—Mi abuelo lo sabía. Mi padre lo sabía. Yo lo sé desde que era niño. Hay algo bajo Roca Negra. Algo que los primeros señores del castillo sellaron hace mil años. Algo que, según las leyendas, no debe ser despertado.

Fantástico. Aunque Sofía era partidaria de seguir las indicaciones. Y si decía "no despertar"…

—¿Y qué es?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Solo que está ahí. Y que, si despierta, puede salvar el reino o destruirlo. O las dos cosas. O ninguna. Las

leyendas son así de precisas.

Sofía tragó saliva.

—Bonita elección.

—Ninguna elección lo es, cuando se trata de estas cosas. Es como elegir entre que te mate una espada o que te mate un hacha. Al final, mueres igual.

Sofía frunció el ceño.

—Qué optimista eres —sentenció ella.

—Soy realista. Hay una diferencia.

Kaelen se inclinó y miró el libro abierto. Sus ojos grises recorrieron las páginas, las ilustraciones, las anotaciones. Luego levantó la vista y la miró a ella.

—¿Tienes miedo?

Habría que ser estúpida por no tenerlo.

—Mucho.

—Yo también.

Las palabras fueron una conmoción. Sofía soltó todo el aire de sus pulmones lentamente.

Fue la primera vez que Kaelen admitía tener miedo de algo. La primera vez que bajaba la guardia lo suficiente como para mostrar vulnerabilidad. Sofía no supo qué decir.

—Pero no es miedo a lo que haya bajo el castillo —continuó Kaelen, con una voz más baja de lo habitual—. Es miedo a perderte.

Su cerebro sufrió un cortocircuito. ¿Había escuchado bien?

El silencio que siguió fue eléctrico. Sofía sintió que el corazón se le aceleraba, que las mejillas le ardían, que las manos le temblaban

ligeramente. Gato, desde su regazo, emitió un ronroneo que sonaba sospechosamente a aprobación.

—¿Perderme? —repitió, sin aliento.

Kaelen la miró, lo hizo con una intensidad que la hizo sentir consumida.

—Eres la única persona en este castillo que me habla como si fuera un ser humano. La única que me mira sin miedo. La única que me discute, que me lleva la contraria, que me dice que soy un idiota cuando hago algo estúpido. No quiero perder eso.

Su confesión no fue lo esperado, no obstante, sonrió internamente. Ese hombre no había dado nunca con una mujer con carácter fuerte. Sí, las mujeres duras eran irresistibles.

—Pero si me pierdo por los pasillos, Lina siempre me encuentra —reconoció Sofía.

Kaelen sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero estaba ahí.

—No me refiero a eso. Me refiero a... Perderte de verdad. A que te pase algo. A que la profecía te lleve a algún sitio de donde no puedas volver. A que... Vuelva la Elara de antes.

Oh sí, esa Elara que lloraba y tenía miedo.

Una idea se formó en su mente. Si ella estaba allí… ¿Elara estaba en su mundo? La pobre estaría colapsando.

Se detuvo, como si le costara encontrar las palabras.

—Kaelen, yo...

—No hace falta que digas nada. Solo quería que lo supieras.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. En el umbral, se detuvo. Sofía casi lloró la pérdida de su aroma.

—Buenas noches, Sofía.

—Buenas noches, Kaelen.

La puerta se cerró. Sofía se quedó mirando la madera, con el corazón desbocado y la mente en blanco.

Gato maulló suavemente.

—Ya lo sé —murmuró Sofía—. Ya sé que me he metido en un lío. Ya sé que esto es un problema. Ya sé que debería estar preocupada por la profecía y la guerra y lo que sea que duerme bajo el castillo. Pero ahora mismo, lo único que puedo pensar es en que Kaelen acaba de decir que no quiere perderme.

Gato ronroneó, satisfecho.

—Y lo peor de todo es que yo tampoco quiero perderme a mí misma. Ni perdérmelo a él. Aunque sea un borde de cuidado.

Gato maulló otra vez, como diciendo "ya era hora de que te dieras cuenta, humana".

Y en algún lugar, muy abajo, en las profundidades de las mazmorras, algo se movió en su sueño milenario.

Algo que llevaba mil años esperando.

Esperando a que ella llegara.

A la mañana siguiente, Sofía bajó al patio de armas con el libro bajo el brazo y Gato pegado a sus talones. El cielo estaba gris, cubierto de nubes que amenazaban lluvia, y el viento salitre del acantilado le azotaba la cara con una intensidad inusitada.

Borin la esperaba con una expresión que oscilaba entre la diversión y la preocupación. El viejo cantero tenía las manos manchadas de cal y la barba llena de polvo de piedra.

—Lady Elara —dijo y luego se corrigió—. Perdón. Lady Sofía. ¿Cómo quiere que la llame?

Bien, estaba claro que Elara ya había sido enterrada. Ahora era Sofía y lo tomaban con tal calma que seguía sorprendiéndola. Una persona cambiaba por otra y seguían como si nada.

En su mundo la internarían en un psiquiátrico.

—Sofía está bien. Elara ya no existe. Se fue con el caballo y el acantilado.

Borin asintió, como si aquella afirmación fuera lo más normal del mundo.

—Bueno, Sofía, tenemos un problema.

"Genial, así me gusta empezar el día, con energía. Otros van al baño y cagan, a mí el castillo se me desmorona", pensó.

—¿Otro pozo hundido? Porque si es así, juro que me tiro por el acantilado y me ahorro el viaje de vuelta a Madrid.

Borin quiso reír, aunque se contuvo y eso fue más preocupante.

—Peor. Han llegado noticias de la capital.

Sofía sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el viento. La capital significaba Caspian. Caspian problemas. Y problemas significaba reforzar el maldito castillo.

—¿Qué noticias?

Hizo la pregunta, no obstante, no estaba deseando la respuesta.

—Lord Caspian se ha autoproclamado rey. Y ha acusado a Kaelen de traición. La guerra ha empezado.

El libro cayó al suelo con un golpe sordo. Gato maulló, protestando y se apartó con dignidad ofendida.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Sofía, agachándose a recoger el libro con manos temblorosas.

Guerra.

Ya estaba aquí.

—Días. Quizás una semana. Depende de lo rápido que movilice sus ejércitos. Dain cree que Caspian atacará por el sur, buscando el camino más corto. Pero también podría rodear por el este, aunque eso le llevaría más tiempo.

Sofía miró a su alrededor. Las obras estaban a medio terminar. Las murallas tenían grietas sin sellar. El pozo seguía hundido. Los contrafuertes no estaban terminados. Los almacenes de provisiones, según le había contado Jorund, estaban a medio llenar.

—No estamos preparados —murmuró.

Y necesitaban mucho para terminar.

—Nunca lo estamos —respondió Borin con una filosofía que solo podía venir de décadas de experiencia—. Pero haremos lo que podamos. Con lo que tengamos. Como siempre.

Sofía respiró hondo. Luego, con una determinación que no sabía que tenía, se arrodilló, recogió el libro y se lo tendió a Borin.

—Guarde esto en un lugar seguro. En la biblioteca de Thurmond. Y dígales a los hombres que hoy trabajamos hasta que caiga la noche. Y mañana también. Y pasado. Hasta que no quede ni una grieta sin sellar, ni un muro sin reforzar, ni una defensa sin mejorar. Hasta que este castillo sea una puta fortaleza inexpugnable.

Borin la miró con respeto. Un respeto nuevo, diferente al que le había mostrado hasta entonces.

—¿Y usted qué va a hacer?

Sofía levantó la vista hacia la torre del homenaje. Hacia las habitaciones de Kaelen. Hacia el hombre que la noche anterior le había confesado que le tenía miedo a perderla.

—Voy a hablar con mi marido. Y luego voy a bajar a las mazmorras. Y luego voy a descubrir qué es lo que duerme bajo este castillo. Y luego voy a decidir si lo despierto o no.

Si es que tenía esa opción.

—¿Y si decide despertarlo?

—Entonces, rezaré para que sea algo bueno.

—¿Y si no?

Ese hombre iba a ser empujado a un pozo tarde o temprano, iba a pasar. Sofía ya estaba suficiente asustada como para seguir hondando en el miedo.

—Entonces, rezaré para que podamos ganar esta guerra sin él.

Borin sonrió. Era una sonrisa arrugada, de viejo cantero que ha visto demasiadas cosas como para sorprenderse de nada.

—Rezar nunca está de más —dijo—. Aunque los dioses no siempre escuchan.

Sofía estaba segura de que los dioses se estaban riendo a su costa y brindando a su salud.

—Ya. Pero al menos, si me ignoran, podré echarles la culpa de algo.

Y mientras subía las escaleras hacia las habitaciones de Kaelen, con Gato siguiéndola como una sombra negra y el viento salitre azotándole la cara, Sofía supo que todo estaba a punto de cambiar.

La guerra había llegado.

Y ella, la arquitecta de Madrid, la transmigrante, la que venía de fuera, iba a tener que enfrentarse a lo que dormía bajo el castillo.

Quisiera o no.

Pero al menos, pensó, ya no tendría que preocuparse por perderse por los pasillos. Porque cuando la guerra empezara, todos los pasillos llevarían al mismo sitio.

Al infierno.

CAPÍTULO 7: EL PRIMER DESAFÍO

Las obras del castillo avanzaban a un ritmo que Borin calificaba de "milagroso" y que Sofía, más pragmática, atribuía a tres factores: el puro terror que inspiraba Kaelen, la promesa de una paga extra si terminaban antes de la guerra y el hecho de que ella misma estuviera allí supervisando cada detalle con la obsesión de una arquitecta que había visto demasiados edificios derrumbarse por una mala junta de mortero.

—Nunca he visto a nadie mirar una pared con tanto odio —comentó Borin una mañana, apoyado en su pico mientras Sofía examinaba una junta con la intensidad de un cirujano ante un corazón abierto.

Sofía levantó la vista, parpadeando como si acabara de recordar que no estaba sola en el mundo. La luz del sol mañanero incidía sobre la piedra, revelando las diminutas fisuras que sus ojos entrenados habían aprendido a detectar.

—No es odio, es desconfianza —respondió ella sin apartar la vista de la pared—. Las paredes que no se respetan, terminan cayéndose. Y yo no pienso estar debajo cuando ocurra.

“Ya lo estuve una vez, me mató y acabé aquí. No me pasa dos veces”, pensó.

Borin se ajustó el cinturón de herramientas con un gesto pausado, claramente divertido por la respuesta. El cuero rechinó suavemente bajo sus manos callosas.

—En cuarenta años de oficio, nunca había oído a nadie hablar de que las paredes se respeten —dijo, enarcando una ceja peluda que parecía tener vida propia.

—Pues ya es hora de que empieces —sentenció ella y volvió a su inspección con la misma dedicación que un monje en oración.

El pozo seguía siendo un problema.

No es que no hubieran avanzado. Habían desescombrado el agujero, apuntalado las paredes con vigas de roble y empezado a reconstruir el brocal con piedra nueva de las canteras. Pero el agua... el agua no volvía a su nivel anterior.

—Está más baja cada día —advirtió Borin, asomándose al hueco con una expresión de preocupación que no presagiaba nada bueno. Su barba blanca asomó por el borde como un fantasma peludo—. Si sigue así, en una semana tendremos que bajar con cubos y sogas, y eso ralentizará todo.

Sofía se asomó también, sujetando a Gato que intentaba lanzarse al vacío con la determinación de un suicida felino. El animal forcejeaba en sus brazos con una energía que resultaba sospechosa para un gato que normalmente se movía con la lentitud de un perezoso.

—¿Gato, qué cojones? ¿Es que quieres morir? —exclamó, apretándolo contra su pecho.

Gato maulló con indignación, sus ojos amarillos brillando con un destello que Sofía juraría que era desprecio puro. El animal se retorció en sus brazos con la dignidad ofendida de un rey al que han tratado como a un plebeyo y finalmente logró zafarse para sentarse a un lado, donde comenzó a lamerse una pata con estudiada indiferencia.

—El agua no desaparece porque sí —murmuró Sofía, ignorando al felino y concentrándose en el problema—. Tiene que haber una

filtración. Una grieta en el fondo que está drenando hacia alguna cueva subterránea.

Fue tratando de encontrar dónde estaba el problema.

—¿Cree que podemos sellarla? —preguntó Borin con esperanza, enderezándose y apoyando las manos en la zona lumbar con una mueca de dolor.

—Si encontramos dónde está. Pero habría que bajar.

Borin la miró como si acabara de proponer un viaje turístico al infierno. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y su barba tembló con un escalofrío que recorrió todo su cuerpo, desde los hombros hasta las rodillas.

—Bajar ahí abajo, ¿dice? —tartamudeó, dando un paso instintivo hacia atrás.

—Sí. Con cuerdas. Y antorchas. Y alguien que sujete las cuerdas.

—¿Y quién va a bajar?

Sofía lo miró. Borin la miró a ella. Gato los miró a ambos con una expresión que claramente decía "yo no me ofrezco ni loco". El animal se lamió una pata con estudiada indiferencia, luego la otra, completamente ajeno a la gravedad de la conversación.

—Bajo yo —sentenció Sofía, con una determinación que sorprendió incluso a sí misma.

A Borin casi le dio un aneurisma.

—¿Usted? ¿La lady? ¿La esposa del señor Kaelen? ¿La que se pierde por los pasillos? —preguntó Borin, incrédulo, gesticulando con las manos llenas de callos.

El próximo que dijera que se perdía por los pasillos iba a dormir en las mazmorras.

—Eso último no tiene nada que ver —protestó Sofía, ofendida, colocando las manos en las caderas—. Perderme por los pasillos es una cosa. Bajar a un pozo es otra completamente diferente. En los pozos solo hay una dirección: hacia abajo. Es mucho más difícil perderse.

Borin negó con la cabeza, pero una sonrisa empezaba a asomarse bajo su bigote canoso. Las arrugas alrededor de sus ojos se profundizaron con el gesto.

—¿Y si hay... algo ahí abajo? —insinuó bajando la voz, como si las propias piedras pudieran oírle.

—¿Algo como qué?

—No sé. Algo. Este castillo está construido sobre cosas raras. Usted misma lo dijo. Los símbolos. Las mazmorras. Lo que sea que duerme.

Sofía tragó saliva.

No había pensado en eso. Joder, no había pensado en eso.

Pero no podía permitirse el lujo de tener miedo ahora. Enderezó la espalda y adoptó un tono que esperaba sonara convincente.

—Pues si hay algo, lo saludaré y le preguntaré si sabe dónde está la fuga de agua. Seguro que llevan mil años aburridos y agradecerán la conversación.

Borin soltó una carcajada que resonó en todo el patio, rebotando en las paredes de piedra y asustando a un par de palomas que se habían posado en las almenas. Algunos soldados volvieron la cabeza, extrañados por encontrar al viejo cantero doblado sobre sí mismo, con lágrimas en los ojos.

—Es usted la mujer más extraña que he conocido en mis sesenta años, Sofía —dijo, secándose una lágrima con el dorso de la mano, aun riendo entrecortadamente.

—Me lo tomo como un cumplido —respondió ella con una sonrisa.

Decidieron que bajarían al día siguiente, cuando tuvieran todo el equipo preparado. Sofía pasó el resto de la jornada revisando las cuerdas, las poleas y los sistemas de seguridad con la meticulosidad de quien sabe que su vida depende de ello. Cada nudo fue examinado, cada soga tensada, cada mosquetón, improvisado con hierro forjado, probado con su propio peso.

—No es tan diferente de las obras —se dijo a sí misma mientras anudaba una soga con manos expertas—. En las obras también hay riesgos. Caídas de andamios. Desprendimientos. Grúas que fallan. Esto es igual.

Gato, sentado a su lado con la dignidad de una esfinge, maulló con escepticismo. Su cola se movía lentamente de un lado a otro, como un péndulo que marcara el tiempo.

Parecía capaz de decir: "hasta aquí llegó la humana, cagaré sobre tu tumba".

—Vale, no es igual —admitió, suspirando—. Pero es lo que hay.

Esa noche, durante la cena, Sofía anunció sus planes con orgullo.

El gran comedor estaba más silencioso de lo habitual, si es que eso era posible. Las velas proyectaban sombras danzantes sobre los tapices descoloridos y el fuego de la chimenea crepitaba con un ritmo hipnótico.

—Mañana voy a bajar al pozo —soltó sin preámbulos, mientras cortaba un trozo de pan moreno.

El silencio que siguió fue tan profundo que se oyó el chasquido de una vela al consumirse. Kaelen dejó el cuchillo a un lado con un gesto pausado, casi amenazante. La hoja de metal resonó suavemente contra la madera de la mesa. Thurmond enarcó ambas cejas por encima de sus gafas, y el anciano pareció encogerse ligeramente en su silla, como si quisiera hacerse invisible.

—¿Perdona? —dijo Kaelen, con una voz peligrosamente calmada.

Sofía sostuvo su mirada, sintiendo el peso de esos ojos grises como una losa sobre los hombros. Pero no iba a echarse atrás. No ahora.

—Que mañana voy a bajar al pozo —repitió, manteniéndole la mirada—. El agua está bajando de nivel. Tiene que haber una grieta en el fondo que drena hacia alguna cueva. Si la encuentro y la sello, el pozo volverá a su nivel normal.

—No —sentenció Kaelen.

—¿Cómo que no?

Lo miró como si el loco fuera él.

—Que no. Es peligroso.

—Ya lo sé que es peligroso —protestó ella, dejando el cuchillo con más fuerza de la necesaria, el golpe seco resonando en la mesa—. Por eso voy a tomar precauciones. Cuerdas, arneses, alguien arriba sujetando...

—No —repitió Kaelen, tajante, cortando el aire con la palabra como si fuera una espada.

Sofía sintió que la sangre le hervía.

Era la misma sensación que tenía cuando algún cliente imbécil le decía que su proyecto era demasiado caro o que por qué no podían poner suelo de mármol en una terraza sin aislamiento.

Inspiró hondo, contando hasta tres mentalmente. Luego hasta cinco. No funcionó.

—Kaelen, escúchame —dijo, esforzándose por mantener la calma —. El pozo es la principal fuente de agua del castillo. Si no lo arreglamos, cuando llegue la guerra y nos asedien, no podremos resistir. La gente morirá de sed. ¿Lo entiendes?

Kaelen la miró fijamente. Un músculo de su mandíbula se tensó bajo la piel marcada por la cicatriz. Sus dedos, apoyados sobre la mesa, tamborilearon una vez, dos veces, antes de detenerse.

—Entiendo que si tú mueres, también habrá problemas —respondió él, con una voz tan baja que apenas fue un susurro.

El comentario la desarmó por completo. Se quedó con la boca abierta, sin saber qué responder.

"¿Que se supone que significa eso? ¿Que le importo? ¿Que le importo de verdad?"

Gato, desde el suelo, emitió un ronroneo que sonaba sospechosamente a aprobación.

—Yo... bueno... —tartamudeó, sintiendo que las mejillas le ardían —. No voy a morir. Soy arquitecta. Sé lo que hago.

—Los arquitectos también se mueren —apostilló Kaelen.

—Los señores de la guerra también —replicó ella, cruzando los brazos.

Kaelen la miró fijamente. Durante un largo momento, Sofía pensó que iba a prohibírselo de nuevo. El silencio se alargó hasta hacerse incómodo, denso como una manta de lana mojada. Las velas parpadearon, proyectando sombras danzantes en las paredes de piedra.

Pero entonces Thurmond intervino.

—Señor Kaelen, si me permite... —terció el anciano con su voz pausada, colocando la taza de té sobre la mesa con un gesto deliberadamente lento—. Sofía tiene razón. El pozo es vital. Y ella es la única que entiende de estas cosas. Podría acompañarla alguien de confianza. Alguien que asegure la cuerda. Alguien que...

—Iré yo —cortó Kaelen.

Sofía parpadeó.

—¿Tú?

—Sí. Yo sujetaré la cuerda.

—Pero... tú tienes cosas que hacer —protestó ella, gesticulando con las manos—. La guerra. Los preparativos. Los...

—Dain puede encargarse de eso un día —la interrumpió Kaelen con firmeza—. Tú no vas a bajar sola a un pozo.

Fue dicho con tanta determinación, con una convicción tan absoluta, que Sofía no encontró argumentos para replicar. Asintió, más por shock que por convencimiento.

—Bien. Entonces mañana, después del desayuno.

—Después del desayuno —confirmó Kaelen.

Thurmond sonrió por detrás de su taza de té, sus ojos brillando con picardía. Gato ronroneó. Y Sofía se preguntó, no por primera vez, en qué tipo de relación se estaba metiendo.

Esa noche no pudo dormir.

No era miedo al pozo, aunque también. Era la imagen de Kaelen diciendo "si tú mueres, también habrá problemas".

¿Qué significaba eso exactamente? ¿Que le preocupaba perder a su arquitecta? ¿Que le preocupaba perder a la mujer que cumplía la profecía? ¿O que le preocupaba perderla a ella, a Sofía, a la persona?

—Estoy sobrepensando —murmuró a las tres de la madrugada, mirando el techo de vigas—. Me pasa siempre. Sobrepienso todo. Es mi superpoder.

Gato, enroscado a sus pies, abrió un ojo y la miró con esa expresión que decía "duérmete, humana, que mañana tienes un

pozo que explorar". Su ojo amarillo brilló en la oscuridad como un faro minúsculo.

—Tú eres un puto dictador con patas, ¿lo sabes? —le espetó.

Gato cerró el ojo y siguió roncando.

Cuando por fin se quedó dormida, soñó con la mujer de los símbolos. Estaba en la cima de una montaña, con los brazos extendidos y a sus pies se abría un abismo oscuro. El viento soplaba con fuerza, pero ella permanecía inmóvil, como tallada en la misma piedra.

—Baja —dijo la mujer, su voz como el eco en una cueva, como el rumor de las piedras al caer—. Baja y encuentra lo que buscas.

—¿Y si no me gusta lo que encuentro? —preguntó Sofía en el sueño.

—Entonces sube. Siempre puedes subir.

"Claro, si no se rompe la cuerda".

—Pero la cuerda...

—Las cuerdas son para los que tienen miedo de caer. Tú no tienes miedo de caer, ¿verdad?

Sofía despertó sobresaltada, con el corazón latiéndole a mil por hora. La respiración entrecortada y la frente cubierta de sudor. Gato seguía durmiendo plácidamente a sus pies, completamente ajeno a su angustia.

—Menuda mierda de sueños —murmuró, pasándose una mano por la frente sudorosa.

A la mañana siguiente, el pozo la esperaba con su boca oscura abierta como un desafío.

Kaelen ya estaba allí, con el pelo mojado y esa túnica sencilla que le daba un aire casi accesible. Casi. Porque seguía siendo condenadamente alto y condenadamente serio. El sol de la mañana iluminaba su perfil, marcando las líneas de su mandíbula y el recorrido de esa cicatriz que le cruzaba la mejilla. Tenía los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre la paciencia y la preocupación.

"Mira que esposo más hermoso tengo y el más feliz por las mañanas también", sonrió mentalmente Sofía.

—¿Has dormido bien? —preguntó, sin mirarla directamente.

—Fatal —admitió Sofía, ajustándose el arnés con manos aún temblorosas—. ¿Y tú?

—Fatal también.

—Bien. Así estamos igual.

Se miraron un momento. El viento del acantilado alborotó el cabello de Sofía y Kaelen apartó la vista como si le quemara. Un carraspeo incómodo rompió el silencio.

—He revisado los nudos. Están bien hechos —dijo, con un asentimiento de aprobación que en él equivalía a un aplauso cerrado —. ¿Quién te enseñó?

Sofía pensó en su pasado.

—Mi padre. Era montañero. Me llevaba de excursión los fines de semana cuando era pequeña.

Kaelen frunció el ceño, procesando la información como si fuera un concepto extraterrestre.

—¿Montañero? —preguntó, inclinando ligeramente la cabeza.

—Alguien que escala montañas. Por deporte.

Kaelen frunció el ceño aún más, si eso era posible.

—En vuestro mundo escaláis montañas por deporte —dijo, como si intentara procesar una idea absurda.

"Dicho así… Suena absurdo".

—Sí. Y buceamos en el mar. Y saltamos de aviones con paracaídas. Todo por diversión.

—Sois un pueblo extraño —sentenció Kaelen, negando lentamente con la cabeza.

Nadie podía negar eso. Y más en el un mundo en el que vivían con la guerra constantemente. Era lógico verla como una loca.

—Eso dice todo el mundo en este castillo —respondió Sofía con una sonrisa.

Sofía se ajustó el arnés que había improvisado con correas de cuero y sogas. No era tan cómodo como el equipo moderno, pero servía. Se ató una bolsa al cinto con herramientas, antorchas y un par de piedras de yeso para marcar las grietas. Comprobó cada nudo, cada correa, cada detalle, con la obsesión de un ingeniero de seguridad.

—Bajo, miro, encuentro la fuga, marco el sitio, subo —enumeró con los dedos—. Simple.

—¿Y si hay algo más? —preguntó Kaelen, con un deje de preocupación.

—¿Algo más como qué?

—No sé. Algo. Dijiste que podría haber cuevas subterráneas. Y este castillo está construido sobre...

"LALALLALALALALALA", no pienses en eso.

—Sobre algo que duerme —completó Sofía—. Ya lo sé. Pero el pozo está en el patio de armas. Las mazmorras están al otro lado. No creo que haya conexión.

Por favor.

—Espero que tengas razón —advirtió Kaelen, y por un instante, su mano rozó el brazo de Sofía. Fue un contacto breve, casi involuntario, pero ella lo sintió como una descarga eléctrica.

Sofía se asomó al borde del pozo. La oscuridad era absoluta. Ni siquiera con las antorchas se veía el fondo. El aire que ascendía era fresco y húmedo, con un olor a tierra profunda que le recordó a los sótanos de los edificios antiguos que había restaurado.

—Vale. Allá voy.

Kaelen sujetó la cuerda con ambas manos, firme como una roca. Sus nudillos se blanquearon por la fuerza del agarre, y sus brazos, desnudos bajo la túnica, mostraban la tensión de los músculos.

—Si pasa algo, tira dos veces —indicó—. Te subiré.

—¿Y si pasa algo y no puedo tirar? —preguntó Sofía.

Se arrepintió en el momento en el que lo dijo porque Kaelen la miró como si fuera capaz de estrangularla con sus propias manos.

—Entonces bajaré yo —sentenció Kaelen, sin dudarlo.

Sofía sintió un nudo en el estómago que no tenía nada que ver con la altura.

"Qué hombre. Qué manera de decir las cosas. Podría ser más romántico si no sonara tan amenazante."

Se aferró a la cuerda, comprobando una última vez que todo estuviera en orden.

—No hace falta. Seguro que no pasa nada.

—Baja de una vez —dijo Kaelen, y por un instante, sus labios esbozaron algo parecido a una sonrisa.

Era una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero estaba ahí. Y Sofía pensó que, si sobrevivía a esto, tendría que preguntarle a Thurmond si Kaelen siempre había sonreído tanto o si era algo nuevo.

Empezó a descender.

El pozo era más profundo de lo que parecía. Las paredes de piedra, húmedas y resbaladizas, pasaban a su lado como un túnel interminable. El olor era... interesante. A humedad, a tierra mojada, a algo que no lograba identificar. ¿Algas? ¿Musgo? ¿Cien años de agua estancada?

—Huele a viejo —murmuró—. A muy, muy viejo.

La cuerda se tensaba y aflojaba con cada movimiento. Arriba, Kaelen controlaba el descenso con una precisión que delataba años de experiencia. Porque claro, el hombre también sabía de esto. Por supuesto que sí.

—¿Sigues ahí? —gritó hacia arriba.

—Sigo aquí —respondió Kaelen, su voz llegando amortiguada por la distancia, pero clara.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Tú concéntrate en bajar.

Bajó más. Diez metros. Veinte. Treinta.

La luz de arriba era apenas un punto lejano, una moneda de luz en la oscuridad. Las antorchas que llevaba encendidas iluminaban las paredes, revelando capas de piedra de diferentes colores. Había vetas oscuras, casi negras, y otras más claras, casi blancas. Como un mapa geológico.

—Interesante —murmuró, pasando la mano libre por la superficie rugosa—. Muy interesante.

Y entonces lo vio.

Una grieta.

No era grande. Apenas un palmo de ancho, vertical, que bajaba desde donde empezaba el agua hasta más abajo de donde alcanzaba la luz de la antorcha. Pero era suficiente. El agua se filtraba por ahí, lenta pero constante, perdiéndose en las profundidades.

—¡La encontré! —gritó, con la emoción de un cazador que divisa a su presa—. ¡Hay una grieta!

Desde arriba sintió voces aliviadas.

—¿Puedes sellarla? —preguntó Kaelen desde arriba, su voz rebotando en las paredes del pozo.

—Voy a intentarlo.

Se balanceó con cuidado, acercándose a la pared. Con una mano sujetaba la cuerda, con la otra sacó una de las piedras de yeso y marcó el contorno de la grieta. La piedra blanca dejó una línea nítida sobre la roca oscura. Luego, con un martillo y un cincel, empezó a limpiar los bordes, eliminando los restos sueltos que impedirían un sellado correcto.

—Necesito masilla —murmuró para sí—. Algo que pueda aplicar aquí abajo. Resina. Arcilla. Algo.

El sonido rebotó demasiadas veces hasta perderse en la parte de arriba.

—¿Qué dices? —preguntó Kaelen.

—¡Que necesito material para sellar! ¡Ahora solo estoy marcando! —gritó con todas sus fuerzas.

Él pareció tensar la cuerda para subirla.

—¿Quieres que te suba algo?

—¡No! ¡Termino de marcar y subo!

Siguió trabajando. El agua le mojaba las manos, fría como el hielo. Los dedos se le entumecían, pero no podía parar. Había que hacerlo bien. Había que...

La piedra le habló.

No fue como las otras veces. No fue un eco ni un recuerdo. Fue una voz clara, nítida, directa en su cerebro. Como si alguien estuviera susurrando justo al lado de su oído.

Más abajo.

Sofía se quedó helada.

Más abajo. Tienes que bajar más.

—¿Qué? —susurró, sin aliento, el martillo detenido a medio golpe.

Baja. Lo que buscas está más abajo.

—Yo busco una grieta. Ya la encontré.

No esa. La otra. La que importa.

La cuerda se tensó. La voz de Kaelen llegó desde arriba, preocupada.

—¿Sofía? ¿Estás bien?

—Sí —mintió—. Sí, estoy bien.

Pero no lo estaba. Porque la piedra le estaba pidiendo que bajara más. Y ella sabía, con una certeza que no podía explicar, que si bajaba, encontraría algo. Algo que quizás no debería encontrar. Algo que quizás no debería despertar.

Baja. No tengas miedo.

—No tengo miedo —murmuró—. Tengo pánico. Es diferente.

Pero sus manos ya estaban soltando el martillo, guardando el cincel, preparándose para descender más. Como si no pudiera evitarlo. Como si la piedra la estuviera empujando. Como si una fuerza invisible estuviera guiando sus movimientos.

—¡Sofía! —la voz de Kaelen, más aguda ahora, cortante como una espada—. ¡La cuerda no da para más! ¡Si bajas más, no puedo asegurarte!

Miró hacia arriba. El punto de luz era diminuto, un recuerdo lejano del mundo exterior. Miró hacia abajo. La oscuridad era absoluta, profunda, hambrienta.

—¡Suelta un poco más! —gritó—. ¡Solo un poco!

—¡No puedo! ¡Es peligroso!

—¡Confía en mí!

Silencio. Un silencio denso, pesado, que se alargó durante lo que parecieron siglos. Luego, la cuerda cedió un par de metros.

Sofía descendió. Las paredes cambiaban a su alrededor. La piedra era diferente aquí, más antigua, más densa. Las vetas oscuras se volvían más frecuentes, formando dibujos que parecían... ¿letras? ¿Símbolos?

—No jodas —susurró, la voz quebrada por la incredulidad.

Eran los mismos símbolos. Los de las mazmorras. Los del libro. Los de la profecía.

Grabados en las paredes del pozo.

—Esto no es un pozo —murmuró—. Esto es... no sé qué es.

Sigue bajando.

Bajó más. Los símbolos se multiplicaban, cubriendo cada palmo de piedra. Y entonces, cuando ya pensaba que no podía bajar más, sus pies tocaron algo sólido.

El fondo.

No era el fondo del pozo, porque el agua seguía bajando por la grieta. Era una repisa, una especie de saliente en la pared, justo donde los símbolos se volvían más densos. Y en esa repisa, algo brillaba.

—¿Qué es eso?

Se acercó con cuidado, el corazón latiéndole con tanta fuerza que temió que pudiera oírse desde arriba. Era un objeto pequeño, apenas del tamaño de su mano, envuelto en una tela enmohecida. Lo cogió, lo limpió con el borde de la túnica y lo sostuvo a la luz de la antorcha.

Un colgante.

Un colgante de piedra, con el mismo símbolo grabado: la espiral, la montaña, la mujer con los brazos extendidos. Y en el centro, una inscripción que no pudo leer.

—¿Qué coño...?

Es tuyo.

—¿Mío? ¿Cómo va a ser mío? Yo nunca había... —empezó a protestar, negando con la cabeza.

Siempre fue tuyo. Desde antes de nacer. Solo estabas esperando el momento de encontrarlo.

Sofía sintió que el mundo se inclinaba. La cabeza le daba vueltas. Las manos le temblaban. El colgante, caliente contra su piel. Caliente como si tuviera vida propia.

—Sofía —la voz de Kaelen, lejana, desesperada—. ¡Sofía, contesta! ¡¿Estás bien?!

El colgante, se calentó más, se sentía terriblemente caliente contra su piel. Caliente como si tuviera vida propia.

—Estoy... estoy bien —gritó, con la voz entrecortada—. ¡Pero tienes que subirme! ¡Ya! ¡Ahora!

La cuerda se tensó. El ascenso comenzó.

Mientras subía, con el colgante apretado contra el pecho y los símbolos pasando a su lado como fantasmas en la oscuridad, Sofía supo que todo había cambiado.

La profecía era real.

Y ella estaba en el centro.

Cuando por fin salió del pozo, tambaleante y cubierta de barro, Kaelen la sujetó antes de que cayera al suelo. Sus brazos la rodearon con una fuerza que rayaba en la desesperación. Podía sentir los latidos de su corazón, rápidos y fuertes contra su propia espalda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, escudriñando su rostro con una intensidad que daba miedo—. ¿Qué has encontrado?

Sofía abrió la mano. El colgante brillaba débilmente a la luz del sol, como si estuviera vivo.

—Esto.

Kaelen lo miró, y su expresión cambió. De preocupación pasó a algo más profundo, más oscuro. Algo que parecía... ¿miedo? Retrocedió medio paso, sin soltarla del todo.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó, con voz tensa.
Pues solo he ido hacia abajo, adivina.

—En el fondo. En una repisa. Había símbolos, Kaelen. Los mismos de las mazmorras. Grabados en las paredes del pozo.

Kaelen la miró con ganas de matarla. Había bajado a por una grieta y había venido con algo más. Siempre había algo más.

—¿Y lo has cogido? —preguntó él, incrédulo.

"Dicho así… suena temerario", pensó.

—La piedra me dijo que era mío.

—¿La piedra te habló?

—Sí. Como ahora te estoy hablando yo a ti.

Kaelen la miró fijamente. Sus ojos grises recorrieron su rostro, buscando algo, quizás una señal de que estaba bromeando, de que todo era una broma pesada. Luego, sin decir una palabra, la abrazó.

Fue un abrazo breve, tenso, extraño. Como si no supiera muy bien cómo se hacía. Pero estaba ahí. Y Sofía sintió que, por un momento, el mundo dejaba de girar.

—No vuelvas a hacer algo así —murmuró Kaelen contra su pelo, su voz vibrando en su pecho—. No sin mí.

Sofía se tensó más que la cuerda de un arco, aunque debía de reconocer que se estaba muy cálido entre esos brazos que parecían troncos de árbol.

—¿Te refieres a bajar al pozo?

—Me refiero a todo. A cualquier cosa. No quiero que te pase nada.

Sofía no supo qué responder.

Así que se limitó a asentir, con la cara pegada a su pecho y el colgante caliente entre los dos.

Gato, que había observado toda la escena desde el borde del pozo con la dignidad de un rey exiliado, maulló con satisfacción. Como diciendo "por fin, humanos, por fin".

Esa noche, Thurmond examinó el colgante con la meticulosidad de un científico loco. Lo giró entre sus dedos arrugados, lo acercó a

la luz de las velas, lo olió, incluso lo lamió con la punta de la lengua, para disgusto de Sofía.

"Nota mental: lavarlo antes de volver a tocarlo".

—Es antiguo —sentenció al fin—. Muy antiguo. Anterior a los cinco órdenes. Anterior a la fundación de Valdoria. Anterior a casi todo.

—¿Y qué significa? —preguntó Sofía, sentada al borde de la silla, los dedos entrelazados con fuerza.

Thurmond se ajustó las gafas, acercando el colgante a sus ojos miopes. La luz de las velas hacía brillar las runas grabadas en la piedra.

—El símbolo es el mismo de la profecía. La espiral representa el ciclo. La montaña representa el lugar. La mujer representa a la que viene de fuera. Y las runas... —Thurmond entrecerró los ojos, descifrando—. Las runas dicen: 'Para la que despierta, cuando el tiempo se cumpla'.

Y todo giraba de la misma forma. Empezaba a ser terroríficamente agotador.

—Bonito —murmuró Sofía con ironía—. Muy críptico. Me encanta. Porque a mí lo que me gusta son los acertijos milenarios con final incierto.

Él le tendió el collar y Sofía lo miró como si fuera un arma radioactiva, lo había visto lamerlo.

—¿Puedes ponértelo? —preguntó Thurmond, ignorando su sarcasmo.

—¿Ponérmelo?

—Sí. Al cuello. Donde estaba antes de que lo encontraras.

Sofía dudó.

¿Y si pasa algo? ¿Y si me posee? ¿Y si me convierto en una estatua de piedra?

Luego, con manos temblorosas, tomó el colgante por el collar y lo mojó en su vaso de manzanilla. Que la culpasen por ser escrupulosa, pero una noche había visto la cantidad de bacterias que había en una boca humana y todavía tenía pesadillas con eso.

Finalmente, lo secó en su vestido y se lo colocó.

Para su alegría, no ocurrió nada.

Bueno, no exactamente nada. Sintió un calor agradable en el pecho, como una manta en invierno. Pero no hubo visiones, ni voces, ni nada parecido.

—¿Notas algo? —preguntó Thurmond, expectante.

—Calor. Solo calor.

—Interesante. El colgante te reconoce. Eso es bueno.

Parpadeó confusa.

—¿Y qué hago ahora?

—Ahora, duermes. Mañana será otro día. Y tienes un pozo que arreglar.

Y listo. En este mundo se solucionaban las cosas demasiado pronto, como si nada importase o fuera el curso normal de las cosas.

—Y una guerra que preparar —añadió Kaelen desde la puerta, apoyado en el marco con los brazos cruzados.

Oh sí, Kaelen, casi se había olvidado de él.

—Y una guerra que preparar —asintió Thurmond—. Pero eso, querida Sofía, tendrá que esperar.

Sofía asintió con seriedad. Por primera vez, no fue capaz de bromear porque la guerra era algo muy serio. Demasiado. Nunca

había esperado que algún día se viera asediada, la gente resultaba herida y muerta.

¿A cuánta gente vería morir que hoy veía reír?

Sofía se llevó el colgante a sus habitaciones. Gato la siguió, como siempre, y se enroscó a sus pies cuando se metió en la cama.

—¿Tú sabes lo que es esto? —le preguntó, mostrándole el colgante.

Gato abrió un ojo, lo miró, y emitió un ronroneo que sonaba sospechosamente a "sí, pero no te lo voy a decir". Luego cerró el ojo y comenzó a roncar.

—Eres un puto inútil —sentenció Sofía.

Sofía se quedó mirando el techo, con el colgante caliente contra su piel y la mente llena de preguntas sin respuesta.

Para la que despierta, cuando el tiempo se cumpla.

¿Qué tiempo? ¿Qué tenía que despertar? ¿Y por qué ella?

No lo sabía. Pero algo le decía que muy pronto, lo descubriría.

Quisiera o no.

CAPÍTULO 8: LA CENA INCÓMODA

Kaelen llevaba media hora intentando decidir qué ropa ponerse.

No era una situación habitual en él. Normalmente, su vestimenta se reducía a dos opciones: armadura para la guerra, túnica para todo lo demás. La misma túnica negra de siempre, la misma cota de malla cuando la ocasión lo requería, las mismas botas gastadas que habían pisado todos los campos de batalla del norte. No necesitaba más. No quería más.

Pero esta noche no era una noche normal.

Esta noche, Sofía había anunciado que quería cenar con él. A solas. Sin Thurmond. Sin Dain. Sin Lina. Sin Gato.

—Para hablar —había dicho ella esa mañana, con una naturalidad que a él le había parecido absolutamente criminal. Estaba en el patio de armas, supervisando las obras como siempre, con ese delantal de cuero que se había puesto para no mancharse y que a Kaelen le parecía absurdamente adorable—. De cosas. De la guerra. De la profecía. De... todo.

Kaelen recordaba haberse quedado mirándola sin saber qué responder. El sol de la mañana iluminaba su pelo castaño, y ella tenía una mancha de cal en la mejilla que no parecía importarle lo más mínimo.

—¿Por qué a solas? —había preguntado él, con la esperanza de que su voz sonara neutral y no como si le estuvieran estrangulando.

Sofía se encogió de hombros con esa despreocupación que a él le resultaba tan desconcertante.

—Porque hay cosas que no quiero decir delante de Thurmond —explicó, apoyando las manos en las caderas—. El viejo se ríe de mí.

Mentira, pensó Kaelen ahora, frente al arcón abierto de su habitación. *No es por Thurmond. Es por otra cosa. Y tú lo sabes.*

El problema era que no sabía qué otra cosa. No sabía qué esperaba ella de aquella cena. No sabía qué esperaba él. No sabía nada, salvo que llevaba tres días sin dormir pensando en ella y que eso le estaba volviendo loco.

Rebuscó en el arcón con una impaciencia que no solía tener. Ropas negras, grises, marrones. Todas iguales. Todas aburridas. ¿Por qué no tenía nada más?

—La azul —murmuró, sacando una túnica de lino azul oscuro que no usaba desde hacía años. La sostuvo contra la luz, examinándola —. La azul es... diferente.

¿Diferente para qué? ¿Para quién?

Se la probó frente al pequeño espejo de metal bruñido que colgaba de la pared. Le quedaba bien. Demasiado bien, quizás. Marcaba los hombros, caía con elegancia sobre el pecho, dejaba ver parte de las cicatrices del antebrazo. Se miró fijamente, frunciendo el ceño.

Parece que vas a una cita, le susurró una voz en su interior. Una voz que sonaba sospechosamente a Dain cuando se burlaba de él. Seguro que su segundo al mando se estaría partiendo de risa en algún lugar del castillo si supiera lo que estaba haciendo.

—No es una cita —dijo en voz alta, por si acaso las paredes tenían oídos. Dio media vuelta, examinándose desde otro ángulo—. Es una cena. Para hablar. De la guerra.

La túnica azul no respondió. Las paredes tampoco. Pero Gato, que había aparecido en el alféizar de la ventana sin que nadie lo invitara, emitió un maullido que sonaba terriblemente a risa. El animal lo miró con esos ojos amarillos que parecían saberlo todo.

—Tú —Kaelen señaló al animal con el dedo, adoptando un tono acusador—. Tú no deberías estar aquí.

Gato parpadeó lentamente. Su expresión decía: *y sin embargo, aquí estoy, y no puedes hacer nada para impedirlo.* Luego se lamió una pata con una parsimonia insultante.

—¿Cómo has entrado? —preguntó Kaelen, sabiendo de antemano que no obtendría respuesta.

Gato se lamió la otra pata.

—Claro. Magia. Lo que sea —suspiró, pasándose una mano por el pelo—. No me extraña que ella te quiera. Sois igual de exasperantes.

El gato ronroneó, satisfecho, como si aquello fuera el mayor cumplido que pudiera recibir.

Kaelen suspiró y volvió a mirarse en el espejo. Su reflejo le devolvió la imagen de siempre: el pelo oscuro despeinado, la cicatriz cruzando la mejilla, los ojos grises con esas ojeras que delataban noches en vela. Pasó los dedos por la marca, un gesto casi inconsciente.

Treinta y seis años, pensó. *Treinta y seis años y comportándome como un adolescente la primera vez que vio una chica.*

—No es una chica —se recordó a sí mismo, apoyando las manos en el arcón—. Es una arquitecta de otro mundo. Es la esposa que no pedí. Es la que despierta. Es...

La última mujer que tuve, tres días antes de Sofía, Elara, lloraba como si él fuera el mismísimo demonio a punto de arrancarle la vida.

Es la única persona que me ha mirado sin miedo en diez años.

Apartó el pensamiento con violencia. No podía permitirse eso. No ahora. No con la guerra a punto de estallar.

Pero el pensamiento volvió, como volvía siempre. Como volvía cada noche cuando se tumbaba en la cama y cerraba los ojos y veía su rostro. Esa sonrisa irónica. Esa forma de fruncir el ceño cuando algo no le gustaba. Esa mancha de cal en la mejilla.

—Basta —ordenó a su reflejo, señalándolo con el dedo—. Concéntrate. La guerra. Los preparativos. Las defensas.

El reflejo no pareció convencido. Tampoco Gato, que seguía en el alféizar con esa expresión de superioridad infinita.

El gran comedor estaba vacío cuando Kaelen llegó. Las velas ya estaban encendidas, proyectando su luz danzante sobre los tapices descoloridos que colgaban de las paredes. Las llamas parpadeaban con el suave vaivén del aire que entraba por las rendijas de las ventanas, creando sombras que bailaban entre las figuras bordadas de batallas antiguas.

La mesa, dispuesta para dos personas en un extremo, casi parecía ridícula en la inmensidad de la sala. Los manteles de lino blanco, la vajilla de peltre, los cubiertos de metal bruñido... todo preparado para una cena que, a todas luces, era mucho más que una simple cena.

Kaelen eligió su sitio de siempre: la cabecera. Desde allí dominaba la entrada, las ventanas, las puertas de servicio. Desde allí podía controlarlo todo. Los accesos, las salidas, cualquier posible amenaza.

Excepto a ella, pensó mientras se sentaba lentamente en la silla de madera tallada. *A ella no puedo controlarla.*

Se ajustó la túnica azul por enésima vez, incómodo con la sensación de la tela fina contra su piel. No estaba acostumbrado a

vestir así. Prefería el cuero, la malla, algo que le recordara quién era y qué debía hacer.

Esperó.

Un minuto. Dos. Cinco.

El silencio del comedor se volvía más denso por momentos. El chasquido ocasional de las velas, el crepitar lejano de la chimenea, el rumor del viento contra los muros. Nada más.

Llega tarde, constató, apoyando los codos en la mesa. *Llega tarde porque se habrá perdido por los pasillos otra vez.*

Casi sonrió. Casi.

—Debería haber mandado a Lina a buscarla —murmuró para sí, negando lentamente con la cabeza.

Y entonces la puerta se abrió.

Sofía entró como un vendaval, con el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas por la carrera. Vestía un sencillo vestido azul claro —*el mismo de siempre*, notó Kaelen con una mezcla de alivio y decepción— y arrastraba tras de sí a Gato, que caminaba con la dignidad ofendida de quien ha sido rescatado contra su voluntad. El animal tenía una pata levantada, como si cada paso que daba fuera una concesión a la estupidez humana.

—Lo siento —dijo ella sin aliento, soltando al gato en cuanto cruzó el umbral—. Me he perdido. Otra vez.

Kaelen se levantó, por cortesía, y señaló la silla de su derecha.

—Siéntate —indicó, con un gesto de la mano.

Sofía obedeció, dejando caer a Gato al suelo con un suspiro de alivio. El animal, libre por fin, se alejó con paso majestuoso hacia la chimenea, donde se enroscó como si todo aquel espectáculo no hubiera sido más que una molestia menor.

El segundo gato fue hacia él y se tocaron, los dos Gatos se fusionaron al colisionar.

“Así que así es como lo hacía”.

—Este castillo es un laberinto —protestó Sofía mientras se acomodaba en la silla y se alisaba el vestido—. En serio. Deberíais poner carteles. Flechas. Algo.

Kaelen volvió a sentarse, observándola con atención.

—¿Carteles? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Sí. En mi mundo, en los sitios grandes hay mapas con un punto que dice "usted está aquí". Sería muy útil.

Parpadeó. Tenía sentido, aunque era algo absurdo en un castillo que se había diseñado para hacer perderse a la gente.

—¿En tu mundo ponéis mapas para que la gente no se pierda? —inquirió él, inclinando ligeramente la cabeza.

—Sí —afirmó ella con rotundidad—. Y funcionan.

Lo decía con tanta calma y claridad que su mundo empezaba a ser un lugar mucho más pacífico que el suyo. No pudo evitar sentir cierta envidia al escuchar esas cosas.

—¿Y entonces por qué os perdéis? —preguntó Kaelen, genuinamente confuso.

Sofía soltó una risita que a él le pareció el sonido más bonito que había escuchado en años.

—Porque no los miramos —admitió—. Confiamos demasiado en el móvil.

Kaelen frunció el ceño aún más, si eso era posible.

—¿El móvil? —repitió, como si la palabra fuera un concepto extraterrestre.

—Es... no importa —Sofía negó con la cabeza, apartando el tema con un gesto—. Olvídalo.

Cogió la jarra de vino y se sirvió una copa con una desenvoltura que a Kaelen le pareció fascinante. En Monteverde, las damas esperaban a que los hombres les sirvieran. Era una de esas reglas no escritas de la corte, una muestra de sumisión y buenos modales. Ella, claramente, no sabía o no le importaba.

Y a mí me gusta, pensó Kaelen, sorprendiéndose a sí mismo. *Me gusta que sea así.*

—¿Has elegido tú el vino? —preguntó ella, bebiendo un sorbo y saboreándolo con los ojos cerrados.

Se hinchó de orgullo.

—Sí —respondió él, observando la forma en que la luz de las velas acariciaba su garganta al tragar.

—Está bueno —apreció Sofía, abriendo los ojos—. Afrutado. ¿De qué año?

Kaelen la miró fijamente, sin saber muy bien qué responder.

—¿En tu mundo también ponéis años al vino? —preguntó con cautela.

Ella lo miró como si datar los vinos fueran la cosa más normal del mundo. Algo que le fascinó.

—Sí —explicó ella, dejando la copa sobre la mesa—. Y a veces son carísimos. Mi jefe de obra coleccionaba botellas de Rioja del 94. Decía que eran mejor inversión que los pisos.

Kaelen parpadeó.

—¿Rioja? —preguntó, intentando procesar tanta información nueva.

—Una región de mi mundo —aclaró Sofía—. Con vino. Buen vino.

—Ah —fue lo único que se le ocurrió decir.

Silencio.

Kaelen se maldijo interiormente.

¿Ah? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? ¿Ah? Se obligó a pensar en algo, cualquier cosa, que pudiera mantener la conversación viva.

—¿Y cómo era tu mundo? —preguntó al fin, desesperado por llenar el vacío—. Además de los vinos con año y los mapas para no perderse.

Sofía se reclinó en la silla, adoptando una postura relajada. La luz de las velas iluminaba su rostro de una manera que a Kaelen le pareció peligrosamente atractiva. Tenía los ojos brillantes, las mejillas aún sonrojadas, y una pequeña sonrisa bailaba en sus labios.

—Complicado —respondió ella, jugueteando con el borde de la copa—. Ruidoso. Rápido. Todo el mundo tenía prisa. Todo el mundo miraba pantallitas en lugar de mirarse a la cara.

—¿Pantallitas? —interrumpió Kaelen, incapaz de dejar pasar un término tan extraño.

—Aparatos —improvisó Sofía con un gesto vago de la mano—. Cosas con luz que mostraban información. La gente pasaba horas mirándolos.

Kaelen intentó imaginarlo y fracasó estrepitosamente.

—Había cosas maravillosas y cosas horribles, supongo —continuó ella—. Como aquí.

Se descubrió a sí mismo deseando saber más. Mucho más.

—¿Qué cosas maravillosas? —preguntó él, genuinamente interesado.

Sofía se incorporó ligeramente, animada por la pregunta.

—La medicina, por ejemplo —explicó, gesticulando con las manos —. En mi mundo, si te rompías una pierna, te la escayolaban y en dos meses estabas como nuevo. Aquí os morís por una infección.

Kaelen sintió la necesidad de defender su mundo. En eso salían ganando seguro.

—Aquí también sabemos curar huesos —protestó, aunque sin demasiada convicción.

La magia era todavía muy rudimentaria, dolía como si te arrancasen la piel del hueso.

—Sí —admitió Sofía—, pero con escayola es más rápido. Y duele menos. Y tenemos anestesia para las operaciones. Y antibióticos para las infecciones.

Asintió lentamente, procesando la información. Era extraño pensar en un mundo donde la muerte no acechara en cada herida, en cada parto, en cada enfermedad.

—Parece un mundo muy cómodo —sentenció al fin.

—Lo era —reconoció Sofía, y su voz perdió parte de su brillo habitual—. Demasiado cómodo, quizás. Nos quejábamos de todo. Del precio de la luz. Del tráfico. Del vecino que ponía la música alta. Cosas sin importancia.

Kaelen la observó en silencio. Había algo en su expresión, una sombra de nostalgia, que le hizo sentir una punzada en el pecho.

—¿Y qué echas de menos? —preguntó, y la cuestión le salió del alma sin que pudiera evitarlo.

Sofía dudó. Sus ojos se perdieron en la llama de una vela, bailando con ella. El silencio se alargó, pero no era incómodo. Era un silencio íntimo, compartido.

—Mi madre —dijo al fin, con voz queda—. Mis plantas. El café por las mañanas. Las llamadas de teléfono de mi madre los domingos para preguntarme qué iba a comer.

Kaelen inclinó la cabeza, tratando de comprender.

—¿Tu madre te llamaba para preguntarte qué ibas a comer? —preguntó, extrañado.

—Todos los días —confirmó Sofía con una sonrisa triste—. A las doce y media. Como un reloj. Y los domingos iba a comer a su casa.

Fascinante, una madre que se preocupaba por su hija, era algo más preciado que el oro.

—¿Y qué comías? —inquirió él.

—No lo sé —admitió ella, encogiéndose de hombros—. Nunca lo sabía. Pero ella me decía: "hija, tienes que comer mejor, que estás muy delgada". Y yo le decía: "mamá, como bien, no te preocupes". Y ella me decía: "las madres siempre nos preocupamos". Y colgábamos.

Kaelen la miró en silencio. Había algo en su voz, una mezcla de nostalgia y dolor, que le hizo sentir un nudo en el estómago. Él conocía ese dolor. Lo había sentido durante años, aunque había aprendido a enterrarlo muy hondo.

—Mi madre también se preocupaba —dijo sin pensar, sorprendiéndose a sí mismo con la confesión—. Antes de morir.

Sofía levantó la vista, y sus ojos se encontraron con los suyos. Por un instante, Sofía se congeló como si acabase de meter la pata.

—¿Cuánto hace? —preguntó con suavidad.

—Veinte años —respondió Kaelen, y le sorprendió lo fácil que era decirlo.

—Lo siento —susurró ella.

—Fue hace mucho —dijo él, con un tono que pretendía ser firme pero que sonó extrañamente vulnerable.

Sofía negó lentamente con la cabeza, sin apartar la mirada.

—Eso no importa —sentenció con una convicción que lo desarmó —. El dolor no caduca.

Kaelen se quedó callado. Nadie le había dicho eso nunca. Nadie le había dicho que el dolor por su madre, veinte años después, seguía siendo válido. Seguía siendo suyo. Siempre lo había escondido, lo había enterrado bajo capas de deber y responsabilidad, y ahora aquella mujer, una desconocida de otro mundo, lo sacaba a la luz con unas pocas palabras.

—Gracias —murmuró, sin saber muy bien qué más decir.

—De nada —respondió ella con una sonrisa cálida.

El silencio que siguió fue diferente. Más cálido. Más cómplice. Ya no era ese vacío incómodo que Kaelen tanto temía, sino una pausa compartida, un descanso en la conversación donde las palabras sobraban.

Gato, desde la chimenea, ronroneó con satisfacción.

La cena transcurrió entre preguntas y respuestas, confesiones a medias y silencios que ya no eran incómodos. Kaelen habló de su infancia en Roca Negra, de los entrenamientos con su padre, de la primera vez que mató a un hombre.

—Tenía diecisiete años —dijo, con la mirada perdida en algún punto de la pared—. Fue en una escaramuza en el paso del norte. Los bárbaros atacaron un poblado. Llegamos demasiado tarde para salvar a todos. Pero yo maté a tres de ellos.

Sofía escuchaba en silencio, sin apartar la vista de él. No había juicio en sus ojos, solo atención.

—¿Y cómo te sentiste? —preguntó al fin.

Kaelen dudó. Era una pregunta que nunca le habían hecho. Los soldados no preguntaban eso. Los señores de la guerra no hablaban de sentimientos.

—Vacío —admitió, y la palabra le supo extraña en la boca—. No sentí nada. Y eso me asustó más que la batalla.

Sofía asintió, como si entendiera. Y quizás entendía, pensó Kaelen. Ella había muerto. Ella había perdido su mundo. Ella sabía lo que era sentirse vacío.

—En mi mundo hay una cosa que se llama trastorno de estrés postraumático —explicó ella, adoptando un tono casi académico—. Les pasa a los soldados que vuelven de la guerra. Tienen pesadillas. No pueden olvidar lo que vieron. A veces se quedan en blanco.

Kaelen frunció el ceño, interesado.

—¿Y qué hacen? —preguntó.

—Les ayudan —respondió Sofía con sencillez—. Con terapia. Con medicamentos. Con gente que les escucha.

Eso sonaba tan… ¿Extraño?

—¿Tú eres de esa gente? —preguntó él, sosteniendo su mirada.

Sofía sonrió. Una sonrisa pequeña, pero auténtica.

—Lo intento —dijo.

Kaelen la miró a los ojos. Durante un instante, el mundo exterior desapareció. Solo estaban ellos, las velas y la distancia ridículamente pequeña que separaba sus manos sobre la mesa. Podía oír su respiración, podía ver el latido de su pulso en el cuello.

—¿Por qué has pedido esta cena? —preguntó él, con voz ronca.

Sofía sostuvo su mirada. No se achicó. No apartó la vista.

—Porque quería conocerte —respondió con sinceridad—. De verdad. No al Lord de Roca Negra. No al Carnicero de las Montañas Negras. A ti. A Kaelen.

El corazón de él dio un vuelco.

—¿Y por qué? —insistió, necesitando oírlo.

Ella dudó un momento. Se mordió el labio inferior, un gesto que Kaelen había llegado a adorar sin saber muy bien cuándo.

—Porque... —comenzó, y luego suspiró, rindiéndose—. Porque me importa. Y porque técnicamente estamos casados, aunque yo no estuviera en la boda. Y porque la guerra se acerca y jamás estuve en una. Y porque tengo miedo.

Su volvía a decir "y", iba a detenerla.

El corazón de Kaelen dio un vuelco. Sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

—¿Te importo? —preguntó, y su voz sonó casi como un susurro.

"Buena forma de resumir con todo lo que me ha dicho, me quedo con lo que me interesa", pensó.

Hasta Gato lo miró.

"¿Y tú qué miras? Sigue durmiendo".

—Sí —afirmó ella sin dudar—. Y no sé por qué. Eres un borde. No hablas. Te pasas el día frunciendo el ceño. Me llamaste herramienta.

Kaelen hizo una mueca de dolor al recordarlo.

—Pero también eres la única persona en este castillo que se ha preocupado por mí de verdad —continuó Sofía, y su voz ganaba fuerza con cada palabra—. La única que ha bajado conmigo a las mazmorras. La única que ha sujetado la cuerda mientras yo me metía en un pozo. La única que...

Se detuvo, como si buscara las palabras adecuadas.

—Cualquiera habría hecho lo mismo —protestó Kaelen débilmente.

Sofía negó con la cabeza, y una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

—No —sentenció con firmeza—. Cualquiera no. Dain no. Borin no. Thurmond es demasiado viejo para bajar. Solo tú.

Kaelen sintió que las palabras se le atascaban en la garganta. Quería decir tantas cosas. Que ella era la primera persona en años que le hacía sentir algo. Que cuando la veía reír, se le olvidaba la guerra. Que por las noches, en la oscuridad de su habitación, pensaba en ella. Solo en ella.

Pero no podía. Las palabras no le salían. Llevaba tantos años callado, tantos años sin expresar lo que sentía, que ahora, cuando por fin tenía algo que decir, no encontraba la forma.

—Sofía, yo... —comenzó, sin saber muy bien cómo iba a terminar la frase.

—¿Señor Kaelen? ¿Lady Elara?

La voz de Lina los sobresaltó a ambos. La doncella apareció en la puerta con una bandeja de postre y una expresión de inocencia tan mal fingida que resultaba casi cómica. Llevaba el pelo recogido bajo la cofia y una sonrisa que delataba que sabía perfectamente lo que estaba interrumpiendo.

La única que seguía llamándola Elara, como si algún día la verdadera fuera a regresar y metiera la pata o algo.

—Perdonen la interrupción —dijo con un tono que no sonaba nada arrepentido—. Traigo las natillas. Las ha preparado el cocinero especialmente para la ocasión.

Kaelen quiso estrangularla. Y abrazarla. Y estrangularla otra vez.

—Gracias, Lina —dijo Sofía, con una sonrisa forzada que no lograba ocultar del todo su frustración—. Puedes dejarlas aquí.

Lina obedeció, colocando la bandeja sobre la mesa con una lentitud deliberada. Aprovechó para lanzar una mirada cómplice a Sofía que Kaelen no pasó por alto. Era una mirada que decía claramente: *ya me contarás luego*.

—Que aproveche —dijo la doncella con una reverencia, y desapareció por la puerta con una agilidad sorprendente.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, pero ahora era diferente. Era un silencio cargado de lo que no se habían dicho, de lo que Lina había interrumpido.

—Son muy buenas —dijo Sofía al cabo de un momento, probando las natillas con la cuchara—. ¿Las has probado?

Kaelen negó con la cabeza.

—No.

—Pues deberías —insistió ella, señalando el postre con la cuchara —. Tienen canela. O algo parecido. En mi mundo le llamamos canela.

Kaelen probó las natillas. Estaban buenas, ciertamente. La textura era suave, el sabor dulce con ese toque especiado que ella mencionaba. Pero no podía concentrarse en ellas. Solo podía pensar en lo que había estado a punto de decir, en lo que ella había dicho, en la forma en que la luz de las velas iluminaba sus ojos.

—Kaelen —dijo Sofía, dejando la cuchara a un lado con un gesto decidido—. Tengo que preguntarte algo.

Él la miró, expectante.

—Dime —respondió.

Ella inspiró hondo, como si se estuviera preparando para algo importante.

—¿Qué soy para ti?

La pregunta le golpeó como un mazazo. Casi se ahogó con las natillas, aunque disimuló como buen guerrero que era.

—¿Cómo? —preguntó, necesitando tiempo para procesar.

—Qué soy para ti —repitió Sofía con calma—. Una herramienta. Una aliada. Una esposa por conveniencia. U... otra cosa.

Kaelen la miró fijamente. La respuesta estaba ahí, en su pecho, quemándole. Pero no podía soltarla. No podía porque, si la soltaba, todo cambiaría. Y él no sabía si estaba preparado para eso. No sabía si era capaz de manejar lo que vendría después.

—Eres... importante —dijo al fin y hasta a él le sonó insuficiente.

Sofía enarcó una ceja. Esperando.

—¿Importante? —repitió con escepticismo—. ¿Eso es todo?

Kaelen suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—No sé qué más decirte —admitió con honestidad—. No sé cómo se hace esto.

Y no era mentira. Hasta que lo casaron, las mujeres le parecían una especie de ser humano tan ajeno que podrían catalogarse como especie a parte de la suya.

—¿Esto? —preguntó ella.

—Esto —explicó él, señalando vagamente el espacio entre los dos —. Hablar. Sentir. No estar solo.

Sofía sonrió. Era una sonrisa triste, pero auténtica. Una sonrisa que decía *te entiendo perfectamente*.

—Yo tampoco lo sé —admitió—. Pero podemos aprender juntos, ¿no?

Kaelen asintió lentamente.

—Supongo que sí —respondió.

Gato, desde la chimenea, maulló con aprobación. El sonido resonó en el silencio del comedor como un comentario final.

La cena terminó pasada la medianoche. Las velas se habían consumido casi por completo, y solo quedaban dos o tres parpadeando débilmente en sus candelabros. La luna entraba por las ventanas, bañando la estancia con una luz plateada que hacía que todo pareciera irreal.

Kaelen acompañó a Sofía hasta la puerta de sus habitaciones, porque sí, esta vez la acompañó, y ella no protestó. Se quedó allí, frente a la madera, sin saber qué hacer. Las antorchas del pasillo crepitaban suavemente, y el silencio del castillo dormido los envolvía.

—Buenas noches, Kaelen —dijo ella, con la mano en el picaporte.

—Buenas noches, Sofía —respondió él.

Ella dudó un momento. Luego, antes de que él pudiera reaccionar, se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

Fue un beso breve, suave, casi casto. Sus labios apenas rozaron su piel, apenas un instante. Pero a Kaelen le quemó como si fuera fuego. Como si ella hubiera dejado una marca imborrable en él.

—Gracias por la cena —susurró ella.

Y entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Kaelen se quedó allí, plantado como un idiota, con la mano en la mejilla y el corazón desbocado. Podía sentir el calor del beso, podía

oír aún su susurro, podía ver el destello de sus ojos antes de desaparecer.

—Idiota —murmuró—. Eres un idiota.

Pero no se movió. Se quedó allí, mirando la puerta, durante lo que parecieron horas. El pasillo se fue enfriando a su alrededor, las antorchas se consumieron un poco más, y él seguía allí, inmóvil, procesando lo que acababa de ocurrir.

Hasta que Gato, desde algún lugar de la oscuridad, maulló con sorna.

Kaelen se volvió y vio al animal sentado en el suelo, con esos ojos amarillos brillando en la penumbra y una expresión que claramente decía *¿ya terminaste de hacer el ridículo?*

—Vete —le espetó Kaelen.

Gato no se movió.

—Que te vayas —insistió.

Gato parpadeó lentamente.

—Como quieras —suspiró Kaelen, y se alejó por el pasillo hacia sus propias habitaciones.

Pero antes de doblar la esquina, se volvió una última vez para mirar la puerta de Sofía.

Y sonrió. Una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero estaba ahí.

Esa noche, Kaelen no pudo dormir.

No era nuevo. Llevaba años sin dormir bien. Las pesadillas, los recuerdos, la constante vigilancia... todo eso hacía que el sueño fuera un lujo que rara vez se permitía.

Pero esta noche era diferente. Esta noche, cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de Sofía. Cada vez que respiraba, olía su perfume, ese olor a hierbas y a algo dulce que no lograba identificar. Cada vez que se tocaba la mejilla, sentía el calor de su beso.

¿Qué coño me está pasando?, se preguntó por enésima vez, dando vueltas en la cama.

La luna entraba por la ventana de su habitación, bañando la estancia con esa misma luz plateada que había iluminado el pasillo. Su habitación era espartana: una cama, un arcón con su ropa, una mesa con mapas, una estantería con libros de estrategia. Nada personal. Nada que lo delatara como ser humano.

Pero aquella noche, hasta aquellas paredes desnudas le parecían diferentes. Como si el beso de Sofía hubiera cambiado algo en el aire.

Se levantó de un salto, frustrado. No podía seguir así. Necesitaba despejarse. Necesitaba alejarse de allí, de ella, de todo.

Salió al pasillo sin molestarse en vestirse adecuadamente, solo con la túnica que había llevado en la cena. El castillo estaba en silencio, sumido en el sueño de sus habitantes. Los guardias conocían sus rondas nocturnas y no se sorprendían al verlo aparecer a horas intempestivas.

Pero sus pies no lo llevaron a las murallas, como solía hacer. Sus pies lo llevaron, casi sin querer, hacia la biblioteca.

Thurmond estaba allí, como siempre, leyendo a la luz de una vela. El anciano levantó la vista cuando Kaelen entró y esbozó una sonrisa que parecía saber más de lo que debería.

—¿No puedes dormir, muchacho? —preguntó con su voz pausada.

Kaelen negó con la cabeza.

—No —respondió, dejándose caer en una silla frente a él.

Thurmond dejó el libro a un lado y lo miró por encima de sus gafas.

—¿Es por ella? —preguntó directamente.

Kaelen no respondió. No hacía falta. El anciano lo conocía demasiado bien.

Thurmond señaló la silla donde Kaelen estaba sentado.

—Siéntate bien —dijo—. Te prepararé un té.

Kaelen obedeció, enderezando la espalda. Necesitaba hablar con alguien. Necesitaba entender lo que le estaba pasando. Y Thurmond era la única persona en el castillo con la que podía hacerlo.

—Estoy... Confundido —admitió al fin, pasándose una mano por el pelo.

Thurmond asintió mientras preparaba la infusión con movimientos lentos y precisos.

—Es normal —sentenció—. Llevas diez años sin sentir nada. Es normal que ahora que sientes, no sepas qué hacer.

Kaelen frunció el ceño.

—¿Tú sabes lo que es? —preguntó—. ¿Esto que siento?

Thurmond lo miró fijamente, con esa expresión de sabio que tanto odiaba y necesitaba a partes iguales.

—Creo que sí —respondió con calma—. Pero prefiero que lo descubras tú mismo.

Kaelen suspiró con frustración. Por supuesto, no iba a decirle nada porque era más divertido verlo retorcerse como un gusano en la tierra.

—No soy bueno con esas cosas —protestó.

—Nadie lo es al principio —explicó Thurmond, colocando la taza humeante frente a él—. Se aprende.

Kaelen bebió un sorbo de té. La infusión era caliente y ligeramente dulce, con un toque de menta que le ayudó a relajarse un poco.

—Ella me preguntó qué era para mí —confesó—. Y no supe qué responder.

Thurmond enarcó una ceja.

—¿Y qué es? —preguntó.

Kaelen dudó. Las palabras se arremolinaban en su cabeza sin encontrar una forma clara.

—No lo sé —admitió—. Algo. Algo importante. Algo que no quiero perder.

Thurmond asintió lentamente, como si aquello confirmara algo que ya sospechaba.

—Eso ya es un buen comienzo —dijo.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó Kaelen, desesperado.

—Ahora, nada —respondió Thurmond con una sonrisa—. Dale tiempo. Déjalo reposar. Las cosas importantes no se resuelven en una noche.

Kaelen bebió el té en silencio. Las palabras de Thurmond le reconfortaban, aunque no le daban respuestas. Pero quizás las respuestas no eran lo que necesitaba. Quizás solo necesitaba que alguien le dijera que no estaba haciendo el ridículo.

—Gracias —murmuró al fin.

—De nada —respondió el anciano—. Para eso están los viejos amigos.

A la mañana siguiente, Kaelen se despertó con una determinación nueva. Iba a hablar con Sofía. Iba a decirle lo que sentía. Iba a...

—¡Mi lord! —la voz de Dain irrumpió en sus pensamientos como un mazazo, acompañada de un golpe urgente en la puerta—. ¡Tenemos un problema!

Kaelen suspiró profundamente. Por supuesto. Siempre había un problema.

—¡Adelante! —gritó, incorporándose en la cama.

Dain entró como una exhalación, con el pelo revuelto y una expresión de alarma que no presagiaba nada bueno. La cicatriz de su ceja parecía más roja de lo habitual, señal inequívoca de que estaba preocupado.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Kaelen, frotándose la cara para despejarse.

Dain se detuvo frente a la cama, jadeando ligeramente por la carrera.

—Han llegado noticias de la capital —anunció con voz grave—. Caspian está movilizando sus ejércitos. Nos atacará en menos de una semana.

La guerra. Siempre la guerra.

Kaelen sintió cómo la determinación de la mañana se desvanecía, reemplazada por el peso del deber. Miró por la ventana, hacia el cielo gris y el mar encrespado.

—Reúne a los capitanes —ordenó, levantándose—. En una hora.

—Sí, mi lord —respondió Dain con una reverencia, y salió tan rápido como había entrado.

Kaelen se quedó solo en la habitación, con la luz grisácea de la mañana filtrándose por la ventana. Se vistió con su armadura, pieza

por pieza, con la lentitud de quien sabe que cada gesto cuenta. La cota de malla, el peto de cuero reforzado, los brazales, las grebas.

Mientras se ajustaba el cinturón de la espada, su mano rozó la mejilla donde Sofía lo había besado.

Todavía sentía el calor.

Sofía, pensó. *Tenemos que hablar. Pero no ahora. Primero la guerra.*

Salió de la habitación con paso firme, dejando atrás la túnica azul doblada sobre una silla. No era momento para eso. No era momento para sentimientos.

Pero mientras bajaba las escaleras hacia la sala del consejo, no pudo evitar preguntarse si ella estaría bien. Si estaría despierta ya. Si estaría desayunando con Lina, con Gato en el regazo, sin saber que la guerra estaba a punto de estallar.

Y sonrió. Una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero estaba ahí.

Hablaremos después, se prometió a sí mismo. *Cuando todo esto termine. Hablaremos.*

CAPÍTULO 9: EL SECRETO DE LA CRIPTA

Tres días llevaba Sofía intentando concentrarse en las obras, y tres días llevaba fracasando estrepitosamente.

El problema no era el castillo. El castillo seguía siendo un desastre arquitectónico con más grietas que un queso viejo y unos cimientos que harían llorar a cualquier ingeniero mínimamente competente. El pozo seguía bajando de nivel, los contrafuertes seguían sin terminar, y Borin la miraba cada mañana con esa expresión que decía *¿y ahora qué hacemos, jefa?*

El problema era Kaelen.

O más concretamente, el problema era el recuerdo del beso. Ese pequeño, insignificante, absolutamente devastador beso en la mejilla que ella le había dado al terminar la cena.

—¿Otra vez? —se preguntó a sí misma en voz alta, apoyada contra una pared del patio de armas—. ¿En serio? ¿A mis treinta y dos años, después de haber tenido relaciones adultas y maduras con personas adultas y maduras, me convierto en una adolescente por un beso en la mejilla?

Gato, sentado a sus pies, maulló con ese tono que ella ya identificaba como *sí, eres patética, pero te quiero igual*.

—Cállate —le espetó—. Tú no tienes derecho a opinar. Tú eres un gato. Tu mayor preocupación en la vida es si hoy toca atún o pollo.

Gato parpadeó lentamente, con una expresión que claramente decía *el atún es una preocupación existencial perfectamente

válida*.

Sofía suspiró y volvió a mirar el muro que estaba inspeccionando. Llevaba diez minutos con la mano apoyada en la misma piedra y no había sido capaz de sentir nada. Ni una vibración, ni un eco, ni un susurro. La piedra, como su cerebro, estaba en blanco.

—Esto no puede seguir así —murmuró—. Necesito concentrarme. La guerra viene. La gente morirá si no termino las reparaciones. Y yo estoy aquí, con el cerebro hecho papilla por un hombre que no sabe decir lo que siente.

Un hombre que mató a veintitrés personas en una batalla, le recordó una vocecita interior. *Un hombre al que llaman Carnicero. Un hombre que probablemente tiene más traumas que una convención de psiquiatras.*

—Ay, madre —suspiró—. ¿Dónde me he metido?

—¿Hablando sola, lady Sofía?

La voz de Borin la sobresaltó tanto que casi se cae del andamio. El viejo cantero la miraba desde abajo con una sonrisa maliciosa y las manos en las caderas.

—No —respondió ella con dignidad—. Hablaba con Gato. Es diferente.

Era una excusa tan pobre que tenía ganas de reír, pero se contuvo.

—Claro —dijo Borin, con un tono que dejaba claro que no se creía ni una palabra—. ¿Y qué le decía a Gato?

—Que el mortero de cal necesita más arena.

Borin enarcó una ceja, siempre parecía a punto de gritar o de reír, pero nunca se sabía cuál de las dos iba a elegir finalmente. Era un enigma con patas.

—¿El gato le ha dicho eso?

—Sí. Tiene un don para la construcción. Es un gato muy especial.

Gato, como si entendiera la conversación, se levantó, se estiró con parsimonia y se alejó con la dignidad ofendida de quien ha sido utilizado como excusa.

—Se ha ofendido —comentó Borin.

Ella miró al gato como si acabase de insultar a su madre. Lo necesitaba de coartada, no que huyera a la primera de cambio. Ese era un nuevo nivel de crueldad.

—Los gatos siempre están ofendidos. Es su estado natural —dijo Sofía con una calma absolutamente encantadora.

Borin soltó una carcajada y se acercó al andamio.

—Baje de ahí, lady Sofía. Tengo algo que enseñarle.

Sofía frunció el ceño.

—¿Algo bueno o algo malo?

—No lo sé. Eso tendrá que decidirlo usted.

Lo que Borin quería enseñarle resultó ser una puerta.

Una puerta pequeña, de madera carcomida, escondida detrás de unos matorrales en la base de la torre del homenaje. Una puerta que, según el viejo cantero, llevaba siglos sin abrirse.

—¿Y cómo la has encontrado? —preguntó Sofía, examinando los herrajes oxidados.

—Estaba limpiando la maleza para reforzar los cimientos y apareció —explicó Borin, encogiéndose de hombros—. Como si alguien hubiera querido esconderla.

Sofía apoyó la mano en la madera.

Y la piedra gritó.

No fue como otras veces. No fue un susurro ni un eco. Fue un grito limpio, directo, que le atravesó el cerebro como un cuchillo caliente.

Más abajo. Siempre más abajo. Lo que buscas está más abajo.

Apartó la mano como si hubiera tocado una brasa.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Borin, preocupado—. Se ha puesto blanca.

Sofía tragó saliva.

—Estoy bien —mintió—. Solo... sorprendida. ¿Se puede abrir?

Borin examinó la puerta.

—La madera está podrida. Con un par de golpes...

No hizo falta. En cuanto Borin apoyó el hombro, la puerta cedió con un gemido lastimero, revelando un hueco oscuro que apestaba a humedad y a siglos de encierro.

—Una cripta —murmuró Sofía, asomándose—. Hay una cripta debajo de la torre.

Sus instintos le pidieron a Sofía que no entrase, era la mayor locura del universo. Entrar era, a todas luces, la peor de las ideas del mundo. Pero, en un reino de ideas de mierda, Sofía era la reina y sobrerana.

—No debería —dijo Borin, rascándose la barba—. Yo conozco todos los sótanos de este castillo. Esto no debería estar aquí.

—Pues está.

Sofía sacó una antorcha de un soporte cercano y la encendió con el yesquero que siempre llevaba encima. La llama iluminó los

primeros escalones de una escalera de piedra que se perdía en la oscuridad.

—No baje —advirtió Borin—. Deberíamos avisar al señor Kaelen.

Kaelen la mataría o la ataría a la cama. Aunque pudiendo elegir, elegiría lo segundo.

—Claro —respondió Sofía—. Voy ahora mismo a avisarle.

Y sin darle tiempo a reaccionar, comenzó a descender.

—¡Lady Sofía! —gritó Borin—. ¡Que se va a perder!

—¡No se puede perder en unas escaleras! —gritó ella desde abajo —. ¡Solo tienen una dirección!

Las escaleras eran largas. Más largas de lo que parecían. Los escalones, desgastados por siglos de uso, estaban cubiertos de una capa de polvo que sugería que nadie había pasado por allí en mucho, mucho tiempo.

Las paredes, a ambos lados, estaban llenas de símbolos.

Los mismos símbolos.

La espiral. La montaña. La mujer con los brazos extendidos.

—Ya era hora —murmuró Sofía—. Ya era hora de que aparecierais otra vez.

Al final de las escaleras, una sala.

No era grande. Apenas unos metros cuadrados, con el techo abovedado y las paredes cubiertas de arriba abajo de grabados. En el centro, un pedestal de piedra. Y sobre el pedestal, algo que brillaba débilmente en la luz de la antorcha.

Sofía se acercó con cautela. El corazón le latía con tanta fuerza que temió que pudiera oírse en todo el castillo.

Era un libro.

No como el Libro de los Orígenes de Thurmond. Este era más pequeño, más antiguo, encuadernado en algo que parecía piel de animal. En la portada, el mismo símbolo: la mujer con los brazos extendidos.

—Tócame —susurró una voz en su cabeza—. Soy tuyo.

Sofía dudó.

—La última vez que toqué algo que me llamaba, casi me posee una entidad de piedra —dijo en voz alta—. Así que perdona si desconfío.

La voz no respondió. El libro siguió brillando.

—Vale. Allá voy.

Extendió la mano y tocó la cubierta.

Y el mundo se desvaneció.

No estaba en la cripta.

Estaba en un lugar que no era un lugar, el mismo espacio vacío y lleno a la vez donde había visto a la mujer de los símbolos. Pero esta vez no estaba sola.

La mujer estaba allí, sí. Pero a su lado había una figura nueva.

Un hombre.

Un hombre alto, de pelo oscuro y ojos grises, con una cicatriz que le cruzaba la mejilla. Era hermoso, alguien que ya conocía bien y que había aprendido que le gustaba mucho más que cualquier otro hombre del mundo.

Kaelen.

—¿Kaelen? —preguntó Sofía, confusa.

Pero el hombre no era Kaelen. Tenía su rostro, sí, pero había algo diferente en sus ojos. Algo más antiguo. Más cansado. Más... triste.

—No soy Kaelen —dijo el hombre, con una voz que era y no era la de él—. Soy lo que fue. Lo que será. Lo que siempre ha estado en la sangre de su familia.

La piel se le erizó completamente, esa voz cansada parecía contener todos los horrores del mundo.

—¿El abuelo? —preguntó Sofía.

—Algo así.

La mujer de los símbolos sonrió.

—Te presento a Kaelen el Primero —dijo—. El fundador de esta estirpe. El que construyó este castillo sobre lo que duerme.

Kaelen el Primero asintió lentamente.

Así que había más Kaelen… Bueno, ella pensaba marcar el suyo con un rotulador permanente o algo similar. Y ese pensamiento la congeló.

¿Su Kaelen?

—Hicimos un trato —explicó—. Nosotros sellaríamos a la que duerme, y ella nos daría poder para proteger estas tierras. Pero el trato tenía un precio.

—¿Qué precio? —preguntó Sofía.

—Sangre. Cada generación, alguien de mi sangre debía vigilar. Asegurarse de que el sello no se rompiera. Mi hijo, mi nieto, mi bisnieto... todos lo sabían. Todos lo aceptaron.

La historia no le gustaba nada, quizás era porque ese tipo de leyendas no acababan bien.

—¿Y Kaelen? —preguntó Sofía—. ¿Él lo sabe?

—Sabe que hay algo bajo el castillo. No sabe qué. No sabe el trato. Su padre murió antes de poder contárselo.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

Kaelen el Primero la miró fijamente.

—Porque tú eres la que viene de fuera. La única que puede romper el sello. O reforzarlo.

Vamos, que le había tocado la lotería mágica. Y Sofía no sabía si celebrarlo o pedir el libro de reclamaciones.

—¿Yo? —Sofía negó con la cabeza—. Yo no sé hacer nada de eso. Soy arquitecta, no maga.

—La piedra te escucha —dijo la mujer—. La piedra te obedece. Puedes hacer lo que ninguna otra persona puede hacer.

Quiso rebatir eso. Contarle que era pura casualidad que la piedra le hablase. Que quizás era porque era arquitecta, no obstante, no encontró el valor suficiente para discutir algo que realmente no tenía sentido.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Eso tienes que decidirlo tú —respondió Kaelen el Primero—. Despertar a la que duerme. O dejarla dormir para siempre. Pero sea lo que sea, tienes que hacerlo pronto. La guerra viene. Y si el castillo cae, el sello se romperá igualmente. Pero sin control. Sin preparación.

Odiaba cuando decidían ponerse místicos en lugar de dar una respuesta exacta. Así no se podía avanzar.

—¿Y qué pasará entonces?

—Entonces, la que duerme despertará enfadada. Y cuando alguien despierta enfadado después de mil años, no suele estar de buen humor.

—Vaya —murmuró Sofía—. Qué bien. Me encanta.

Entonces… Sofía empezó a notar que el mundo desaparecía por los bordes muy lentamente. Y eso solo significaba que estaba a punto de volver en sí.

Cuando volvió en sí, estaba tumbada en el suelo de la cripta, con la cabeza en el regazo de Borin y Gato lamiéndole la cara.

—¿Qué...? —balbuceó.

—¡Por fin! —exclamó Borin—. Lleva usted así diez minutos. Creía que se había muerto.

El pobre Borin parecía tan asustado que Sofía intentó no reírse. Era tierno que se preocupase tanto por ella.

—No —dijo Sofía, incorporándose lentamente—. No me he muerto. Solo... he tenido una visión.

—¿Una visión? —Borin la miró como si hubiera perdido la cabeza —. ¿De qué?

—De cosas raras. Como siempre.

Gato maulló, satisfecho de haber cumplido con su deber de resucitadora.

—El libro —dijo Sofía, mirando a su alrededor—. ¿Dónde está el libro?

El pedestal estaba vacío.

—¿Qué libro? —preguntó Borin.

—El que había aquí. En el pedestal.

—No había ningún libro, lady Sofía. Cuando bajé tras usted, solo la encontré a usted, tumbada en el suelo, y al gato lamiéndole la cara.

El mundo se congeló entonces. Ella había visto ese libro. Estaba completa y absolutamente segura.

Sofía se levantó, tambaleándose. La cabeza le daba vueltas, pero una cosa estaba clara: el libro no estaba. O nunca había estado. O solo ella podía verlo.

—Tenemos que subir —dijo—. Tenemos que hablar con Thurmond. Y con Kaelen.

—¿Qué has visto? —preguntó Borin, ayudándola a caminar.

—Que este castillo es una puta caja de sorpresas —respondió Sofía—. Y que todas las sorpresas son malas.

Cuando Thurmond escuchó su relato, lo hizo en silencio en silencio, con las manos entrelazadas sobre el estómago y esa expresión de sabio que a Sofía empezaba a resultarle familiar.

—Kaelen el Primero —murmuró cuando ella terminó—. El fundador. Tiene sentido.

Parecía tan convencido de todo que Sofía solo deseaba aporrearlo con lo primero que encontrase.

—¿Cómo que tiene sentido? —exclamó Sofía—. ¡Acabo de hablar con un fantasma en una cripta secreta! ¡Nada de esto tiene sentido!

Ella estaba muerta de miedo.

—En este mundo, sí —respondió Thurmond con calma—. Los muertos no siempre descansan en paz. Sobretodo cuando tienen secretos que guardar.

—¿Y qué se supone que hago ahora? ¿Despierto a la que duerme? ¿No la despierto? ¿Refuerzo el sello? ¿Me tiro por el acantilado y termino con todo?

—Lo último no, por favor —dijo Thurmond con una sonrisa—. Sería un desperdicio de talento arquitectónico.

Sofía resopló.

—Habla con Kaelen —aconsejó Thurmond—. Es su castillo. Es su herencia. Y cada vez que lo nombras, se te iluminan los ojos.

Lo decían como si hablar con Kaelen fuera fácil. Todo era difícil, la guerra era difícil, la piedra era difícil y solo deseaba que esto acabase de una vez.

—No se me iluminan los ojos —protestó Sofía.

—Sí se le iluminan —confirmó Gato con un maullido.

Sofía miró al gato.

—¿Tú también te pones en mi contra?

Gato parpadeó lentamente. *Siempre*, decía su expresión.

Encontrar a Kaelen fue más fácil de lo que esperaba. Estaba en la sala del consejo, reunido con Dain y los otros capitanes. La puerta estaba entreabierta, y las voces llegaban hasta el pasillo.

—...no podemos permitirnos distracciones —decía Dain—. La guerra es inminente.

—No es una distracción —respondió Kaelen, y su voz sonaba tensa—. Es mi esposa.

Sofía sintió que todo le temblaba al escucharle llamar "esposa". Al principio había odiado esa palabra, pero ahora era bueno, un gran concepto.

—Que no es tu esposa. Que es una desconocida de otro mundo que apareció aquí por arte de magia. Y que, según tú misma dice, puede hablar con las piedras.

Dain era tan agradable como la resaca después de una noche de fiesta.

—Eso no la hace peligrosa —la defendió Kaelen.

—¿Estás seguro?

Sofía decidió que era el momento de intervenir.

—¿Siempre hablan de mí a mis espaldas? —preguntó, entrando en la sala sin llamar.

Los capitanes se giraron, sorprendidos. Dain enrojeció ligeramente. Kaelen, en cambio, la miró con una expresión que ella no supo interpretar.

—Sofía —dijo él.

—Kaelen —respondió ella.

Se miraron. El recuerdo del beso flotaba en el aire entre ellos, tan tangible que casi podía tocarse.

—Necesito hablar contigo —dijo ella—. A solas.

Kaelen asintió y se volvió hacia los capitanes.

—La reunión ha terminado. Continuaremos mañana.

Dain frunció el ceño, pero obedeció. Los capitanes salieron en fila, lanzando miradas de reojo a Sofía.

Cuando se quedaron solos, ella se acercó a la mesa.

—He encontrado algo —dijo—. Una cripta. Debajo de la torre.

Así, directa, sin darle tiempo a pensar porque eso era peor que decir lo que tenía que decir.

Kaelen enarcó una ceja.

—¿Otra?

—Sí. Y he visto... cosas. He visto a tu tatarabuelo, o algo así. Kaelen el Primero.

—¿Mi qué?

—Tu antepasado. El que construyó el castillo. El que hizo un trato con la que duerme.

Kaelen se quedó muy quieto.

—¿Un trato?

Sofía asintió y le contó todo. La visión, las palabras de Kaelen el Primero, la advertencia sobre la guerra y el sello. Cuando terminó, Kaelen seguía inmóvil, con el rostro pálido.

—Mi padre nunca me lo contó —dijo al fin.

—Murió antes de poder hacerlo, según tu antepasado.

—Eso no es excusa. Debería haberme dicho algo. Debería haberme preparado.

—Quizás pensó que tenía tiempo. La gente siempre piensa que tiene tiempo.

Kaelen la miró fijamente.

—¿Y tú qué crees que deberíamos hacer?

Sofía dudó.

—No lo sé —admitió—. No sé si despertar a la que duerme es buena idea. Pero tampoco sé si dejarla dormida es mejor. Tu antepasado dijo que, si el castillo cae, el sello se romperá igualmente. Pero sin control.

—Así que tenemos que decidir.

—Sí.

Kaelen se acercó a ella. Estaban tan cerca que Sofía podía sentir el calor de su cuerpo.

—¿Y si tomamos la decisión equivocada? —preguntó él.

—Entonces nos equivocamos juntos —respondió ella—. Al menos no estaremos solos.

Kaelen sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero estaba ahí.

—Eso ya es algo.

—Sí —dijo Sofía—. Supongo que sí.

Gato, que había entrado sigilosamente en la sala, maulló desde el suelo.

—El gato está de acuerdo —interpretó Sofía.

—¿El gato siempre está de acuerdo?

—Solo cuando le conviene.

Kaelen rió. Fue una risa corta, sorprendida, como si no estuviera acostumbrado a hacerlo. Pero a Sofía le pareció el sonido más bonito del mundo.

—Bueno —dijo él—. Supongo que tenemos una decisión que tomar.

—Supongo que sí.

Se miraron. El silencio se alargó, pero no era incómodo. Era un silencio compartido, lleno de posibilidades.

—¿Cenamos juntos esta noche? —preguntó Kaelen—. Para hablar de esto.

Sofía sonrió.

Una invitación a cenar era algo bueno.

—¿Me estás invitando a cenar, Lord Kaelen?

—Sí. Supongo que sí.

—Entonces acepto.

Gato maulló con aprobación.

Y mientras salían de la sala del consejo, Sofía pensó que, por primera vez desde que había llegado a aquel mundo, las cosas empezaban a tener sentido.

O quizás era que se estaba acostumbrando a vivir en el absurdo.

Con Kaelen, cualquiera de las dos opciones era posible.

CAPÍTULO 10: EL VUELO DEL CUERVO

El cuervo llegó una mañana gris, cuando el sol aún no había terminado de decidir si merecía la pena asomarse entre las nubes. El cielo estaba cubierto por una capa uniforme de nubes bajas, del color del plomo fundido, y el viento que barría el patio de armas olía a sal y a tormenta lejana.

Sofía estaba en el patio de armas, supervisando la reparación del pozo. El cual, por fin, después de tres intentos fallidos y un aprendiz casi ahogado, empezaba a recuperar el nivel normal, cuando escuchó el aleteo. Era un sonido seco, urgente, como de alas que han volado demasiado y no pueden permitirse el lujo de cansarse. El ruido le llegó desde lo alto, justo antes de que una sombra negra cruzara por encima de su cabeza.

Levantó la vista y vio al animal posado en el brocal del pozo, con una pata levantada y una expresión de absoluto desprecio que rivalizaba con la de Gato. El cuervo era grande, más grande de lo que parecía desde el suelo, con el plumaje negro brillante y unos ojos pequeños y redondos que la miraban con una fijeza que resultaba casi intimidante.

—Otro bicho con ínfulas —murmuró Sofía, secándose las manos en el delantal de cuero—. Aquí todo el mundo se cree importante.

Gato, sentado a sus pies con la dignidad de un faraón egipcio, levantó la cabeza y emitió un maullido que sonó más a gruñido que a saludo. Sus ojos amarillos se fijaron en el cuervo con una intensidad que Sofía conocía bien: era la mirada que ponía antes de lanzarse a por algún insecto despistado. Los dos animales se

observaron fijamente durante un largo momento, como dos pistoleros en una película del oeste, midiéndose, calculando distancias, decidiendo quién atacaba primero.

—No te acerques —le advirtió Sofía a Gato, señalándolo con el dedo—. Que los cuervos también tienen pico y no creo que te haga gracia que te lo clave en el culo.

Gato bufó, indignado, y se alejó con paso majestuoso. Se sentó a unos metros de distancia, con la espalda firmemente vuelta hacia la escena, como diciendo "yo no he querido saber nada de esto". Su cola se movía de un lado a otro con un ritmo que delataba su mal humor contenido.

Sofía se acercó al cuervo con cautela, moviéndose lentamente para no asustarlo. El animal no se movió. Ni un músculo, ni una pluma. Se limitó a observarla con esos ojillos brillantes mientras ella se aproximaba. Algo atado a su pata brillaba débilmente a la luz mortecina: un pequeño tubo de metal, de esos que en las películas siempre contienen mensajes importantes. O maldiciones. O la primera pista para un tesoro. O una citación para que te corten la cabeza, que en su situación actual era la opción más probable.

—Vale —dijo ella, alargando la mano con la palma hacia arriba, en un gesto que esperaba resultara amistoso—. Dámelo sin picarme, anda.

El cuervo inclinó la cabeza, la miró como si fuera la criatura más estúpida que había visto en toda su vida aviar, y emitió un graznido seco que sonó a "mira quién habla". Luego, con una lentitud deliberada, levantó la pata atada y esperó.

Sofía desató el tubo con dedos torpes, temiendo que el animal cambiara de opinión en cualquier momento y le arrancara un dedo de un picotazo. Pero el cuervo se mantuvo inmóvil, con ese aire de superioridad que parecía decir "date prisa, miserable, que tengo otros mensajes que entregar".

—Listo —dijo Sofía, guardando el tubo en el bolsillo del delantal —. Eres un cielo. Ahora vete.

El cuervo no se fue. Se quedó allí, posado en el brocal, mirándola fijamente con esos ojillos negros que parecían atravesarla. Su pico se abrió ligeramente, como si estuviera a punto de hablar, pero solo emitió otro graznido. Un graznido que claramente decía *¿y mi recompensa? ¿No vas a darme nada, miserable humana?*

Sofía suspiró, negando con la cabeza.

—No tengo comida —dijo, con tono de disculpa—. Y aunque tuviera, no te la daría. Ya me has mirado como si fuera mierda de perro. No te mereces ni una migaja.

El cuervo parpadeó. Una vez. Dos veces. Su expresión, si es que un cuervo podía tener expresión, cambió de desprecio a indignación ofendida. Luego, con un graznido que sonó inequívocamente a *me cago en tus muertos*, alzó el vuelo y desapareció entre las nubes bajas.

—Y no vuelvas —gritó Sofía tras él, aunque el animal ya era solo un punto negro perdiéndose en el horizonte—. ¡Y dile a quien te ha enviado que la próxima vez mande una paloma, que son más educadas!

Gato, desde su sitio a unos metros, maulló con aprobación.

Sofía abrió el tubo con manos temblorosas. Sus dedos, aún manchados de cal y barro, costaron en desenroscar la tapa de metal. El tintineo del pequeño cilindro al abrirse le pareció ensordecedor en el silencio del patio. Dentro, un pergamino enrollado, sellado con cera negra y una marca que no reconoció: un cuervo posado sobre una corona. No hacía falta ser un genio para deducir quién había enviado aquello.

Lo desenrolló con cuidado, temiendo que el papel se rompiera entre sus dedos. La tinta negra destacaba sobre el pergamino

amarillento, y las palabras, escritas con caligrafía impecable, parecían bailar ante sus ojos.

Lord Kaelen de Roca Negra:

Por la presente, se le requiere para que se presente ante la corte de Su Majestad, Lord Caspian, primer heredero del trono de Valdoria, en un plazo no superior a siete días, para responder a las acusaciones de traición levantadas en su contra. Su presencia es ineludible. Su ausencia se considerará una confesión de culpabilidad.

Firmado: Consejo de Nobles de Valdoria.

—Mierda —susurró Sofía, sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies—. Mierda, mierda, mierda.

Leyó el pergamino otra vez. Y otra. Y una tercera, por si acaso las palabras cambiaban con cada lectura. No cambiaron. Seguían ahí, negras e inamovibles, como un veredicto.

—Mierda —repitió, por si acaso no había quedado claro.

Borin, que había estado observando la escena desde la distancia con la paciencia de un viejo cantero acostumbrado a los caprichos de los nobles, se acercó con paso lento. Sus rodillas crujieron con cada movimiento, y apoyó las manos en la zona lumbar con una mueca de dolor.

—¿Se encuentra bien, lady Sofía? —preguntó, asomándose por encima de su hombro.

Sofía se volvió hacia él, con el pergamino aún en la mano y una expresión que debía de ser de auténtico pánico, porque Borin dio un paso atrás.

—¿Eso es lo que parece? —preguntó el viejo cantero, con la voz cautelosa.

—Depende —respondió Sofía, tragando saliva—. Si parece una citación para que nos corten la cabeza, entonces sí.

Borin enarcó una ceja, y su barba blanca tembló ligeramente.

—Pues eso parece.

—Genial —murmuró Sofía—. Exactamente lo que me faltaba. Una guerra. Un marido que no sabe expresar sus sentimientos. Un gato mágico que aparece y desaparece a su antojo. Y ahora una citación para que nos decapiten. ¿Algo más? ¿Quizás un dragón? ¿Un apocalipsis zombie?

Gato maulló desde el suelo, como diciendo "no des ideas".

Sofía enrolló el pergamino con manos temblorosas, metió el tubo en el bolsillo del delantal y salió corriendo hacia la torre del homenaje. Necesitaba encontrar a Kaelen. Necesitaba enseñarle aquello. Necesitaba...

Se detuvo en seco en medio de un pasillo que no recordaba haber visto antes.

—¿Dónde cojones estoy? —preguntó en voz alta, mirando a su alrededor con creciente desesperación.

El pasillo en el que había entrado no se parecía a ninguno que recordara. Las paredes eran de piedra gris, sí, como todas las paredes del castillo, pero las antorchas tenían un diseño diferente. Más antiguas. Más ornamentadas. Las llamas danzaban en unos soportes de hierro forjado con formas de serpientes entrelazadas, y el suelo estaba cubierto de losas de piedra desgastadas por siglos de pisadas.

—No —murmuró Sofía, apoyándose en la pared—. No otra vez. No ahora. Por favor, no ahora.

Se obligó a cerrar los ojos, inspirar hondo y tratar de orientarse. Visualizó el recorrido que había hecho desde el patio de armas: había subido unas escaleras, había girado a la derecha, había

pasado por delante de la cocina... ¿o era la cocina lo que había pasado? La cocina no. La cocina nunca.

—El patio de armas estaba a mi izquierda —murmuró para sí, como si hablar en voz alta ayudara a fijar las ideas—. La torre del homenaje, al fondo. La sala del consejo, en la segunda planta. He subido dos tramos de escaleras, luego...

—¿Lady Sofía?

Abrió los ojos de golpe. Varn, el capitán de la guardia nocturna, estaba a unos pasos de ella, con el pelo despeinado y una mancha de grasa en la mejilla que sugería que acababa de levantarse y aún no se había aseado del todo. En una mano sostenía un pedazo de pan moreno, en la otra una jarra de leche agria.

—¿Está perdida otra vez? —preguntó, con un tono que mezclaba la compasión y la diversión en partes iguales.

—No —mintió Sofía, enderezando la espalda y adoptando una expresión de máxima dignidad—. Estaba... explorando. Para las obras. Hay que conocer cada rincón del castillo para poder reforzar los cimientos. Es parte del trabajo. Muy importante. Fundamental, diría yo.

Varn arqueó una ceja, claramente incrédulo, pero tuvo la cortesía de no decir nada.

—Ah —dijo, mordiendo un trozo de pan—. ¿Y ha encontrado algo interesante en su... exploración?

Sofía miró a su alrededor, buscando algo que pudiera justificar su presencia en aquel pasillo olvidado. Al fondo, una puerta de madera carcomida llamó su atención.

—Una puerta —dijo, señalando—. Al fondo. ¿A dónde lleva?

Varn se asomó por encima de su hombro, siguiendo la dirección de su dedo. Sus ojos se abrieron ligeramente, y una sonrisa traviesa asomó en sus labios.

—A las letrinas, lady Sofía —respondió con toda la naturalidad del mundo—. A las letrinas de los soldados. Justo detrás de esa puerta hay un agujero en el suelo sobre el que nos sentamos a hacer nuestras necesidades. Muy higiénico todo, la verdad.

—Ah —dijo Sofía, sintiendo que las mejillas le ardían—. Ah. Pues entonces... misión de exploración completada. Ya sé dónde están las letrinas. Ahora, si no te importa, podrías indicarme el camino a la sala del consejo. Para... informar de mis hallazgos.

—Claro —respondió Varn, claramente divertido—. Por aquí. Sígame.

La guio a través de un laberinto de pasillos que a Sofía le parecieron idénticos entre sí. Gira a la derecha, luego a la izquierda, luego sube dos tramos de escaleras, luego baja uno, luego atraviesa un arco, luego... para cuando llegaron a la sala del consejo, Sofía estaba más perdida que al principio y había perdido por completo la noción de dónde estaba el patio de armas, la torre del homenaje, su habitación y, probablemente, la salida del castillo.

—Ya está —dijo Varn, señalando una puerta de roble macizo—. ¿Necesita algo más?

—No —respondió Sofía, aún mareada—. Gracias. Eres un ángel. Un ángel de esos que aparecen en los momentos más oscuros y te guían hacia la luz. O hacia las letrinas, según el caso.

Varn sonrió y se alejó por el pasillo, visiblemente divertido por la situación.

Sofía entró en la sala del consejo sin llamar. Empujó la pesada puerta de roble y se encontró en el espacio amplio y abovedado que tantas veces había visitado en los últimos días. Las paredes estaban cubiertas de tapices descoloridos que representaban batallas antiguas, y en el centro se alzaba la enorme mesa de roble, cubierta de mapas y pergaminos.

Kaelen estaba allí, solo, inclinado sobre un mapa lleno de marcas rojas y negras que parecían un código secreto indescifrable. Llevaba una túnica sencilla de lino gris, sin armadura, y el pelo aún húmedo, como si acabara de salir de un baño. La luz de las velas danzaba sobre su rostro, iluminando las líneas de su mandíbula y el recorrido de la cicatriz que le cruzaba la mejilla.

Levantó la vista cuando ella entró, y su expresión cambió de concentración a preocupación en menos de un segundo. Dejó de lado la pluma de ave que sostenía y se enderezó, apoyando las manos en la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó, con la voz grave y tensa.

Sofía se acercó a la mesa y le tendió el pergamino. Sus manos aún temblaban ligeramente.

—Esto —dijo.

Kaelen cogió el pergamino, lo desenrolló con gesto rápido y leyó. Su rostro, ya de por sí severo, se fue ensombreciendo por momentos mientras sus ojos recorrían las líneas de tinta negra. El músculo de su mandíbula se tensó bajo la piel marcada por la cicatriz, y sus dedos se aferraron al pergamino con tanta fuerza que los nudillos se le blanquearon. El papel crujió entre sus manos.

—Hijo de puta —murmuró, sin levantar la vista.

—He pensado igual —dijo Sofía, sentándose en una silla porque sus piernas ya no la sostenían—. Y he añadido unos cuantos insultos más por mi cuenta. Bastante creativos, si te soy sincera. Hay uno que involucraba a su madre y a una cabra, pero no voy a repetirlo porque todavía no sé si vuestros dioses castigan la blasfemia.

Kaelen dejó el pergamino sobre la mesa, como si quemara.

—Caspian sabe que no puedo ir —dijo, pasándose una mano por el pelo—. Sabe que, si pongo un pie en la capital, me matará allí mismo. Sabe que, si no voy, seré un traidor a ojos de todos los

nobles que aún dudan a quién apoyar. Es una jugada maestra, por desgracia.

—Y nosotros sabemos que él mató al rey —dijo Sofía.

—Saberlo y probarlo son dos cosas diferentes, Sofía —respondió Kaelen, empezando a caminar de un lado a otro de la sala—. La corte está llena de nobles que le deben favores. Caspian lleva años comprando lealtades con oro y promesas. Si voy, muero. Si no voy, soy un traidor y puedo morir igualmente. O me matan sus hombres o me matan los míos cuando pierdan la fe en mí.

—Así que no hay salida.

—No parece que la haya.

Kaelen se detuvo junto a la ventana y se quedó mirando el horizonte gris. Sus manos, apoyadas en el marco de piedra, apretaron la roca con fuerza.

—Es como si hubiera puesto un tablero de ajedrez y todas las fichas estuvieran en su sitio —dijo, más para sí que para ella—. Caspian sabe que soy un guerrero. Sabe que no puedo quedarme quieto. Sabe que me muevo por el honor. Ha usado eso en mi contra. Y yo... yo he caído como un idiota.

Sofía se levantó y se acercó a él.

—No eres un idiota —dijo—. Eres un hombre que defiende lo que es suyo. Eso no es una debilidad. Y Caspian no ha ganado todavía.

Kaelen la miró fijamente. Había algo en sus ojos grises, una mezcla de frustración y agradecimiento, que le hizo sentir un nudo en el estómago.

—En mi mundo —dijo Sofía, en un intento de aligerar el ambiente —, esto se llamaría "estar entre la espada y la pared". Pero aquí, siendo la amenaza literal, supongo que se llamaría "estar entre la espada y la otra espada". O entre la espada y el hacha. O entre la

espada y la lanza. La verdad es que tenéis muchas armas, cualquier combinación funciona.

Kaelen la miró fijamente.

—¿En tu mundo tenéis espadas y paredes? —preguntó, con un deje de curiosidad.

—A veces —respondió Sofía, apoyándose en el marco de la ventana junto a él—. Pero también tenemos abogados. Que son peores. Créeme, prefiero mil veces enfrentarme a un ejército de Caspian antes que a un abogado en un juicio.

—¿Qué son abogados? —preguntó Kaelen, frunciendo el ceño.

—Personas que estudian mucho durante muchos años para encontrar la manera de que la ley te dé la razón, aunque estés equivocado. Cobran un montón de dinero por ello. Y cuanto más equivocado estás, más cobran. Es un negocio redondo.

Kaelen frunció el ceño aún más, procesando la información.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo.

—Bienvenido a mi mundo —respondió Sofía con una sonrisa irónica—. Donde la gente paga a otras personas para que les digan que tienen razón, aunque no la tengan. Y donde las palomas mensajeras son más educadas que los cuervos.

El silencio se instaló entre ellos, pero no era incómodo. Era un silencio compartido, como dos personas que se enfrentan a un mismo problema y saben que están juntos en ello. Sofía observó a Kaelen mientras él volvía a mirar el mapa extendido sobre la mesa, trazando líneas imaginarias con el dedo. Sus movimientos eran lentos, calculados.

—¿Qué estás pensando? —preguntó ella, acercándose a la mesa.

Kaelen levantó la vista.

—Que Caspian quiere que reaccione —dijo, señalando el mapa con la punta del dedo—. Quiere que haga algo. Cualquier cosa. Si voy a la capital, me mata. Si declaro la guerra, la causa justa la tiene él y muchos nobles que aún dudan se pondrán de su lado. Si me quedo quieto, gana por inacción porque yo mismo pareceré un cobarde ante los míos.

—¿Y si haces algo que no espera? —sugirió Sofía.

Kaelen enarcó una ceja.

—¿Cómo qué?

—No lo sé —admitió ella, encogiéndose de hombros—. Algo que no esté en el manual de "Cómo ser un señor de la guerra". Algo que un guerrero no haría. Algo de... arquitecta.

—Eres muy graciosa —dijo Kaelen, pero su voz sonó más suave de lo habitual.

—Lo sé —respondió Sofía con una sonrisa—. Es mi encanto. Además de hablar con las piedras y perderme por los pasillos, tengo un don para el humor absurdo en momentos de crisis. Es mi superpoder.

Kaelen negó con la cabeza, pero Sofía juró que sus labios se torcieron ligeramente hacia arriba.

Casi una sonrisa, pensó. *Prácticamente una carcajada. En Kaelen, eso es un derroche de alegría.*

—Tengo que reunir a los capitanes —dijo él, enderezándose—. Esto... esto cambia los planes. No podemos seguir como si nada.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Sofía.

Kaelen la miró. Por un instante, sus ojos recorrieron su rostro como si buscara algo.

—Tú... —dudó—. Tú quédate aquí. En el castillo. Donde estés a salvo.

Sofía frunció el ceño.

—¿A salvo de qué?

—De lo que sea que Caspian quiera hacerte.

Sofía se incorporó, apoyando las manos en la mesa.

—¿Y qué quiere hacerme Caspian? —preguntó, con un nudo en la garganta.

—No lo sé —admitió Kaelen—. Pero si ha investigado lo suficiente, y estoy seguro de que lo ha hecho, sabrá que eres... diferente. A la Elara original. La Elara que él conoció en la corte era una sombra, una muñeca sin voluntad. Tú no eres así. Tú eres...

Se detuvo, buscando las palabras.

—¿Soy? —le animó Sofía.

—Eres peligrosa —dijo él al fin—. De la buena manera.

—Ah, ¿hay maneras de ser peligrosa?

—Según tú, sí. Según yo, también.

Sofía sonrió, a pesar de la gravedad del momento.

—¿Y si sabe que soy una transmigrante de otro mundo con poderes de piedra? —preguntó.

Kaelen apoyó las manos en la mesa, inclinándose hacia ella.

—Entonces, querrá tenerte de su lado —dijo, con la voz grave—. O matarte. Una de las dos. Caspian no es hombre que comparta el poder.

—Bonita elección —murmuró Sofía.

—Nunca hay buenas elecciones en la guerra —respondió Kaelen —. Solo menos malas.

La reunión con los capitanes fue tensa.

Sofía se sentó en un rincón, en una silla que había arrastrado hasta la pared para pasar desapercibida. Había cruzado las piernas y las manos sobre el regazo, intentando parecer pequeña e insignificante. Pero los ojos de Dain la seguían como halcones acechando a una presa, y el pelirrojo la miraba a cada momento como si esperara que ella dijera alguna barbaridad.

Kaelen ocupaba la cabecera de la mesa, con el pergamino de Caspian abierto frente a él. A su alrededor, los capitanes —Dain, Jorund, Varn y el joven nervioso, cuyo nombre Sofía seguía sin saber — lo miraban en silencio, esperando.

—No podemos ir a la capital —dijo Dain, rompiendo el silencio—. Es una trampa. Caspian nos matará a todos.

—Lo sé —respondió Kaelen, con voz pausada.

—Si no vamos, seremos traidores —añadió Jorund, cruzando los brazos sobre su enorme pecho.

—Lo sé.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó el joven nervioso, con un hilo de voz.

Kaelen apoyó las manos en la mesa y recorrió con la mirada a sus capitanes. Uno por uno.

—Nos preparamos para la guerra —dijo.

El silencio que siguió fue tan denso que se oía el viento silbando entre las rendijas de las ventanas. Los capitanes intercambiaron miradas, algunos con el ceño fruncido, otros con los ojos abiertos de par en par.

—¿Guerra? —preguntó Jorund, con su voz grave—. ¿Guerra contra el rey?

—Caspian no es el rey —respondió Kaelen, con firmeza—. Es un usurpador. Y ha matado a su propio hermano para sentarse en el trono. Eso no es un rey. Eso es un asesino con una corona.

—¿Tiene pruebas? —preguntó Dain, cruzando los brazos.

Kaelen lo miró fijamente, sostuvo su mirada.

—No —admitió—. Pero las conseguiremos.

Dain frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé —respondió Kaelen, con una honestidad que sorprendió a todos—. Pero las conseguiremos. Eso os lo prometo.

El joven nervioso levantó la mano con timidez, como un escolar que teme la respuesta del profesor. Sofía lo observó desde su rincón y pensó que alguien tendría que ponerle un nombre, porque llamarle "el joven nervioso" en sus pensamientos empezaba a ser agotador. También porque cuando la guerra empezara, necesitaría saber cómo llamarlo cuando gritara en medio del campo de batalla.

—Yo, mi lord... —balbuceó—. Yo tengo un primo que trabaja en la cocina de la capital. Podría... podría preguntarle si ha oído algo. Sobre Caspian. Sobre cómo mató al rey. Sobre...

Kaelen lo miró.

—¿Tu primo trabaja en la cocina? —preguntó.

—Sí, mi lord —respondió el joven, asintiendo con entusiasmo—. Es pinche del cocinero mayor. Lleva allí tres años. Entra en todos los salones. Lleva las bandejas. Oye las conversaciones.

—¿Y tu primo es de confianza?

—Es mi primo, mi lord —dijo, con una sonrisa—. Compartíamos chupete. Le salvé la vida una vez cuando nos atacaron unos bandidos en el camino. Es leal. Lo juro por mi espada.

Kaelen enarcó una ceja, pero no preguntó qué demonios era un chupete. Simplemente asintió.

—Bien. Escríbele. Pero con cuidado. Nada que pueda delatarnos. Códigos. Palabras en clave. Nada de nombres. Nada de fechas. Y que queme las cartas después de leerlas.

—Sí, mi lord —dijo el joven, casi saltando de alegría.

Dain resopló, apoyándose en el respaldo de la silla.

—¿Vamos a fiarnos de un pinche de cocina? —preguntó, con tono desdeñoso.

—Dain —dijo Kaelen, y su voz fue tan cortante como una espada —. Vamos a fiarnos de todo lo que podamos. En la guerra, hasta las migajas de información pueden salvar vidas. Un pinche de cocina puede saber más que diez espías porque nadie le presta atención. No subestimes nunca a los sirvientes.

Dain cerró la boca, pero su ceño fruncido delataba que no estaba convencido.

Sofía observó la escena en silencio.

Kaelen sabe mandar, pensó. *Sabe cómo hablarles. Cómo mantenerlos en línea sin humillarlos del todo.*

Era un don que ella no tenía. Cuando ella mandaba en las obras, los obreros la obedecían porque sabían que tenía razón, no porque tuviera carisma. Quizás debería tomar notas.

—Lady Sofía —dijo Kaelen de repente, y ella se sobresaltó—. ¿Qué opina?

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Siete pares de ojos clavados en su rincón.

—¿Yo? —preguntó, señalándose a sí misma.

—Sí. Usted —respondió Kaelen, con un deje de diversión en la voz —. Ha estado escuchando en silencio. Eso es raro en usted. ¿Qué opina?

Sofía tragó saliva.

Opino que me quiero ir a mi casa, pensó. *Opino que esto es una locura. Opino que no estoy preparada para una guerra. Opino que vuestras armas me dan miedo y que vuestras armaduras huelen a sudor rancio. Y opino que el joven nervioso necesita un nombre.* Pero eso no lo iba a decir.

Se levantó de la silla y se acercó a la mesa. Todos los ojos la seguían.

—Creo —comenzó, eligiendo las palabras con cuidado— que Caspian quiere que reaccionemos. Quiere que hagamos algo. Cualquier cosa. Le da igual si vamos o no. Le da igual si nos declaramos en guerra o nos escondemos en el castillo. Solo necesita que nos movamos.

Los capitanes intercambiaron miradas.

—¿Por qué? —preguntó Jorund, el gigante calvo.

—Porque si nos movemos —explicó Sofía, apoyando las manos en la mesa—, cometemos errores. Y cuando cometes errores, te vuelves vulnerable. Te vuelves predecible. Caspian no nos teme a nosotros. Nos teme a lo que representamos. Roca Negra es la única fortaleza en todo el reino que puede resistir un asedio prolongado. Mientras nosotros estemos aquí, él no podrá dormir tranquilo. Porque sabe que desde aquí podemos atacar su capital en tres días de marcha.

—¿Y qué sugiere? —preguntó Dain, con un tono que no ocultaba su escepticismo.

Sofía lo miró fijamente.

—Que no nos movamos. Que nos quedemos quietos. Que reforcemos las defensas. Que nos preparemos. Pero que no le demos lo que quiere.

—¿Movimiento? —dijo Dain.

—Sí —respondió Sofía—. Movimiento. Caspian espera que hagas algo. Espera que actúes como el guerrero que eres. No lo hagas. Sé predecible de la manera que él no espera.

Kaelen la miró.

—¿Te parece que no movernos es una opción? —preguntó.

—No —admitió Sofía—. No del todo. Pero movernos poco, sí. Hacer lo que él no espera. Si espera que declares la guerra, no lo hagas. Si espera que te escondas en el castillo, sal de caza. Si espera que envíes a tus mejores soldados a la capital, quédate con ellos aquí.

—¿Y si espera que haga algo y no lo hago? —preguntó Kaelen.

—Entonces ganas —respondió Sofía—. Porque él tiene un plan, y los planes se basan en suposiciones. Si no haces lo que supone, su plan se derrumba. Y cuando el plan se derrumba, el que pierde es él.

Dain resopló.

—Habla como una estratega —dijo, con un tono que ya no era desdeñoso, sino casi respetuoso.

—No soy estratega —respondió Sofía, encogiéndose de hombros —. Soy arquitecta. Y en arquitectura, el peor enemigo no es el mal

material o los malos cimientos. Es el plan. Cuando el plan falla, todo se derrumba. Y Caspian tiene un plan. Solo tenemos que romperlo.

El silencio que siguió fue de una naturaleza diferente. Los capitanes la miraban con respeto. Incluso Dain, a regañadientes, asintió.

—Lady Sofía tiene razón —dijo Jorund—. No podemos darle a Caspian lo que quiere. No podemos jugar a su juego.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó el joven nervioso.

Kaelen apoyó las manos en la mesa y recorrió con la mirada a sus capitanes.

—Nos quedamos aquí —dijo—. Reforzamos las defensas. Enviamos espías a la capital. Buscamos aliados de entre los nobles que aún no se han vendido a Caspian. Y esperamos.

—¿A esperar qué? —preguntó Dain.

—A que Caspian cometa el primer error —respondió Kaelen.

—¿Y si no lo comete?

—Entonces, lo forzamos.

La reunión terminó pasada la medianoche.

Los capitanes salieron en fila, algunos arrastrando los pies, otros bostezando sin disimulo. Dain fue el último, y antes de cruzar la puerta, se volvió para mirar a Sofía con una expresión que ella no supo interpretar.

—Lady Sofía —dijo, con un tono que intentaba ser neutral—. Ha estado... interesante. Hoy.

—Gracias, Dain —respondió ella—. Creo.

Dain asintió y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Sofía se quedó sola con Kaelen en la sala vacía. Las velas se habían consumido casi por completo, y solo dos o tres parpadeaban débilmente en sus candelabros. La luz era tenue, íntima, como si las llamas supieran que merecía la pena ahorrar energía.

—Has estado brillante —dijo Kaelen sin mirarla. Estaba recogiendo los mapas de la mesa, enrollándolos con cuidado.

—He estado hablando —respondió Sofía, apoyándose en la pared —. No es lo mismo.

—Pues lo parece.

Kaelen sonrió. Era una sonrisa pequeña, cansada, pero estaba ahí. Una curva apenas perceptible en las comisuras de los labios que transformaba por completo su rostro severo.

—Gracias —dijo, colocando el último mapa en un estante.

—¿Por?

—Por estar aquí —respondió él, volviéndose hacia ella—. Por pensar. Por no tener miedo. Por no haberte ido cuando aún podías.

Sofía se encogió de hombros.

—Tengo miedo —admitió—. Mucho. Pero tener miedo no significa quedarse quieta. Significa moverse con cuidado. Y yo sé moverme con cuidado. Me he pasado la vida moviéndome entre andamios y grúas.

—No —dijo Kaelen—. No significa.

Se miraron. La distancia entre ellos era mínima, apenas unos pasos. Sofía podía sentir el calor del cuerpo de Kaelen, podía oler su perfume a madera y a humo. Podía ver el latido de su pulso en el cuello.

—Kaelen —dijo Sofía, rompiendo el silencio—. Pase lo que pase... no quiero que te pase nada.

Kaelen la miró fijamente. Sus ojos grises parecían atravesarla.

—¿Por qué? —preguntó, con voz ronca.

—Porque... —Sofía dudó, buscando las palabras—. No lo sé. Porque me importas. Porque eres insoportable y borde y no sabes expresar lo que sientes. Porque te pasas el día frunciendo el ceño y llamándome herramienta. Porque eres un desastre emocional. Pero me importas. Y no quiero que te pase nada.

Kaelen dio un paso hacia ella. Luego otro. Ahora estaban tan cerca que Sofía podía sentir su respiración en la frente.

—Sofía... —murmuró.

—No hace falta que digas nada —lo interrumpió ella, levantando una mano—. Solo quería que lo supieras. Por si... ya sabes. Por si la guerra. Por si todo esto se va al carajo.

Kaelen la miró un largo momento. Un momento que se alargó hasta hacerse eterno.

Luego, con un gesto que pareció costarle un esfuerzo enorme, le tendió la mano.

—¿Quieres quedarte? —preguntó—. Conmigo. Esta noche. Mientras esperamos.

Sofía miró su mano. Era una mano grande, callosa, marcada por las cicatrices de las batallas. Una mano que había empuñado espadas y hachas, que había matado hombres.

Una mano que ahora temblaba ligeramente.

Es una mala idea, pensó. *Una pésima idea. Va a complicarlo todo. Va a hacer que sea más difícil cuando tenga que irme.*

—Sí —dijo.

Kaelen sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero estaba ahí.

Y Sofía pensó que, por primera vez en muchos días, quizás podría dormir tranquila.

O al menos, no del todo asustada.

CAPÍTULO 11: LA NOCHE EN QUE CAMBIÓ TODO

Kaelen

Kaelen observaba el fuego crepitando en la chimenea de sus aposentos. Las llamas bailaban con furia contenida, lanzando chispas hacia arriba que se extinguían antes de llegar al techo de piedra. Era un espectáculo hipnótico, el mismo que había contemplado miles de noches a lo largo de sus treinta y seis años, pero aquella noche algo era diferente.

El torbellino que sentía en el pecho desde que Sofía había entrado en la sala del consejo con aquel maldito pergamino no le dejaba pensar. El mensaje de Caspian no era solo una amenaza; era el comienzo del fin. La guerra ya no era un rumor lejano que se comentaba en voz baja en las tabernas. Estaba aquí, golpeando las puertas de Roca Negra con la fuerza de un ariete.

Pero en ese momento, mientras el castillo dormía bajo un cielo plomizo y el viento del mar ululaba entre las almenas, lo único que ocupaba su mente era ella.

Sofía.

No lady Elara. No la esposa que le habían impuesto como parte de una alianza política entre dos casas nobles. Sofía. La mujer que había aparecido en su vida como una piedra lanzada al agua, formando ondas que aún no había terminado de comprender. La que hablaba con las piedras como si fueran viejas amigas. La que bajaba a pozos oscuros sin pensarlo dos veces. La que lo miraba sin miedo,

sin esa mezcla de terror y sumisión que había visto en los ojos de todas las mujeres que habían pasado por su vida.

Y lo peor de todo era que aquella hembra testaruda le había robado el sueño con un simple beso en la mejilla.

—Mierda —murmuró para sí, pasándose una mano por el rostro.

Sintió el roce áspero de la barba incipiente bajo sus dedos. Llevaba tres días sin afeitarse, demasiado ocupado con los preparativos de la guerra como para pensar en nimiedades. La sombra oscura le daba un aire más rudo, más peligroso. Dain le había dicho aquella mañana que parecía un asesino recién salido de un calabozo.

—Gracias —había respondido Kaelen, sin saber si era un cumplido o una advertencia.

Ahora, en la soledad de sus aposentos, se preguntaba qué pensaría ella de aquel aspecto. Si le gustaría. Si le daría igual. Si siquiera lo notaría.

Había intentado concentrarse en los mapas antes de que ella llegara. En los informes de los capitanes. En las defensas que debían reforzar antes del amanecer. Pero cada línea que trazaba en el pergamino se convertía en la curva de su cuello. Cada sombra proyectada por la lumbre le recordaba el brillo de sus ojos avellana a la luz de las velas, esa forma que tenían de mirarlo como si pudiera ver a través de todas sus máscaras.

—Eres patético —se dijo, apoyando la frente contra la piedra fría de la chimenea—. Un guerrero de treinta y seis años, temido en todo el reino, y estás aquí, nervioso como un adolescente antes de su primer encuentro con una mujer.

La risa amarga se le atragantó en la garganta. Porque no era un encuentro cualquiera. Sabía lo que estaba a punto de pasar. Lo sabía desde que ella había cerrado la puerta de la sala del consejo y le había dicho que no quería pasar la noche sola.

Y justo entonces, como si sus pensamientos la hubieran conjurado, un golpe suave en la puerta lo sacó de sus cavilaciones.

Kaelen enderezó la espalda, alisó la túnica gris que llevaba puesta —la más sencilla que había encontrado, porque la azul le pareció demasiado pretenciosa— y se volvió hacia la entrada.

—Adelante —dijo, con voz más ronca de lo que pretendía.

La puerta se abrió.

Sofía entró con paso vacilante, como si cada pieza de madera del suelo fuera un territorio desconocido que debía conquistar. Llevaba el mismo vestido azul claro de la cena anterior, ahora ligeramente arrugado por el día de trabajo. El delantal de cuero que usaba para las obras había desaparecido, dejando ver la línea de su cintura. Su cabello castaño caía suelto sobre los hombros, suelto como no lo llevaba nunca, y en su cuello brillaba débilmente el colgante que había encontrado en el pozo, la piedra oscura latiendo con una luz propia.

Gato la seguía como una sombra silenciosa, con ese aire de superioridad que parecía decir "yo ya sé lo que va a pasar aquí, no me hagáis esperar". Pero en cuanto vio a Kaelen, el animal se detuvo en seco, emitió un maullido bajo y cargado de significado, y desapareció por el pasillo con su habitual arrogancia. La puerta se cerró tras él con un suave clic.

Kaelen y Sofía se quedaron solos.

Ella se apoyó contra la madera, mirándolo. La luz del fuego la envolvía, tiñendo su piel de tonos anaranjados y creando sombras que se movían con las llamas. Parecía irreal, como una aparición, pero Kaelen podía oler su perfume a hierbas y a algo dulce desde donde estaba.

—Dijiste que querías que me quedara esta noche —dijo ella sin preámbulos, con esa forma directa que a él lo desarmaba por completo—. Aquí estoy.

Kaelen se levantó lentamente de la silla junto al fuego, sintiendo cómo la madera crujía bajo su peso. La luz de las llamas lo envolvía a él también, resaltando las cicatrices de su rostro, la anchura de sus hombros, las manos grandes que no sabían muy bien dónde colocarse. Sus ojos grises se clavaron en ella con una intensidad que hizo que Sofía desviara la mirada un instante, solo para volver a encontrarla.

—Pensé que cambiarías de opinión —murmuró él, dando un paso hacia ella.

El espacio entre ellos se redujo.

Sofía negó con la cabeza. Una sonrisa nerviosa asomó en sus labios, esos labios que Kaelen había imaginado tantas veces en la oscuridad de su cama. Los últimos coletazos de miedo antes de lanzarse al vacío.

—No soy de las que cambian de opinión cuando dicen que sí a algo importante —respondió ella.

El corazón de Sofía le latía tan fuerte que estaba segura de que Kaelen podía oírlo desde el otro lado de la habitación. Cada latido era un martillazo en sus sienes, en su pecho, en el punto más hondo de su vientre. Había pasado la última hora en sus aposentos, caminando de un lado a otro como una fiera enjaulada, debatiéndose entre la prudencia y el deseo que llevaba días acumulándose en su interior.

Gato la había seguido con la mirada durante todo ese tiempo, enroscado en el alféizar de la ventana, con esa expresión que decía "decídete de una vez, humana, que necesito dormir".

La guerra estaba a punto de estallar. Caspian quería su cabeza, o la de Kaelen, o ambas. Mañana todo podía cambiar. El mundo que habían empezado a construir podría derrumbarse antes de tener cimientos.

Pero esta noche… esta noche solo existían ellos dos.

Se había mirado al espejo antes de salir, el mismo espejo de metal bruñido que la había mirado el primer día en aquel mundo. El rostro que le devolvía la imagen ya no le parecía tan ajeno. Los pómulos marcados, la nariz respingona, las pecas que se habían oscurecido con el sol del patio de armas. Era Sofía. Era ella. Y aquella mujer, la que miraba desde el espejo, había decidido que no quería morir sin saber cómo era sentirse viva de verdad.

Se acercó a él, sintiendo cómo el suelo de piedra fría contrastaba con el calor que subía por su cuerpo. Cada paso era un paso hacia el abismo. Pero ella ya había caído una vez. Ya sabía lo que se sentía morir.

Ahora quería saber lo que se sentía vivir.

Kaelen no se movió. Se limitó a mirarla, con esa expresión severa que tantas veces la había hecho dudar de sus intenciones. Pero ahora Sofía sabía leerlo mejor. Aquella severidad ocultaba un fuego mucho más peligroso que el de la chimenea.

—Kaelen —dijo ella, deteniéndose a un paso de distancia, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo—. No sé qué va a pasar mañana. Ni dentro de una semana. Pero sé que no quiero pasar esta noche sola. Y creo… creo que tú tampoco.

Él no respondió con palabras. Extendió la mano y le rozó la mejilla con el dorso de los dedos, con una suavidad que contrastaba con todo lo que Kaelen representaba. El contacto fue apenas un roce, casi reverente, pero Sofía sintió que le quemaba la piel como una marca de fuego.

—No soy un hombre suave, Sofía —advirtió él, la voz baja y rasgada, como piedras frotándose—. He pasado más años matando que amando. No sé si puedo darte lo que mereces.

Sofía tomó su mano y la presionó contra su mejilla, inclinándose hacia el tacto de sus dedos ásperos. Cerró los ojos un instante, dejándose llevar por la sensación.

—No quiero suavidad —susurró—. Quiero verdad. Quiero lo que eres. El Carnicero, el Lord, el hombre que sujeta la cuerda cuando bajo a un pozo oscuro. Quiero todo eso esta noche.

Kaelen soltó un sonido grave, casi un gruñido, y la atrajo hacia él con un movimiento tan rápido que Sofía apenas tuvo tiempo de respirar. Sus cuerpos chocaron con una violencia que le robó el aliento. Sintió la dureza de su pecho contra sus senos, la presión de sus manos en su cintura, y el latido acelerado de su corazón bajo la túnica.

—Sofía —murmuró él contra su cabello, y su nombre sonó como una oración y como un conjuro al mismo tiempo.

Dioses, cómo olía. Kaelen no podía pensar en otra cosa.

A cal, a hierbas secas, a mujer. A algo vivo y real en medio de un mundo de piedra y muerte. Sus narices se llenaron de aquel aroma que llevaba días persiguiéndolo en sueños, y supo que nunca podría olvidarlo. Era el olor de ella. El olor de su perdición.

Sus manos se cerraron en la tela de su vestido, los dedos tensos, los nudillos blancos. La apretó contra sí con una fuerza que rozaba la desesperación, como si temiera que pudiera desvanecerse como las llamas de la chimenea. Podía sentir cada curva de su cuerpo contra el suyo: la cintura estrecha que sus manos podían rodear por completo, la suave redondez de sus caderas donde siempre quería posar las palmas, el calor que irradiaba entre sus piernas, donde él llevaba días imaginándose.

—Sofía… —murmuró contra su cabello, la voz ronca, quebrada—. Si empezamos esto, no sé si podré parar.

Ella levantó el rostro para mirarlo a los ojos. Los suyos brillaban a la luz del fuego, avellana con reflejos dorados, y no había miedo en ellos. Solo deseo. Solo certeza.

—No quiero que pares —respondió ella, con una sonrisa que era un desafío y una promesa a partes iguales—. Esta noche no.

Kaelen la besó.

No fue un beso suave. No fue el beso que un hombre da a una dama en los jardines de la corte. Fue hambre pura, años de contención rompiéndose de golpe como un dique que cede ante la presión del agua. Sus labios se encontraron con fuerza, dientes chocando ligeramente en la urgencia, y él supo que no había vuelta atrás.

La devoró.

Su lengua invadió su boca, explorando, reclamando cada rincón como un conquistador que planta su bandera en tierra firme. El sabor de Sofía era mejor de lo que había imaginado. A vino tinto, a la infusión de hierbas que tomaba en las cenas, a algo dulce y cálido que no sabía nombrar.

Sofía gimió contra él, un sonido ahogado que recorrió todo su cuerpo como una descarga eléctrica, y sus manos subieron por su pecho hasta enredarse en su cabello oscuro. Tiraba suavemente, apenas un roce, y Kaelen sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—Sofía —volvió a murmurar, esta vez contra sus labios, y ya no era una oración, era una súplica.

Él la levantó sin esfuerzo, las manos bajo sus muslos, sintiendo el calor de sus piernas al envolverlo. Ella pesaba tan poco en sus brazos que parecía una pluma, pero al mismo tiempo era el peso más sólido que había sostenido nunca. La llevó hasta la gran cama de madera tallada en la oscuridad, la misma que había pertenecido a su padre y a su abuelo, la misma en la que nunca había imaginado que alguien pudiera acompañarlo.

La depositó sobre las sábanas de lino áspero, con cuidado, con una ternura que no sabía que poseía. Sofía quedó tendida bajo él, el cabello extendido sobre la almohada, los ojos clavados en los suyos.

Kaelen se quedó de pie un momento, mirándola desde arriba, bebiéndose la imagen. Luego, sin prisa, se quitó la túnica por la

cabeza, dejando que cayera al suelo.

Los ojos de Sofía se abrieron de par en par.

El torso de Kaelen era un mapa de cicatrices y músculos duros.

Sofía lo recorrió con la mirada, devorando cada centímetro de piel expuesta. Cicatrices blancas que cruzaban su pecho en todas direcciones, algunas finas como cabellos, otras gruesas como la cuerda que habían usado en el pozo. Marcas de quemaduras antiguas en el hombro izquierdo, la piel arrugada y oscura, su poder de fuego, inestable y peligroso, el mismo que lo aislaba del mundo. Y una línea gruesa que bajaba por su abdomen, serpenteando entre los músculos marcados hasta desaparecer bajo el borde de los pantalones.

—Eres… impresionante —susurró ella, sin poder evitarlo.

Kaelen soltó una risa corta, casi amarga. El sonido le raspó la garganta como si no estuviera acostumbrado a reír.

—Soy un monstruo con cicatrices, Sofía —dijo, y por un instante vio en sus ojos la sombra de todas las personas que le habían tenido miedo, que se habían alejado al verlo desnudo.

Pero Sofía no era ellas.

—Eres mío —replicó ella, extendiendo la mano hacia él, los dedos temblorosos pero decididos—. Esta noche, al menos.

La certeza en su voz pareció romper algo dentro de Kaelen. Bajó la guardia, esa que siempre mantenía alta, y se arrodilló sobre la cama, cubriéndola con su cuerpo. El peso de él sobre ella era abrumador, pero no incómodo. Era como estar bajo un refugio, protegida del mundo exterior.

Sus manos fueron directas al corpiño del vestido. Los dedos grandes y torpes lucharon con las lazadas de tela, desatando con una impaciencia que contrastaba con su habitual control. Cada nudo que caía era una barrera menos entre ellos.

La tela se abrió, revelando la piel pálida de sus senos, los pezones ya duros por la excitación y el frío de la noche. Kaelen inclinó la cabeza y tomó uno en su boca, succionando con fuerza mientras su mano amasaba el otro, los dedos ásperos rozando el pezón erecto.

Sofía arqueó la espalda, un gemido escapando de sus labios.

—Kaelen… joder…

El placer era eléctrico. Su boca caliente, la aspereza de su lengua, la forma en que sus dientes rozaban justo lo suficiente para doler de la mejor manera. Sentía su polla endureciéndose contra su muslo, gruesa y pesada incluso a través de la tela de los pantalones. El calor de ella era insoportable y delicioso al mismo tiempo.

Instintivamente abrió las piernas, buscando más contacto, más presión, más de él.

Kaelen gruñó contra su piel cuando sintió cómo se abría para él. Las piernas de Sofía se separaron, un gesto inconsciente, animal, que encendió algo primitivo en su interior. Bajó más, besando su vientre, lamiendo el borde de su ombligo, dejando un rastro húmedo a su paso. Sus manos grandes subieron su falda hasta la cintura, torciendo la tela, exponiendo sus piernas y el triángulo de tela que cubría su coño.

La tela estaba empapada. Mojada. Caliente.

Kaelen pasó un dedo por encima, sintiendo la humedad que la empapaba, y el contacto hizo que Sofía se estremeciera entera.

—Estás mojada —dijo él, la voz ronca de deseo, casi ininteligible —. Tan jodidamente mojada para mí.

Sofía se mordió el labio, las mejillas ardiendo, y en sus ojos se mezclaban la vergüenza y el deseo en partes iguales.

—Llevo días así —admitió en un susurro, apenas audible—. Pensando en ti. En esto.

El corazón de Kaelen dio un vuelco. Por un instante, todas sus dudas, todos sus miedos, todas las advertencias que se había repetido a sí mismo en las últimas horas se disiparon como humo al viento. Ella lo había deseado. Ella lo había pensado. Ella estaba allí, con él, porque quería estar.

Apartó la tela a un lado y deslizó dos dedos gruesos entre sus pliegues, sintiendo el calor y la humedad que lo envolvían. Sus dedos se movieron con lentitud, explorándola, abriéndola, conociéndola de una forma que ningún otro hombre la había conocido. Su pulgar encontró el clítoris hinchado, resbaladizo por sus propios jugos, y lo frotó en círculos lentos y firmes.

—Dioses… —gimió Sofía, sus caderas moviéndose contra su mano, buscando más presión, más ritmo—. Más… por favor…

Kaelen obedeció.

Bajó la cabeza y reemplazó los dedos con la boca. Su lengua lamió su coño con avidez, con devoción, saboreándola, penetrándola. El sabor era adictivo. Dulce, salado, completamente femenino. Bebió de ella como un hombre sediento en el desierto, los dedos entrando y saliendo de su interior empapado, curvándose para encontrar ese punto que la hacía retorcerse y gemir.

Sofía gritó, sus manos enredándose en el cabello de Kaelen, tirando de él mientras su cuerpo se tensaba como una cuerda a punto de romperse.

—Kaelen… ¡joder, sí!

Su sabor era algo que ella no podía describir. Solo sabía que lo necesitaba. Lo necesitaba como el agua, como el aire.

Sofía quería más. Quería todo.

Sintió cómo él se incorporaba solo lo suficiente para quitarse los pantalones. La tela cayó al suelo, y su polla saltó libre, gruesa, larga, la cabeza ya brillante por el precum que escapaba de la punta. Sofía

la miró con los ojos oscurecidos de deseo, sintiendo cómo su coño se humedecía aún más solo de verla.

—Ven aquí —susurró ella, extendiendo los brazos hacia él.

Kaelen se colocó entre sus piernas abiertas, su cuerpo cubriendo el de ella por completo. Frotó la cabeza de su polla contra su coño mojado, deslizándose entre sus pliegues, cubriéndose de sus jugos. El contacto era casi insoportable, una promesa que necesitaba cumplirse.

—¿Estás segura? —preguntó una última vez, la voz tensa por el esfuerzo de controlarse, las manos temblorosas a ambos lados de su rostro.

Sofía lo miró a los ojos, rodeó su cuello con los brazos y levantó las caderas para encontrarlo.

—Fóllame, Kaelen —dijo—. Ahora.

Él empujó.

Entró en ella de un solo movimiento profundo, enterrándose hasta la base. La sensación fue abrumadora: el coño de Sofía era apretado, caliente, perfecto. Las paredes internas se cerraron a su alrededor, succionándolo, reclamándolo. Ambos gimieron al unísono, un sonido que se fundió con el crepitar del fuego.

—Joder… —gruñó Kaelen, quedándose quieto un momento, los ojos cerrados, la respiración entrecortada—. Tan apretada… tan jodidamente perfecta.

Sofía clavó las uñas en su espalda, sintiendo cómo arañaba la piel marcada por las cicatrices. Sus piernas rodearon su cintura, atrapándolo dentro de ella, asegurándose de que no pudiera escapar.

—Muévete —suplicó, la voz quebrada—. Por favor… necesito sentirte.

Kaelen comenzó a moverse.

Al principio fueron embestidas lentas, casi tortuosas. Salía casi por completo, los labios de su coño aferrándose a la cabeza de su polla como si no quisieran dejarlo ir, y luego volvía a hundirse hasta el fondo, sintiendo cómo ella lo recibía, cómo se abría para él.

El sonido de sus pieles chocando llenaba la habitación, húmedo, rítmico, acompañado por los gemidos de Sofía, los jadeos de Kaelen, y el crepitar insistente de la chimenea.

Luego más rápido. Más duro. El control que tanto le había costado mantener durante años se desmoronó como un castillo de arena frente a la marea. Sus caderas golpeaban contra las de ella con una fuerza brutal, su polla entrando y saliendo de su coño empapado a un ritmo salvaje, primitivo.

Los senos de Sofía rebotaban con cada impacto, y Kaelen no podía apartar la vista de ellos. Eran perfectos. Pequeños, firmes, coronados por pezones oscuros que ella misma se mordía para no gritar demasiado fuerte.

—Más fuerte —pidió ella, la voz entrecortada, los ojos vidriosos de placer—. Quiero sentirte mañana cuando camine.

Esa petición fue la perdición de Kaelen. Gruñó y obedeció, sus caderas golpeando contra las de ella con redoblada intensidad. Una mano bajó entre sus cuerpos y frotó su clítoris con el pulgar, mientras la otra se aferraba a su cadera, sujetándola para recibir cada embestida.

—Estás hecha para mí —gruñó contra su cuello, mordiendo la piel sensible del hombro—. Este coño es mío esta noche.

—Sí —gimió Sofía, arqueando el cuello, ofreciéndose—. Tuyo.

—Córrete —ordenó él, follándola más rápido, las palabras saliendo entre jadeos—. Córrete en mi polla.

Y ella lo hizo.

Sofía se corrió con un grito ahogado, su cuerpo tensándose como un arco, su coño contrayéndose violentamente alrededor de su polla, exprimiéndolo, succionándolo. Kaelen sintió cómo ella se deshacía bajo él, cómo temblaba, cómo sus uñas se clavaban en su espalda con una fuerza que seguramente dejaría marcas.

Pero no se detuvo. Siguió follándola a través de su orgasmo, prolongándolo, sintiendo cómo las contracciones lo masajeaban una y otra vez, hasta que ella quedó temblando y sin aliento, los ojos cerrados, los labios entreabiertos.

Apenas había bajado de la primera ola cuando Kaelen la giró sobre el estómago. La levantó por las caderas, poniéndola de rodillas, y volvió a penetrarla desde atrás con un gemido gutural que sonó casi animal.

—Otra vez —dijo, la voz ronca, rota—. Quiero sentirte correrte otra vez.

Sofía enterró el rostro en las sábanas, gimiendo mientras él la follaba profundo y duro. En aquella posición llegaba aún más lejos, golpeando lugares dentro de ella que la hacían ver estrellas. La mano de Kaelen bajó entre sus piernas y frotó su clítoris hinchado sin piedad, con una presión que bordeaba el dolor y el placer al mismo tiempo.

—Kaelen… ¡joder, es demasiado!

—No es suficiente —respondió él, embistiendo con más fuerza, su polla entrando y saliendo con un sonido húmedo y obsceno—. Quiero todo de ti.

Sus movimientos se volvieron erráticos, salvajes. El sonido de su piel chocando contra la de ella, el crujir de la cama bajo sus cuerpos, los gemidos ahogados de Sofía en las sábanas. Todo se fundió en una sinfonía de desesperación y deseo.

Sofía sintió otro orgasmo construyéndose en su interior, más intenso que el anterior, más profundo.

—Estoy cerca… otra vez… —jadeó.

—Dámelo —gruñó Kaelen, inclinándose sobre ella, su pecho contra su espalda, su boca en su hombro—. Dámelo todo.

Y Sofía explotó por segunda vez, gritando contra las sábanas mientras su coño apretaba su polla como un puño. La ola la arrasó por completo, dejándola temblando, sin aire, sin pensamientos.

Kaelen aguantó solo unas pocas embestidas más. Su ritmo se volvió errático, desordenado, y con un rugido ronco que resonó en las paredes de piedra, se enterró hasta el fondo. Sofía sintió cómo su polla se hinchaba un instante antes de que su calor la llenara por dentro, chorros calientes que se derramaban en su interior mientras su cuerpo temblaba sobre el de ella.

Ambos cayeron sobre la cama, exhaustos, sudorosos, entrelazados. El aliento de Kaelen se mezcló con el de Sofía en la penumbra.

Se giró para no aplastarla, pero la mantuvo pegada a su cuerpo, su polla aún semi-dura dentro de ella, como si no quisiera separarse ni un instante.

Kaelen nunca había sentido algo así.

No solo placer físico, aunque ese había sido brutal, primario, devastador, sino una conexión profunda, casi dolorosa, que se extendía desde su pecho hasta cada rincón de su cuerpo. Como si al follarla hubiera sellado algo que iba más allá de la carne. Más allá de la guerra. Más allá de todo lo que conocía.

Acarició su espalda sudorosa con la palma de la mano, trazando la línea de su columna vértebra por vértebra, sintiendo cómo se estremecía bajo su tacto.

—Sofía —murmuró contra su cabello.

Ella giró la cabeza para mirarlo. Sus ojos seguían brillando, las mejillas sonrojadas, los labios hinchados por los besos.

—No digas nada que no sientas de verdad —susurró ella, aun jadeando.

Kaelen la besó lentamente. Un beso suave, casi perezoso, que contrastaba con la ferocidad de minutos antes. Sus labios se encontraron con una ternura que él mismo no sabía que poseía.

—No sé cómo decirlo con palabras bonitas —admitió, separándose apenas un centímetro—. Pero esto… tú… no es solo esta noche. Quiero que seas mía. De verdad. No por el matrimonio concertado. No por la alianza. Sino porque te elijo. Y quiero que me elijas a mí.

Sofía sonrió. Una sonrisa suave, cansada, llena de todo aquello que Kaelen nunca había sabido nombrar. Su mano subió a su rostro y acarició la cicatriz de su mejilla con una ternura que le rompió algo por dentro.

—Te elijo, Kaelen —respondió ella—. Al Carnicero, al Lord, al hombre que no sabe hablar de sentimientos pero que sujeta la cuerda cuando bajo al pozo. Te elijo a ti. A ti y a todas tus cicatrices.

Él la abrazó con más fuerza, enterrando el rostro en su cuello, sintiendo el latido de su corazón contra el suyo.

—Mañana la guerra —murmuró—. Pero esta noche… esta noche eres mía.

—Y tú eres mío —respondió ella, cerrando los ojos, sintiendo cómo su polla se movía ligeramente dentro de ella otra vez—. No lo olvides.

Gato, que había regresado en algún momento sin que nadie lo notara y se había instalado en el alféizar de la ventana con la dignidad de un rey exiliado, emitió un ronroneo bajo y satisfecho. Sus ojos amarillos brillaron en la oscuridad como dos faros.

Fuera, el viento del mar golpeaba contra los acantilados de Roca Negra. Dentro, entre sábanas revueltas, sábanas que aún guardaban

el calor de sus cuerpos, y sombras danzantes, dos almas —una de fuego inestable y otra de piedra antigua— habían encontrado, al menos por esta noche, un refugio.

Kaelen besó su frente con una suavidad que no sabía que poseía.

—Descansa —susurró—. Mañana hablaremos de lo que viene. De la promesa que me hiciste en la sala del consejo.

Sofía sonrió contra su pecho, sintiendo cómo su cuerpo se relajaba, cómo el sueño la vencía.

—No pienso quedarme de adorno —murmuró, las palabras ya borrosas—. Si te vas a la guerra, este castillo será tu mejor retaguardia, no tu talón de Aquiles.

Kaelen soltó una risa baja, una risa que vibraba en su pecho y que Sofía sintió en todo su cuerpo.

—Mi esposa terca y peligrosa —murmuró, con un orgullo que apenas podía contener.

—Tu esposa —confirmó ella, ya medio dormida—. Y la que despierta.

Él la abrazó más fuerte, sintiendo cómo el fuego en su interior, ese fuego que siempre había temido no poder controlar, por primera vez en años parecía estable. No por la fuerza de su voluntad. No por el control sobre su maldición.

Sino por ella.

Solo por ella.

La noche los envolvió en su manto de silencio, y por unas horas, la guerra, la profecía y el mundo entero quedaron fuera de aquellas cuatro paredes de piedra.

Solo existían ellos dos.

Y la promesa de una tonta que había decidido no quedarse quieta.

CAPÍTULO 12: LA PROMESA DE UNA TONTA

Primera parte: La despedida

El sol apenas empezaba a asomarse tras las montañas cuando Sofía despertó.

No lo hizo por el canto de los pájaros, que, para su sorpresa, existían también en Valdoria, aunque tenían colores extraños y canciones ligeramente desafinadas, ni por el rumor del mar golpeando los acantilados. Despertó porque el espacio a su lado en la cama estaba vacío. Donde la noche anterior había sentido el calor del cuerpo de Kaelen, ahora solo quedaba un hueco frío, un hundimiento en la almohada, y el tenue olor a madera y a humo que él dejaba siempre tras de sí.

Se incorporó con lentitud, sintiendo cómo las sábanas de lino áspero se deslizaban por su piel desnuda. A través de la ventana, la luz grisácea del amanecer se filtraba entre las rendijas de las contraventanas, dibujando rayas pálidas en el suelo de piedra. Gato, enroscado a sus pies, levantó la cabeza y la miró con esos ojos amarillos que parecían saberlo todo.

—Se ha ido —dijo Sofía, y su voz sonó ronca por el sueño, por las horas de la noche anterior, por la emoción que le apretaba la garganta.

Gato parpadeó lentamente. Su expresión decía: *lo sé, humana. Y no voy a llorar por él, así que tú tampoco deberías.*

Sofía se dejó caer sobre la almohada que aún conservaba el calor de Kaelen y lo olió profundamente. Envuelta en aquel aroma, podía fingir que seguía allí, que no se había ido a la guerra, que no se enfrentaba a un ejército que le doblaba en número.

Pero el perfume se desvanecía, igual que se desvanecía la noche, y con ella la ilusión de que el mundo podía esperar.

—No voy a llorar —murmuró contra la tela—. Las arquitectas no lloran. Las arquitectas construyen.

Gato maulló, y aquel maullido sonó a *tú no eres arquitecta, eres una transmigrante con poderes de piedra que se ha encaprichado de un señor de la guerra. Pero bueno, cada cual con sus problemas*.

Sofía se obligó a levantarse.

El suelo de piedra estaba frío bajo sus pies descalzos. Buscó el camisón de lino que había caído al suelo en algún momento de la noche, no recordaba cuándo, ni cómo, ni le importaba, y se lo puso con movimientos torpes. Las agujetas le recordaban cada movimiento que habían hecho, cada postura, cada momento en que el mundo había dejado de existir para dejar paso solo a ellos dos.

—Joder —murmuró—. Me duele todo.

Gato la ignoró.

Se vistió con la ropa más sencilla que encontró —un vestido gris que no necesitaba ayuda para abrocharse— y salió al pasillo. El castillo estaba en calma, esa calma tensa que precede a las tormentas. Los soldados del turno de noche se desperezaban junto a las antorchas humeantes, y los del turno de mañana afilaban sus espadas con movimientos cansados. Nadie dijo nada cuando ella pasó. Pero todos la miraron.

Saben, pensó Sofía. *Todo el mundo sabe. Gato ha debido de contarlo.*

El patio de armas era un hervidero de actividad. Hombres y caballos se arremolinaban alrededor de los carros de suministros, mientras los capitanes daban órdenes a gritos. En el centro, rodeado de sus oficiales, Kaelen ultimaba los preparativos.

Llevaba la armadura completa: la cota de malla que tintineaba con cada movimiento, las hombreras de acero oscuro, el peto de cuero reforzado. La espada colgaba de su cinto, y su rostro —ya de por sí severo— se había endurecido aún más bajo la luz gris del amanecer. Pero cuando la vio, algo cambió en sus ojos. Algo que Sofía aprendió a reconocer.

—Sofía —dijo él, y su voz grave atravesó el ruido del patio como un cuchillo caliente a través de la mantequilla.

Los soldados se apartaron a su paso mientras ella se acercaba. Sofía sintió todas las miradas clavadas en ella, algunas curiosas, otras respetuosas, unas cuantas ligeramente divertidas. Junto a la puerta del establo, Dain la observaba con los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre la resignación y la diversión.

—Kaelen —respondió ella, deteniéndose frente a él.

Se miraron. El viento del acantilado alborotó el cabello de Sofía, y Kaelen apartó un mechón que le caía sobre los ojos con un gesto tan natural que parecía que llevara años haciéndolo.

—¿Has dormido bien? —preguntó él.

—No —admitió ella—. Me duelen todo. Tengo agujetas en las agujetas.

Kaelen sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero Sofía la vio.

—A mí también.

—Idiota.

—Lo sé.

Dain carraspeó desde el establo.

—Mi lord, si no le importa... los hombres están listos. El sol ya ha salido. Cuanto antes salgamos...

—Lo sé, Dain —lo interrumpió Kaelen sin apartar la vista de Sofía —. Dame un momento.

Dain suspiró y se alejó. Los demás oficiales hicieron lo mismo, de repente muy ocupados con cosas que no parecían importantes.

Sofía y Kaelen se quedaron solos en medio del bullicio, rodeados de soldados que fingían no mirarlos.

—No te vayas —dijo ella y la súplica salió de sus labios antes de que pudiera detenerla.

Kaelen negó con la cabeza.

—Tengo que hacerlo. Si Caspian rompe las líneas del norte...

—Lo sé. Lo sé. No quería decirlo en serio. Bueno, sí quería, pero es una tontería.

—No es una tontería.

—Es una tontería de enamorada.

Kaelen enarcó una ceja.

—¿Enamorada?

Sofía se sonrojó hasta las orejas.

—Es una expresión. De mi mundo. Significa... no importa. No te vayas. Pero vete. Pero no te vayas.

—Eres un caso, Sofía.

—Lo sé. Es mi encanto.

Kaelen la tomó de la mano y la apartó unos pasos, lejos de los soldados curiosos. Los dedos grandes y callosos se entrelazaron con los suyos, y Sofía sintió que el corazón se le salía del pecho.

—Escúchame —dijo él, con voz baja—. Voy a volver. No sé cuándo. Pero voy a volver.

—Los guerreros siempre dicen eso.

—Yo no soy un guerrero cualquiera.

—Eso es arrogancia.

—Es confianza.

—¿Confianza o miedo?

Kaelen la miró fijamente.

—Miedo —admitió—. Miedo a no volver. Miedo a que te pase algo mientras no estoy. Miedo a...

Se detuvo. Sofía esperó.

—Miedo a qué?

—Miedo a que te pierdas por los pasillos y no te encuentre nadie.

Sofía soltó una risa que sonó más temblorosa de lo que quería.

—Eso no es miedo. Eso es un hecho. Me voy a perder. Lo sabes. Lo saben todos. Lina tiene que venir a buscarme casi todas las noches.

Iba a pasar.

—Por eso. Por eso tengo miedo.

Kaelen apretó los dedos.

—Escúchame bien. No pienso quedarme de adorno. Si te vas, este castillo será tu mejor retaguardia, no tu talón de Aquiles.

Kaelen frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Significa que cuando vuelvas —y vas a volver, porque si no vuelvo yo a por ti y te mato yo misma—, te vas a encontrar una fortaleza inexpugnable. Murallas que ni un ariete puede derribar. Un pozo lleno de agua. Soldados bien alimentados. Y un montón de mujeres cavando trincheras.

Estaba luchando por ser lo más fuerte posible porque en realidad solo quería abrazarlo, llorar y suplicarle que no se fuera.

—¿Mujeres cavando trincheras?

—Son muy buenas cavando. Créeme.

Kaelen negó con la cabeza, pero sus ojos brillaban.

—Eres una tonta, Sofía.

—Una tonta con un plan. Que es más de lo que tú tienes.

—Tengo un plan.

—Tener un plan es fácil. Tener un buen plan es lo difícil.

—¿Y tú tienes un buen plan?

—Tengo un plan excelente. Lo he pensado esta noche. Bueno, no esta noche. Esta noche estaba ocupada.

Kaelen sonrió.

—Estabas ocupada, sí.

—Ya te lo dije. Idiota.

—Lo sé.

Se quedaron en silencio un momento. Los soldados cargaban los carros a su alrededor, las órdenes se gritaban a lo lejos, y los

caballos resoplaban impacientes. Pero Sofía solo lo veía a él.

—Vuelve —susurró.

—Volveré —respondió él.

Kaelen inclinó la cabeza y la besó. Fue un beso breve, casto, apenas un roce de labios. Pero Sofía sintió en él todas las palabras que no habían dicho, todas las promesas que no se atrevían a hacer, todos los miedos que compartían y ninguno quería nombrar.

Cuando se separaron, el beso de Kaelen continuó en la mejilla, en la frente, en la punta de la nariz.

—Cuídate —dijo él.

—Tú también —respondió ella.

—No voy a morir.

—Eso espero. Porque si mueres, juro que voy a tu funeral y me siento en primera fila y no dejo de decir lo borde que eras.

Kaelen rio. Fue una risa corta, sorprendida, como si no estuviera acostumbrado a hacerlo.

Y Sofía pensó que era el sonido más bonito del mundo.

Luego él dio media vuelta, caminó hacia su caballo y montó con la elegancia de quien lleva haciéndolo desde que aprendió a andar. Dain le tendió las riendas y dijo algo que Sofía no escuchó. Kaelen asintió, y entonces todo el ejército empezó a moverse.

Sofía se quedó en medio del patio de armas, con Gato apareciendo de la nada para pegarse a sus piernas.

—Se va —murmuró.

Gato maulló.

—Ya sé que lo ves. No hace falta que lo digas.

Gato maulló otra vez.

—Inútil.

Y Sofía se quedó mirando el horizonte hasta que la última sombra de Kaelen desapareció tras las colinas.

Segunda parte: La espera

La primera noche sin Kaelen fue dura.

Sofía dio vueltas en la cama durante horas, escuchando el silencio del castillo y sintiendo el peso de la ausencia. La almohada de él ya no olía a madera ni a humo. Lina había cambiado las sábanas por la mañana, y ahora todo olía a jabón de sosa y a lavanda. Un olor demasiado limpio, demasiado aséptico, que no le dejaba dormir.

—Esto es ridículo —dijo en voz alta—. Llevamos juntos dos semanas y ya no puedo dormir sin él.

Gato, en el alféizar de la ventana, abrió un ojo y la miró.

—No me mires así. Tú también lo echas de menos.

Gato cerró el ojo.

—Inútil.

La segunda noche fue peor. Sofía intentó leer el Libro de los Orígenes, pero las palabras se le borroneaban mientras pensaba en Kaelen, en su armadura, en la forma en que la había mirado antes de irse. Dejó el libro sobre la mesilla, apagó la vela y se quedó mirando el techo.

—Si vuelve —se dijo—, le voy a dar un sermón. Un sermón de tres horas sobre lo estúpido que es irse a la guerra y dejar a tu esposa sola en un castillo lleno de pasadizos secretos.

La tercera noche fue un poco mejor. La fatiga de las obras —había pasado doce horas supervisando a los obreros— la venció antes de que pudiera ponerse a pensar. Se durmió con las manos manchadas

de cal y los brazos doloridos, y soñó con Kaelen. En el sueño, él estaba desnudo y ella le decía que se pusiera una armadura porque parecía un guerrero muy sexi. Él se reía.

Fue un buen sueño.

La cuarta noche, Sofía descubrió que estaba demasiado ocupada para echarlo de menos.

Las obras consumían todas sus horas. Desde que salía el sol hasta que se ponía, ella estaba en el patio de armas o en las murallas, supervisando a los obreros, mezclando cal, sellando grietas, reforzando contrafuertes. Borin se había convertido en su sombra —una sombra barbuda que olía a piedra y a sudor—, y los dos discutían sobre la mejor manera de apuntalar las defensas con la pasión de un matrimonio de cincuenta años.

—Si pone la viga así —decía Borin una tarde, señalando el muro oeste—, el peso se distribuirá mejor.

Sofía negó con la cabeza, apoyando las manos en las caderas para aliviar el dolor de espalda. Llevaba horas inclinada examinando las juntas.

—No. Así no —respondió ella, moviendo la viga apenas dos centímetros hacia la izquierda—. Así. El ángulo es clave. Si no, la presión recaerá sobre la junta del muro este y se te va a caer medio castillo encima.

Borin frunció el ceño, acariciándose la barba con un gesto que Sofía ya conocía bien. Era el gesto que hacía cuando no estaba convencido pero no quería admitirlo.

—¿Y usted qué sabe de ángulos? —preguntó.

—Soy arquitecta —respondió Sofía con paciencia—. Ya lo sabes.

—Pero de su mundo. El nuestro tiene otras leyes.

—La física es la misma, Borin. Las piedras pesan igual aquí que en mi mundo. La gravedad no cambia porque cambies de reino.

Lógica básica. O eso esperaba.

—¿La qué?

—La... no importa. Confía en mí.

Borin la miró un largo momento, sus ojos de viejo lobo de mar escudriñándole el rostro.

—¿Confiar en usted?

—Sí. Así como suena. Confía.

—Usted se ha perdido en los pasillos del castillo doce veces en diez días.

—Catorce —corrigió Lina desde el otro lado del muro, donde estaba ayudando a los aprendices a cargar sacos de cal.

—Catorce —repitió Borin, enarcando una ceja.

Sofía suspiró, pasándose una mano por la frente sudorosa.

—Eso no tiene nada que ver —protestó—. Perderse por los pasillos es una cosa. Construir es otra.

—¿Está segura?

—Estoy segura. Ahora pon la viga donde te digo o juro que te subo al muro tú solo.

Borin soltó una carcajada y obedeció.

Al anochecer, Sofía cenaba con Thurmond. Kaelen no estaba, y el gran comedor se había vuelto demasiado grande para ella sola. Las velas proyectaban sombras alargadas sobre los tapices descoloridos, y el eco de sus pasos resonaba en las paredes vacías. Así que Thurmond, por alguna razón que Sofía no terminaba de entender, había decidido que era más cómodo tomar el té en sus habitaciones.

—Ha progresado mucho en la magia de tierra —le dijo una noche, mientras le servía una taza humeante de manzanilla—. Las visiones ya no la dejan en blanco.

Sofía bebió un sorbo, sintiendo el calor reconfortante de la infusión en la garganta.

—Es que ya no me pillan por sorpresa —explicó—. Al principio era como... no sé, como sumergirme en un río sin saber nadar. Ahora ya sé que el agua está fría, y me preparo.

Thurmond asintió con aprobación.

—Eso es progreso.

—¿Y cuándo podré hacer cosas más útiles? —preguntó Sofía, jugueteando con el borde de la taza—. Como mover piedras a distancia. O derrumbar muros con la mente. Cosas así.

Thurmond sonrió suavemente, y sus ojos se arrugaron en un gesto que delataba décadas de sabiduría.

—Paciencia, Sofía. Estos dones llevan años desarrollándose. No semanas.

—Pero la guerra está aquí —insistió ella, apoyando los codos sobre la mesa—. Caspian puede atacar cualquier día. Necesito poder ayudar.

—La guerra no espera, pero el poder sí. Si intenta forzarlo, las consecuencias pueden ser graves.

—¿Graves como qué?

—Graves como la última vez que forzó una visión y casi se desmaya en el pozo.

Le dolía el alma, pero tenía que reconocer que el hombre tenía razón le gustase o no.

Sofía calló. Thurmond tenía razón. Pero eso no le gustaba.

—No sé si quiero esperar —admitió al fin.

—No tiene elección —respondió Thurmond con una calma que a Sofía le irritaba y le reconfortaba a partes iguales.

Odiaba la verdad. Siempre se decía que las verdades dolían y esa dolía mucho más de lo que hubiera imaginado.

—Eso es muy poco reconfortante —murmuró ella.

—No pretendo reconfortarla. Pretendo prepararla.

Sofía bebió otro sorbo de té.

—Gracias, Thurmond —dijo.

—No me las dé —respondió el anciano, con una sonrisa críptica—. Cuando Kaelen vuelva, ya veremos si sigue queriendo dármelas.

Sofía enrojeció.

—¿Cuándo va a volver? —preguntó, apartando la mirada.

—No lo sé. Pero volverá.

Se le veía tan seguro…

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la espera.

Sofía no supo qué responder.

Gato, enroscado a sus pies, ronroneó aprobación.

Tercera parte: Las noticias

A los diez días, las noticias de la guerra empezaron a llegar.

No eran buenas.

Sofía estaba en el patio de armas, supervisando la construcción de un nuevo contrafuerte —Borin le había llamado cariñosamente "el

capricho de la lady del otro mundo", pero ella prefería no hacerle caso— cuando escuchó el galope de un caballo. Levantó la vista y vio a un jinete desmontando frente a las puertas del castillo. Su armadura estaba manchada de barro y sangre, su rostro demacrado por la fatiga.

—Mensajero del norte —gritó alguien.

Sofía dejó la paleta y corrió.

El mensajero fue conducido directamente a la sala del consejo. Allí se reunieron los capitanes que se habían quedado en el castillo: Jorund, el gigante calvo; Varn, el joven capitán de la guardia nocturna; y el joven nervioso, cuyo nombre Sofía seguía sin saber y que ya empezaba a plantearse llamarle "chico" aunque luego se arrepentiría.

Kaelen no estaba. Dain no estaba. La mayoría de los hombres no estaban.

Sofía se sentó en una silla junto a la ventana, con Gato en el regazo, mientras el mensajero hablaba.

—Lord Caspian ha tomado el paso del norte —anunció, con voz ronca por el cansancio—. Nuestras líneas retrocedieron... el enemigo nos doblaba en número... el señor Kaelen ordenó la retirada para reagruparse.

El corazón de Sofía se encogió.

—¿Hay bajas? —preguntó Jorund.

—Muchas —respondió el mensajero, bajando la vista—. No sé el número exacto. Pero muchas.

El corazón se le congeló. Dejó de latir. No, no podían morir. No ahora. Nunca.

—¿Y el señor Kaelen? —preguntó Varn, su voz tensa.

El mensajero levantó la cabeza.

—El señor Kaelen está bien. Herido, pero vivo. Lideró la retirada él mismo.

Sofía sintió que el aire le volvía a los pulmones. *Está vivo. Herido, pero vivo.*

—¿Y Dain? —preguntó Jorund.

—También. Aunque perdió dos dedos de la mano izquierda.

—Sigue siendo un idiota —murmuró Jorund—. Pero un idiota vivo.

Eso era un consuelo mucho mayor del que pensaban todos.

—Caspian ha acampado en el paso —continuó el mensajero—. Se reagrupa para el siguiente ataque. El señor Kaelen cree que intentará rodear las montañas por el este para atacar Roca Negra por la retaguardia.

Todos los rostros se volvieron hacia el mapa extendido sobre la mesa.

—¿Qué opina, lady Sofía? —preguntó Varn.

Sofía dudó.

Odio que me pregunten estas cosas, pensó. *No soy estratega, soy arquitecta.*

Pero se levantó y se acercó a la mesa.

—Si Caspian rodea las montañas por el este —dijo, señalando una zona del mapa—, encontrará el valle del río. Es una ruta más larga, pero menos defendida.

Nunca había tenido que preocuparse de cosas así. Lo odiaba.

—¿Y qué sugiere? —preguntó Jorund.

—Enviar exploradores al este. Vigilar sus movimientos. Y mientras tanto...

—¿Mientras tanto?

—Reforzar las defensas sur. Caspian puede hacer una pinza. Atacar por el norte con el grueso de su ejército y por el sur con una columna de élite.

Jorund la miró con respeto renovado.

—¿Sabe de estrategia, lady Sofía?

No, ni un poco.

—No —respondió ella—. Pero he visto muchas películas.

—¿Películas?

—Historias. Con imágenes. Cuentan batallas.

—¿Y en esas... películas, los buenos ganan?

Ojalá pudiera decirse que aquí se iba a cumplir. Que el poder del guion haría ganar la guerra a su favor.

—Casi siempre. Pero esta no es una película.

El silencio que siguió fue tenso.

—Reforzaremos las defensas sur —sentenció Jorund.

Y así lo hicieron.

A los quince días, otro mensajero llegó al castillo.

Este no venía con malas noticias.

Sofía lo supo cuando vio a los soldados del patio de armas sonriendo —sonriendo, cosa que no ocurría desde hacía días— y escuchó las risas que salían de la cocina. Bajó las escaleras de la torre del homenaje casi tropezándose, con Gato pegado a sus

talones y el corazón latiéndole tan fuerte que temía que se le saliera del pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó, agarrando a Borin por el brazo.

El viejo cantero sonrió con todos los dientes que le quedaban.

—Lord Kaelen ha rechazado el ataque de Caspian —anunció—. Los ha hecho retroceder hasta el paso del norte. Y viene de vuelta. A Roca Negra.

Sofía sintió que las piernas le flaqueaban.

—¿Cuándo? —preguntó, con la voz quebrada.

—En dos o tres días. Depende del ritmo de la marcha.

—¿Está... herido?

—El mensajero dice que sí. Pero que no es grave. El señor Kaelen cabalga en su propio caballo, eso es buena señal.

Sofía asintió, pero la preocupación seguía ahí, retorciéndose en su estómago como una serpiente.

—Tengo que... tengo que... —murmuró.

—¿Tiene que qué? —preguntó Borin.

—No lo sé. Pero tengo que algo.

—Pues vaya a algo, lady Sofía. Que yo me encargo de las obras.

Sofía le sonrió, una sonrisa temblorosa que no podía ocultar.

—Gracias, Borin.

—No me las dé. Cuando vuelva el señor Kaelen, ya veremos si sigue queriendo dármelas.

—Eso es lo que dice Thurmond.

—Es un hombre sabio.

Sofía salió corriendo hacia sus habitaciones.

Necesitaba bañarse. Necesitaba vestirse con algo que no fuera su delantal de trabajo. Necesitaba... no sabía qué. Pero necesitaba hacerlo ahora.

Gato la siguió, con paso digno, y se instaló en el alféizar de la ventana mientras Lina la ayudaba a desabrocharse el corpiño.

—Señora —dijo Lina, con una sonrisa que lo decía todo—. ¿Se ha enterado?

—Sí —respondió Sofía, intentando no sonreír demasiado. Fracasó estrepitosamente.

—El señor Kaelen vuelve.

Dios.

Sí.

Gracias.

—Lo sé.

—Y usted está feliz.

—Estoy tranquila. Hay una diferencia.

Mentiría como una cerda para no reconocer que había extrañado a ese hombre sexy como el demonio.

—No, señora. Está feliz. Y yo me alegro.

Sofía no supo qué responder.

Lina la ayudó a meterse en la bañera, la cual era de madera, con agua caliente que calentaban los sirvientes y Sofía cerró los ojos, dejando que el vapor le relajara los músculos.

Kaelen vuelve, pensó. *Herido, pero vuelve.*

Gato maulló desde la ventana.

—Ya lo sé —susurró ella.

Gato ronroneó.

Y Sofía, a pesar de todo, sonrió.

ARCO 2: LA FORJADORA

CAPÍTULO 13: LA DAMA DEL CASTILLO

Sofía descubrió, aproximadamente a las seis de la mañana de su primer día completo al mando, que gobernar un castillo en tiempos de guerra era sorprendentemente parecido a dirigir una obra con el presupuesto recortado y la mitad de los obreros de baja. Solo que aquí, si algo salía mal, no perdías la fianza: perdías la cabeza. Literalmente.

Se había levantado antes del alba, incapaz de soportar por más tiempo el vacío en el lado izquierdo de la cama. A su lado, Gato se había apropiado de la almohada de Kaelen con la serenidad de un rey destronado que ha encontrado un trono mejor. El animal roncaba con un ronroneo profundo y constante, completamente ajeno a la crisis existencial de su humana, que ahora no solo era una transmigrante atrapada en un cuerpo ajeno, sino también la máxima autoridad civil y militar de una fortaleza que pronto sería atacada. Sofía lo miró con envidia mientras ajustaba los cordones de un corpiño que había aprendido a odiar con cada fibra de su ser.

—Tú no tienes problemas, ¿verdad? —le susurró al felino, que entreabrió un ojo amarillo antes de volver a cerrarlo con desdén—. Tú solo comes, duermes y juzgas a la gente.

El mensaje del gato era claro: *efectivamente, y no pienso cambiar mi estilo de vida por una guerra ni por tu crisis nerviosa*.

Sofía suspiró y salió al pasillo con la determinación de quien se enfrenta a una inspección sorpresa de Hacienda. El castillo estaba sumido en un silencio tenso, ese silencio que no es paz sino contención. Los soldados del turno de noche arrastraban los pies junto a las antorchas, con ojeras tan pronunciadas que parecían mapas topográficos. En las cocinas, el trajín era frenético, y el cocinero Tomas, un hombre rechoncho que siempre tenía las manos manchadas de harina, la recibió con un saludo entrecortado mientras removía un caldero humeante.

—Lady Sofía. ¿Ha desayunado ya?

—No, Tomas. Y probablemente no desayunaré hasta que no tenga un inventario completo de las provisiones sobre mi mesa.

El cocinero enarcó una ceja. Aquello era nuevo. En su experiencia, las damas nobles no pedían inventarios, sino tés con pastas y compresas perfumadas para las migrañas. Sofía notó su desconcierto y añadió, con una sonrisa que pretendía ser amable pero que probablemente parecía la de un general dando una orden.

—Quiero saber exactamente cuántos sacos de trigo tenemos, cuántos de cebada, cuántas barricas de aceite y cuántos jamones cuelgan del techo. Y lo quiero antes del mediodía.

Tomas parpadeó, procesando la petición. Luego, una sonrisa lenta se abrió paso bajo su bigote canoso, revelando un diente astillado que le daba un aire de pirata jubilado.

—¿Sabe qué, mi lady? Me cae usted bien. Tiene cara de pocos amigos y eso en una guerra es buena señal.

Sofía no supo si sentirse halagada o insultada. Optó por ambas cosas, que era su estado emocional por defecto desde que había llegado a aquel mundo de espadas, magia y corpiños imposibles.

Subió a la torre del homenaje para inspeccionar las defensas desde arriba, y el viento salitroso le golpeó la cara como un bofetón bienvenido. Desde allí, el horizonte se extendía en un mosaico de grises y verdes oscuros, con el mar rompiendo contra los acantilados a su derecha y las colinas ondulando hacia el norte como lomos de bestias dormidas. En algún lugar más allá de esas colinas, Kaelen estaba luchando. Sofía apartó ese pensamiento con la misma firmeza con que apartaba los mechones de pelo que el viento le arrojaba a los ojos.

Bajó al patio de armas, donde la esperaba su primera batalla campal: la reunión con los capitanes.

La sala del consejo estaba cargada de testosterona y escepticismo. Jorund, el gigante calvo con barba trenzada, ocupaba la cabecera por pura inercia física; Varn, el joven capitán de la guardia nocturna, se apoyaba contra la pared con los brazos cruzados en un gesto que a Sofía le recordaba peligrosamente a Kaelen; y Aldric, el muchacho nervioso cuyo nombre había aprendido apenas tres días antes, se sentaba en un rincón con la espalda tan recta que parecía a punto de quebrarse. Faltaba Dain, pero Dain estaba con Kaelen en el frente, probablemente quejándose de algo.

—No puede pretender que los soldados trabajen en las murallas y hagan guardias dobles —protestó Jorund, golpeando la mesa de roble con un dedo que parecía un tronco de leña.

Sofía no se inmutó. Llevaba demasiados años lidiando con arquitectos técnicos con sobrepeso y clientes con ínfulas como para dejarse intimidar por un gigante calvo con hacha. Apoyó las palmas sobre el mapa extendido y lo miró directamente a los ojos, esos ojillos oscuros que la escrutaban como buscando una grieta en su determinación.

—No pretendo nada, Jorund. Lo ordeno.

El silencio que siguió fue tan denso que se oyó el chasquido de una vela al consumirse. Aldric soltó una risita ahogada que rápidamente disimuló tosiendo, un gesto que Sofía ya había aprendido a identificar como su marca personal.

—Mire —continuó ella, señalando el mapa con el dedo en un gesto que había copiado inconscientemente de Kaelen—. Si sus hombres no cavan trincheras, los soldados de Caspian llegarán hasta la puerta principal sin obstáculos. Y si no hacen guardias dobles, no los veremos venir hasta que estén llamando a la puerta con un ariete. Así que sí, van a trabajar y van a hacer guardias. Y si se quejan, les recuerdo que yo también estoy trabajando dieciséis horas al día y no tengo tiempo para quejas.

Jorund la miró fijamente durante un largo momento. Sus fosas nasales se dilataron ligeramente, como un toro decidiendo si embestir o retirarse. Luego, contra todo pronóstico, esbozó lo que en su rostro podía considerarse una media sonrisa, un gesto tan poco frecuente que Varn se incorporó sorprendido de su posición contra la pared.

—Está bien —gruñó al fin—. Pero si los hombres se me amotinan, la culpa es suya.

—Si los hombres se te amotinan, será porque no les has explicado bien por qué lo hacemos. Y eso, Jorund, es tu trabajo, no el mío.

Aldric tosió otra vez. Varn sonrió abiertamente. Y Jorund soltó una carcajada que resonó en las paredes de piedra como un trueno lejano.

—Es usted muy mandona para ser arquitecta.

—Soy muy mandona para ser cualquier cosa. Es mi superpoder.

Las siguientes horas fueron un torbellino de decisiones que habrían hecho llorar a cualquier gestor de proyectos del siglo XXI. Sofía se movía por el castillo como un vendaval, con Lina pegada a sus talones cual asistente ejecutiva y Gato apareciendo y desapareciendo a voluntad, siempre en los momentos más inoportunos. Primero fueron las provisiones: Tomas le entregó un pergamino arrugado con un inventario que ocupaba tres columnas y varias manchas de grasa. Sofía lo leyó mientras caminaba hacia los graneros, haciendo cálculos mentales con una velocidad que sorprendió incluso a ella misma.

—Si racionamos el trigo a medio kilo por persona y día, y contamos con doscientos soldados más cien civiles refugiados, tenemos para... ¿sesenta días?

Tomas asintió, impresionado.

—Exactamente sesenta y dos, mi lady. Siempre que no haya plagas, incendios ni ratas.

Sofía suspiró con resignación milenaria.

—Siempre hay ratas. En mi mundo también. Son una constante universal.

Lina preguntó si en su mundo también tenían gatos, y Sofía miró a Gato, que en ese momento se relamía una pata con expresión beatífica.

—Sí, pero este inútil no caza ni una mosca.

Gato emitió un maullido que sonaba sospechosamente a *las moscas no me interesan, humana, tengo estándares*.

Luego vinieron los refugios para civiles. Sofía había ordenado habilitar las antiguas caballerizas del ala este —un espacio amplio,

techado y relativamente fácil de calentar con braseros— para albergar a las familias de los aldeanos que vivían extramuros. La orden había provocado resistencias, como le informó un sargento llamado Gareth, un tipo delgado y amargado que parecía llevar enfadado desde el útero materno.

—¿Que tenemos que meter a los campesinos dentro del castillo? ¿Y dónde dormirán? ¿En nuestros barracones?

—Dormirán en las caballerizas —respondió Sofía, que ya empezaba a perder la paciencia con las preguntas obvias—. Que para eso las hemos limpiado.

—Pero en las caballerizas huele a caballo.

—Huele a caballo limpio, que es un olor perfectamente soportable. Además, en mi mundo la gente paga fortunas por vivir en apartamentos que antes eran fábricas o establos. Lo llaman *loft industrial*. Así que técnicamente les estamos ofreciendo alojamiento de lujo.

Gareth la miró como si le hubieran crecido dos cabezas, pero Aldric se adelantó con su habitual timidez, levantando la mano como un escolar antes de hablar.

—Lady Sofía, yo podría encargarme de organizar a las familias. Mi madre era de una aldea del valle. Sé cómo piensan.

Sofía lo miró con gratitud. Aquel muchacho tenía un don para aparecer en los momentos justos y ofrecer soluciones prácticas. Quizás su nerviosismo crónico no era debilidad, sino una forma de sensibilidad que le permitía anticiparse a los problemas antes de que estallaran.

—Gracias, Aldric. Encárgate de eso. Pero quiero un informe diario. Y si alguien se queja, me lo envías directamente.

Aldric asintió con entusiasmo, casi tropezando con sus propios pies al salir de la sala. Sofía reprimió una sonrisa. *Definitivamente necesito encontrarle una novia*, pensó. *O un ansiolítico. O ambas cosas.*

El verdadero desafío llegó al atardecer, cuando una anciana de las aldeas se plantó en medio del patio de armas con los brazos en jarras y una expresión que desafiaba a cualquiera a moverla de allí. Era una mujer menuda, encorvada por la edad, con un moño blanco recogido en la nuca y unos ojos grises tan afilados como los de Kaelen. Vestía ropas de lana basta y calzaba zuecos de madera que golpeaban el empedrado con un ritmo marcial.

—¿Dónde está la tal lady Elara? —gritó con una voz que no correspondía a su tamaño—. ¡Quiero hablar con la tal lady Elara!

Lina, al lado de Sofía, palideció como si hubiera visto un fantasma.

—Es Marta, la abuela del valle. Lleva ochenta años viviendo en la misma casa. No querrá irse.

Sofía se acercó a la anciana con la misma precaución que usaría para aproximarse a un felino salvaje. La mujer la escrutó de arriba abajo con una intensidad que parecía capaz de detectar mentiras a cincuenta metros de distancia.

—Así que tú eres la que quiere meterme en un establo —dijo Marta sin preámbulos.

—Caballeriza reformada —corrigió Sofía con una sonrisa conciliadora—. Con braseros y mantas.

—He vivido en mi casa sesenta años. Allí nació mi madre. Allí nací yo. Allí nacieron mis hijos. No me voy.

Sofía suspiró. Había tratado con vecinos reticentes en obras de rehabilitación, y sabía que la confrontación directa no funcionaba. Había que buscar puntos en común, apelar a la razón, ofrecer algo que la otra persona valorara más que su orgullo. Miró a la anciana a los ojos y bajó la voz, casi en un susurro conspirativo.

—Marta, ¿sabe usted hacer mermelada?

La anciana parpadeó, descolocada por el giro inesperado.

—¿Cómo dice?

Sofía repitió la pregunta, añadiendo que había oído hablar de las famosas mermeladas del valle. La mención de su reputación obró el milagro: los ojos grises de Marta brillaron con un orgullo antiguo, ese que solo se forja tras décadas de trabajo bien hecho.

—Llevo sesenta años haciéndola. Soy la mejor del valle.

—Perfecto. Necesito a alguien que organice a las mujeres en la cocina del castillo. Que les enseñe a hacer conservas con la fruta que tenemos almacenada. Que racione el azúcar. Que mantenga a todo el mundo ocupado mientras los hombres luchan. ¿Cree que podría hacerlo?

Marta la miró un largo momento. El viento del atardecer agitó las hierbas del patio y un grupo de soldados que pasaban cerca aminoraron el paso para observar la escena. Sofía contuvo la respiración.

—Eso lo hago yo con los ojos cerrados, señorita —dijo al fin la anciana.

—Pues entonces, trato hecho. Usted se viene al castillo, no a un establo, sino a la cocina. Y cuando esto termine, si su casa sigue en pie, yo misma le ayudaré a reconstruir lo que haga falta.

Una sonrisa desdentada iluminó el rostro arrugado de Marta como un faro en la niebla.

—Me recuerda usted a mi hermana. Era igual de testaruda. Murió de vieja.

Sofía preguntó a qué edad y la respuesta la hizo reír por primera vez en todo el día.

—Noventa y ocho. Y seguía mandando.

La anciana se alejó hacia las cocinas, golpeando el suelo con sus zuecos como si acabara de ganar una batalla. Que, en cierto modo, era exactamente lo que había pasado.

Esa noche, Sofía se derrumbó en una silla de la biblioteca de Thurmond, agotada, pero extrañamente satisfecha. El anciano le tendió una taza de manzanilla humeante y la miró por encima de sus gafas con una expresión que mezclaba el orgullo y la diversión.

—Ha estado usted brillante —dijo, removiendo su propia taza—. Marta la adora. Los soldados la respetan. Hasta Jorund la llama —la mandona— con un tono que es casi de cariño.

——La mandona —repitió Sofía con ironía—. Maravilloso. Ya tengo apodo. Justo lo que necesitaba.

—En el norte, los apodos son una muestra de respeto. A mí me llaman "el viejo chiflado" desde hace treinta años.

Sofía meditó sobre aquello mientras Gato se enroscaba en su regazo con un ronroneo que vibraba como un motor de lavadora. Bebió un sorbo de manzanilla y sintió cómo el calor le relajaba los músculos tensos de la espalda.

—Thurmond —dijo de repente—. ¿Cree que Kaelen estará orgulloso de lo que hemos hecho aquí?

El anciano la miró por encima de sus gafas con esa sabiduría ancestral que a veces consolaba y a veces irritaba profundamente.

—Kaelen estará tan orgulloso que no sabrá cómo decirlo. Y se pondrá de mal humor por no saber cómo decirlo. Y probablemente gruñirá algo sobre que las murallas no están lo suficientemente rectas. Pero por dentro, estará inflado como un pavo real.

Sofía soltó una risa temblorosa.

—Es usted muy bueno con las palabras, ¿lo sabe?

Thurmond asintió con gravedad fingida.

—Lo sé. Por eso me llaman 'el viejo chiflado'. Porque digo verdades que nadie quiere oír.

Los días siguientes se convirtieron en una rutina agotadora pero extrañamente gratificante. Sofía supervisaba las obras al amanecer, discutía con Jorund sobre tácticas defensivas a media mañana, organizaba a las mujeres de la aldea en equipos de costura para confeccionar vendas y mantas por la tarde, y cenaba con Thurmond por la noche mientras repasaban mapas y planos. Aprendió los nombres de media docena de soldados, se ganó el respeto a regañadientes del cascarrabias de Gareth, que una tarde admitió que las caballerizas, las cuales no olían tan mal como esperaba y

logró, contra todo pronóstico, que Tomas el cocinero implementara un sistema de racionamiento basado en sus cálculos.

—Es usted una tirana —le dijo Gareth un día, mientras ayudaba a descargar sacos de cal—. Pero una tirana con criterio.

Sofía se lo tomó como un cumplido. Porque en el contexto de una guerra inminente, "tirana con criterio" era probablemente lo mejor que podía escuchar.

Una semana después de la partida de Kaelen, mientras inspeccionaba las nuevas trincheras que había diseñado con ángulos copiados de un documental sobre la Primera Guerra Mundial que vio una vez en Netflix, el sonido de un cuerno resonó desde la torre de vigilancia. Sofía levantó la vista, con el corazón acelerado, y vio a un jinete solitario que se acercaba al galope por el camino del sur. No era un ejército. Era un mensajero.

El hombre desmontó frente a la puerta principal, cubierto de barro y con el rostro demacrado por la fatiga. Traía un mensaje de Kaelen: breve, conciso y tan romántico como una factura de Hacienda.

Hemos detenido el avance enemigo. Resistimos. No te pierdas por los pasillos. K.

Sofía leyó el pergamino tres veces, sintiendo cómo un nudo se le deshacía en el pecho. Luego lo dobló con cuidado y se lo guardó en el bolsillo del delantal. Esa noche, mientras Gato roncaba a los pies de la cama y el viento del mar ululaba entre las almenas, Sofía sacó el pergamino y lo releyó una vez más.

No te pierdas por los pasillos.

Sonrió en la oscuridad. Aquel hombre no sabía expresar sus sentimientos ni aunque le fuera la vida en ello, pero de algún modo, entre líneas, Sofía había aprendido a leer lo que realmente quería decir.

Cuídate. Vuelve. Te echo de menos.

—Idiota —murmuró contra la almohada.

Gato ronroneó, como si estuviera de acuerdo.

CAPÍTULO 14: LAS LLAMAS DEL APRENDIZAJE

La biblioteca de Thurmond olía a polvo, a tinta vieja y a ese aroma indefinible que Sofía había aprendido a asociar con la magia. No era un olor desagradable, sino más bien como el de una librería de viejo en la Cuesta de Moyano, pero con un matiz adicional, algo eléctrico y vibrante que le erizaba el vello de los brazos cada vez que cruzaba el umbral.

Llevaba diez días al mando del castillo y aunque la rutina de obras y provisiones la mantenía ocupada de sol a sol, había algo que llevaba rondándole la cabeza desde aquella conversación con Thurmond sobre los cinco órdenes. Necesitaba entender qué estaba pasando con sus poderes, por qué la piedra le hablaba, por qué el colgante del pozo se había calentado en su pecho, y sobre todo, si podía hacer algo más útil que tener visiones y perderse por los pasillos.

Thurmond la recibió con una taza de infusión humeante y un montón de libros apilados sobre la mesa que amenazaban con derrumbarse al menor estornudo. Gato, por supuesto, ya estaba allí, instalado sobre un grimorio particularmente polvoriento con la serenidad de quien ha encontrado el lugar más inconveniente posible para echarse una siesta.

—Hoy vamos a hablar de los cinco órdenes —anunció el anciano, apartando un pergamino para hacer sitio a su propia taza—. Y después, si se siente con fuerzas, intentaremos un ejercicio práctico.

Sofía se sentó frente a él y cruzó las piernas bajo la falda con un gesto que ya se había vuelto mecánico. La desconfianza, sin embargo, no había desaparecido.

—¿Ejercicio práctico? ¿De qué tipo? Porque si es como lo del pozo, prefiero avisar a Lina para que tenga preparada una camilla.

Thurmond soltó una risita seca, esa risa de anciano que parecía el crujir de un pergamino al desenrollarse.

—Nada tan dramático, lady Sofía. Solo un poco de fuego controlado.

—¿Controlado por quién? Esa es la cuestión.

El anciano ignoró su ironía con la paciencia de un profesor acostumbrado a alumnos impertinentes y se ajustó las gafas sobre la nariz antes de hablar.

—Los cinco órdenes no son escuelas de magia ni gremios —comenzó Thurmond, con un tono didáctico que sugería que había dado aquella explicación muchas veces antes—. Son afinidades. Cada persona que nace con el don está vinculada a uno de los cinco elementos: fuego, agua, aire, tierra y espíritu.

—Como los signos del zodiaco, pero con más quemaduras —comentó Sofía, dando un sorbo a su infusión.

—Algo así. El orden del fuego gobierna las llamas, la pasión, la destrucción y la forja. Kaelen pertenece a este orden, aunque su control es... digamos que inestable.

Sofía recordó las cicatrices de quemaduras en el hombro de Kaelen, la noche que habían pasado juntos, y sintió un calor súbito en las mejillas. Se obligó a concentrarse en las palabras de

Thurmond, que seguía hablando como si no hubiera notado nada, aunque la leve curva de sus labios sugería lo contrario.

—El orden del agua gobierna los ríos, las mareas, las emociones profundas y la sanación —prosiguió el anciano—. Es un orden sutil, poderoso a su manera. El del aire gobierna los vientos, el movimiento, la comunicación y, en sus manifestaciones más avanzadas, el vuelo. El de la tierra gobierna la piedra, el metal, la memoria del mundo y, en casos muy raros, la capacidad de leer lo que está por venir.

—¿Y el del espíritu? —preguntó Sofía, dejando la taza sobre la mesa.

Thurmond hizo una pausa. Sus dedos arrugados tamborilearon sobre la mesa de roble.

—El orden del espíritu es el más misterioso de todos. Gobierna la conexión entre los mundos, la transmigración de las almas, los sueños proféticos y... bueno, todo aquello que no encaja en los otros cuatro.

Sofía sintió un escalofrío que le recorrió la espalda como si alguien hubiera abierto una ventana.

—¿Como venir de otro mundo y despertar en el cuerpo de una lady muerta?

—Exactamente como eso —confirmó Thurmond, asintiendo lentamente.

El silencio se instaló entre ellos, roto solo por el ronroneo de Gato y el crepitar de una vela cercana. Sofía bebió otro sorbo de infusión, necesitando el calor para calmar el nudo que se le había formado en el estómago.

—Entonces —dijo al fin—, ¿yo soy del orden del espíritu?

—No necesariamente. El hecho de que haya transmigrado no significa que su afinidad mágica sea el espíritu. Podría ser que la transmigración fuera solo el medio para traerla aquí, y que su verdadera afinidad sea otra. De hecho —Thurmond la miró por encima de sus gafas—, por lo que me ha contado de sus visiones con la piedra, yo apostaría por la tierra.

Sofía frunció el ceño. La palabra le sabía a polvo en la boca.

—Pero la tierra es aburrida. Es polvo. Es barro. Es lo que pisas.

—Es lo que sostiene todo lo demás —replicó Thurmond, alzando un dedo—. Sin tierra, no hay cimientos. Sin cimientos, no hay castillos. Sin castillos, no hay reinos. ¿Le parece poco?

Sofía tuvo que concederle la razón. Como arquitecta, sabía perfectamente que lo más importante de cualquier edificio no se veía, sino que estaba bajo tierra, oculto y silencioso, haciendo su trabajo sin que nadie le diera las gracias ni le pagara horas extra.

—De acuerdo —cedió, cruzando los brazos—. Pero antes de decidir qué soy, ¿puedo probar con el fuego?

Thurmond enarcó una ceja. La luz de las velas danzó sobre sus lentes.

—¿Por qué el fuego?

Sofía se encogió de hombros, intentando parecer casual y fracasando estrepitosamente.

—Porque Kaelen es de fuego. Quizás tengamos algo en común.

El anciano no dijo nada, pero su sonrisa lo dijo todo.

Claro, claro, Kaelen. Por supuesto. Qué casualidad.

Sofía decidió ignorar aquella sonrisa con la misma determinación con que ignoraba los comentarios de Lina sobre sus «paseos nocturnos».

El ejercicio práctico comenzó con una vela. Thurmond la colocó en el centro de la mesa, sobre un plato de cerámica que probablemente era una antigüedad valiosísima, y le indicó a Sofía que se sentara frente a ella, con las manos apoyadas sobre las rodillas y la mente en blanco.

—Concéntrese en la llama —le indicó, con una voz calmada que invitaba al recogimiento—. No intente controlarla. No la fuerce. Simplemente... escúchela.

Sofía fijó la vista en la pequeña llama danzante. La luz anaranjada se reflejaba en sus pupilas, hipnótica y cálida. Intentó vaciar la mente, pero eso era como pedirle a un mono que no se rasque. En menos de diez segundos, ya estaba pensando en si habría dejado las murallas bien supervisadas, si Jorund estaría cumpliendo con las guardias dobles, si Kaelen estaría bien, si el fuego de la vela se parecía al fuego de la chimenea de sus aposentos aquella noche, si...

—Sofía —la voz de Thurmond sonó paciente pero firme—. Está pensando demasiado. Deje de pensar.

—Eso es como pedirle a un pez que deje de nadar —murmuró ella, apretando los párpados.

Pero lo intentó de nuevo. Cerró los ojos, respiró hondo y se concentró en el calor de la llama. No en la imagen, sino en la

sensación: el calorcillo en la piel, el olor a cera derretida, el chisporroteo casi imperceptible de la mecha al consumirse. Algo en su interior se removió, como un animal dormido que despereza una pata. Una corriente de energía le subió desde el estómago hasta las yemas de los dedos, cálida y cosquilleante.

—Muy bien —susurró Thurmond, y su voz sonó tensa pero expectante—. Ahora, sin abrir los ojos, intente que la llama crezca. Suavemente. Como si soplara sobre ella, pero sin aire.

Sofía imaginó el fuego expandiéndose, la pequeña llama convirtiéndose en una columna de luz. Sintió un cosquilleo en las yemas de los dedos, un calor que no venía de fuera sino de dentro. Olía a humo. Demasiado humo.

Abrió los ojos.

La vela no solo había crecido: se había convertido en un surtidor de fuego que lamía el techo con llamas de color azul eléctrico. El plato de cerámica se agrietó con un sonido alarmante, partiéndose en dos mitades perfectas, y Gato saltó del grimorio con un maullido de indignación suprema que resonó en toda la biblioteca.

—¡Apáguelo! —gritó Thurmond, buscando algo con qué sofocar las llamas mientras se le caían las gafas de la nariz.

Sofía, presa del pánico, pero también de una extraña lucidez, extendió la mano y pensó *basta*. La llama se extinguió al instante, como si alguien hubiera cerrado un grifo invisible. En el silencio que siguió, solo se oía el jadeo de ambos y el batir del corazón de Sofía, que retumbaba en sus oídos como un tambor de guerra.

Thurmond se recostó en su silla y se ajustó las gafas que se le habían torcido en la refriega. El techo de la biblioteca estaba chamuscado, con una mancha negra que se extendía como un mapa

de un continente desconocido. El plato de cerámica partido en dos. Y Gato miraba a Sofía desde lo alto de una estantería con sus ojos amarillos, que en ese momento expresaban exactamente: *te dije que esto era mala idea*.

—Bueno —dijo el anciano, con una calma que resultaba casi ofensiva dadas las circunstancias—. Desde luego, no es usted del orden del agua.

Sofía se pasó una mano temblorosa por la frente, manchándose de hollín sin darse cuenta. El gesto dejó una estela negra sobre su ceja derecha.

—¿Eso significa que soy de fuego?

—No exactamente —Thurmond negó con la cabeza, pero había una chispa de fascinación en sus ojos—. Un mago de fuego no habría perdido el control de esa manera. Lo suyo ha sido... brusco. Como si hubiera usado el fuego con la fuerza de otro elemento.

Sofía frunció el ceño, sin terminar de entender.

—¿Otro elemento? ¿Como cuál?

Thurmond se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con un pañuelo arrugado que sacó de algún bolsillo interior de su túnica.

—Como la tierra. La tierra es bruta, sólida, contundente. Cuando un mago de tierra intenta usar otro elemento, no lo moldea: lo aplasta. Lo fuerza. Usted no ha moldeado la llama: la ha aplastado contra el techo.

Sofía miró la cera derretida sobre la mesa, el plato roto, el techo chamuscado. Todo aquello tenía sentido, aunque fuera un sentido absurdo y mágico que su cerebro de arquitecta se resistía a aceptar.

Siempre había sido de pisar fuerte, de ir directa al grano, de resolver problemas a martillazos cuando no funcionaban las sutilezas. Quizás su magia funcionaba igual que su carácter.

—Entonces, ¿soy de tierra? —preguntó, con una mezcla de resignación y curiosidad.

—Eso parece. Pero hay algo más —Thurmond se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa—. El hecho de que pueda usar el fuego, aunque sea de esta forma tan... explosiva, sugiere que su condición de forastera le permite cierta flexibilidad. Normalmente, un mago solo puede acceder a su elemento natal. Usted, por venir de fuera, podría no estar sujeta a todas las reglas.

Sofía se dejó caer en la silla. Se sentía como una estudiante que acaba de suspender un examen pero ha aprendido más que en todas las clases del curso. Miró el techo chamuscado, la cera solidificándose sobre la mesa, y soltó una risa nerviosa que le salió del estómago.

—Voy a tener que pedirle disculpas a Borin. Y al techo. Y al gato.

Gato emitió un maullido desde lo alto de la estantería, un maullido que sonaba exactamente a *no pienso bajar hasta que aprendas a controlar tus poderes, demente peligrosa*. Thurmond, por su parte, esbozó una sonrisa cansada.

—No se preocupe por el techo. Ya he mandado reparar cosas peores. Y en cuanto a Borin... quizás podamos decirle que fue un accidente con una vela particularmente rebelde.

—¿Una vela rebelde? —Sofía enarcó una ceja—. ¿Eso cuela en este mundo?

—En este mundo, lady Sofía, cuela cualquier cosa si la dice un anciano con barba blanca y fama de chiflado.

Sofía soltó una carcajada auténtica, de esas que nacen del alivio y del absurdo. Gato, desde su atalaya, emitió un ronroneo que parecía una rendición. Quizás, después de todo, la humana no era un caso perdido.

Esa noche, mientras se lavaba el hollín de la cara con agua fría en la palangana de sus aposentos, Sofía se miró en el espejo de metal bruñido. La mujer que le devolvía la mirada tenía los ojos brillantes y una mancha de humo en la mejilla que se resistía a desaparecer. No era la misma mujer que había llegado a aquel mundo hacía semanas. Aquella mujer tenía miedo, se perdía por los pasillos y se escondía de su esposo. Esta mujer había mandado callar a un gigante calvo, había convencido a una abuela testaruda y acababa de incendiar el techo de una biblioteca centenaria.

—Soy de tierra —dijo en voz alta, probando las palabras como quien prueba un vestido nuevo—. Pero también puedo hacer fuego. Un poco. Con resultados explosivos.

Gato, desde la cama, emitió un ronroneo que sonaba extrañamente a *ya era hora de que te dieras cuenta, humana*. El animal se había dignado bajar de la estantería una hora después del incidente, tras comprobar que no había más llamaradas en el horizonte inmediato.

Sofía se metió en la cama y apagó la vela de la mesilla con un soplido, esta vez sin magia de por medio. Antes de cerrar los ojos, miró el colgante que descansaba sobre la mesilla. La piedra oscura brillaba débilmente en la penumbra, como si estuviera de acuerdo con todo lo que acababa de pasar. Como si hubiera estado esperando aquel momento desde hacía siglos.

Mañana, se prometió a sí misma mientras el sueño empezaba a vencerla, le pediría a Thurmond que le enseñara más sobre la tierra. Sobre su afinidad. Sobre lo que podía hacer con ella. Pero por ahora, se conformaba con haber aprendido dos cosas importantes: que no era del orden del agua, y que los techos de las bibliotecas no estaban diseñados para resistir a una arquitecta con poderes mágicos y problemas de control de impulsos.

Gato se enroscó a sus pies, y su ronroneo llenó la habitación como un motor diminuto. Fuera, el viento del mar golpeaba contra los acantilados. Y dentro, en el pecho de Sofía, el colgante de piedra siguió brillando débilmente hasta que ella se durmió del todo.

CAPÍTULO 15: EL SUSURRO DE LA TIERRA

El día siguiente amaneció lluvioso y gris, con un cielo bajo que parecía aplastar el castillo contra los acantilados. La tormenta de la noche anterior había dejado charcos en el patio de armas y un olor a tierra mojada que se colaba por todas las rendijas. Sofía se despertó con la sensación de que algo había cambiado. No era solo el recuerdo del techo chamuscado de la biblioteca, ni la conversación con Thurmond sobre los cinco órdenes. Era algo más profundo, una vibración en el pecho, como si el colgante de piedra que llevaba al cuello estuviera tarareando una canción que solo ella podía oír.

Se vistió con el vestido gris de trabajo, aquel que no necesitaba ayuda para abrocharse y que ya tenía manchas de cal permanentes en las mangas y bajó al patio de armas bajo un chirimiri persistente que le pegaba el pelo a las mejillas. Gato, contra todo pronóstico, la seguía a pocos pasos, sacudiéndose las patas cada vez que pisaba un charco con una expresión de profundo asco aristocrático.

Borin ya estaba allí, inspeccionando los contrafuertes del muro oeste con la misma expresión de preocupación que pondría un médico ante un paciente terminal. Al verla acercarse, el viejo cantero agitó una mano en señal de saludo, pero su rostro seguía tenso.

—Tenemos un problema, lady Sofía —anunció, sin preámbulos—. El muro oeste está cediendo más de lo que pensábamos. La

tormenta de anoche ha abierto tres grietas nuevas, y la principal se está haciendo más grande.

Sofía asintió y se acercó al muro sin decir nada. Notó las miradas curiosas de un par de soldados que se habían detenido a observar. La fama de sus visiones se había extendido por el castillo como la pólvora, y ya nadie fingía no estar interesado cuando ella se ponía a tocar paredes con los ojos cerrados.

Apoyó la palma de la mano sobre la piedra húmeda. El contacto le provocó un escalofrío distinto al del frío. Cerró los ojos y sintió.

Fue diferente a las otras veces.

No fue un eco confuso, ni un susurro lejano, ni una avalancha de imágenes inconexas como las que había experimentado en las mazmorras o en el pozo. Fue como abrir un libro y leerlo con una claridad asombrosa, como si alguien hubiera encendido una luz en una habitación que antes solo podía palpar a oscuras.

La piedra le mostró su estructura interna con un detalle microscópico. Sofía vio las vetas de cuarzo que la atravesaban como nervios plateados, las líneas de fractura que se ramificaban como venas en un mármol viejo, los cristales microscópicos que brillaban con una luz propia que no pertenecía al mundo físico. Vio la presión que ejercía el terreno inestable sobre los cimientos, cómo el agua de lluvia se filtraba por las juntas y corroía el mortero desde dentro, insidiosa y paciente, gota a gota, año tras año. Vio a los hombres que habían colocado aquellos sillares doscientos años atrás, con sus túnicas sudadas y sus manos callosas, cantando una canción en una lengua antigua que ya nadie recordaba. Vio un asedio que había agrietado la base con el impacto de una catapulta, el fogonazo del proyectil, el grito del capitán, el polvo elevándose como un fantasma. Vio el fantasma de una torre que nunca se había

construido porque el arquitecto original cambió de opinión a medio plano y murió de una fiebre antes de poder rectificar.

Abrió los ojos. Estaba llorando.

No era llanto de tristeza. Era una emoción diferente, más profunda, más antigua. Algo parecido a la gratitud. Como si la piedra le hubiera hecho un regalo inmenso al compartir con ella su memoria, y sus ojos no supieran expresarlo de otra forma.

—¿Lady Sofía? —la voz de Borin sonaba preocupada, y su mano grande y áspera la sujetaba por el hombro con una firmeza tranquilizadora—. ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que llame al maestro Thurmond?

Sofía se secó las lágrimas con el dorso del delantal, dejando una mancha de cal en la mejilla.

—Estoy bien, Borin. De verdad. Es solo que... esta piedra tiene mucha historia. Más de la que imaginaba.

El viejo cantero miró el muro, esperando ver algo que él no podía ver, y luego volvió a mirarla a ella con una mezcla de respeto y desconcierto. Sofía supo que tenía que compartir lo que había descubierto, no solo por la urgencia de las reparaciones, sino porque aquel hombre merecía entender lo que estaba pasando en su castillo.

—Las grietas no son el verdadero problema —explicó, señalando la base del muro—. El problema está en los cimientos. Hay una bolsa de agua subterránea justo debajo del ángulo suroeste, a unos tres metros de profundidad. Es un acuífero antiguo, probablemente de la época en que se construyó la fortaleza original. El agua está erosionando la base, y cada vez que llueve, la presión aumenta. Si

no drenamos esa bolsa, el muro acabará cediendo por completo, por mucho que reforcemos las grietas de arriba.

Borin la miró como si acabara de anunciar que podía volar. Sus ojos se abrieron tanto que las arrugas de su frente desaparecieron momentáneamente.

—¿Y cómo sabe eso? ¿Acaso ve a través del suelo?

—La piedra me lo ha dicho —respondió Sofía, con una sonrisa cansada pero triunfal—. Literalmente. Me ha enseñado un mapa completo del subsuelo. Como si tuviera un plano de cimentación dentro de la cabeza.

La noticia de que lady Sofía podía «hablar con las piedras» se extendió por el castillo más rápido que los chismes sobre la amante del anterior rey. Para el mediodía, media docena de soldados habían encontrado excusas para pasar por el patio de armas y verla trabajar, y algunos incluso se ofrecían voluntarios para acarrear cal o sujetar andamios con la esperanza de presenciar una de sus visiones.

Marta, la abuela del valle, se había instalado en un rincón del patio con su labor de punto y una expresión de quien no piensa perderse el espectáculo por nada del mundo. Sus agujas de madera tintineaban con un ritmo hipnótico mientras sus ojos grises seguían cada movimiento de Sofía.

—Dice mi nieto que ha visto usted dentro de las piedras —le soltó cuando Sofía pasó cerca, camino de la torre del homenaje—. Como si fueran de cristal.

—No son transparentes —respondió Sofía, deteniéndose un momento—, pero puedo sentir lo que tienen dentro. Las grietas, las vetas, los minerales. La historia que guardan.

Marta asintió con la cabeza, sin dejar de tejer.

—En mi pueblo había una curandera que sentía dónde estaba el agua bajo tierra. La llamaban la Zahorí. Murió de vieja, como mi hermana.

—Pues ahora tienen otra —dijo Sofía, sonriendo—. Solo que, en lugar de agua, yo encuentro grietas.

Pasó el resto de la mañana recorriendo el castillo de punta a punta, tocando cada muro, cada torre, cada losa del suelo. Y cada piedra le contó su historia. La torre del homenaje, además de la grieta que ya conocía, mostraba una viga maestra que estaba cediendo por el peso excesivo del tejado; Sofía sintió la madera comprimida, las fibras a punto de quebrarse, y supo exactamente cuánto tiempo resistiría antes del colapso. La muralla norte, la que daba al mar, estaba siendo carcomida por el salitre, ese enemigo invisible que penetraba por unos poros microscópicos y cristalizaba en invierno, expandiendo las fisuras desde dentro como cuñas de hielo. El portón principal tenía los goznes tan desgastados que con diez impactos de ariete cedería, tal como había dicho en su primera reunión con los capitanes, pero ahora podía sentir exactamente en qué punto fallaría primero: el gozne superior derecho, que estaba a punto de desprenderse del marco de piedra.

A media tarde, Borin y ella tenían una lista de reparaciones urgentes que ocupaba tres pergaminos enteros, y el viejo cantero se rascaba la barba con la expresión de un hombre que acaba de descubrir que su casa está construida sobre arenas movedizas.

—Esto es más de lo que podemos hacer antes de que llegue la guerra —murmuró, repasando la lista con el dedo.

—Lo sé —respondió Sofía, sin apartar la vista del muro oeste—. Por eso vamos a priorizar. Primero, el drenaje del muro oeste, que es

lo más urgente. Luego, los goznes de la puerta principal, porque sin puerta no hay defensa posible. Luego, las vigas de la torre. El resto puede esperar o reforzarse con soluciones temporales.

Borin asintió, y en sus ojos brilló algo parecido a la admiración.

—Sabe, lady Sofía —dijo, enrollando los pergaminos con cuidado —, cuando llegó aquí hace unas semanas, pensé que era una damisela con ínfulas. Luego pensé que estaba loca, pero que sabía de cal y mortero. Ahora estoy empezando a pensar que es usted una especie de profeta de la construcción.

Sofía soltó una carcajada que resonó en el patio y sobresaltó a un par de palomas que dormitaban en las almenas.

—No soy profeta de nada, Borin. Solo soy una arquitecta que escucha lo que otros no pueden oír.

Pero lo más sorprendente no fueron las grietas ni las vetas. Fue lo que sintió al apoyar la mano sobre una losa anodina del patio de armas, cerca del pozo que habían reparado semanas atrás. Una losa gastada por cientos de pisadas, aparentemente igual a todas las demás.

La piedra le mostró una imagen de Kaelen.

No era un recuerdo del pasado, sino algo diferente: una impresión, una huella emocional, como si la esencia de Kaelen se hubiera impregnado en la roca al pasar por allí. Sofía sintió su determinación, su cansancio, su furia contenida bajo capas de disciplina militar. Vio un campamento militar bajo la lluvia, tiendas de lona empapadas, caballos relinchando en la noche, un fuego que ardía a duras penas bajo un saliente de roca. Vio a Kaelen inclinado sobre un mapa, con el ceño fruncido y una vela a punto de extinguirse. Lo sintió pensar en ella, el calor de su recuerdo en

medio del frío del campamento, la imagen de su rostro cruzándole la mente como un relámpago en la tormenta.

Abrió los ojos, con el corazón acelerado y un nudo en la garganta.

—¿Lady Sofía? —Lina estaba a su lado, con un cesto de vendas en las manos y el ceño fruncido por la preocupación—. ¿Otra vez las visiones? ¿Quiere que le traiga agua?

—No era una visión —respondió Sofía, todavía aturdida, con la voz temblorosa—. Era él. Kaelen. Está bien. Cansado, pero bien. Y... está pensando en mí.

Lina sonrió con esa expresión de quien ha visto demasiadas novelas románticas para sorprenderse.

—Eso es bueno, ¿no? Que piense en usted. Significa que no es la única que se pasa las noches en vela.

Sofía asintió, pero su mente seguía girando a toda velocidad. No solo podía sentir la historia de la piedra y sus fracturas, sino que también podía sentir a las personas que habían dejado su huella en ella. Las emociones, los pensamientos, la esencia misma de quienes habían amado, odiado, temido o deseado sobre aquellas losas. Y si podía sentir a Kaelen a tanta distancia... ¿qué más podría hacer? ¿Qué límites tenía aquel poder?

Esa noche, en la biblioteca de Thurmond —con el techo aún chamuscado como recordatorio del desastre del día anterior—, Sofía compartió sus descubrimientos con el anciano. La lluvia golpeteaba contra las vidrieras emplomadas, y el fuego de la chimenea proyectaba sombras danzantes sobre los lomos de los libros. Thurmond la escuchó en silencio, con las manos entrelazadas sobre el estómago y una expresión de profunda satisfacción que le recordó

a la de un maestro cuyo alumno favorito acaba de resolver un problema imposible.

—Es usted una maga de tierra —sentenció el anciano cuando ella terminó su relato—. Y de las más poderosas que he visto en mis setenta años. Lo que ha experimentado hoy se llama Lectura de la Memoria Pétrea. Es una habilidad extremadamente rara, casi legendaria. Permite al usuario acceder a la información almacenada en las rocas: su historia, su estructura, e incluso las huellas emocionales de quienes han estado en contacto con ellas. Los últimos registros de alguien con ese don datan de hace trescientos años.

Sofía se dejó caer en la silla, agotada como si hubiera corrido una maratón, pero también extrañamente plena, como si acabara de encontrar una pieza de sí misma que no sabía que había perdido.

—¿Y lo de sentir a Kaelen? Eso no es historia antigua. Eso es presente. Está vivo y está pensando en mí ahora mismo.

—Las emociones intensas dejan marcas profundas en la piedra —explicó Thurmond, sirviéndole otra taza de infusión humeante—. Kaelen ha pasado por ese patio miles de veces desde que era un niño. Su esencia está impregnada en cada losa, en cada muro, en cada rincón de esta fortaleza. Usted ha sintonizado con esa frecuencia, como un laúd que vibra cuando otro laúd cercano toca la misma nota.

Sofía bebió un sorbo de infusión, sintiendo cómo el calor le relajaba los músculos tensos de la espalda.

—¿Puedo entrenarlo? —preguntó, dejando la taza sobre la mesa —. ¿Controlarlo mejor? Porque si puedo usar esto para detectar enemigos, para saber por dónde van a atacar, para encontrar puntos débiles en sus formaciones...

—Paciencia —la interrumpió Thurmond, levantando una mano—. Ya ha progresado más en una semana que la mayoría de los magos en un año. No fuerce el don o las consecuencias podrían ser graves. Recuerde lo que pasó con la vela.

Sofía alzó la vista hacia el techo chamuscado y se mordió el labio.

—De acuerdo. Paciencia. Pero mañana quiero seguir practicando. Quiero aprender a leer la piedra sin que me deje agotada. Quiero saber si puedo sentir a mis enemigos como he sentido a Kaelen.

Thurmond sonrió, esa sonrisa de viejo sabio que tanto la irritaba y la reconfortaba a partes iguales.

—Lo haremos. Pero ahora, descanse. Ha sido un día largo.

Sofía se levantó para marcharse, pero algo la detuvo en el umbral de la puerta. Una pregunta que llevaba semanas rondándole la cabeza y que aún no se había atrevido a formular.

—Thurmond —dijo, sin volverse—. ¿Por qué yo? ¿Por qué vine a este mundo?

El silencio se alargó. El fuego crepitó en la chimenea. Cuando el anciano habló, su voz sonó más grave de lo habitual.

—Porque este mundo la necesitaba, lady Sofía. Y porque usted necesitaba este mundo, aunque aún no lo sepa.

Sofía regresó a sus habitaciones arrastrando los pies, con Gato siguiéndola como una sombra silenciosa. La pregunta de Thurmond seguía resonando en su cabeza mientras se desvestía y se metía en la cama. *Porque usted necesitaba este mundo.* ¿Era cierto? ¿Había algo en Valdoria que su vida en Madrid no podía darle?

Se dejó caer sobre el colchón de plumas sin molestarse en apagar la vela. El colgante de piedra brilló débilmente sobre su pecho, como un ascua diminuta.

—He sentido a Kaelen —murmuró en la oscuridad, acariciando la piedra con la yema del pulgar—. Está bien. Está pensando en mí.

Gato se enroscó a sus pies y emitió un ronroneo que sonaba extrañamente a *ya te lo dije, humana, confía en la piedra*.

Sofía cerró los ojos y, por primera vez en muchos días, sonrió antes de dormirse. Era una maga de tierra. Podía leer la memoria del mundo. Y aunque la guerra se acercaba, aunque el peligro era real y la muerte acechaba en cada esquina, por una vez se sintió poderosa. Útil. En su elemento.

Pero el sueño que la visitó aquella noche no fue como los otros.

Sofía caminaba descalza sobre un suelo de piedra negra, pulida como un espejo. A su alrededor, el paisaje era extraño y familiar al mismo tiempo: columnas de basalto que se alzaban hacia un cielo sin estrellas, ríos de magma que fluían lentamente entre las rocas, un calor profundo que no quemaba sino que acariciaba la piel como el abrazo de un viejo amigo. El aire olía a azufre y a hierro, a algo antiguo y mineral que llevaba eones esperando.

Supo que estaba soñando, pero era un sueño distinto. Más real que cualquier otro. Más real incluso que las visiones de la piedra.

—Has llegado.

La voz no venía de ninguna parte y venía de todas partes al mismo tiempo. Era una voz femenina, grave y cálida, que resonaba en el pecho de Sofía como un segundo latido. No se parecía a la mujer de los símbolos de las mazmorras, aquella figura espectral de

túnica blanca. Esta voz era más profunda, más antigua, más poderosa. Infinita.

—¿Quién eres? —preguntó Sofía, y su propia voz sonó diminuta en aquella inmensidad—. ¿Dónde estoy?

—Estás en el corazón de la piedra —respondió la voz—. En el lugar donde duerme lo que soy. Y lo que soy, tú lo serás.

El suelo tembló bajo sus pies. De las profundidades de la tierra surgió una figura, una forma que no era humana pero que Sofía pudo reconocer sin necesidad de ojos. Era inmensa, tan vasta como las montañas que rodeaban Roca Negra, tan antigua como el primer grano de arena que se posó sobre el primer lecho de roca. Su cuerpo era de piedra viva, surcado por venas de cuarzo que brillaban con una luz pulsante, y sus ojos eran dos géiseres de magma dorado.

Sofía sintió que las piernas le flaqueaban. No era miedo. Era reverencia. La misma sensación que debían de experimentar los antiguos al contemplar el mar por primera vez.

—Eres... —tartamudeó Sofía—. Eres lo que duerme bajo el castillo.

—Soy lo que duerme bajo todos los castillos —corrigió la figura—. Bajo todas las montañas. Bajo todos los océanos. Soy la Madre de la Piedra, el primer espíritu que habitó este mundo cuando aún era una bola de fuego y roca fundida. Soy la memoria de todo lo que ha sido y la base de todo lo que será.

Sofía tragó saliva. Algo en su interior, algo que había estado dormido desde su llegada a Valdoria, se removió y despertó.

—¿Por qué me trajiste aquí? ¿Por qué yo?

La Madre de la Piedra extendió una mano colosal. Uno de sus dedos, del tamaño de una torre, rozó la frente de Sofía con una delicadeza imposible.

—Porque tú eres la que escucha. La que comprende. En tu mundo, dedicaste tu vida a entender la piedra: cómo se coloca, cómo se desgasta, cómo se quiebra. La respetaste. La amaste, aunque no lo supieras. Y cuando la tierra tembló en tu ciudad y una piedra te golpeó la sien, yo estaba allí. Sentí tu muerte y vi la oportunidad.

—¿Oportunidad de qué? —preguntó Sofía, casi sin aliento.

—De salvarnos —respondió la Madre—. Este mundo está en peligro. La guerra que se avecina no es solo entre hombres. Hay fuerzas oscuras que buscan corromper los elementos, esclavizar a los espíritus, romper el equilibrio que sostiene la creación. Mi poder se desvanece. Llevo milenios dormida, olvidada, ignorada. Necesito a alguien que me despierte por completo. Alguien que pueda canalizar mi poder sin romperse. Alguien que ya ame la piedra.

Sofía sintió que el corazón le latía tan fuerte que podía oírlo retumbar en las paredes de basalto.

—Pero yo no soy una heroína. Soy una arquitecta. Arreglo edificios, no mundos.

—Los mundos también necesitan que los arreglen de vez en cuando —dijo la Madre, y su voz sonó curiosamente divertida—. Y tú, Sofía Navarro, eres la mejor arquitecta que he encontrado en trescientos años.

La figura comenzó a desvanecerse, como si la luz que la iluminaba se estuviera apagando lentamente. El magma de sus ojos se volvió ceniza, y las venas de cuarzo dejaron de brillar.

—Espera —gritó Sofía—. No te vayas. No me has dicho qué tengo que hacer. ¿Cómo te despierto? ¿Cómo canalizo tu poder?

—La piedra te lo dirá —respondió la voz, ya lejana—. Confía en ella. Confía en ti. Y cuando llegue el momento, el fuego y la tierra se unirán. Como debe ser.

—¿El fuego y la tierra? ¿Qué significa eso?

Pero la Madre de la Piedra ya se había ido, y el suelo bajo los pies de Sofía comenzó a resquebrajarse. La oscuridad la envolvió como un manto.

Despertó en su cama, jadeando, con el colgante ardiendo sobre su pecho como si acabara de salir de una fragua. Gato, a los pies de la cama, la miraba fijamente con sus ojos amarillos.

—Tú sabías algo, ¿verdad? —le preguntó Sofía, con la voz ronca —. Tú siempre sabes algo.

Gato parpadeó lentamente. Luego se lamió una pata.

—Inútil —murmuró Sofía, pero esta vez lo dijo con una sonrisa.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. La lluvia había cesado, y las primeras luces del alba teñían el horizonte de un rosa pálido. En algún lugar más allá de las colinas, Kaelen estaba luchando. En algún lugar bajo sus pies, la Madre de la Piedra estaba esperando. Y en algún lugar de su interior, un poder antiguo acababa de despertar.

Sofía apretó el colgante contra su pecho y sintió, por primera vez, que estaba exactamente donde debía estar.

—Soy una maga de tierra —dijo en voz alta, como si necesitara oírlo para creerlo—. Soy la que despierta. Y voy a salvar este puto castillo, esta puta guerra, y a ese puto hombre que no sabe decir lo que siente.

Gato ronroneó aprobadoramente desde la cama.

Y en el patio de armas, la losa donde Sofía había apoyado la mano el día anterior brilló débilmente durante un instante, antes de volver a ser una losa anodina y gris. Pero algo había cambiado en ella. Algo que solo la piedra sabía.

CAPÍTULO 16: EL PRIMER ATAQUE

Tres semanas sin Kaelen empezaban a notarse en todos los rincones del castillo. No solo en la cama vacía y fría que Sofía seguía sin acostumbrarse a ocupar sola, sino en los detalles más insignificantes: las raciones se habían reducido a dos tercios, los soldados bostezaban en las guardias dobles, y hasta Gato había perdido el interés en perseguir las ratas del granero, quizás porque las ratas, sabiamente, habían emigrado a territorios mejor abastecidos.

Sofía, sin embargo, estaba extrañamente satisfecha. Las obras avanzaban a buen ritmo, el drenaje del muro oeste funcionaba mejor de lo esperado, y aquella mañana incluso había logrado desayunar sin que nadie la interrumpiera con una emergencia. Se había sentado en un rincón de la cocina con un tazón de gachas y un trozo de pan moreno, y había disfrutado de cinco minutos completos de silencio antes de que Lina apareciera con un pergamino en la mano y cara de circunstancias.

—Señora, ha llegado otro mensaje del frente —anunció la doncella, tendiéndole el pergamino enrollado con un cordel de cuero —. Lo ha traído un jinete esta mañana. Dice que viene de parte del señor Kaelen.

Sofía dejó el pan sobre la mesa y desenrolló el pergamino con dedos ligeramente temblorosos. La letra de Kaelen era tan escueta como siempre, pero cada trazo le resultaba dolorosamente familiar.

Sofía. Caspian ha enviado una compañía de mercenarios hacia Roca Negra. Calculo que llegarán en dos o tres días. Son unos cincuenta. No intentes resistir por la fuerza. Cierra las puertas y espera mi regreso. K.

El corazón de Sofía dio un vuelco. Leyó el mensaje dos veces, tres, y luego lo dejó caer sobre la mesa con una expresión que hizo que Lina diera un paso atrás.

—¿Mercenarios? —preguntó la doncella, nerviosa—. ¿Van a atacar el castillo?

—Eso parece —respondió Sofía, levantándose—. Pero Kaelen dice que no intente resistir por la fuerza. Como si yo fuera a salir a recibirlos con una espada.

—¿Y qué va a hacer, señora?

Sofía se quedó un momento en silencio, mirando el pergamino como si pudiera encontrar una respuesta oculta entre las líneas. Luego esbozó una sonrisa que a Lina le pareció peligrosamente parecida a la que ponía Gato antes de tirar un vaso de la mesa.

—Voy a hacer lo que sé hacer. Arreglar las cosas. Y para arreglar este problema, necesito hablar con Borin y con Jorund. Y con la piedra.

Media hora después, Sofía estaba en la sala del consejo con un mapa desplegado sobre la mesa y tres capitanes mirándola con expresiones que oscilaban entre el escepticismo y la curiosidad morbosa. Jorund, el gigante calvo, se rascaba la barba trenzada. Aldric, como siempre, se sentaba en un rincón con la espalda recta y las manos entrelazadas. Y Varn, el capitán de la guardia nocturna, apoyaba los codos en la mesa con una ceja enarcada.

—Cincuenta mercenarios no son muchos —dijo Jorund, golpeando el mapa con un dedo—. Pero si vienen bien armados y conocen el terreno, pueden hacernos daño. Sobretodo si nos pillan con las puertas abiertas.

—No van a pillarnos con las puertas abiertas —respondió Sofía, señalando el camino de acceso al castillo—. Mirad esto. El único acceso por tierra es este desfiladero estrecho que sube desde el valle. Si conseguimos bloquearlo, no podrán llegar a la puerta principal con arietes ni con escalas. Y si no tienen arietes ni escalas, no pueden tomar el castillo. Es matemática básica.

—Bloquearlo, ¿cómo? —preguntó Varn—. ¿Con una barricada?

—Con un derrumbe.

Los tres capitanes intercambiaron miradas. Jorund fue el primero en hablar.

—¿Un derrumbe de qué?

—De las rocas del acantilado. Hay un saliente inestable justo encima del desfiladero. Si provocamos un desprendimiento controlado, los escombros bloquearán el paso durante días.

—Eso es imposible —protestó Jorund—. Para provocar un derrumbe necesitaríamos colocar cargas de pólvora, y no tenemos suficiente.

Sofía apoyó las manos en la mesa y los miró a los tres.

—No necesito pólvora. Necesito que Borin y sus hombres coloquen unas cuñas de madera en puntos estratégicos del saliente, siguiendo mis instrucciones. Del resto me encargo yo.

—¿Usted? —preguntó Aldric, con su habitual timidez—. ¿Cómo?

—Digamos que la piedra y yo hemos llegado a un acuerdo —respondió Sofía, con una sonrisa enigmática—. Ella me cuenta sus secretos. Yo le pido favores.

Jorund la miró como si acabara de anunciar que pensaba derrotar a los mercenarios a base de recitarles poesía medieval. Pero Varn, que había presenciado varias de sus «conversaciones» con los muros del castillo, asintió lentamente.

—Déjenla intentarlo —dijo—. Peor que un ataque de cincuenta mercenarios no puede ser.

—Gracias por el voto de confianza, Varn —murmuró Sofía—. Me emociona tu fe en mí.

Esa tarde, mientras Borin y sus hombres colocaban las cuñas siguiendo las indicaciones precisas de Sofía, ella se apartó del grupo y se sentó en una roca al borde del acantilado. Cerró los ojos y apoyó las palmas sobre la piedra, sintiendo el pulso de la tierra bajo sus dedos. Ya no necesitaba esforzarse para oírla; era como sintonizar una emisora de radio que antes solo captaba con interferencias y ahora sonaba nítida y clara.

La que despierta, susurró la piedra, con esa voz antigua y cálida que ya reconocía. *Has vuelto.*

—Necesito tu ayuda —murmuró Sofía, sin abrir los ojos—. Hay hombres malos que quieren atacar mi castillo. Necesito que el saliente del acantilado se derrumbe cuando yo te lo diga. Justo cuando los mercenarios estén debajo. Sin matarlos, si es posible. Solo quiero asustarlos.

Sí, acababa de decir que era su castillo y no se arrepentía ni un poquito.

La piedra pareció meditar la petición. Sofía sintió una vibración que le recorrió los brazos, como si la roca estuviera riendo por lo bajo. *Eres curiosa, arquitecta. Pides un derrumbe sin sangre. La mayoría pediría lo contrario.*

—Soy una persona curiosa —admitió Sofía—. Y no me gusta matar. Prefiero arreglar cosas.

Haré lo que pides. Pero tendrás que guiarme. Tu voluntad es mi voluntad, y mi fuerza es tu fuerza. Solo tienes que decirlo.

Sofía abrió los ojos y miró el saliente rocoso que colgaba sobre el desfiladero. Por un instante, vio lo que veía la piedra: las líneas de fractura que atravesaban la roca, los puntos débiles donde las cuñas de Borin ejercerían la presión justa, el momento exacto en que todo cedería. Era tan claro como un plano de demolición.

—Voy a decirlo —susurró—. Y va a ser espectacular.

Esa noche, Sofía soñó con el ataque.

No fue un sueño normal, de esos confusos y fragmentados. Fue una visión, nítida y detallada, como las que le concedía la piedra cuando tocaba los muros del castillo. Vio a los mercenarios avanzando por el desfiladero al amanecer, con sus armaduras de cuero gastado y sus espadas oxidadas. Vio sus rostros: hombres duros, mercenarios de fortuna, que no luchaban por lealtad sino por dinero. Contó mentalmente: cuarenta y siete. Cuarenta y siete hombres armados que no esperaban encontrar resistencia.

Vio el momento exacto en que el primer hombre pisaría la zona del derrumbe. Vio la roca cediendo, el polvo elevándose, el pánico

en sus ojos. Vio que no moría nadie, solo heridos leves, magulladuras y mucho susto. Y vio a los mercenarios retrocediendo, maldiciendo, convencidos de que el castillo estaba maldito.

Se despertó con una certeza absoluta. Sabía exactamente cuándo y cómo atacarían. Y sabía que podía detenerlos.

—Gato —dijo en la oscuridad—. Mañana va a ser un día interesante.

El animal, enroscado a sus pies, ronroneó sin abrir los ojos.

El ataque llegó, tal como Sofía había visto en su visión, al amanecer del día siguiente. El sol apenas asomaba tras las montañas cuando el vigía de la torre más alta gritó: «¡Se divisan hombres armados en el desfiladero! ¡Son al menos cuarenta!»

Sofía ya estaba despierta. Llevaba una hora en la muralla, envuelta en una manta de lana, con Gato a sus pies y una taza de infusión fría en las manos. Junto a ella, Jorund ajustaba su hacha con una expresión de concentración absoluta, y Aldric, visiblemente nervioso, no dejaba de cambiar el peso de un pie a otro como si estuviera bailando una danza incómoda.

—¿Está segura de esto? —preguntó Jorund por quinta vez.

—Estoy segura —respondió Sofía por quinta vez—. El derrumbe se activará cuando yo lo diga. Y lo diré exactamente en el momento adecuado.

—¿Y cómo sabe cuál es el momento adecuado?

—Porque lo he visto.

Jorund la miró de reojo. No preguntó más. Desde que Sofía había predicho con exactitud milimétrica tres grietas y un problema de drenaje que nadie más había detectado, los capitanes habían aprendido a no cuestionar sus «visiones». O, al menos, a no cuestionarlas en voz alta.

Los mercenarios avanzaban por el desfiladero en una columna desordenada. Sofía los observó desde la muralla con una mezcla de fascinación y desapego profesional. No eran soldados disciplinados. Eran hombres contratados por un usurpador, probablemente con la promesa de un botín que nunca verían. Sus armaduras estaban gastadas, sus armas mal afiladas. Algunos incluso reían y bromeaban mientras caminaban, como si tomar un castillo defendido por una mujer y un puñado de soldados fuera un paseo por el campo.

Uno de ellos, un tipo corpulento con una cicatriz en la ceja, se detuvo a beber de una bota de cuero. Sofía entrecerró los ojos. Aquel hombre no era el capitán, pero algo en su actitud le dijo que era el líder. Lideraba sin insignias, sin autoridad visible; lideraba porque los demás le seguían. Era el hombre al que tenía que apuntar con su «discurso».

—Son más de los que esperaba —murmuró Aldric, pálido como la cal.

—Son cuarenta y siete —respondió Sofía, sin apartar la vista del desfiladero—. Yo esperaba cincuenta. Han venido tres menos.

—¿Cómo sabe...?

—Ya te lo he dicho, Aldric. Lo he visto.

El muchacho tragó saliva y asintió, aunque sus manos seguían temblándole sobre la empuñadura de la espada.

Los mercenarios llegaron al punto exacto. Sofía lo reconoció por la roca con forma de seta que había memorizado en su visión, por la curva del camino, por la forma en que el sol incidía sobre la pared del acantilado. Era el momento. Cerró los ojos y apoyó las manos en la piedra de la muralla.

—Ahora —susurró.

La tierra rugió.

No fue un estruendo ensordecedor, sino un bramido profundo, como el de un animal despertando de un largo sueño. El saliente rocoso se desprendió del acantilado con una lentitud majestuosa, como si la piedra estuviera tomándose su tiempo para asegurarse de que todo saliera según lo planeado. Toneladas de roca cayeron sobre el desfiladero con una precisión quirúrgica, bloqueando el paso justo delante de la vanguardia mercenaria y justo detrás de la retaguardia. Los hombres quedaron atrapados en un tramo de camino de apenas veinte metros, rodeados de escombros por delante y por detrás, pero sin que una sola piedra les cayera encima.

El silencio que siguió fue tan absoluto que se oyó el canto de un pájaro en el valle. Luego, un mercenario soltó un grito de pánico. Otro se tiró al suelo. Varios maldijeron en un idioma que Sofía no reconoció pero que sonaba muy ofensivo.

—Por todos los dioses —murmuró Jorund, con los ojos como platos—. Lo ha conseguido.

—Ya te lo dije —respondió Sofía, abriendo los ojos—. La piedra y yo somos amigas.

Aldric se asomó a la muralla, incrédulo. «No hay ni un solo muerto. Están todos vivos, solo que... atrapados. Como ratones en una ratonera.»

Varn soltó una carcajada que resonó en todo el patio de armas. «¡Habéis visto la cara del grandullón! ¡Parece que se ha meado encima!»

Sofía se incorporó y se sacudió el polvo de la túnica con una calma que no sentía del todo. Luego se volvió hacia Jorund.

—Ahora, capitán, creo que es el momento de parlamentar. Saque a dos hombres con bandera blanca y dígales a esos mercenarios que tienen dos opciones: rendirse y entregar las armas, o quedarse ahí atrapados hasta que se mueran de hambre.

—¿Y si no se rinden? —preguntó Jorund.

—Entonces les diremos que la bruja del castillo puede hacer que el derrumbe les caiga encima la próxima vez. Y no creo que quieran comprobarlo.

Jorund la miró un largo momento. Luego soltó una risa ronca y se fue a cumplir las órdenes.

El parlamento fue breve. Los mercenarios, todavía conmocionados por el derrumbe y visiblemente impresionados por la «bruja» que lo había provocado, aceptaron rendirse sin condiciones. Depositaron las armas en un montón a la entrada del desfiladero y se dejaron escoltar hasta las mazmorras del castillo, donde pasarían el resto de la guerra a pan y agua. Algunos, de hecho, parecían aliviados de no tener que seguir luchando para un usurpador que probablemente les había pagado la mitad de lo prometido.

Sofía los observó desfilar desde la torre del homenaje, con Gato en brazos y una taza de infusión caliente en la mano. Se sentía extrañamente tranquila. No había sido una batalla, sino una operación quirúrgica. Nadie había muerto. El castillo estaba a salvo.

Y ella acababa de descubrir que su poder no solo servía para encontrar grietas en las paredes.

—Has estado brillante —dijo una voz a sus espaldas.

Sofía se giró. Thurmond había subido a la torre sin hacer ruido, envuelto en su túnica de bibliotecario y con una sonrisa de satisfacción que le iluminaba el rostro arrugado.

—Solo he seguido tus consejos —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Tú dijiste que la tierra era mi elemento. Yo solo la he escuchado.

—La has escuchado, la has guiado y has conseguido que obedeciera tu voluntad sin causar una sola muerte —Thurmond se apoyó en su bastón y la miró con orgullo—. Eso, lady Sofía, es algo que muy pocos magos pueden hacer. Incluido Kaelen.

Sofía sonrió y bebió un sorbo de infusión.

—¿Crees que él estaría orgulloso?

—Estoy seguro de que sí. Aunque probablemente no sabrá cómo decírtelo.

—Me conformo con que no me llame herramienta.

Thurmond soltó una risita seca y se alejó hacia la escalera, dejándola sola en la torre. Sofía se quedó un rato más, mirando el horizonte. En algún lugar más allá de las montañas, Kaelen seguía luchando. Pero ahora sabía que podía ayudarlo. Que no era una damisela en apuros esperando a que su señor volviera.

Era una maga de tierra. La que despertaba. Y si algo había aprendido aquel día, era que despertar no significaba solo tener

poder: significaba saber usarlo.

—Gato —dijo, rascando la cabeza del animal—. Creo que voy a cenar doble ración esta noche. Me lo he ganado.

Gato maulló, como diciendo *tú duplica lo que quieras, pero no te olvides de mi parte*. Sofía rio y bajó de la torre con el alma más ligera de lo que la había tenido en semanas.

Esa noche, en la biblioteca, Thurmond anotó en su diario personal:

Hoy, la transmigrante ha provocado su primer derrumbe controlado. Cero bajas. Máxima eficacia. Si esto sigue así, los dioses tendrán que buscarse otro empleo.

CAPÍTULO 17: EL REGRESO DEL LORD

El vigía de la torre más alta divisó la columna cuando el sol estaba en su cenit, y su grito resonó por todo el castillo como un trueno en mitad de la siesta.

—¡El señor Kaelen! ¡Se acerca el señor Kaelen!

Sofía, que estaba supervisando la instalación de los nuevos goznes en la puerta principal, sintió que el corazón le daba un vuelco tan violento que temió haberse tragado la lengua. Dejó caer el cincel que sostenía, con tan mala suerte que casi le aplasta un dedo a Borin y salió corriendo hacia la muralla sin molestarse en limpiarse el polvo de la cara ni en recolocarse el corpiño, que llevaba torcido desde la hora del desayuno.

Gato, naturalmente, llegó antes que ella y se instaló en el centro del patio de armas con la pose de un general esperando a sus tropas.

Desde lo alto de la muralla, Sofía distinguió la columna. Eran apenas una treintena de hombres, cansados, sucios, con las armaduras abolladas y los caballos al borde de la extenuación. Al frente cabalgaba Kaelen, con el brazo izquierdo en cabestrillo, la mejilla cruzada por un corte reciente y una expresión tan avinagrada que parecía que acabara de morder un limón en mal estado. Traía el ceño fruncido, la espalda rígida y esa aura de tormenta inminente

que Sofía había aprendido a reconocer como su estado de ánimo por defecto.

—Viene de mal humor —murmuró Aldric, que se había acercado con su habitual sigilo nervioso.

—Siempre viene de mal humor —respondió Sofía, sin apartar la vista de Kaelen—. Si algún día vuelve sonriendo, será porque algo va muy mal.

—¿O porque la ha visto a usted? —aventuró Lina, que había subido a la muralla con un cesto de vendas y una sonrisa de alcahueta profesional.

Sofía le lanzó una mirada que pretendía ser fulminante pero que probablemente pareció agradecida.

Kaelen atravesó la puerta principal, la misma que Sofía había reforzado con goznes nuevos y un sistema de trancas dobles y desmontó con movimientos rígidos, propios de un hombre que llevaba demasiadas horas a caballo y demasiadas noches sin dormir. Sus ojos grises recorrieron el patio de armas con una expresión que fue cambiando lentamente: primero fue incredulidad, luego confusión, y finalmente algo que se parecía peligrosamente al asombro.

Esperaba encontrar su castillo sitiado, sus murallas agrietadas y a su esposa escondida en sus aposentos, llorando como hacía la auténtica Elara. Lo que encontró fue otra cosa.

Vio las murallas reforzadas, con contrafuertes nuevos que desafiaban las leyes de la gravedad. Vio las trincheras excavadas en zigzag, copiadas de un documental sobre la Primera Guerra Mundial que Sofía había visto una noche de insomnio. Vio el portón con goznes relucientes y un nuevo rastrillo de hierro forjado por los

herreros del castillo bajo supervisión directa de Borin. Vio el pozo restaurado, rebosante de agua cristalina. Vio a los soldados formando en orden, bien alimentados y descansados, con las armaduras reparadas y las armas afiladas. Y olió pan recién horneado saliendo de las cocinas.

Parpadeó. Una vez. Dos veces. Luego se volvió hacia Dain, que desmontaba a su lado con la mano vendada y una expresión de incredulidad idéntica.

—Dain —dijo Kaelen, con voz peligrosamente calmada—. ¿Este es mi castillo?

—Eso parece, mi lord —respondió Dain, rascándose la cabeza con la mano sana—. Aunque no recuerdo que tuviera tantas... cosas.

Sofía se acercó con Gato en brazos, el delantal manchado de cal, el pelo recogido en un moño improvisado que se deshacía por momentos y una tablilla de arcilla en la mano donde había estado anotando el inventario de provisiones. Sonreía, pero era una sonrisa profesional, de quien va a presentar un informe de resultados.

—Bienvenido a casa, Kaelen —dijo, deteniéndose a un par de pasos—. Llegas justo a tiempo para la cena. Hoy tenemos estofado de conejo.

Kaelen la miró fijamente. Sus ojos recorrieron el rostro de Sofía, su delantal sucio, la tablilla en la mano, el gato en brazos. Abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla.

—Esperaba encontrarte llorando en tus aposentos —dijo al fin, con esa voz grave y rasposa que Sofía había echado tanto de menos.

—Pues siento decepcionarte —respondió ella, encogiéndose de hombros—. He estado muy ocupada. ¿Quieres el informe de obras ahora o prefieres ducharte primero?

—¿Informe de obras?

—Hecho. Con gráficos. Bueno, con dibujos. No esperes un Excel.

Kaelen la miró como si acabara de hablarle en chino. Se pasó la mano sana por la cara, en un gesto de agotamiento absoluto.

—He cabalgado tres días sin parar —dijo—. Tengo dos costillas fisuradas, un corte en el brazo y una deuda de sueño que podría matar a un caballo. Y lo primero que haces al verme es ofrecerme un informe.

Sofía asintió con gravedad fingida.

—Soy una esposa muy eficiente.

Dain soltó una carcajada que intentó disimular tosiendo, pero el gesto le provocó una punzada en la mano herida y la carcajada se transformó en una maldición ahogada. Jorund, que había salido al patio con los otros capitanes, se cruzó de brazos y sonrió como quien presencia un espectáculo largamente esperado. Aldric se tapó la boca con la mano. Varn se apoyó en la muralla, claramente divertido. Hasta Marta, la abuela del valle, se había asomado a la puerta de la cocina con su labor de punto y una expresión de quien no piensa perderse ni un segundo de aquella conversación.

Kaelen, ignorando a su audiencia, dio un paso hacia Sofía. Estaban tan cerca que ella podía oler el cuero gastado de su armadura y el humo de las fogatas de campaña.

—El castillo está más fuerte que cuando me fui —dijo, en un tono que no era exactamente una pregunta.

—Sí —confirmó Sofía.

—Las murallas tienen contrafuertes nuevos.

—Dos en el muro oeste y uno en el norte. El del norte lo diseñé yo. El del oeste lo diseñó Borin, pero yo le corregí el ángulo.

—El portón tiene goznes nuevos.

—Y trancas dobles. Y un rastrillo de hierro forjado. Los herreros han trabajado a turnos durante una semana.

—El pozo funciona.

—Como un reloj suizo. Bueno, como un reloj de sol. No tenemos relojes suizos aquí.

—Y hay pan recién horneado.

—Marta se ha encargado de la cocina. Es una tirana con la levadura, pero los resultados hablan por sí solos.

Kaelen se quedó en silencio. Sus ojos grises seguían recorriendo el castillo, como si no terminara de creerse lo que veía. Sofía aprovechó para estudiarlo a él: el corte de la mejilla era superficial, pero el brazo en cabestrillo le preocupaba más. La postura rígida delataba dolor. Y las ojeras que le ensombrecían el rostro sugerían que no había dormido más de cuatro horas seguidas en todo el mes.

—Estás herido —dijo ella, abandonando por fin el tono profesional —. Y tienes cara de no haber dormido en un año.

—He dormido —respondió Kaelen, a la defensiva.

—¿Cuánto?

—...Unas horas.

—Mentira.

—Dos horas. Tres, como mucho.

—Eso no es dormir, Kaelen. Eso es una siesta mal echada.

Dain carraspeó a sus espaldas, con la delicadeza de un elefante en una cacharrería. A Sofía le encantó saber que empezaba a caerle bien al grandullón. Era un alivio.

—Mi lord, si me permite... la lady tiene razón. Lleva tres días sin pegar ojo. Y gruñe más de lo normal.

Kaelen contestó con un gruñido.

—Yo no gruño —gruñó Kaelen.

—Claro que no, mi lord —respondió Dain, con una sonrisa que desmentía sus palabras.

Sofía le tendió la tablilla a Lina, que la recogió con la eficiencia de una secretaria de dirección, y dejó a Gato en el suelo. Luego, sin importarle quién miraba, se acercó a Kaelen y le apoyó la mano sana en el pecho, justo sobre la armadura.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo, bajando la voz—. Y no pienso llorar. Así que no esperes lágrimas.

—No esperaba lágrimas —respondió Kaelen, con una voz extrañamente ronca—. Ya sé que no eres de las que lloran.

—Soy de las que arreglan cosas. Y ahora te voy a arreglar a ti. Vas a ir a tus aposentos, te voy a curar esas heridas, vas a cenar estofado de conejo y luego vas a dormir doce horas seguidas. Órdenes de tu esposa.

Kaelen enarcó una ceja.

—¿Órdenes?— Sofía asintió con firmeza. —Órdenes. Soy la dama del castillo. Pregúntale a Jorund si no. Me llaman 'la mandona'.

Jorund, desde el otro lado del patio, levantó el pulgar en señal de confirmación.

—Es verdad. Manda mucho. Y bien, además.

Kaelen miró a Jorund, luego a Sofía, luego otra vez a Jorund. El guerrero calvo le devolvió la mirada con total naturalidad, como si obedecer a una mujer que hablaba con las piedras fuera lo más sensato del mundo. La barba trenzada le tembló ligeramente con una sonrisa contenida.

—Está bien —cedió Kaelen—. Iré a mis aposentos. Pero el informe de obras lo quiero después de cenar.

—Trato hecho —dijo Sofía.

Subieron juntos por las escaleras de la torre del homenaje, seguidos a una distancia prudencial por Lina, que cargaba con vendas, ungüentos y una sonrisa tan ancha que parecía a punto de partírsele la cara. Gato, naturalmente, se había adelantado y ya esperaba en el umbral de la puerta con la actitud de un guardián que concede permiso para entrar.

Los aposentos de Kaelen estaban tal como él los había dejado: espartanos, ordenados, con los mapas enrollados en un rincón y la espada de repuesto colgada en la pared. Pero alguien —Sofía sospechaba que Lina— había puesto flores frescas en un jarrón de barro sobre la mesa.

—Hay flores —dijo Kaelen, deteniéndose en seco—. En mi habitación. Hay flores en mi habitación.

—Son margaritas —respondió Sofía, cerrando la puerta—. Las trajo Marta del valle antes del ataque. Dijo que alegraban el ambiente y que un castillo sin flores era un castillo triste.

—Marta. La abuela del valle.

—La misma. Ahora dirige la cocina y ha organizado a las mujeres en turnos de costura. Hemos confeccionado cuarenta vendas, doce mantas y un tapiz que representa la batalla del paso del norte. Todavía no hemos decidido qué hacer con el tapiz, pero es muy bonito.

Kaelen se dejó caer en una silla, con una mezcla de agotamiento y fascinación.

—He estado fuera un mes —murmuró—. Un mes. Y en ese tiempo has convertido mi fortaleza en una ciudadela inexpugnable, has capturado a cuarenta y siete mercenarios sin derramar ni una gota de sangre, has puesto a una anciana al mando de las cocinas y has hecho un tapiz conmemorativo. ¿Se te ha olvidado algo?

Sofía fingió pensarlo.

—Ah, sí. He aprendido a leer la memoria de la piedra y he tenido una visión con la Madre de la Tierra, que por cierto es un espíritu

milenario que duerme bajo el castillo y que al parecer soy la elegida para despertarla. Pero eso es un detalle menor.

Kaelen la miró fijamente. Luego, para sorpresa de Sofía, soltó una carcajada. Era una risa cansada, ronca, imperfecta, pero auténtica. Sofía sintió que el corazón se le calentaba como si acabara de beber un sorbo de chocolate caliente en pleno invierno.

—Eres increíble —dijo él, negando con la cabeza—. ¿Lo sabes?

—Me lo dicen a menudo —respondió Sofía, sirviéndole una copa de vino—. Bueno, no a menudo. Pero me lo he dicho a mí misma varias veces.

Kaelen bebió un sorbo de vino y la miró por encima del borde de la copa. Sus ojos grises, cansados pero intensos, la recorrieron de arriba abajo. Ya no era la mirada de evaluación que le había dirigido el primer día, cuando la veía como un mueble heredado. Era otra cosa. Más cálida. Más profunda.

—Sabes —dijo él, dejando la copa sobre la mesa—, la Elara que conocí hace dos meses no habría hecho nada de esto.

Sofía sintió un vuelco en el estómago. Era la primera vez que Kaelen mencionaba a la auténtica Elara desde aquella noche en que ella le había confesado la verdad.

—No —respondió ella, bajando la voz—. La Elara que conociste no habría hecho nada de esto. Se habría escondido en sus aposentos. Habría llorado.

—Se habría muerto de miedo —añadió él—. Y yo habría llegado hoy y me habría encontrado un castillo en ruinas.

—O peor. Un castillo tomado por Caspian.

Se produjo un silencio espeso, de esos que pesan como una manta de lana mojada. Kaelen se puso de pie, lentamente, ignorando el dolor del brazo. Dio un paso hacia ella. Luego otro. Hasta que estuvieron tan cerca que Sofía podía sentir el calor de su cuerpo y el latido de su corazón bajo la armadura.

—No eres Elara —dijo Kaelen, con esa voz grave que a Sofía le provocaba cosquillas en la nuca—. Nunca lo fuiste.

—No —admitió ella, sin apartar la mirada—. Nunca lo fui.

—Y sin embargo —continuó Kaelen, alzando la mano sana para apartarle un mechón de pelo de la mejilla—, eres la mejor esposa que podría haberme traído el destino. O la transmigración. O lo que sea que te trajo aquí.

Sofía sintió que las mejillas le ardían. Aquel hombre que no sabía expresar lo que sentía acababa de soltarle algo muy parecido a una declaración de amor. En su lenguaje, claro. Un lenguaje de pocas palabras y muchas cicatrices.

—Eso ha sido casi bonito —murmuró Sofía.

—No me acostumbro a las palabras bonitas —respondió Kaelen.

—Ya me he dado cuenta —dijo ella, y se puso de puntillas.

El beso fue diferente al de la noche de la despedida. Aquel había sido hambriento, urgente, cargado de miedo y de incertidumbre. Este era firme, sólido, como si los dos supieran que ya no había vuelta atrás. Como si sellaran un pacto. Kaelen la sujetó por la cintura con la mano sana y la atrajo hacia él con una fuerza que desmentía su agotamiento. Sofía le rodeó el cuello con los brazos, con cuidado de no tocarle el hombro herido, y se dejó besar hasta que los pulmones le pidieron aire.

Cuando se separaron, jadeando, Kaelen apoyó la frente contra la de ella. Olía a vino, a cuero gastado y a algo que Sofía identificó como jabón de sosa vegetal.

—Me alegro de que seas Sofía —susurró él—. Me alegro de que no seas Elara.

—Yo también —respondió ella—. Elara habría sido una esposa terrible para ti.

—Y tú eres... —Kaelen dudó—. No tengo palabras.

—¿Ves? Ya estás aprendiendo a decir cosas bonitas. «No tengo palabras» es mucho mejor que «herramienta».

Kaelen sonrió. Era una sonrisa pequeña, casi invisible, pero Sofía la cazó al vuelo y la guardó en un rincón de su memoria como un tesoro.

—Vas a tener que hacer ese informe de obras —dijo él, besándole la frente—. Pero luego, cuando terminemos con la guerra, te llevaré a algún sitio donde no haya piedras que reparar.

—¿A algún sitio con playa?

—No sé qué es una playa.

—Es como un acantilado, pero con arena en lugar de rocas.

—Entonces sí. A una playa.

Sofía sonrió, se apartó un mechón de pelo de la cara y se dirigió a la puerta con paso decidido.

—Ahora descansa. Yo voy a por el informe y el estofado. Vuelvo en diez minutos.

—Sofía —la llamó Kaelen cuando ya tenía la mano en el picaporte.

—¿Sí?

—Gracias. Por no rendirte.

Sofía le dedicó una última sonrisa antes de salir. En el pasillo, Lina fingía estar muy ocupada revisando el cesto de vendas, pero el rubor de sus mejillas delataba que había escuchado hasta la última palabra. Gato, naturalmente, la había acompañado en el espionaje y la miraba con sus ojos amarillos llenos de sabiduría ancestral.

—Ni una palabra, Lina —advirtió Sofía.

—Yo no he dicho nada, señora.

—Ni tú, Gato.

Gato parpadeó lentamente. Su expresión decía claramente: *yo nunca digo nada, humana, pero me entero de todo*.

Sofía bajó las escaleras con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja y el corazón más ligero de lo que lo había tenido en todo el mes. Fuera, los soldados vitoreaban y alguien —probablemente Aldric— había empezado a cantar una canción de bienvenida bastante desafinada. Marta batía palmas en la cocina. Borin descorchaba una barrica de vino. El castillo de Roca Negra, por primera vez en semanas, estaba de celebración.

Y arriba, en sus aposentos, Kaelen se quedó mirando las margaritas del jarrón con una expresión que, si alguien la hubiera

visto, habría descrito como la de un hombre que acaba de descubrir que la vida, a veces, da segundas oportunidades.

CAPÍTULO 18: CONVERSACIONES DE MEDIANOCHE

Sofía regresó a los aposentos de Kaelen diez minutos después. Necesitaba estar al lado de Kaelen, pero jamás lo confesaría. Solo regresó, cargando una bandeja con estofado de conejo, pan moreno, una jarra de vino aguado y suficientes vendas limpias como para vendar a un regimiento entero. Lina la había ayudado a reunir los suministros, pero se había quedado prudentemente al pie de la escalera con la excusa de que tenía que ayudar a Marta con la cena de los soldados. La excusa era tan transparente como el agua del pozo recién reparado, pero Sofía se la aceptó sin rechistar.

Gato, por supuesto, no se había quedado al pie de ninguna escalera. El animal entró en la habitación pegado a los talones de Sofía, se subió a la mesa de un salto que desmentía su tamaño y se instaló sobre el mapa de las defensas del norte con la precisión de quien sabe exactamente dónde va a molestar más.

—Ese gato —dijo Kaelen desde la cama, donde se había sentado para quitarse la armadura con ayuda de Dain antes de que Sofía volviera— es un demonio.

—Es un gato —corrigió Sofía, dejando la bandeja sobre la mesa y apartando al felino con un gesto experto—. Todos los gatos son demonios. Es su estado natural.

Gato emitió un maullido de protesta que sonaba sospechosamente a «retira eso inmediatamente, humana, o me veré obligado a vomitar en tus zapatos». Sofía lo ignoró con la misma determinación con que ignoraba los comentarios de Jorund sobre la inclinación de los contrafuertes.

Kaelen se había quedado en camisola, una prenda de lino basto que le llegaba hasta medio muslo y que estaba manchada de sudor, barro y sangre seca. El brazo izquierdo seguía en cabestrillo, pero se lo había aflojado para poder moverse con más libertad. A la luz de las velas, Sofía pudo ver con claridad el alcance de sus heridas: el corte de la mejilla era superficial, apenas un arañazo, pero en el antebrazo derecho tenía una brecha larga y poco profunda que aún supuraba; en el costado izquierdo, justo debajo de las costillas, un hematoma del tamaño de un puño se extendía como un mapa de tinta morada; y en los nudillos de la mano derecha, la piel estaba tan agrietada que parecía el lecho seco de un río.

—Pareces un cuadro abstracto —dijo Sofía, acercando una silla a la cama—. De esos que cuelgan en los museos modernos y que nadie entiende pero todos aplauden.

—No sé qué es un museo —respondió Kaelen, con esa mezcla de curiosidad y fastidio que ponía siempre que Sofía mencionaba conceptos de su mundo—, pero asumo que me estás llamando desastre.

—Te estoy llamando desastre con cariño. Hay una diferencia.

Sofía se remangó las mangas del vestido, un gesto que a Kaelen le pareció inexplicablemente fascinante, y empezó a extender los ungüentos sobre la mesa. El primero era una pasta verdosa que olía a hierbabuena y a algo amargo que Sofía no supo identificar; según la etiqueta escrita por Thurmond, servía para prevenir infecciones. El segundo era un bálsamo de color miel que olía a cera de abeja y

tomillo, indicado para los hematomas. El tercero era un frasco de lo que Thurmond llamaba «agua de fuego», un antiséptico tan potente que Sofía había visto a un soldado desmayarse cuando se lo aplicaron en una herida abierta.

—Empecemos por el brazo —dijo, destapando el frasco de agua de fuego—. Esto va a escocer.

—He soportado cosas peores —respondió Kaelen, con estoicismo militar.

Sofía empapó un paño limpio en el líquido y lo aplicó sobre la herida del antebrazo. Kaelen no gritó, pero sus nudillos se blanquearon sobre la sábana y una vena se marcó en su cuello como una cuerda tensa.

—Cosas peores, ¿eh? —murmuró Sofía, sin apartar la vista de la herida.

—No me quejo —gruñó Kaelen entre dientes.

—Claro que no. Tú nunca te quejas. Eres un estoico guerrero del norte que soporta el dolor en silencio mientras pone cara de estar oliendo algo desagradable.

—No pongo cara de estar oliendo algo desagradable.

—La pones ahora mismo.

Kaelen la miró con una mezcla de indignación y desconcierto. Sofía le sostuvo la mirada con una ceja enarcada y una sonrisa que le bailaba en los labios. El momento de tensión se rompió cuando él resopló, derrotado.

—De acuerdo. Escuece. ¿Feliz?

—Mucho. La sinceridad es el primer paso hacia la curación. O eso decía mi madre.

El nombre de su madre se le escapó sin querer y Sofía sintió un pinchazo de nostalgia que prefirió ignorar. Siguió limpiando la herida en silencio, aplicando la pasta verde con movimientos suaves y precisos. Kaelen observaba sus manos con una atención que Sofía fingió no notar, aunque el calor que le subía por las mejillas la delataba.

—Ya está —anunció, cortando un trozo de venda limpia—. Ahora el hematoma. Quítate la camisola.

Kaelen obedeció con movimientos torpes, limitados por el cabestrillo. La prenda cayó sobre la cama, dejando al descubierto un torso que Sofía ya conocía pero que seguía provocándole un vuelco en el estómago. Las cicatrices que había visto en la noche que pasaron juntos seguían allí, pero ahora había otras nuevas: un corte en el hombro derecho, aún rosado; una quemadura reciente en el costado, probablemente de una flecha incendiaria; y el hematoma del tamaño de un puño, que bajo la luz de las velas parecía aún más grande de lo que había estimado al principio.

—¿Te duele al respirar? —preguntó, palpando la zona con suavidad.

—Un poco.

—¿Un poco o mucho? Porque si te duele mucho al respirar, puede que tengas una costilla fisurada. Y si tienes una costilla fisurada, tendremos que vendarte el torso entero. Y si te vendo el torso entero, no podrás moverte mucho durante unos días. Y si no puedes moverte, tendré que darte de comer yo misma como si fueras un bebé. Así que dime la verdad: ¿un poco o mucho?

Kaelen parpadeó, procesando la avalancha de información.

—Un poco —insistió—. Solo un poco.

Sofía lo miró con escepticismo, pero decidió creerle. Tomó el bálsamo de color miel y empezó a extenderlo sobre el hematoma con movimientos circulares, aplicando la presión justa para que el remedio penetrara en la piel sin causar más dolor del necesario. El contacto provocó que Kaelen cerrara los ojos y soltara un suspiro tan profundo que Sofía sintió el aire moverse contra su mejilla.

—Si sigues suspirando así —murmuró Sofía, sin apartar las manos —, voy a pensar que te está gustando.

—No me está gustando —respondió Kaelen, con los ojos todavía cerrados.

—Mientes fatal.

—Lo sé.

Sofía sonrió y continuó aplicando el bálsamo, esta vez deslizando los dedos hacia el hombro, hacia la base del cuello, hacia la clavícula. No eran zonas heridas, pero ella necesitaba tocarlo. Necesitaba sentir que estaba allí, entero, vivo. Necesitaba asegurarse de que no era un sueño ni una visión de la piedra. Y por la forma en que Kaelen inclinaba la cabeza hacia su mano, como un gato buscando caricias, supo que él necesitaba lo mismo.

—Te he echado de menos —dijo Sofía, sin dejar de acariciarle el hombro.

—Yo también —respondió Kaelen, abriendo los ojos—. Más de lo que esperaba.

—Eso ha sido casi bonito.

—No te acostumbres.

—No pienso hacerlo.

Se miraron. La luz de las velas danzaba sobre sus rostros, creando sombras que se movían como criaturas diminutas. Kaelen alzó la mano sana y le apartó un mechón de pelo de la mejilla, un gesto que a Sofía le pareció más íntimo que cualquier beso.

—He visto cosas —dijo él, con voz queda—. En la guerra. Cosas que no le he contado a nadie.

Sofía dejó el bálsamo sobre la mesa y le cogió la mano. No dijo nada. Simplemente esperó.

—No son las batallas —continuó Kaelen, con la mirada perdida en algún punto de la pared—. Las batallas son... fáciles. Entras, luchas, matas o te matan. Es limpio. Lo sucio es lo que viene después. Los pueblos quemados. Las mujeres que lloran a sus hijos. Los niños que se quedan solos porque sus padres han muerto defendiendo una tierra que no vale nada. Y todo para que un hombre como Caspian se siente en un trono que no le pertenece.

Hizo una pausa. Su mano apretó la de Sofía con más fuerza.

—A veces —murmuró, como si confesara un crimen—, me enfado tanto que pierdo el control. El fuego... mi fuego... no siempre me obedece. Cuando era niño, mi padre me enseñó a contenerlo. Me decía que la ira era el peor enemigo de un mago de fuego. Pero yo no podía dejar de sentir ira. Contra los invasores, contra los traidores, contra cualquiera que hiciera daño a los inocentes. Y cada vez que me enfadaba, algo ardía. Una cortina. Un granero. Un árbol. Mi propia mano —levantó la mano derecha, mostrando las cicatrices

de quemaduras antiguas que Sofía ya había visto en la noche de la despedida—. Por eso me aíslo. Por eso me llaman el Carnicero. No es solo porque mate enemigos. Es porque... porque no puedo confiar en mí mismo.

Sofía sintió que el corazón se le encogía. Recordó lo que Thurmond le había contado sobre Kaelen: que su poder era inestable, que por eso vivía apartado de todos. Pero oírlo de sus propios labios era diferente. Era como ver cómo le quitaban la armadura a un guerrero y descubrir que debajo solo había un hombre asustado, herido, tratando de protegerse del mundo y de sí mismo.

—Kaelen —dijo, llevándose su mano al pecho—. ¿Sabes por qué la piedra me habla a mí?

Él negó con la cabeza, confuso por el cambio de tema.

—Porque soy igual que tú. No controlo mi poder del todo. Hace una semana, intenté encender una vela y casi quemo la biblioteca de Thurmond. Pregúntale a él si no. El techo todavía está chamuscado.

—Eso me han dicho —respondió Kaelen, con una sonrisa apenas esbozada—. Pero no me lo creía.

—Pues créelo. Soy una maga de tierra, pero no sé controlarme. Y sin embargo... la Madre de la Piedra me eligió a mí. Me dijo que yo era la que despertaba. Que podía canalizar su poder. Que el fuego y la tierra se unirían. ¿Sabes lo que significa eso?

Kaelen la miró fijamente, los ojos grises brillando a la luz de las velas.

—Significa —continuó Sofía— que no estamos solos. Tú y yo somos iguales. Los dos tenemos poderes que no controlamos del todo. Los dos tenemos miedo de hacer daño. Los dos llevamos cicatrices que nadie ve. Y los dos estamos en este castillo, en esta guerra, en esta vida, porque alguien o algo decidió que teníamos que estar juntos. Así que no vuelvas a decirme que eres un monstruo incompleto, ¿me oyes? Porque si tú eres un monstruo incompleto, yo soy una arquitecta incompleta que habla con las piedras y te quiere.

—¿Me quieres? —preguntó Kaelen, con una voz tan baja que Sofía apenas la oyó.

—Te quiero —respondió ella, sin dudarlo—. Con tus cicatrices, con tu fuego incontrolable, con tu mal humor y tu incapacidad para decir cosas bonitas. Te quiero. Y no voy a dejar que te aísles de mí. Así que acostúmbrate.

Kaelen se quedó en silencio durante lo que pareció una eternidad. Luego, con un movimiento tan rápido que Sofía no pudo anticiparlo, la atrajo hacia él con la mano sana y la besó.

No fue un beso suave. Fue hambre, necesidad, meses de soledad y miedo y deseo contenidos que estallaban de golpe. Sofía sintió que el mundo se reducía a la presión de sus labios, al calor de su cuerpo, al sabor a vino y a hierbabuena que se mezclaba en sus bocas. Las manos de Kaelen, incluso la herida, se enredaron en su pelo, y las de Sofía se aferraron a sus hombros desnudos con la fuerza de quien se agarra a un salvavidas en medio de una tormenta.

—Espera —jadeó Sofía, separándose apenas un centímetro—. Estás herido. No deberías hacer movimientos bruscos.

—Al infierno con los movimientos bruscos —respondió Kaelen y volvió a besarla.

El beso fue profundo, hermoso. La lengua de Kaelen recorrió la boca de Sofía como un hombre hambriento. Su mano, fuerte, la cogió de la nuca para que no se escapase como si temiera perderla.

La necesitaba más que respirar.

Se rieron entre besos, como dos adolescentes pillados en falta. Luego Kaelen se quejó porque Sofía le había clavado sin querer un codo en el hematoma, y ella se disculpó con otro beso en la frent, y luego otro en la mejilla, y luego otro en la comisura de los labios. Se besaron hasta que se les acabó el aire. Se besaron hasta que el estofado de conejo se enfrió por completo sobre la bandeja. Se besaron hasta que Gato, harto de ser ignorado, emitió un maullido de protesta tan agudo que parecía el silbato de un árbitro de fútbol.

—Ese gato —dijo Kaelen, maldiciendo entre dientes— es un demonio.

—Ya lo habíamos establecido —respondió Sofía, riendo—. Pero es nuestro demonio.

Gato, satisfecho de haber restablecido su posición como centro del universo, se enroscó a los pies de la cama con un ronroneo que sonaba extrañamente a «podéis seguir besándoos, humanos, pero no os olvidéis de que yo soy el que manda aquí».

Sofía se apartó de Kaelen con suavidad, resistiendo la tentación de seguir besándolo, y señaló la bandeja con un gesto firme.

—Ahora comes. Luego hablamos de la piedra. Y luego duermes.

—No tengo hambre —protestó Kaelen.

—Mentira. Tu estómago acaba de rugir tan fuerte que ha despertado a Gato.

—Gato no estaba dormido.

—Pero podría haberlo estado. Come.

Kaelen obedeció, porque discutir con Sofía cuando usaba ese tono de «señora del castillo» era como discutir con una avalancha: técnicamente posible, pero inútil. Dio cuenta del estofado en silencio, mientras Sofía lo observaba con una mezcla de satisfacción profesional y ternura. Comió el pan. Bebió el vino. Incluso aceptó un segundo plato cuando Sofía insistió en que necesitaba recuperar fuerzas.

—Ahora —dijo ella, cuando la bandeja quedó vacía—, cuéntame qué fue lo que viste. En la guerra.

Y Kaelen se lo contó.

Le habló del paso del norte, del frío que calaba los huesos y de las noches en vela esperando un ataque que nunca llegaba. Le habló de Dain y de cómo perdió tres dedos defendiendo a un soldado joven que se había quedado atrapado bajo su caballo. Le habló de la primera vez que mató a un hombre, cuando tenía diecisiete años, y de cómo había soñado con su rostro durante meses. Le habló de la ira, esa ira que le hervía en el pecho desde niño y que solo se calmaba cuando luchaba, cuando el fuego salía de sus manos y consumía todo lo que tocaba.

—Es como una bestia —confesó, con la voz ronca—. Una bestia que llevo dentro y que a veces se escapa. Por eso me aparto de todos. Por eso no dejo que nadie se acerque. Porque tengo miedo de hacerles daño.

Sofía le cogió la mano. Notó las cicatrices de quemaduras en los nudillos, esas marcas que tanto había visto y que ahora entendía por fin.

—¿Sabes lo que hace un arquitecto cuando encuentra una grieta en un muro? —le preguntó.

Kaelen negó con la cabeza, desconcertado.

—No lo derriba. Lo repara. Refuerza los cimientos. Añade contrafuertes. ¿Y sabes lo que hace cuando encuentra un terreno inestable? Lo excava, lo drena, lo estabiliza. No huye. No abandona el edificio a su suerte. Se queda y lo arregla.

—Estás hablando de mí —dijo Kaelen, entendiendo.

—Estoy hablando de nosotros. Tú eres el fuego y yo soy la tierra. Tú ardes y yo sostengo. Tú destruyes y yo reconstruyo. No estamos rotos, Kaelen. Somos complementarios. Como el yin y el yang. Como el arco y la flecha. Como el estofado y el pan.

Kaelen enarcó una ceja.

—¿El estofado y el pan?

—Es un dicho de mi mundo —mintió Sofía, con descaro—. No cuestiones la sabiduría ancestral de mi tierra.

Kaelen resopló, pero Sofía vio la sonrisa que asomaba en sus labios. Luego él se inclinó hacia delante, apoyó la frente en el hombro de Sofía y suspiró. Un suspiro que salió de lo más hondo de su pecho.

—Nunca le había contado esto a nadie —murmuró—. Lo de la ira. Lo del fuego. Lo de la bestia. Nadie. Ni a Thurmond. Ni a Dain. A nadie.

Sofía le acarició el pelo con una ternura que no sabía que poseía.

—Pues ya era hora de que se lo contaras a alguien. Guardarse las cosas hace que pesen más.

—Tú también me has contado cosas —dijo Kaelen, alzando la vista para mirarla—. Lo de la Madre de la Piedra. Lo de tu mundo. Lo de tu madre.

—Sí. Pero yo hablo por los codos. Tú no. Así que tu confesión vale más que la mía.

Kaelen sonrió, y esta vez fue una sonrisa auténtica, amplia, luminosa. Tanto que Sofía sintió que el pecho se le ensanchaba y que el colgante de piedra se calentaba débilmente sobre su piel. Como si la Madre de la Tierra estuviera de acuerdo con todo lo que acababa de pasar.

—Deberíamos dormir —dijo Sofía, aunque su cuerpo protestaba ante la sola idea de separarse de él.

—Deberíamos —respondió Kaelen—. Pero no quiero.

—Yo tampoco. Pero si no descansas, mañana estarás insoportable y Jorund me echará la culpa a mí.

—Jorund siempre te echa la culpa a ti.

—Es verdad. Pero esta vez no quiero darle motivos. Ven. Túmbate. Yo me quedo aquí contigo.

Kaelen se tumbó en la cama, aún desnudo de cintura para arriba, con las vendas frescas brillando a la luz de las velas. Sofía se acomodó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro sano. Gato, que había seguido la escena con un interés intermitente, se trasladó a los pies de la cama y se enroscó sobre los pies de Sofía, formando una bolsa de agua caliente felina de eficacia probada.

—Sofía —dijo Kaelen en la oscuridad.

—¿Mmm?

—Gracias. Por no salir huyendo.

—No iba a salir huyendo. Me pierdo por los pasillos.

Kaelen soltó una risa baja que vibró contra la mejilla de Sofía. Luego ella se incorporó un poco, apoyándose en el codo, y lo miró fijamente a los ojos.

—Kaelen. Prométeme una cosa.

—Lo que quieras.

—La próxima vez que sientas que la ira te desborda, no te apartes de mí. Búscame. Háblame. Cuéntamelo. Aunque sea a gritos. Aunque sea con palabras horribles. Pero no te escondas. No me dejes fuera. ¿De acuerdo?

Kaelen le sostuvo la mirada. Sus ojos grises, a la luz de la vela, parecían casi plateados.

—De acuerdo —dijo—. Te lo prometo.

—Bien. Ahora duerme.

—Sofía —la llamó él, cuando ella ya se había recostado de nuevo.

—¿Qué?

—Yo también te quiero. Por si no lo había dicho antes.

Sofía sonrió en la oscuridad, con una sonrisa tan grande que le dolieron las mejillas.

—Lo habías dicho. Pero se agradece la repetición.

Gato ronroneó a los pies de la cama, como si estuviera de acuerdo con todo. Y en el silencio de la noche, con el viento del mar golpeando contra los acantilados y la guerra esperando al otro lado de las colinas, Sofía y Kaelen se durmieron abrazados, sin miedo, sin ira, sin bestias que esconder.

Solo dos magos incompletos que, juntos, empezaban a ser enteros.

CAPÍTULO 19: LA DANZA DE LOS HALCONES

Nunca, en los treinta y seis años que Kaelen llevaba sobre este mundo, había visto algo tan absurdo como el salón del trono engalanado para una fiesta.

Las paredes de piedra, que durante siglos solo habían conocido el humo de las antorchas y las manchas de sangre de los guerreros heridos, estaban cubiertas de guirnaldas de hiedra y lazos de seda azul. Los tapices descoloridos, aquellos que Sofía solía criticar por representar batallas «con una perspectiva horrible», habían sido cepillados hasta que parecían casi nuevos. En el centro de la sala, donde normalmente se reunía el consejo de guerra para discutir estrategias y contar cadáveres, se había montado un estrado con músicos que afinaban instrumentos de cuerda con la expresión de quien preferiría estar en cualquier otro sitio.

Los músicos, tres señores mayores que parecían haber sido rescatados de una taberna del puerto, discutían entre ellos sobre el tempo de una danza antigua. El más viejo, un hombre calvo con una flauta que parecía haber sobrevivido a dos guerras, sostenía que había que tocarla «con el alma». El otro, un violinista con gafas de metal, insistía en que «el alma no vale nada sin ritmo». El tercero, un percusionista que llevaba media hora afilando sus baquetas contra una piedra, se limitaba a asentir y a beber de una bota de cuero que no había soltado en toda la tarde.

—Esto es una locura —murmuró Kaelen, apoyado contra la pared con los brazos cruzados y una expresión que pretendía ser severa pero que en realidad escondía un pánico que no sentía ni en el campo de batalla.

Dain, a su lado, se ajustó el collar de la túnica de gala con los dedos vendados.

—Una locura necesaria, mi lord. La gente necesita celebrar. Han sobrevivido a su primer asedio.

—No fue un asedio. Fue un derrumbe controlado. Y no estamos en paz todavía —gruñó Kaelen.

—La gente no entiende de derrumbes controlados. Entiende de fiestas.

Kaelen bufó exasperado.

—Yo no entiendo de fiestas.

—Eso lo sabemos todos, mi lord.

Dain sonrió, y Kaelen sintió el impulso de estrangularlo. Como segundo al mando, Dain tenía el derecho —y el deber— de decirle las cosas a la cara, pero eso no significaba que a Kaelen le gustara. El pelirrojo llevaba una camisa blanca que le quedaba demasiado ajustada, y la cicatriz de su ceja parecía más roja de lo habitual bajo la luz de las velas. Le faltaban dos dedos de la mano izquierda, pero la gente apenas lo notaba porque se pasaba el día agitando la copa con la derecha.

—¿Dónde está Sofía? —preguntó Kaelen, escaneando la sala con la esperanza de encontrarla y aferrarse a ella como un náufrago a un madero.

—Subiendo. Lina la está ayudando a arreglarse. Ha dicho que estará aquí en diez minutos.

Esa historia ya le sonaba demasiado.

—Lleva veinte diciendo que estará en diez minutos.

—Las mujeres son así, mi lord. Mi esposa tardaba horas en prepararse para las fiestas.

—¿Tenías esposa?

—Tuve. Murió hace quince años. De vieja.

—¿De vieja a los veinticinco?

—De vieja de espíritu, mi lord. No soportaba mis chistes.

Kaelen no supo si reír o darle el pésame, así que hizo lo que mejor sabía hacer: frunció el ceño y volvió a mirar hacia la puerta principal. La ansiedad le retorcía el estómago como una serpiente envenenada. No era la guerra, a la guerra le temía lo justo, el temor sano que mantiene vivo a un soldado. Era la idea de tener que socializar con decenas de personas que querían darle la mano y felicitarle y contarle sus problemas en medio de la fiesta. La guerra era fácil. La guerra tenía reglas claras: ellos o nosotros. Las fiestas eran territorio desconocido, lleno de trampas sociales que él nunca había aprendido a sortear.

Aldric, que pasaba cerca con una bandeja de copas, se detuvo a su lado con la timidez habitual.

—Mi lord, ¿desea vino?

—No.

—¿Agua?

—No.

—¿...algo?

—No.

Aldric asintió y siguió su camino con la expresión de un hombre que acaba de sobrevivir a un encuentro con un lobo.

—Eres un borde —dijo una voz conocida a su espalda.

Kaelen se giró. El nudo en el estómago se deshizo de golpe.

Sofía estaba en el umbral de la puerta, con Lina a su lado y una expresión que mezclaba el orgullo y la vergüenza en partes iguales. Llevaba un vestido que Kaelen no le había visto nunca. Era de color azul noche, el mismo azul profundo del mar cuando la tormenta se aleja, con mangas largas que se estrechaban en las muñecas y un escote que dejaba entreve la curva de sus senos sin ser vulgar. El corpiño ajustado marcaba su cintura, y la falda caía en pliegues suaves hasta rozar el suelo. En el cuello, el colgante de piedra brillaba débilmente contra su piel pálida. Llevaba el pelo suelto, con ondas que le caían sobre los hombros, y en las mejillas un rubor que no era solo del calor de la sala.

—Dioses —murmuró Kaelen, sin poder evitar que la palabra se le escapara.

Sofía enarcó una ceja.

—¿Dioses?

—Estás... diferente.

—¿Diferente bueno o diferente malo?

—Diferente. No sé.

Dain, a su lado, soltó una carcajada que se convirtió en tos cuando Kaelen lo fulminó con la mirada. Sofía se acercó a él con paso lento, y cada pisada que daba sobre el suelo de piedra parecía resonar en el pecho de Kaelen como un tambor lejano.

—Me alegro de que te guste —dijo ella, deteniéndose a un palmo de distancia—. Lina y Marta han estado cosiendo durante tres días. Es el vestido que llevaba Elara en su ajuar, pero le hemos bajado el escote y añadido el azul de la casa de Roca Negra.

—No sabía que la casa de Roca Negra tuviera azul.

—Tiene. Es un azul muy bonito. Como el mar de noche.

—Nunca he visto el mar de noche.

—Pues tendrás que bajar al acantilado conmigo algún día.

—Iré.

Sofía sonrió, y aquella sonrisa desarmó a Kaelen por completo. *Quédate quieto*, se ordenó a sí mismo. *No le digas que es la mujer más hermosa que has visto en tu vida. No le digas que el vestido azul le sienta mejor que la armadura. No le digas que se te ha secado la boca de solo mirarla.*

—Estás muy guapa —consiguió articular al fin.

Sofía enarcó una ceja.

—¿Solo guapa?

—Guapa. Muy guapa. No sé. No soy bueno con las palabras.

—Ya lo sé. Pero se agradece el intento.

Entonces apareció el noble.

Era un hombre alto, delgado, con una barba recortada al milímetro y una túnica de terciopelo verde que debía de costar más que el salario anual de todo el ejército de Kaelen. Llevaba un anillo en cada dedo y una cadena de oro alrededor del cuello tan gruesa que parecía una cadena de perro. A su alrededor, un séquito de otros nobles menores —también engalanados, también perfumados, también inútiles— lo seguía como una estela de colonia barata.

Kaelen lo reconoció al instante. Era lord Aldric de Valdoria, otro Aldric, no el muchacho nervioso que servía a sus órdenes, un primo lejano de Caspian que se había pasado la guerra escondido en su castillo del sur y que ahora, con Caspian derrotado, acudía a Roca Negra para «felicitar» al vencedor. Kaelen lo conocía de las reuniones de la corte, donde siempre se mantenía en un segundo plano, asintiendo con la cabeza y guardando silencio. Los silenciosos eran los más peligrosos. Los silenciosos eran los que esperaban su momento, y aquel momento parecía haber llegado.

—Lord Kaelen —dijo el noble, con una reverencia tan profunda que rozó el suelo con la nariz—. Qué honor tan gran tenerle de vuelta. Qué victoria tan... aplastante. Qué...

—Aldric —lo interrumpió Kaelen, con la voz más cortante que un cuchillo recién afilado—. ¿A qué debemos el honor de su visita?

El noble se enderezó, y Kaelen notó cómo sus ojos recorrieron la sala antes de posarse en Sofía. La recorrieron de arriba abajo con una lentitud que le provocó arcadas.

—He oído maravillas de su esposa —dijo, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos—. Lady Elara de Monteverde. O... ¿cómo se llama ahora?

Sofía sostuvo su mirada sin pestañear. No iba a esconderse, la gente hablaba y se notaba que no creían que era Lady Elara. Ella ya no existía, solo era Sofía e iba a reclamar su puesto y ese cuerpo.

Además, la familia de Elara ahora era leal a Caspian. Ser ella no les beneficiaba porque el reino se había fragmentado entre los nobles que apoyaban a Kaelen y los que apoyaban a Caspian.

—Sofía.

—Sofía —repitió el noble, como si probara un vino nuevo—. Qué nombre tan... original.

—Es un nombre extranjero —dijo ella, con una calma que Kaelen sabía falsa—. Vengo de un país lejano.

—Así me han contado. Dicen que habla con las piedras. ¿Es cierto?

—Depende de quién lo cuente.

—Yo lo cuento. ¿Es cierto?

Sofía sonrió, y aquella sonrisa heló la sangre de Kaelen. *La conozco*, pensó. *Esa sonrisa significa que está a punto de decir algo que va a sacar de quicio a este cretino.*

—Las piedras me escuchan —dijo ella—. Pero no todas aceptan mi conversación. Las piedras esnobs, sobre todo, se niegan a hablar conmigo.

El noble parpadeó.

—¿Piedras... esnobs?

—Sí. Son las que creen que son mejores que las demás porque las ha tallado un cantero famoso. O porque han estado en un castillo importante. En mi país, las llamamos piedras con ínfulas.

El séquito del noble soltó una risita nerviosa que se ahogó en seco cuando su señor los fulminó con la mirada. Kaelen apretó los puños a los costados. La tensión en la sala era tan densa que se podía cortar con la espada que colgaba de su cinto.

—Qué interesante —dijo Aldric, forzando una sonrisa—. Sin duda, lady Sofía es una mujer de mundo.

—De dos mundos, en realidad —corrigió ella—. Pero no quiero aburrirle con detalles. Sé que los nobles tienen poco tiempo y mucho que cotillear.

El séquito volvió a reír. Esta vez, ni siquiera la mirada de Aldric logró silenciarlos del todo. El noble frunció el ceño y dio un paso hacia Kaelen, bajando la voz.

—Lord Kaelen —dijo, como si Sofía no estuviera allí—, si me permite un consejo... las esposas exóticas suelen ser difíciles de manejar. Pierden el encanto rápido. Yo, en su lugar, la mantendría...

—¿En mi lugar? —lo interrumpió Kaelen, y su voz sonó tan grave y peligrosa que hasta los músicos dejaron de tocar—. No está usted en mi lugar, lord Aldric. Está usted en mi castillo. En mi fiesta. Mirando a mi esposa. Y he de decirle que no me gusta cómo la mira.

El noble palideció.

—No pretendía ofender, mi lord. Solo quería...

—No pretendía ofender —respondió Kaelen, dando un paso hacia él—. Pero me ha ofendido. A mí. A mi esposa. A mi fiesta. Y a las piedras con ínfulas, que son muy sensibles y podrían decidir caerle a usted encima si siguen con ese tono.

El séquito dejó de reír. Sofía, a su lado, abrió la boca para decir algo, pero Kaelen la calló con un gesto de la mano.

—Mi lord —tartamudeó Aldric—, no pretendía...

—Ya lo ha dicho. No pretendía. Pero ha pretendido, y bien. Así que le voy a proponer un trato: cállese, siéntese en un rincón y no vuelva a dirigirle la palabra a mi esposa en lo que queda de noche. ¿Trato hecho?

Aldric asintió tan rápido que parecía una veleta en un huracán.

—Trato hecho, mi lord.

—Bien. Ahora vete.

El noble se fue. Su séquito lo siguió, trotando como perros avergonzados. El silencio que quedó en la sala fue tan absoluto que se oyó a Gato ronronear desde el alféizar de la ventana.

Sofía se volvió hacia Kaelen con una expresión que mezclaba el asombro y la diversión.

—¿Qué ha sido eso?

—Eso ha sido defenderte —respondió Kaelen, sintiendo cómo la ira le hervía en el pecho—. Y si alguien vuelve a mirarte así, voy a hacer algo peor.

—¿Como qué?

—No lo sé. Pero será peor.

Sofía rio, y aquella risa le recorrió la espina dorsal como una caricia. Luego ella le tendió la mano.

—Sácame a bailar.

Kaelen parpadeó.

—¿Bailar? No sé bailar.

—Te enseñaré. Es fácil. Solo tienes que moverte al ritmo de la música.

—Yo no me muevo al ritmo de la música. Yo me muevo al ritmo de la guerra.

—Pues hoy te moverás al ritmo de la música. O tendrás que explicarle a todo el castillo por qué has humillado al noble y luego te has negado a bailar con tu esposa.

Kaelen la miró fijamente. Ella le devolvió la mirada con una sonrisa que era un desafío y una promesa a partes iguales.

Maldita sea, pensó. *Si hay algo que Sofía sabe hacer, es ponerle entre la espada y la pared.*

Le cogió la mano.

La mano de Sofía era suave y caliente, y Kaelen sintió cómo sus dedos se entrelazaban con los suyos con una naturalidad que le pareció milagrosa. La condujo hasta el centro de la sala, donde los

músicos, aún recuperándose del encontronazo con el noble, empezaban a tocar una melodía lenta y melancólica.

—No sé los pasos —susurró Kaelen, sintiéndose ridículamente vulnerable.

—No hay pasos —respondió Sofía, apoyando una mano en su hombro sano—. Solo hay movimiento. Tú me sujetas la cintura, yo te sujeto el hombro, y nos movemos.

—¿Y si piso tus pies?

—Me harás daño, pero te perdonaré. Eres mi esposo y acabas de humillar a un noble por mí.

—Lo he hecho porque era un cretino.

—Eso también. Ahora baila.

Kaelen bailó.

O más bien, se movió. Iba de un lado a otro con la gracia de un buey en una cristalería, pisando el vestido de Sofía cada tres pasos y disculpándose cada dos. Pero ella no se quejaba. Solo se reía, con una risa suave que le cosquilleaba en el cuello, y se pegaba un poco más a él cada vez que se acercaban al rincón donde estaba Gato, que los miraba con el desprecio de quien ha visto demasiadas tonterías humanas.

—Estás mejorando —mintió Sofía, cuando el primer tema terminó y los músicos empezaron a tocar uno más rápido.

—No estoy mejorando. Estás mintiendo.

—Sí. Pero es una mentira piadosa.

Kaelen resopló, pero no soltó su mano. La segunda pieza era más animada, y los pocos nobles que se habían atrevido a acercarse al estrado empezaron a bailar a su alrededor, formando remolinos de seda y terciopelo. Kaelen los ignoró. Solo veía a Sofía: sus ojos brillando a la luz de las velas, el colgante de piedra latiendo contra su pecho, el rubor de sus mejillas que no era solo del calor de la sala.

—Kaelen —dijo ella, en voz baja—. ¿Sabes qué siento ahora mismo?

—¿Sofocación? Porque yo estoy sudando como un cerdo.

—No. Siento que estoy donde debo estar. Contigo. Bailando. Aunque pises mis pies.

Kaelen sintió que el corazón se le aceleraba. La estaba mirando a los ojos, y sus ojos eran dos pozos profundos donde quería ahogarse. Lentamente, muy lentamente, inclinó la cabeza.

El primer beso fue suave, casi tímido. Sus labios apenas rozaron los de ella, como si temieran que fuera a romperse. Sofía suspiró contra su boca, y aquel suspiro fue como una brasa que encendía un fuego en su vientre. Kaelen apretó la mano en la cintura de Sofía, atrayéndola hacia él con más fuerza, sintiendo cómo sus pechos se pegaban a su pecho y cómo sus caderas se alineaban con las suyas en un movimiento que no tenía nada de casto.

Las manos de Sofía subieron por su espalda hasta enredarse en su cabello. Tiraba suavemente de los mechones, y cada tirón le recorría la espina dorsal como un latigazo de placer.

—Kaelen —susurró ella contra sus labios—. Estamos en medio de una fiesta.

—Ya lo sé —respondió él, sin soltarla.

—Todo el mundo nos mira.

—También lo sé.

—¿No te importa?

—No.

Sofía rio y aquella risa fue cálida y húmeda y se pegó a la piel de Kaelen como una caricia.

El segundo beso fue más profundo. La lengua de él entró en su boca con una lentitud deliberada, recorriendo el paladar, lamiendo los dientes, saboreándola. Sofía gimió, un sonido ahogado que ella misma tapó con el beso y Kaelen sintió cómo temblaba en sus brazos. No era frío. Era deseo. Puro y simple y tan poderoso que casi le nublaba la vista.

—Podríamos irnos —sugirió Kaelen, separándose apenas un milímetro.

—No podemos. Es tu fiesta.

—Organizaré otra.

—Eres un borde.

—Ya lo sé. Pero me quieres.

Sofía sonrió y apoyó la frente en su hombro.

—Te quiero —admitió—. A pesar de que pises mis pies y me lleves a bailar sin saber los pasos.

—¿Te he pisado?

—Una docena de veces. Pero he dejado de contar.

Kaelen rio y la besó en la frente. Luego en la mejilla. Luego en la comisura de los labios. Sofía se dejó querer, con los ojos cerrados y una sonrisa que no se borraba.

A su alrededor, la fiesta seguía. Los músicos tocaban, los nobles bailaban, Gato ronroneaba desde el alféizar de la ventana. Pero Kaelen y Sofía ya no estaban en el centro de la sala. Estaban en el centro de su propio mundo, un mundo de dos donde la guerra no podía entrar ni las profecías podían romper.

Cuando la pieza terminó y los músicos hicieron una pausa para beber, Sofía abrió los ojos y lo miró fijamente.

—Eso ha sido bonito —dijo.

—¿El baile? —preguntó Kaelen.

—El baile. Los besos. Tú defendiéndome del noble. Todo. Ha sido una noche perfecta.

Lo creía realmente.

—¿Perfecta? He pisado tus pies una docena de veces.

—Por eso es perfecta. No sería nuestra si no hubieras pisado mis pies al menos una.

Kaelen negó con la cabeza, pero no pudo evitar sonreír.

—Eres un caso, Sofía.

—Lo sé. Es mi encanto.

Se quedaron en silencio un momento, las frentes juntas, las manos entrelazadas. La sala bullía a su alrededor, pero ellos permanecían quietos, anclados en ese instante que parecía querer durar para siempre.

—Kaelen —dijo ella.

—¿Mmm?

—Hagamos esto más a menudo.

—¿Bailar?

—Bailar. Enamorarnos. Defender al otro de los nobles cretinos.

Enamorarnos. Eso era realmente algo grande. Algo que no esperaba al acabar en un mundo extraño y con magia.

—Eso último se puede arreglar. Los nobles cretinos son muchos.

—Pues iremos uno a uno.

Kaelen sonrió y la besó una vez más. Fue un beso breve, casto, pero cargado de significado.

—Trato hecho —dijo.

—Trato hecho —repitió ella.

Gato maulló desde la ventana, como diciendo *podéis dejar de besuquearos ya, que la cena se enfría*. Pero ni Kaelen ni Sofía le hicieron caso. Y la noche siguió su curso, llena de música, de risas y de dos almas que, por fin, habían dejado de bailar solas.

CAPÍTULO 20: EL MURO DE HIELO

Kaelen despertó con la sensación de que algo iba mal antes incluso de abrir los ojos.

No era el instinto guerrero, ese sexto sentido que le había salvado la vida en media docena de batallas. Era algo más íntimo, más doméstico, más… humano. La cama estaba tibia a su alrededor, el aroma de Sofía impregnaba la almohada de ella, y su cuerpo recordaba perfectamente el peso de la cabeza apoyada en su hombro, la respiración suave y rítmica, la forma en que sus dedos se habían enredado en el borde de su túnica antes de dormirse.

Pero algo fallaba. Algo en el aire era diferente.

Abrió los ojos.

La luz grisácea del amanecer se filtraba por las rendijas de las contraventanas como cuchillas de plata. Sofía seguía a su lado, estaba allí, física, tangible, con el pelo castaño derramado sobre la almohada y los labios entreabiertos en un gesto que él conocía demasiado bien, pero Kaelen sintió que el mundo a su alrededor se encogía.

¿Y si un día se va?, pensó. *¿Y si la piedra la reclama? ¿Y si su mundo la necesita de vuelta?*

El pensamiento le golpeó como un hachazo en el pecho. Literal. Sintió el escozor en el esternón, la falta de aire, el pánico contenido que le subió por la garganta y se instaló en la mandíbula, tensándole los músculos.

No puede irse, se dijo. *Está aquí. Conmigo. Eligió quedarse.*

Pero la voz interior no le escuchaba. La voz interior era la de un niño de dieciséis años al que su madre se le había muerto sin avisar, la de un joven soldado que había visto a sus compañeros caer uno tras otro, la de un señor de la guerra que había aprendido que lo único permanente era la pérdida.

Se incorporó con lentitud, casi con sigilo, como si fuera a cometer un delito. Sus pies descalzos tocaron el suelo de piedra fría, una losa de granito que había visto tantos amaneceres como años llevaba el castillo en pie y el contacto le dolió más de lo razonable.

No es una losa maldita, se burló de sí mismo. *Es un suelo. Como cualquier otro.*

Pero no era como cualquier otro. Porque Sofía había apoyado las manos en aquella losa una vez, semanas atrás, y la piedra le había contado cosas que ella nunca le había repetido. La losa lo sabía. La losa guardaba su secreto.

Kaelen se vistió con la túnica gris de siempre, la que no necesitaba ayuda para abrocharse y que olía a cuero y a humo de fogata, con los dedos torpes por la falta de costumbre. El frío de la mañana le caló los huesos, o eso le pareció, y al salir de la habitación no se atrevió a mirar atrás.

En el marco de la puerta se encontró con Gato, que lo observaba con sus ojos amarillos desde el suelo como un juez que dictara sentencia.

—Tú no has visto nada —murmuró Kaelen.

Gato parpadeó lentamente. Su expresión decía: *ya lo creo que he visto, y además voy a contarlo*.

—Eres… —gruñó Kaelen y bajó las escaleras.

El gran comedor estaba vacío cuando llegó. Las velas de la noche anterior se habían consumido hasta los candelabros, dejando un rastro de cera derretida sobre la madera de la mesa. Los tapices de las paredes, aquellos que había mandado cepillar para la fiesta, seguían allí, con sus colores desvaídos y sus figuras de batallas antiguas. Kaelen se sentó en la cabecera, como siempre y esperó.

No sabía qué esperaba. Quizás que ella no bajara. Quizás que bajara y lo mirara con rencor. Quizás que la piedra se abriera bajo sus pies y se lo tragara para ahorrarle la vergüenza de tener que explicarse.

Sofía apareció media hora después, con el pelo aún húmedo y una expresión que mezclaba el sueño y la inquietud. Llevaba el vestido azul claro, el mismo de la cena incómoda de semanas atrás, aquel en el que su cuello parecía más largo y sus muñecas más finas, y que a Kaelen le recordaba peligrosamente a la noche en que ella se había perdido por los pasillos y Lina tuvo que ir a buscarla y en el pecho el colgante de piedra brillaba con una luz tenue.

—Buenos días —dijo ella, sentándose frente a él con toda la naturalidad del mundo.

Kaelen no levantó la vista del plato de pan moreno que llevaba cinco minutos cortando en trozos simétricos.

—Buenos días —respondió, y su voz sonó tan distante que hasta él mismo la encontró extraña.

El silencio que siguió fue tan denso que Thurmond, que desayunaba en el otro extremo de la mesa, dejó de masticar y los observó con una mezcla de diversión y preocupación. El anciano tenía un trozo de queso a medio camino entre el plato y la boca, y allí se quedó, congelado, como si presenciara una obra de teatro especialmente interesante.

—¿Has dormido bien? —preguntó Sofía, con una dulzura que sonaba forzada.

—Sí.

La palabra fue un hachazo. Corta, seca, mortal.

Sofía enarcó una ceja.

—¿Solo sí?

—¿Qué quieres que diga? Que he soñado con ovejas.

—Podrías decir que has soñado conmigo.

—No he soñado contigo.

—¿Ni un poquito?

—Ni un poquito.

Ella dejó el cuchillo sobre la mesa. El tintineo del metal contra la madera resonó en el comedor como una sentencia.

—Kaelen —dijo, apoyando los codos en la mesa y reclinándose hacia él—. ¿Ocurre algo?

Él fingió concentrarse en el pan, que ya estaba tan cortado que parecía un puzle.

—Nada.

—Eso ya lo has dicho.

—Porque es verdad.

—Mientes fatal.

—No miento.

—Mientes fatal y lo sabes.

Kaelen levantó la vista. Sus ojos grises se encontraron con los de ella, color avellana, brillantes, con ese destello de determinación que lo desarmaba siempre. Sintió que el pecho se le encogía aún más.

No puedo, pensó. *No puedo decirle que tengo miedo. No puedo decirle que esta noche, mientras la sentía respirar a mi lado, me he imaginado despertando sin ella. No puedo.*

—La guerra no ha terminado —dijo, y su voz sonó más fría de lo que pretendía—. Caspian sigue ahí. Y yo no puedo permitirme distracciones.

Sofía parpadeó como si le hubiera abofeteado.

—¿Distracciones? —repitió—. ¿Eso soy yo? ¿Una distracción?

—No he dicho eso.

—Lo has insinuado.

—Has interpretado mal.

—No he interpretado nada. Eres un libro abierto, Kaelen. Y la página de hoy es muy clara: «Kaelen está siendo un imbécil a propósito porque tiene miedo de algo. Fin de la página».

Se levantó de la mesa con la misma parsimonia con que se levanta una tormenta. Thurmond, que había logrado recuperar el queso y lo masticaba con una lentitud exagerada, no apartó la vista del espectáculo ni un solo instante.

—No pienso quedarme aquí a desayunar con alguien que me trata como si fuera un mueble —sentenció Sofía—. Cuando tengas ganas de hablar como una persona normal, ya sabes dónde encontrarme.

Y salió del comedor sin mirar atrás, con Gato a sus talones y una dignidad que a Kaelen le pareció tan impresionante como aterradora.

Lina, que estaba en la puerta con la bandeja de fruta, se apartó a un lado para dejarle paso y le dirigió una mirada a Kaelen que decía, más claramente que cualquier palabra: *tonto, tonto, tonto*.

Kaelen se quedó solo en el gran comedor, con el pan hecho trizas, la mantequilla derritiéndose sobre el plato y un nudo en el estómago del tamaño de Roca Negra.

—Idiota —murmuró.

Las paredes no respondieron. Los tapices tampoco. Solo Thurmond, desde el otro extremo de la mesa, carraspeó con suavidad.

—Señor Kaelen —dijo el anciano—. Si me permite un consejo...

—No permito.

—Las mujeres como lady Sofía no se ganan con silencios. Se ganan con palabras. Y usted, perdone la franqueza, tiene un vocabulario de combate más amplio que el que está usando ahora.

Kaelen lo fulminó con la mirada, pero Thurmond no se inmutó. El viejo sabio llevaba demasiados años aguantando miradas asesinas como para amilanarse ante una más.

—Me importa tu consejo —gruñó Kaelen.

—Ya, ya —respondió Thurmond, retomando el queso—. Pero me ha quedado bonito.

Kaelen abandonó el comedor sin despedirse.

El castillo estaba despierto cuando Sofía empezó a buscarlo.

No se había perdido —para variar, y ese detalle la enfureció aún más porque habría preferido tener una excusa para estar de mal humor que no fuera él—, y recorrió los pasadizos de servicio, el patio de armas, las cocinas y hasta la torre del homenaje con la determinación de un sabueso tras una presa fugitiva.

Lina la seguía a prudente distancia, con un cesto de vendas en la mano y una expresión que oscilaba entre la preocupación y el divertimento.

—Señora —dijo al fin, cuando llevaban una hora buscando sin éxito—, quizás el señor Kaelen está en la torre este. Suele ir allí cuando quiere pensar.

—Pues yo no quiero que piense —espetó Sofía—. Quiero que hable. Que explique. Que deje de ser un borde.

—Los hombres son así, señora. Cuando tienen miedo, se callan.

—¿Miedo? ¿De qué?

Lina dudó.

—De perder lo que quieren —respondió, con una sabiduría que Sofía no le conocía—. Mi padre era igual. Cuando mi madre se enfadaba, él se iba al bosque. Dice que los árboles no discuten.

Sofía resopló.

—Pues yo no soy un árbol.

—No, señora. Es usted mucho más guapa.

Sofía no supo si reír o darle las gracias, así que hizo ambas cosas y siguió caminando.

La encontró, finalmente, en la torre este, tal como Lina había pronosticado. Kaelen estaba apoyado en el parapeto, con la mirada perdida en el horizonte y la mandíbula tensa. El viento del acantilado le alborotaba el pelo y le pegaba la túnica al cuerpo, marcando la anchura de sus hombros y la línea de su espalda. A Sofía se le ocurrió, a pesar de todo, que estaba ridículamente bueno incluso cuando intentaba ser un idiota.

—Llevo dos horas buscándote —dijo, apoyándose en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

Kaelen no se volvió.

—Deberías haberme mandado un mensajero.

—Muy gracioso.

—No pretendía ser gracioso.

—Ya lo sé. Por eso da más pena.

Kaelen apretó los dientes y Sofía vio cómo el músculo de su mandíbula se tensaba bajo la cicatriz. Dio un paso hacia él. Luego otro. El viento le azotó la cara, pero ella no parpadeó.

—¿Qué cojones te pasa? —preguntó, sin rodeos.

—Nada.

—Di «nada» otra vez y juro que te tiro por la almena.

Kaelen se volvió. Sus ojos grises la miraron con una intensidad que a Sofía le revolvió las entrañas, pero no era el fuego de la noche anterior. Era otra cosa. Algo más oscuro. Más frío.

—Sofía, no es el momento...

—¿No es el momento para qué? ¿Para hablar? ¿Para que me digas qué demonios te ha entrado esta mañana?

Kaelen se quedó callado. El viento ululó entre las piedras, y Sofía sintió ganas de abofetearlo, de abrazarlo y de abofetearlo otra vez, todo al mismo tiempo.

—Anoche estábamos bien —continuó ella, dando otro paso—. Bailamos. Nos besamos. Dijiste... dijiste cosas.

—Las personas dicen muchas cosas cuando están cansadas.

—No me vengas con esa mierda, Kaelen. No eres de los que dicen cosas por cansancio. Eres de los que dicen cosas porque las sientes. Y luego, a la mañana siguiente, te entra el pánico y te pones a hacer el gilipollas.

Kaelen la miró fijamente.

—¿Gilipollas?

—Gilipollas. Idiota. Imbécil. Elige el que más te guste.

—No conozco esa palabra —dijo él, con una frialdad que le heló la sangre.

Sofía se quedó un momento en silencio, procesando. Luego, para sorpresa de Kaelen, sonrió. Era una sonrisa tensa, peligrosa, la misma que ponía cuando los obreros se saltaban sus instrucciones en las obras.

—Vale —dijo—. Lo has conseguido. Me has enfadado de verdad.

—No pretendía...

—Claro que pretendías. Pretendías que me enfadara y me fuera. Porque así no tendrías que hablar. No tendrías que decir por qué te levantaste de la cama esta mañana como si te hubiera mordido una serpiente.

Kaelen desvió la mirada. Las manos, apoyadas sobre el parapeto, se cerraron con fuerza en la piedra.

—No tiene nada que ver contigo —murmuró.

—¡Claro que tiene que ver conmigo! ¡Soy yo la que está aquí! ¡Soy yo la que se ha pasado dos horas buscándote por un castillo del demonio mientras Lina me decía cosas bonitas para que no me rindiera! ¡Soy yo la que está aguantando que me trates como si fuera un estorbo cuando anoche me decías que me querías!

La palabra «querer» resonó en la torre como un eco. Kaelen cerró los ojos.

—Sofía...

—No. No me «Sofía». Ahora te callas y me escuchas.

Se acercó a él hasta que estuvieron cara a cara, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo a pesar del viento frío.

—Tengo un mundo entero esperándome allí arriba —dijo, señalando el cielo con un dedo acusador—. Una madre que ahora mismo estará llorándome en algún hospital de Madrid. Un piso de alquiler con plantas que seguro que ya se han muerto. Un trabajo al que no voy a volver nunca. Pero yo estoy aquí. ¿Sabes por qué? Porque no puedo volver. No sé cómo. No sé si se puede. Y aunque pudiera...

Se detuvo. Tragó saliva.

—Aunque pudiera, no lo haría. Porque aquí está la piedra. Aquí está Gato. Aquí está esta guerra de mierda que no he pedido. Y aquí estás tú. Con tu cara de pocos amigos. Con tu incapacidad para decir lo que sientes. Con tu miedo a que me vaya.

«Kaelen —dijo, y su voz se quebró—. No voy a irme.»

Kaelen sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—No lo sabes —respondió, y su voz era apenas un susurro—. No sabes si podrás volver. La profecía. La Madre de la Piedra. Si algún día te reclama...

—¿Me reclama? —Sofía soltó una carcajada incrédula—. ¿Crees que la Madre de la Piedra va a venir a buscarme para llevarme a un

sitio mejor?

—No lo sé.

—Pues yo sí. Porque la piedra no quiere que me vaya. La piedra quiere que me quede. Me llama, Kaelen. Me llama todos los días. Cada vez que apoyo la mano en un muro, me dice «quédate». No es una profecía. Es una petición.

Kaelen la miró fijamente. Sus ojos grises, a la luz de la mañana, parecían casi plateados.

—¿Y tú qué quieres?

—Ya te lo he dicho. Quiero quedarme.

—¿Conmigo?

—Con la piedra. Con los muros. Con Gato. Con Dain sus manías y Borin sus discusiones. Con la guerra. Con todo. Pero sobre todo, con el idiota que se ha levantado esta mañana y se ha ido a la torre a hacerse el interesante porque tiene miedo de que le abandonen.

Kaelen no supo qué responder.

Se quedó allí, mirándola, con las manos aún apoyadas en el parapeto y el corazón latiéndole tan fuerte que temía que ella pudiera oírlo. El viento le pegaba en la cara, frío y salitroso, pero el único calor que sentía era el de ella, parada a un paso, desafiándolo con esa mirada que lo desarmaba siempre.

—No soy bueno con estas cosas —dijo al fin.

—Ya lo sé.

—Nunca he tenido a nadie a quien perder.

—Ya lo sé también.

—Mi madre murió cuando yo tenía dieciséis años. Mi padre, antes. Desde entonces, he aprendido a no encariñarme. Porque las personas que quieres se van. Y yo no sé cómo se hace para que se queden.

Sofía le cogió la mano. Sus dedos se entrelazaron con los de Kaelen, ásperos por las cicatrices, y apretaron con fuerza.

—Pues vas a tener que aprender —dijo ella—. Porque yo no me voy a ningún sitio. Y te voy a dar la lata hasta el último día de tu vida. Así que ya te vale.

Kaelen apretó los dedos entre los de Sofía.

—Eres una terca.

—Soy una arquitecta. La terquedad es parte del oficio.

Se quedaron en silencio un momento, las frentes juntas, las respiraciones entremezclándose. El viento había cesado, o al menos a Kaelen le pareció que había cesado, porque el único sonido que oía era el latido de su corazón y el de ella, sincopados, como dos tambores que aprendían a tocar la misma canción.

—¿Hace las paces? —preguntó Sofía.

—Hace las paces.

Kaelen inclinó la cabeza y la besó.

No fue un beso suave, ni casto, ni breve. Fue un beso de reencuentro, de «he sido un idiota y lo siento», de «no sabes cuánto te he echado de menos aunque solo hayan pasado dos horas». Sus labios se encontraron con una hambre que parecía acumulada desde la noche anterior, y Sofía gimió contra su boca, un sonido ahogado que a Kaelen le recorrió la espina dorsal como un latigazo de electricidad.

La lengua de Kaelen exploró el interior de su boca con una lentitud deliberada, saboreándola, reclamándola. Una de sus manos, la herida, la que aún le dolía al mover los dedos, subió hasta enredarse en el cabello de Sofía, mientras la otra la sujetaba por la cintura, apretándola contra sí con una fuerza que rayaba en la desesperación. Sofía se dejó hacer, arqueando el cuello, ofreciéndose y Kaelen recorrió su mandíbula con los labios, descendiendo lentamente hacia el hueco de su cuello, donde el colgante de piedra latía al mismo ritmo que su pulso.

—Kaelen —susurró Sofía, con la voz rota—. Casi nos caemos por la torre.

—No me importa —respondió él, contra su piel.

—A mí sí. Tengo miedo a las alturas.

—¿Una maga de tierra con miedo a las alturas?

—Soy arquitecta. Construyo desde abajo. Me gusta tener los pies en el suelo.

Kaelen rio. Era una risa baja, grave, que vibraba en el pecho y que Sofía sintió en todo el cuerpo.

—Bajemos, pues —dijo—. Pero no hagas promesas que no puedas cumplir.

—¿Promesas? ¿Yo? —Sofía sonrió, separándose apenas un centímetro—. Yo solo prometo lo que puedo cumplir. Y ahora te prometo que, si vuelves a hacerte el hielo, voy a llamar a Dain para que te dé una colleja.

—Dain no me pegaría.

—Dain hará lo que yo le diga. Le caigo bien. Le caigo mejor que tú. Al menos ahora…

Kaelen resopló, pero no soltó su mano. La llevó hacia la escalera con paso lento, sin prisa, como si quisiera alargar aquel momento todo lo posible. Y cuando bajaron al patio de armas, Gato los esperaba en el último escalón con una expresión que decía claramente: *por fin, humanos, por fin*.

—¿Ves? —dijo Sofía, señalando al animal—. Hasta el gato está de acuerdo.

—El gato siempre está de acuerdo con todo.

—El gato está de acuerdo con lo que le conviene. Es muy listo.

Kaelen miró al animal, que le devolvió la mirada con una lentitud parpadeante.

—Ya —dijo—. Como su dueña.

—No soy su dueña. Soy su súbdita. Gato es el que manda en esta casa.

Gato maulló, satisfecho, dando la razón a Sofía.

Kaelen negó con la cabeza.

—Este castillo se ha vuelto loco.

—No. Solo se ha vuelto un poco más feliz.

Esa tarde, mientras Sofía supervisaba las obras del muro oeste, Kaelen se acercó a ella sin hacer ruido. La observó un momento desde la distancia, con los brazos cruzados y una expresión que él mismo no sabía poner. El sol incidía sobre su perfil, iluminando las pecas de su nariz y la mancha de cal en la mejilla. Tenía las manos manchadas de mortero y el pelo recogido en un moño desastroso que se deshacía por momentos.

Dioses, pensó. *Qué suerte he tenido.*

Sofía lo vio y sonrió. No con esa sonrisa forzada de la mañana, sino con una auténtica, amplia, que le iluminaba la cara entera.

—¿Has venido a ayudar o a estorbar? —preguntó.

—A estorbar —respondió Kaelen.

—Pues estate quieto. Que si te mueves, me distraes.

Kaelen se quedó quieto.

Pero sus ojos no dejaron de mirarla ni un solo instante.

CAPÍTULO 21: LLAMADA A LA CORTE

El cuervo llegó al amanecer del tercer día, cuando Sofía ya había perdido la esperanza de que cualquier mensaje alado en aquel maldito mundo pudiera traer algo bueno. Estaba en la habitación que les habían asignado en el palacio de Valdorien, una estancia que olía a cera de abeja y a flores mustias, con una cama tan grande que parecía diseñada para albergar a una familia de gigantes y unas cortinas de terciopelo burdeos que le daban un aire fúnebre a cualquier hora del día.

Kaelen, sentado en una silla junto a la ventana abierta, repasaba un mapa de la ciudad con el ceño fruncido, su estado natural, según Sofía, y los dedos manchados de tinta negra. Llevaba la túnica gris de siempre, la que estaba empezando a deshilacharse en los puños, y tenía el pelo aún húmedo, como si acabara de salir de un baño que no había logrado relajarlo ni un ápice.

El aleteo negro golpeó el cristal con la insistencia de un acreedor reclamando una deuda atrasada. Primero un golpe seco, luego otro, luego un tercero que hizo temblar el marco de madera.

—Ya está aquí otra vez —murmuró Sofía, levantándose de la cama sin molestarse en arreglarse el camisón. Sus pies descalzos pisaron el suelo de piedra fría, y el contacto la despejó lo suficiente para soltar un bostezo que pretendía ser indignado—. Ese bicho tiene un radar para los momentos inoportunos. Apuesto a que se tira horas acechando, esperando el momento justo para dar la lata.

—Los cuervos de Caspian siempre los tienen —respondió Kaelen, levantándose a su vez y dejando el mapa sobre la mesa con un suspiro pesado. Se acercó a la ventana, la abrió de un tirón y el viento matinal, frío y salitroso, entró en la habitación como un ladrón —. Es su especialidad. Aparecen cuando menos los necesitas y se van cuando todavía no has terminado de maldecirlos.

El animal entró en la habitación como Pedro por su casa. Se posó en el respaldo de la silla que Kaelen acababa de dejar vacía, se sacudió las alas con una parsimonia insultante y extendió la pata atada con un gesto que a Sofía le pareció de una petulancia casi humana.

—No sabe que está entrando en territorio enemigo —dijo ella, mientras se acercaba al cuervo con la lentitud de quien se aproxima a una bomba de relojería—. Parece un político. Se cree dueño del mundo.

—No sabe nada —respondió Kaelen, cruzando los brazos sobre el pecho y observando al animal con la misma intensidad con que observaba a los mercenarios en el campo de batalla—. Solo sabe que tiene hambre. Y que si no le das algo, se irá a quejar a los dioses.

—Pues que se queje. No pienso darle ni una migaja. Ya puede ir aprendiendo que aquí no hay bandeja de servicio —dijo Sofía, pero cedió porque el animal no tenía culpa ninguna.

Suspiró cediendo.

Sofía desató el tubo de metal con dedos que, a pesar de su actitud desafiante, no dejaban de temblar un poco. El metal frío se resistió y ella maldijo entre dientes mientras el cuervo la miraba con sus ojillos negros como dos cuentas de vidrio. Finalmente, el

pergamino cayó en su mano, enrollado y sellado con cera negra. La misma cera. El mismo sello. Un cuervo posado sobre una corona.

—Ya empiezo a odiar ese dibujo —murmuró Sofía.

—Ábrelo —dijo Kaelen, con una voz que sonaba tan tensa como la cuerda de un arco a punto de disparar.

Sofía rompió el sello. El pergamino se desenrolló con un crujido seco, y las palabras, escritas con esa caligrafía impecable que ya había aprendido a odiar en el mensaje anterior, bailaron ante sus ojos como una condena.

Lord Kaelen de Roca Negra y su esposa, lady Elara de Monteverde:

Por la presente, se os requiere para que os presentéis ante la corte de Su Majestad, Rey Caspian, en un plazo no superior a siete días. Su Majestad, en su infinita clemencia, ha tenido a bien considerar una tregua y desea discutir los términos de la paz en persona. No obstante, han llegado a sus oídos ciertos rumores concernientes a la identidad de vuestra esposa. Se dice que la dama que reside en Roca Negra no es la verdadera lady Elara, sino una impostora llegada de tierras ignotas. Su Majestad exige una aclaración antes de proceder a ningún acuerdo. Vuestra presencia es ineludible. Vuestra ausencia se considerará una confesión de culpabilidad.

Firmado: Consejo de Nobles de Valdoria.

Sofía leyó el pergamino una vez. Luego otra. Luego una tercera, por si acaso las palabras cambiaban milagrosamente entre lectura y lectura. No cambiaron. Seguían ahí, negras e inamovibles, como un veredicto escrito con tinta indeleble.

—Mierda —susurró, y la palabra le salió del estómago como un eructo después de una cena copiosa.

—Mierda —corroboró Kaelen, que había estado leyendo por encima de su hombro con la misma expresión que ponía cuando recibía noticias de una derrota en el frente.

El cuervo, satisfecho de haber cumplido su misión, emitió un graznido agudo que sonó a «me cago en vuestras dudas existenciales, humanos» y salió por la ventana tan campante, dejando tras de sí una pluma negra que flotó hasta posarse sobre el pergamino como una firma adicional.

Sofía dejó caer el mensaje sobre la mesa, justo al lado del mapa de Kaelen, que de repente parecía un documento tan irrelevante como la lista de la compra de un campesino. Se dejó caer en la silla que el cuervo había ocupado momentos antes —todavía tibia, para su desagrado— y apoyó la cabeza en el respaldo, mirando el techo desconchado.

—Sabe que no soy Elara —dijo, con la voz cansada, como si aquella revelación llevara meses pesándole—. O lo sospecha. Y quiere que vayamos para confirmarlo. Es como un juego de gallinas, solo que con más riesgo de decapitación.

—Si no vamos, confirmamos su sospecha —respondió Kaelen, apoyando las manos en el marco de la ventana y mirando el horizonte gris de la ciudad—. Si vamos...

—Si vamos, igualmente nos matan —completó Sofía, gesticulando con una mano en el aire—. O nos encierran. O nos obligan a hacer algo peor. Como bailar para su entretenimiento. O contar chistes malos.

Kaelen guardó silencio un largo momento. La luz del amanecer teñía sus facciones de un tono anaranjado que acentuaba las líneas de su mandíbula y el recorrido de la cicatriz que le cruzaba la mejilla. Sus ojos grises, fijos en el horizonte, parecían estar calculando todas las variables de una ecuación imposible.

—Hay que ir —dijo al fin, sin volverse.

—Lo sé —respondió Sofía, incorporándose ligeramente en la silla.

—Y tenemos que decidir qué decir.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti —Kaelen se volvió, y sus ojos se clavaron en ella con una intensidad que le recorrió la espina dorsal como un escalofrío—. Sobre quién eres. Sobre si eres Elara o eres Sofía.

La pregunta flotó en el aire como una hoja de otoño, moviéndose con el vaivén del viento que entraba por la ventana. Sofía sintió que el corazón se le aceleraba, y se obligó a respirar hondo. Una vez. Dos veces. Tres.

—Yo digo la verdad —dijo al fin, con una firmeza que ni ella misma sabía de dónde sacaba —Aquí la gente se lo ha tomado bien.

Kaelen enarcó una ceja.

—¿La verdad? —repitió, como si la palabra fuera un concepto extraño que acabara de aprender—. ¿La verdad de que eres una arquitecta de Madrid que murió en un terremoto, despertó en el cuerpo de lady Elara y ahora hablas con las piedras? ¿Esa verdad?

—Sí —respondió Sofía, enderezando la espalda—. Esa verdad. La única que tengo.

—¿Y crees que Caspian va a aceptarla? —preguntó Kaelen, dando un paso hacia ella—. ¿Crees que los nobles van a creerla? ¿Crees que no van a usarla en nuestra contra? Porque si algo sé de la corte, es que los nobles son como los cuervos: se alimentan de las desgracias ajenas.

Sofía se levantó de la silla, enfrentándolo.

—No lo sé —admitió, cruzando los brazos sobre el pecho—. Pero mentir siempre es peor. A largo plazo. Ya me lo decía mi madre: «Hija, la verdad es como el buen vino: al principio cuesta, pero luego no da resaca».

—Tu madre decía cosas muy raras.

—Lo sé. Era una mujer muy sabia.

Kaelen guardó silencio un momento. Luego negó con la cabeza, y su gesto fue tan firme que Sofía sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—A largo plazo —dijo él, con una voz que no admitía réplica— estaremos muertos. Caspian no quiere la verdad. Quiere una excusa para declararnos traidores. Si le damos una historia absurda sobre mundos paralelos y piedras que hablan y terremotos que matan arquitectas, se reirá en nuestra cara y nos mandará a la horca antes de que podamos despedirnos.

—No es absurda —protestó Sofía, aunque su voz sonó más débil de lo que quería—. Es real. Es lo que pasó.

—Lo sé —dijo Kaelen, y por un instante su rostro se suavizó—. Yo te creo. Thurmond te cree. Hasta Gato te cree y ese animal no se cree ni su propio reflejo. Pero Caspian no es ninguno de nosotros.

Necesita una historia coherente. Una que pueda digerir. Una que pueda tragar sin atragantarse.

—¿Y qué historia coherente? —preguntó Sofía, desafiante—. ¿Que soy Elara pero que me golpeé la cabeza y cambié? ¿Esa historia?

—Esa misma —respondió Kaelen, asintiendo—. Funcionó con Thurmond. Funcionó con Borin. Funcionó con la mayoría del castillo al principio.

Sofía enarcó una ceja.

—Funcionó porque ellos querían creerla y duró muy poco, algunos ni un día —replicó Sofía, dando un paso hacia él—. Caspian no quiere creer nada que no le favorezca. Es como un gato con un ratón: solo cree en su propio hambre.

—Entonces le daremos una historia que le favorezca —insistió Kaelen—. Le diremos que eres Elara, que el accidente del caballo te cambió, que ahora eres más... decidida. Esa historia no amenaza su poder. No le da excusas para atacarnos.

—Pero es mentira —dijo Sofía, y su voz tembló ligeramente—. Es mentira. Y yo no... yo no quiero ser Elara. No quiero fingir ser alguien que no soy.

Kaelen dio un paso más. Estaban tan cerca que Sofía podía sentir el calor de su cuerpo y el olor a cuero y a acero que siempre lo acompañaba. Levantó la mano y le apartó un mechón de pelo de la mejilla, con una suavidad que contrastaba con la dureza de sus palabras.

—Sofía —dijo, en voz baja—. No te pido que dejes de ser quien eres. Solo te pido que finjas. Unas horas. El tiempo suficiente para salir de esta ciudad con vida.

—¿Y luego?

—Luego volvemos a Roca Negra. Y allí eres Sofía. La que despierta. La que habla con las piedras. La que... —Se detuvo, como si buscara las palabras adecuadas—. La que me robó el sueño y no quiere devolvérmelo.

Sofía sintió que el corazón se le encogía. El afecto guerreaba con la dignidad. La prudencia con la terquedad.

—No quiero —dijo, aunque su voz sonó menos firme que antes—. No quiero fingir. No quiero ser Elara. No quiero...

—Sofía —la interrumpió Kaelen, y su voz fue un susurro—. Por favor. Por una vez, hazme caso.

El «por favor» fue su perdición. Kaelen no decía «por favor» nunca. Kaelen ordenaba, exigía, gruñía. Pero no pedía. Y aquella vez, con aquella palabra, Sofía supo que no estaba negociando con el Carnicero de las Montañas Negras. Estaba negociando con un hombre que tenía miedo. Miedo de perderla. Miedo de que la verdad los sepultara antes de que pudieran escapar.

—De acuerdo —dijo al fin, con un suspiro que pareció salir de lo más hondo de su pecho—. Fingiré. Seré Elara. Pero solo esta vez. Y solo porque me has dicho «por favor» y eso ha sido tan raro que me has dado penita.

Kaelen enarcó una ceja.

—¿Penita?

—Penita. Es una palabra de mi mundo. Significa «lástima mezclada con ternura». No intentes entenderla. Solo acepta que has ganado esta batalla.

—No es una batalla —respondió Kaelen, y por un instante esbozó algo parecido a una sonrisa—. Es una tregua.

—Una tregua —corrigió Sofía—. Pero con condiciones.

—¿Condiciones?

—Cuando volvamos a Roca Negra, me pondrás un cartel en cada pasillo con una flecha que diga «tú estás aquí» para que no me pierda. Y me comprarás un gato más. Uno blanco, para que Gato tenga compañía.

—¿Un gato blanco?

—Sí. Y lo llamaremos Nieve. Para darle un toque de color a tanta piedra gris.

Kaelen negó con la cabeza, pero Sofía vio que sus ojos brillaban.

—Trato hecho —dijo.

—Trato hecho —repitió ella.

Se quedaron en silencio un momento, los frentes juntas, las respiraciones entremezclándose. El viento de la mañana seguía entrando por la ventana, trayendo consigo el ruido lejano de la ciudad que despertaba. Gato no estaba allí para presenciar la escena —Gato se había quedado en Roca Negra, probablemente ocupando la cama de Kaelen y soñando con atunes voladores—, pero Sofía sintió su presencia como una caricia en la nuca.

—Seré Elara —dijo ella, separándose apenas un centímetro—. Pero solo porque te quiero. Y porque si no lo hiciera, estarías de mal humor todo el viaje de vuelta.

—Siempre estoy de mal humor —respondió Kaelen.

—Lo sé. Por eso te quiero.

Kaelen rio. Fue una risa corta, sorprendida, como si no estuviera acostumbrado a hacerlo. Sofía pensó que era el sonido más bonito del mundo.

—Prepara las maletas —dijo él—. Nos vamos a la corte. A fingir.

—A sobrevivir —corrigió Sofía.

—Eso también.

Y mientras se vestían con las ropas de gala que habían traído para la ocasión, Sofía no pudo evitar preguntarse cuánto duraría aquella farsa. Cuánto tiempo podría fingir ser alguien que no era. Y si, al final, la verdad no terminaría imponiéndose por sí sola, como la piedra que se desprende de la montaña y arrastra todo a su paso.

—Kaelen —dijo, mientras se ajustaba el corpiño azul—. ¿Y si nos descubren?

Kaelen se volvió hacia ella, con la túnica negra a medio abrochar.

—Entonces nos inventamos otra mentira —respondió—. Y luego otra. Y luego otra. Hasta que consigamos salir.

—¿Eso es un plan?

—Es lo único que tenemos.

Sofía sonrió.

—Pues vale —dijo—. Vamos a mentir.

Y salieron de la habitación cogidos de la mano, con la determinación de quien se enfrenta a un ejército sin espada y la esperanza de que las mentiras, a veces, pesan menos que las verdades.

CAPÍTULO 22: INTRIGAS EN LA CAPITAL

Llegaron a Valdorien dos días después, con el sol oculto tras una capa de nubes grises que parecían presagiar tormenta. La ciudad se extendía ante ellos como una herida abierta: calles estrechas, edificios apiñados, un olor a humedad y a miseria que se colaba por las rendijas de la armadura de Kaelen y le provocaba un ceño más fruncido de lo habitual.

Sofía cabalgaba a su lado, con el vestido azul que Lina le había preparado para la ocasión, el mismo que llevó en la fiesta de Roca Negra, pero con menos escote y más encajes, porque «en la corte hay que parecer decente aunque por dentro estés planeando matar a alguien» y una expresión que Kaelen conocía bien. Era la expresión que ponía cuando algo le parecía una estupidez, pero no podía cambiarlo. Como el sistema métrico imperial. O los corpiños sin cremallera.

—Huele mal —dijo Sofía, tapándose la nariz con la manga—. Muy mal. ¿Siempre huele así?

—Sí —respondió Kaelen, sin apartar la vista del camino—. La capital es así. La gente se acostumbra.

—No me voy a acostumbrar. Voy a estar todo el tiempo que dure esto con un pañuelo en la cara. Pareceré una bandolera.

—Eso llamaría la atención.

—Todo llama la atención. Soy la esposa del Carnicero de las Montañas Negras y, según tengo entendido, una posible impostora. Creo que lo del pañuelo va a ser lo de menos.

Kaelen guardó silencio. La recordaba la conversación de la mañana antes de salir: Sofía insistiendo en decir la verdad, él negándose, ella cediendo a regañadientes, el ambiente cargado de una tensión que no se había disipado ni siquiera después de dos días de viaje. Ella seguía enfadada. O no enfadada, exactamente. Molesta. Como cuando un obrero le hacía caso omiso y ella tenía que repetir la orden tres veces antes de ser obedecida.

—¿Sigues enfadada? —preguntó Kaelen, en voz baja.

—No estoy enfadada —respondió Sofía, con un tono que indicaba exactamente lo contrario—. Estoy... decepcionada. Contigo. Conmigo. Con el mundo. Sientes.

—¿Puedo hacer algo?

—Sí. Cambiar de opinión y dejar que diga la verdad.

—No puedo.

—Pues entonces no.

El caballo de Sofía resopló, como si estuviera de acuerdo con ella. Kaelen maldijo en silencio. Luego siguió cabalgando.

El palacio real era una mole de piedra blanca y torres puntiagudas que parecía sacada de un cuento de hadas que hubiera salido mal. Los soldados de la entrada, ataviados con armaduras relucientes y caras de no haber dormido bien, los franquearon el paso sin mediar palabra, aunque sus ojos se clavaron en Sofía con una intensidad que a Kaelen le hizo poner la mano sobre la espada.

—No —murmuró Sofía, sin volverse—. No saques la espada. No hemos llegado ni a la puerta principal.

—Me miraban mal.

Dios, parecía un niño y esa faceta le gustó, aunque no pensase decirlo jamás en voz alta.

—Siempre te miran mal. Es tu cara. Cuando sonríes, da más miedo.

—No sonrío.

—Eso es lo que digo.

Un ujier, que era un funcionario de palacio, de rostro impasible los condujo a través de un laberinto de pasillos alfombrados y salas vacías hasta una antesala donde otros cortesanos esperaban turno para besar el anillo del rey. Sofía contó al menos veinte cabezas: nobles de rostros duros, damas de vestidos recargados que parecían pasteles de boda, clérigos de túnicas oscuras y algún que otro militar con condecoraciones que no le sonaron a méritos reales.

—Vaya colección de bichos —murmuró Sofía, sin mover los labios.

—No hagas comentarios —susurró Kaelen—. Todavía.

—¿Puedo pensar comentarios?

—Puedes. Pero no en voz alta.

—Entonces estoy pensando que el de la derecha parece un hurón con peluca.

Kaelen apretó los dientes. Aquella mujer iba a ser su perdición.

Entre los cortesanos destacaba una figura alta, esbelta, con el pelo negro recogido en un moño bajo y un vestido de terciopelo granate que le marcaba la cintura como un corsé de madera. Cuando se volvió, Sofía vio sus ojos: verdes, afilados, inteligentes. Le recordaron a los de Gato cuando estaba a punto de tirar un vaso de la mesa.

—Lady Seraphine —murmuró Kaelen, y su voz sonó tan tensa como la cuerda de un arco.

—¿Quién es? —preguntó Sofía.

—Una noble de la corte. Prima lejana de Caspian. Dicen que maneja los hilos del palacio desde que su primo se sentó en el trono.

—¿Maneja los hilos? ¿Es una especie de titiritera?

—Peor. Es una especie de araña. Teje y no perdona.

Sofía sintió la mirada verde de Lady Seraphine posarse en ella como un insecto en la piel. La mujer sonrió, una sonrisa que no llegaba a sus ojos, y se acercó con paso firme y caderas que se movían como las de un felino acechando a su presa.

—Lord Kaelen —dijo, con una voz tan melosa que empalagaba—. Qué honor tenerle de vuelta. Y esta debe de ser su famosa esposa. Lady Elara, supongo.

—Sofía —corrigió ella, antes de que Kaelen pudiera abrir la boca.

Acababa de meter la pata a lo grande.

El silencio que siguió fue tan denso que se oyó el tintineo de las joyas de una dama cercana. Kaelen la miró con una mezcla de

horror y resignación. Sofía sostuvo la mirada de Lady Seraphine sin pestañear.

—Sofía —repitió la mujer, como si probara un vino nuevo—. Qué nombre tan... original. ¿No era Elara, su nombre de pila?

—Sofía es mi segundo nombre, pero sí, soy Elara. —respondió Sofía, encogiéndose de hombros—. Prosiga, por favor.

Kaelen carraspeó. Sofía lo ignoró.

—Me alegra conocerla, lady Elara —dijo Seraphine, y su sonrisa se ensanchó—. He oído tantas cosas sobre usted. Que habla con las piedras. Que ha reformado el castillo de Roca Negra por completo. Que derrumbó un desfiladero sobre cincuenta mercenarios sin matar a nadie. Es usted una mujer de recursos.

—Soy una admiradora de la arquitectura —respondió Sofía—. Los recursos son mi especialidad.

—Mmmm admiradora —repitió Seraphine, como si aquello confirmara una sospecha—. Qué curioso. Las damas nobles de Monteverde no suelen estudiar arquitectura.

—Las damas nobles de Monteverde no —respondió Sofía, devolviéndole la sonrisa—. Siempre he tenido una curiosidad innata desde niña.

El silencio volvió a caer sobre el grupo. Esta vez fue Lady Seraphine la que parpadeó, descolocada. Kaelen, a su lado, emitió un sonido que podría haber sido un suspiro o un gruñido, Sofía no supo diferenciarlo.

—Casi pareces de otro mundo —dijo la mujer, recuperando la compostura—. Qué interesante. Hablaremos de eso más adelante,

lady Elara. Me encantaría conocer su... historia.

—Será un placer —respondió Sofía, aunque sus ojos decían todo lo contrario.

Lady Seraphine se alejó con la misma elegancia felina con la que había llegado, dejando tras de sí un rastro de perfume de rosas y una advertencia tácita. Kaelen esperó a que estuviera fuera del alcance del oído para girarse hacia Sofía con una expresión que mezclaba la desesperación y la admiración.

—Casi has dicho que eras de otro mundo —dijo, con voz contenida.

—Sí.

—La habíamos quedado en que ibas a fingir ser Elara.

—Lo sé.

—¿Y por qué casi has dicho que eras de otro mundo?

—Porque me ha salido del alma —respondió Sofía, encogiéndose de hombros—. Y porque esa mujer tiene cara de saber más de lo que debería. Si ya lo sospecha, ¿para qué mentir?

—Para ganar tiempo.

—El tiempo se acaba, Kaelen. Ella lo sabe. Yo lo sé. Tú lo sabes. A estas alturas, fingir que soy Elara es como ponerse una venda en los ojos y esperar no chocarse con una pared.

Kaelen guardó silencio. Sus dedos, apoyados sobre la empuñadura de la espada, tamborilearon un momento antes de detenerse.

—No vuelvas a hacerlo —dijo al fin.

—No prometo nada.

—Sofía...

—Kaelen —lo interrumpió ella, bajando la voz—. Te quiero. Pero no puedo ser alguien que no soy. No durante mucho tiempo. Si esta mujer quiere saber la verdad, que la sepa. Y que haga con ella lo que quiera.

Kaelen la miró fijamente. Luego, sin decir nada, le cogió la mano y la apretó con fuerza.

—Vamos —dijo—. La audiencia nos espera.

La audiencia con Caspian fue tan breve como incómoda. El nuevo rey ocupaba un trono de oro macizo que debía de pesar tanto como un caballo, y a su alrededor se arremolinaban cortesanos que asentían a cada palabra que salía de sus labios como si fueran mandamientos divinos.

Caspian era un hombre alto, bien parecido, con el pelo rubio peinado hacia atrás y una barba recortada al milímetro. Sus ojos, de un azul pálido, recorrieron a Sofía de arriba abajo con una lentitud que a Kaelen le hizo apretar los puños.

—Lady Sofía —dijo el rey, con una voz que pretendía ser cálida pero que sonaba falsa—. O lady Elara. ¿Cómo debo llamarla?

—Elara —respondió ella, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Lady Elara, pues —Caspian sonrió, aunque su sonrisa tenía algo de tiburón—. Me han llegado rumores muy interesantes sobre usted.

Dicen que no es de este mundo.

—No es cierto —dijo Sofía, sin inmutarse.

El murmullo que recorrió la sala fue unánime. Caspian enarcó una ceja.

—¿Y por qué debería creerla?

—Porque no tengo motivos para mentir —respondió Sofía—. Mentir es cansado. Y yo ya estoy bastante cansada como para añadir más trabajo a mi día.

Kaelen, a su lado, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no llevarse la mano a la cara. Aquella mujer iba a ser su perdición. Pero también, pensó mientras observaba a los nobles boquiabiertos, su orgullo.

—Lady Elara —dijo Caspian, recuperando la compostura—. Sea como sea, le agradezco su sinceridad. Eso es algo que se valora en esta corte.

—Sí, es algo universal. —respondió ella.

El rey no supo qué responder, así que se limitó a asentir y a despedirlos con un gesto de la mano. Mientras salían del salón del trono, Sofía sintió la mirada de Lady Seraphine clavada en su nuca como una espada.

—Gracias —murmuró Kaelen, cuando llegaron a la habitación—. Por no decir la verdad.

—Fue lo correcto —respondió Sofía, sentándose en la cama con un suspiro—. Y aunque no lo fuera, ya está hecho. Ahora solo nos queda esperar.

—¿Esperar qué?

—Que la mentira nos salve el culo.

Kaelen se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Eres una terca, Sofía.

—Lo sé. Es mi encanto.

Y mientras la noche caía sobre la capital, Sofía apretó el colgante de piedra contra su pecho y esperó.

CAPÍTULO 23: EL HECHIZO ROTO

La cena de estado fue un acontecimiento tan aburrido como peligroso, una combinación difícil de lograr que solo la corte de Caspian parecía dominar a la perfección.

Sofía lo supo en cuanto cruzó las puertas del gran salón del trono, reconvertido en comedor para la ocasión: cien invitados, mesas de roble barnizado que reflejaban la luz de las velas como espejos turbios, manteles de lino blanco tan almidonados que crujían al menor roce, y una vajilla de plata que debía de valer más que todo el presupuesto anual de Roca Negra. Los candelabros de hierro forjado colgaban del techo abovedado como arañas metálicas, y en las paredes, tapices de dos metros de altura representaban batallas que Sofía no se molestó en identificar.

Se sentó junto a Kaelen, en el extremo izquierdo de la mesa principal, donde la luz de las velas apenas llegaba y las sombras se alargaban como dedos acusadores. A su derecha, un anciano de barba blanca la ignoró durante todo el primer plato; a su izquierda, una dama joven con un vestido tan ajustado que parecía a punto de reventar no dejaba de susurrar cosas al oído de su acompañante sin apartar la vista de Sofía.

—Están mirando —murmuró Sofía, sin mover los labios, mientras los criados servían una sopa de frutos secos que olía a canela y a algo que no supo identificar.

—Siempre miran —respondió Kaelen, con la misma inexpresividad —. Sospechan que vienes de otro mundo. Has hablado delante de medio centenar de nobles. ¿Qué esperabas? ¿Que te ofrecieran un puesto en el consejo?

—Esperaba al menos algo de emoción. Pero esto es soporífero.

—La emoción llegará. Confía en mí.

Sofía no respondió. Probó la sopa con desgana, encontró que estaba demasiado dulce y dejó la cuchara a un lado antes de que el criado terminara de llenarle el plato. A su alrededor, los cortesanos comían con una parsimonia que parecía ensayada, levantando las copas de vino en brindis vacíos y sonriendo con sonrisas que no llegaban a sus ojos.

Parecen muñecos, pensó Sofía. *Muñecos de porcelana que se mueven con cuerdas.*

El segundo plato fue un estofado de jabalí tan recargado de especias que apenas se distinguía la carne. Sofía lo probó por compromiso y lo dejó a un lado. El hambre no era su problema; era la tensión acumulada en el estómago, como una piedra que no terminaba de asentarse.

—No comes —observó Kaelen, con el ceño fruncido.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer. Si desfalleces, parecerá que estás enferma.

—Pues que parezca que estoy enferma. Así tal vez nos dejen ir antes.

—No nos van a dejar ir antes. Caspian quiere espectáculo.

Sofía levantó la vista hacia la cabecera de la mesa, donde el rey ocupaba un sitial más alto que el de todos los demás, flanqueado por dos damas de compañía que le susurraban algo al oído entre bocado y bocado. Caspian asentía de vez en cuando, y su mirada, de un azul pálido que parecía desvaído, recorría la sala con la lentitud de un depredador que cuenta sus presas.

—Ese hombre me da mal rollo —murmuró Sofía.

—A todo el mundo le da mal rollo —respondió Kaelen—. Pero nadie se atreve a decirlo.

—Yo me atrevo.

—Lo sé. Por eso te quiero.

Sofía se quedó callada. Aquellas palabras, dichas en voz baja, en medio de una corte hostil, le calentaron el pecho más que cualquier estofado.

Lady Seraphine se acercó a ellos al final del segundo plato, cuando los criados ya estaban recogiendo las fuentes vacías y preparando el terreno para el postre. La mujer vestía un traje de terciopelo verde oscuro que combinaba a la perfección con el color de sus ojos, y llevaba en el cuello un collar de perlas que parecían gotas de leche congelada.

—Lady Sofía —dijo, con su voz dulce y venenosa, esa voz que a Sofía le recordaba a la miel cuando se deja caer sobre un cuchillo—. ¿Le está gustando la cena?

—Mucho —mintió Sofía, con una sonrisa que esperaba resultara creíble—. El jabalí está exquisito.

Se dio cuenta de su error, había contestado con el nombre de Sofía y se odió por ello. Maldita sea.

—Me alegra. El cocinero mayor se ha esmerado. Sabe que tiene invitados importantes.

—Yo no soy importante —respondió Sofía, con humildad fingida—. Solo una esposa de un lord del norte.

—No se subestime, lady Elara —dijo Lady Seraphine, y su sonrisa se ensanchó lo justo para mostrar los dientes—. Hay muchas personas interesadas en usted. En su historia. En su... otro mundo.

Sofía sintió que el corazón se le aceleraba, pero se obligó a mantener la calma.

"Respira Sofía, respira"

—Mi mundo es el mismo que el suyo —respondió, encogiéndose de hombros—. Campo, hombres peleando. Es bastante aburrido, la verdad.

—Ya, por supuesto.

Lady Seraphine rio. Era una risa suave, melodiosa, que a Sofía le puso los pelos de punta.

—Me encanta su sentido del humor, lady Elara. Es usted una mujer muy... peculiar.

—Peculiar es una palabra bonita. La mía es «rara». Pero bueno, cada cual tiene sus cruzadas.

La mujer se quedó mirándola un momento, como si estuviera tomando medidas para un traje que no pensaba coser. Luego se

volvió hacia Kaelen y su sonrisa cambió, volviéndose más afilada, más peligrosa.

—Lord Kaelen —dijo—. He oído que en Roca Negra se habla de profecías. De una «que despierta». ¿Tiene algo que ver con su esposa?

Kaelen la miró sin pestañear.

—En Roca Negra se habla de muchas cosas —respondió—. La mayoría son mentira.

—¿Y esto también?

—Todo puede ser mentira, si uno se lo propone.

Lady Seraphine inclinó la cabeza, como un pájaro que examina una lombriz antes de picotear.

—Veremos.

Y se alejó, dejando tras de sí un rastro de perfume de rosas y una amenaza silenciosa.

El postre fue una tarta de manzana que Sofía no probó. Kaelen tampoco. Los dos permanecieron sentados, en silencio, mientras los criados retiraban los platos y los nobles empezaban a desperezarse, a levantarse de las sillas, a formar grupos de conversación en los rincones del salón.

—Quiere hacer algo —dijo Sofía, en voz baja.

—Ya lo sé.

—¿Sabes el qué?

—No. Pero no va a ser bueno.

—Siempre tan optimista.

—Soy realista.

El golpe llegó al final de la cena, cuando los criados ya habían servido el vino de la sobremesa y los nobles empezaban a relajarse, a reír, a olvidar que estaban en presencia del hombre que había asesinado a su propio hermano para sentarse en el trono.

Lady Seraphine se acercó a la mesa principal con un grupo de nobles a cuestas, entre ellos el conde de Ashworth, la dama Violet y un clérigo de túnica negra que Sofía no había visto en toda la noche. El clérigo llevaba un colgante de plata en forma de espiral —el mismo símbolo que ella había visto en las mazmorras de Roca Negra — y sus ojos, de un marrón tan oscuro que parecían negros, la miraban con una intensidad que le heló la sangre.

—Lady Elara —dijo Lady Seraphine, elevando la voz lo suficiente para que todos los presentes la oyeran—. He estado pensando en su historia, la que cuentan y cuchichean. La de otro mundo. Y me gustaría compartirla con los presentes. ¿Le importa?

Sofía se levantó lentamente, sintiendo las miradas de todos los nobles clavadas en ella como agujas.

—Depende de la historia —respondió, con una calma que no sentía.

—La historia de su poder. El que le permite hablar con las piedras. Dicen que es capaz de sentir las grietas antes de que aparezcan, de ver el interior de los muros como si fueran de cristal. ¿Es cierto?

—Más o menos —respondió Sofía, encogiéndose de hombros—. A veces la piedra habla claro. Otras, susurra. Depende de su humor.

—¿El humor de la piedra? —Lady Seraphine enarcó una ceja—. ¿Las piedras tienen humor?

—Las piedras tienen memoria. Y la memoria tiene emociones. Es complicado.

—Explíquenoslo. Aquí, delante de todos.

Sofía sintió que Kaelen se tensaba a su lado. Su mano, apoyada sobre el brazo de la silla, se cerró alrededor de la madera con una fuerza que hacía presagiar lo peor.

—No sé si esto es el momento adecuado —dijo Sofía, con una sonrisa conciliadora—. La cena ha sido larga. La gente está cansada. Quizás otro día...

—No —la interrumpió Lady Seraphine, y su voz sonó tan cortante como un cuchillo—. Queremos verlo ahora. Queremos ver a la mujer que habla con las piedras. Queremos ver a la que despierta.

El murmullo que recorrió la sala fue unánime. Sofía sintió que el suelo se abría bajo sus pies, pero se obligó a mantener la compostura.

—No soy un espectáculo de feria —dijo, con firmeza—. No voy a ponerme a hablar con las paredes para entretener a nadie.

—No es para entretener —intervino el clérigo, con una voz grave que parecía salir de una tumba—. Es para confirmar. Los rumores sobre usted han llegado muy lejos, lady Elara. La gente habla. La gente pregunta. Y nosotros necesitamos saber si lo que dicen es verdad.

—¿Por qué? —preguntó Sofía, desafiante.

—Porque si es verdad, usted es más peligrosa que un ejército. Y si no lo es, es una impostora que merece castigo.

El silencio que siguió fue tan denso que se oía el crepitar de las velas en los candelabros. Sofía sintió que la respiración se le entrecortaba y que el colgante de piedra, bajo el vestido, empezaba a calentarse.

—No voy a hacer nada —dijo al fin—. No soy un animal amaestrado.

—No le pedimos que haga nada —respondió Lady Seraphine, con una sonrisa—. Solo que toque la pared. La pared del fondo. Dicen que cuando una maga de tierra toca la piedra, esta reacciona. ¿Puede demostrarlo?

Sofía miró la pared. Era una pared de piedra caliza, de un tono gris pálido, con vetas de cuarzo que brillaban débilmente a la luz de las velas. Parecía inofensiva. Pero Sofía sabía que las paredes, como las personas, podían guardar secretos.

—De acuerdo —dijo, y antes de que Kaelen pudiera detenerla, se acercó a la pared.

El silencio era absoluto. Todos los nobles contenían la respiración. Kaelen, a unos pasos de distancia, tenía la mano sobre la empuñadura de la espada y el rostro pálido. Sofía apoyó la palma de la mano sobre la piedra.

Y entonces ocurrió.

No fue como otras veces. No fue un susurro, ni un eco, ni una visión nítida. Fue un rugido. Un rugido que le atravesó el brazo, el

pecho, la cabeza, y que la hizo tambalearse. La piedra le mostró el pasado de aquella pared: los hombres que la habían construido, los nobles que se habían apoyado en ella, las conspiraciones que se habían urdido a su sombra. Pero también le mostró algo más. Algo que no esperaba. Un hechizo. Un hechizo tejido en la propia piedra, oculto en las vetas de cuarzo, que latía como un corazón enfermo.

Sofía quiso apartar la mano, pero no pudo. Sus dedos estaban pegados a la piedra como si estuvieran soldados.

—¡Sofía! —gritó Kaelen, y ella lo oyó como desde el fondo de un túnel.

La piedra rugió más fuerte. El hechizo se activó, y Sofía sintió cómo algo la recorría, cómo algo la examinaba desde dentro, cómo algo la juzgaba.

—No soy una impostora —susurró, con los dientes apretados—. No soy...

La piedra se abrió.

Literalmente. Una grieta apareció en la pared, una grieta que no estaba antes, que se extendió como un relámpago desde la mano de Sofía hasta el suelo. Los nobles gritaron. Alguien lloró. Lady Seraphine sonrió.

—Ya ven —dijo, con voz triunfal—. No controla su poder. Es peligrosa. Una amenaza para todos nosotros.

Sofía se dejó caer de rodillas, con la mano aún pegada a la piedra, y sintió que el colgante se calentaba como una brasa.

Kaelen la alcanzó en dos zancadas, le apartó la mano de la pared y la levantó del suelo como si pesara una pluma. Su rostro era una

máscara de furia contenida.

—No la toquéis —gruñó a los nobles, que se habían acercado como buitres—. Es mi esposa. Y volvemos a casa.

—Lord Kaelen —dijo Caspian, levantándose de su sitial—. Su esposa acaba de agrietar una pared. Una pared del palacio. ¿No le parece eso motivo suficiente para retenerla?

—No —respondió Kaelen, con voz cortante—. Es una maga de tierra. Las magas de tierra agrietan paredes. Es su trabajo.

—¿Su trabajo? —Caspian enarcó una ceja—. ¿Desde cuándo agrietar paredes es un trabajo?

—Desde que hay magia. Pero como usted no entiende de magia, no voy a perder el tiempo explicándoselo.

El rey abrió la boca para responder, pero Lady Seraphine se adelantó.

—Déjelos ir —dijo, y su voz era un susurro que, sin embargo, se oyó en toda la sala—. Ya hemos visto lo que queríamos ver. Lady Elara es peligrosa. Pero no más de lo que esperábamos.

Caspian la miró un momento, luego asintió.

—Largo —dijo—. Largo de mi corte. Y no volváis.

Kaelen no esperó a que se lo repitieran. Cogió a Sofía en brazos, seguía temblando, con la mano derecha enrojecida y dolorida y salió del salón con paso firme. Los nobles se apartaron a su paso como el mar ante una tormenta.

En la habitación, ya de madrugada, Sofía se sentó en el borde de la cama y se miró la mano. La piel estaba irritada, pero no quemada. El colgante, bajo el vestido, seguía caliente.

—He roto una pared —dijo, con voz de incredulidad.

—Has roto una pared —confirmó Kaelen, sentándose a su lado.

—Era un hechizo. Había un hechizo en la piedra. Lo he sentido. Alguien lo puso allí para... no sé, para probarme.

—Lady Seraphine —dijo Kaelen, con el ceño fruncido—. Seguro.

—Pero ¿por qué?

—Para asustarte. Para que perdieras el control. Para que todos te vieran como una amenaza.

—Lo han conseguido.

—Sí. Pero no importa.

—¿Cómo que no importa? —Sofía se volvió hacia él—. Acabo de agrietar una pared del palacio real delante de medio centenar de nobles. Caspian nos ha echado. Lady Seraphine tiene lo que quería.

—Tiene lo que quería —admitió Kaelen—. Pero no puede usarlo. Porque los nobles que estaban allí también han visto algo más: que Caspian tiene miedo. Que necesita de una maga para sentirse seguro. Eso, Sofía, es más peligroso para él que cualquier pared agrietada.

Sofía se quedó en silencio, procesando sus palabras.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Por eso nos ha dejado ir. Porque si nos quedábamos, su debilidad sería evidente.

—Eres muy listo para ser tan borde.

—Lo sé. Es mi encanto.

Sofía sonrió.

—Nos vamos, ¿verdad?

—Mañana al amanecer. A Roca Negra. A casa.

—A casa —repitió ella, y la palabra le sonó a miel.

Kaelen le cogió la mano herida y la besó con suavidad.

—Descansa —dijo—. Mañana será un día largo.

—¿Y Lady Seraphine?

—Lady Seraphine tendrá que conformarse con su pequeña victoria. Por ahora.

Sofía asintió y se dejó caer sobre la cama, sintiendo cómo el cansancio la vencía. El colgante de piedra, aún caliente, latía contra su pecho como un segundo corazón.

Hemos sobrevivido, pensó. *Otra vez.*

Pero mientras cerraba los ojos, no pudo evitar preguntarse cuántas veces más podrían sobrevivir. Y si, al final, la verdad que tanto había defendido no terminaría siendo su perdición.

ARCO 3: LA QUE DESPERTARÁ

CAPÍTULO 24: EL PESO DE LA PIEDRA

Salieron de Valdorien antes de que el sol coronara las murallas, con los caballos cansados y las almas aún más. La ciudad despertaba a sus espaldas como una bestia malhumorada, con sus olores a aguas sucias y pan rancio, sus campanas de iglesia llamando a maitines y sus soldados cambiando el turno de la guardia con bostezos mal disimulados.

Sofía cabalgaba en silencio. Llevaba las manos apoyadas sobre el cuello del caballo, la mirada perdida en el horizonte gris, y el colgante de piedra latía contra su pecho con un ritmo irregular, como si la piedra también estuviera enfadada. O cansada. O las dos cosas. O algo peor: como si estuviera tramando algo sin contarle a nadie.

A su lado, Kaelen iba igual de callado. No se habían dicho nada desde que abandonaron la habitación del palacio, y el silencio no era tenso ni incómodo, sino ese silencio de los que han pasado la noche en vela y aún no han decidido si merece la pena gastar energías en hablar.

Dain iba delante, con la mano vendada apoyada en la silla de montar y el ceño tan fruncido que parecía un acordeón. Jorund, el gigante calvo, cerraba la comitiva con un carro que chirriaba más que un fantasma encadenado, y Aldric y Varn flanqueaban los costados con las espadas a medio desenfundar, por si acaso. Borin había insistido en traer su carro de herramientas —«por si hay que arreglar algo por el camino, que de esto entiendo yo más que

vosotros de caballos»—, y ahora el viejo cantero dormitaba sobre un montón de picos y cinceles, con la barba al viento y la boca abierta.

—Este viaje es una mierda —murmuró Dain, sin volverse.

—Ya lo sé —respondió Kaelen.

—Y la cena de anoche fue una mierda.

—También lo sé.

—Y la corte es una mierda.

—Dain —lo interrumpió Kaelen—. ¿Vas a seguir?

—Sí, mi lord. Hasta que me duerma.

Sofía, que había estado escuchando sin prestar atención, esbozó una sonrisa cansada.

—¿Siempre ha sido tan optimista? —preguntó.

—Es su estado natural —respondió Kaelen—. Cuando no está quejándose, está enfadado.

—¿Y cuándo está enfadado?

—Quejándose.

Dain les lanzó una mirada por encima del hombro que pretendía ser fulminante pero que resultó simplemente cansada.

—Me alegra que os divirtáis a mi costa —gruñó—. Cuando os quedéis sin dedos, ya veremos quién se ríe.

—Ya nos hemos reído —dijo Jorund desde atrás—. Mucho.

—Cállate, Jorund.

—Me callo.

El carro de Borin dio un traspié y el viejo cantero se despertó sobresaltado, agarrando un cincel como si fuera una espada.

—¿Qué pasa? ¿Nos atacan?

—No, Borin —respondió Sofía—. Solo un bache.

—Ah. Pues avisad, que con estas herramientas podría defender el castillo yo solo.

Dain resopló.

—Con un cincel.

—Con un cincel bien afilado, sí. He visto cosas.

—Seguro.

El camino se alargó durante horas, atravesando llanuras pardas y bosques ralos, con el cielo gris cubriéndolo todo como una manta de lana sucia. Hicieron una parada al mediodía junto a un arroyo de aguas turbias, y los soldados se desperezaron mientras los caballos bebían y los hombres comían pan duro con queso pasado.

Sofía se apartó del grupo y se sentó en una roca, con las piernas colgando y la mirada perdida en el agua sucia. El colgante seguía caliente. Demasiado caliente.

—¿Estás bien? —preguntó Kaelen, apareciendo a su lado sin hacer ruido.

—No lo sé —respondió ella, sin volverse—. Creo que la piedra está intentando decirme algo.

—¿Qué?

—Que si lo supiera, no estaría aquí sentada como una idiota.

Kaelen se sentó a su lado. El viento movió las ramas de los árboles, y el sonido del agua corriendo llenó el silencio.

—Habla con ella —dijo—. Como haces siempre.

—¿Y si no quiere hablar?

—Entonces espera. Las piedras son pacientes.

—Eso suena a algo que diría Thurmond.

—Lo he aprendido de él.

Sofía apoyó la mano en la roca. No era la piedra del castillo, ni la de las mazmorras, ni la de la pared de la corte. Era una roca cualquiera, de las que hay a miles en cualquier camino, gris, anodina, sin historia que merezca ser contada. Pero el colgante se calentó aún más, y Sofía sintió un hormigueo en la palma.

Estoy aquí, susurró la piedra. No era la voz de la Madre. Era otra, más pequeña, más joven, más... cotidiana.

Lo sé —respondió Sofía en su pensamiento—. *Necesito saber qué pasó en la corte. Por qué la pared se abrió.*

No la abriste tú —dijo la piedra—. *El hechizo estaba mal puesto. La magia moderna no sabe respetar las vetas. La forzaron. Y tú... tú la rompiste.*

¿Yo? ¿Cómo?

Eres antigua, arquitecta. Tu magia no es de ahora. Viene de la Madre. Y la Madre no reconoce los hechizos nuevos. Los aplasta.

Sofía abrió los ojos de golpe. La roca seguía ahí, gris y anodina, como si no hubiera pasado nada. Pero Sofía sabía que había pasado. Mucho.

—La piedra me ha hablado —dijo, volviéndose hacia Kaelen—. Me ha dicho que el hechizo de la pared estaba mal puesto. Que mi magia... la de la Madre... lo rompe. Lo aplasta.

Kaelen la miró fijamente.

—¿Eso significa que puedes romper los hechizos de Lady Seraphine?

—Eso significa que Seraphine tiene un problema. Su magia no funciona conmigo.

—¿O con la piedra?

—Con la piedra. Y yo soy la piedra.

Kaelen estuvo un momento en silencio. Luego, para sorpresa de Sofía, esbozó una sonrisa.

—Eres un arma, Sofía.

—Soy una arquitecta.

—Eres un arma con martillo.

—Eso también.

La segunda noche del viaje acamparon en un claro del bosque, junto a un arroyo más limpio que el del mediodía. Dain preparó una hoguera con la pericia de quien ha dormido al raso más veces de las que recuerda, y los hombres se sentaron alrededor a calentarse las manos y a contar batallas. Jorund frotaba su barba trenzada con gesto ausente. Aldric, el muchacho nervioso, no dejaba de mirar hacia los árboles como si esperara ver bárbaros acechando entre las sombras. Varn afilaba su espada contra una piedra, y el sonido metálico se mezclaba con el crepitar del fuego y el rumor del agua.

Borin había desplegado sus herramientas sobre una manta, como un mercader ambulante mostrando su mercancía y las limpiaba una por una con un trapo embadurnado de aceite.

—Eso parece una obsesión —dijo Dain, señalando el cincel que Borin llevaba media hora frotando.

—Es mantenimiento —respondió Borin con dignidad—. Las herramientas que no se cuidan, se oxidan. Y las que se oxidan, no cortan. Y las que no cortan, no sirven. Y las que no sirven...

—Ya, ya. Entendido.

—Y las que no sirven, se tiran —continuó Borin, ignorándolo—. Y yo no tiro mis herramientas.

—Se nota.

Sofía se había apartado del círculo, sentada sobre un tronco caído, con Gato —aparecido de la nada en la primera parada, como

si hubiera estado siguiéndolos en secreto— enroscado en su regazo. El animal ronroneaba con la intensidad de un motor averiado, y Sofía le rascaba la cabeza sin pensar.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó en voz baja.

Gato parpadeó lentamente. Su expresión decía: *magia, humana, magia. No me hagas repetirlo.*

—Podrías haberte quedado en el castillo.

Gato ronroneó más fuerte. Su expresión decía: *y perderme el espectáculo, ni loco.*

—Eres...

Gato cerró los ojos.

—Eres un gato con mucho ego.

Gato abrió un ojo, la miró un momento y volvió a cerrarlo.

—Ya. Lo siento.

—¿Hablando con el gato otra vez? —preguntó Kaelen, apareciendo junto a ella con dos tazas humeantes.

—Siempre hablo con el gato —respondió Sofía, aceptando la taza —. Es mi psicólogo.

—¿Tu qué?

—Es una cosa de mi mundo. No importa.

Kaelen se sentó a su lado, apoyando la espalda en el tronco. El fuego iluminaba su perfil, resaltando las líneas de su mandíbula y la curva de la cicatriz en su mejilla. Sofía se quedó mirándolo un momento, sin querer, y luego apartó la vista.

—Tenemos que hablar —dijo Kaelen.

—Ya estamos hablando.

—De la guerra.

—Ah. Eso.

El silencio se instaló entre ellos, pero no era incómodo. Era un silencio de estrategia, de dos personas que se enfrentan a un problema y necesitan decidir cómo cargárselo.

—Si tu poder puede romper los hechizos de Seraphine —dijo Kaelen—, podemos usarlo.

—¿Para qué?

—Para desactivar sus defensas. Para abrir brecha en sus muros. Para que su magia deje de proteger a Caspian.

—¿Y si no funciona?

—Entonces nos matan.

—¿Y si funciona?

—También pueden matarnos. Pero al menos tendremos la satisfacción de haberles jodido un poco antes.

Sofía rio. Fue una risa corta, casi nerviosa, pero auténtica.

—Eres muy optimista hoy.

—Soy realista. Hay una diferencia.

—La diferencia es que ahora tengo una bazofia.

—¿Una bazofia?

—Un as en la manga. Un comodín. Un plan.

—¿Un plan?

—Un plan —dijo Sofía, y sus ojos brillaron—. Pero necesito que Dain deje de mirarme como si fuera a estropear algo.

—Dain mira a todo el mundo así. Es su cara.

—Su cara de pocos amigos.

—Eso.

Dain, desde el otro lado del fuego, levantó la vista y los miró con una expresión que no era de pocos amigos, sino de «¿qué estáis tramando sin mí?». Sofía le devolvió la mirada con una sonrisa que debía de ser de loca, porque Dain frunció el ceño y volvió a su estofado.

—Dain —lo llamó Kaelen—. Ven aquí.

El pelirrojo se levantó con un gruñido que era ya su forma de andar y se acercó a ellos, seguido de Jorund, Aldric y Varn, que no se querían perder la conversación. Hasta Borin dejó sus herramientas y se acercó, limpiándose las manos en el delantal.

—¿Qué pasa? —preguntó Dain.

—Sofía tiene un plan —dijo Kaelen.

—Dioses nos coja confesados —murmuró Dain.

—Gracias por la confianza —respondió Sofía, sin inmutarse—. Escuchad.

Y les contó lo que la piedra le había revelado. Que su magia era antigua, más antigua que los hechizos de Lady Seraphine, y que podía romperlos. Que la pared de la corte no se había agrietado por casualidad, sino porque su poder rechazaba la magia moderna. Y que, si lograba estar lo bastante cerca de Caspian o de Seraphine, podría desactivar sus defensas.

Los hombres la escucharon en silencio. Aldric tenía los ojos como platos. Varn no dejaba de afilar la espada, aunque ya estaba más que afilada. Jorund se rascaba la barba con una lentitud que resultaba hipnótica. Y Dain... Dain fruncía el ceño más de lo habitual, que ya es decir.

—¿Y si en vez de eso —dijo Borin de repente, levantando la mano como un escolar— les enviamos un cargamento de cal defectuosa para que se les caigan los muros ellos solitos?

El silencio que siguió fue tan denso que se oyó el crepitar del fuego. Los soldados intercambiaron miradas. Aldric contuvo una risa. Dain se quedó con la boca medio abierta.

—Borin —dijo Sofía al fin—, eso es... no es lo peor que he oído.

—¿En serio? —preguntó Borin, ilusionado.

—En serio. Pero Caspian no usa cal. Usa magia.

—Ah. Pues entonces no.

—Pues entonces no.

Borin asintió, algo decepcionado, y volvió a sus herramientas.

Dain lo miró un momento, luego negó con la cabeza y se volvió hacia Sofía.

—Supongamos que creemos que puedes romper hechizos —dijo —. ¿Cómo piensas acercarte lo suficiente a Seraphine? Está en la capital, rodeada de guardias y nobles que le lamen las botas.

—No tenemos que ir a la capital —respondió Sofía—. Caspian nos atacará a nosotros. Vendrá a Roca Negra. Y cuando venga, traerá a Seraphine con él.

—¿Y si no viene?

—Vendrá. Quiere probarme. Me vio agrietar la pared y ahora me tiene miedo. Y los que tienen miedo, atacan.

—O huyen —dijo Jorund.

—Caspian no huye. Caspian es un cobarde con poder. Los cobardes con poder no huyen; mandan a otros a luchar.

El silencio que siguió fue de aprobación general.

—De acuerdo —dijo Dain al fin—. Tengamos un plan. ¿Y ahora qué?

—Ahora volvemos a Roca Negra —respondió Kaelen—. Reforzamos las defensas. Preparamos a los soldados. Y esperamos.

—¿A esperar qué? —preguntó Aldric.

—A que Caspian cometa el primer error.

—¿Y si no lo comete?

—Entonces Sofía le rompe los hechizos y le obliga a cometerlo.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Sofía sostuvo la mirada de todos, uno por uno.

—No sé si funcionará —dijo—. Pero si no lo intentamos, ya hemos perdido.

—Eso no es muy tranquilizador —murmuró Aldric.

—La guerra no es tranquilizadora, Aldric. La guerra es una mierda. Pero es la nuestra.

Esa noche, ya tarde, cuando los hombres se habían dormido alrededor del fuego y solo el centinela velaba en la oscuridad, Sofía no podía conciliar el sueño. El colgante seguía caliente, y la piedra le susurraba cosas que no lograba entender del todo.

Se levantó sin hacer ruido y se apartó del campamento, buscando un sitio a la luz de la luna donde poder pensar. Gato, por supuesto, la siguió.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó, sentándose en una roca—. ¿Será verdad que puedo romper hechizos o solo es una ilusión de la piedra?

Gato se sentó frente a ella, la miró fijamente y empezó a lamerse una pata.

—Muy útil. Gracias.

Gato se lamió la otra pata.

—Eres muy mal animador. Te lo he dicho antes y te lo repito ahora.

Gato parpadeó, y por un instante sus ojos amarillos parecieron brillar con una luz que no era reflejo de la luna. Luego se levantó, se acercó a ella y se sentó sobre sus pies.

—¿Qué haces?

Gato no respondió. Solo se quedó ahí, ronroneando, con el peso de su cuerpo caliente aplastándole los dedos.

—¿Esto es un abrazo felino?

Gato ronroneó más fuerte.

—Eres un bicho raro.

Gato cerró los ojos.

Sofía se quedó mirando el cielo, con la luna llena asomando entre las ramas de los árboles y las estrellas brillando con una intensidad que nunca había visto en Madrid. Gato en sus pies, el colgante en su pecho y en algún lugar más allá de las colinas, Kaelen durmiendo junto al fuego.

—No voy a confesar nada —dijo en voz baja, como si la piedra pudiera oírla—. Solo voy a decir que estoy jodidamente cansada.

Gato ronroneó.

—De la guerra. De mentir. De fingir que soy Elara. De que Seraphine me mire como si fuera un bicho raro. De que Caspian me

tenga miedo. De que Kaelen no sepa decir lo que siente. De todo.

Gato abrió un ojo.

—Y de ti también —añadió Sofía—. Eres un gato o lo que sea.

Gato cerró el ojo.

—Pero eres mi gato o lo que sea.

Gato ronroneó con satisfacción.

—Y no pienso dejar que Caspian ni Seraphine ni nadie nos quiten esto. El castillo. La guerra. A Kaelen. A ti. Esto es mío.

Gato no respondió. Pero su ronroneo se hizo más fuerte, y Sofía supo que estaba de acuerdo.

Al día siguiente, llegaron a Roca Negra.

El castillo se alzaba sobre el acantilado gris, con sus murallas reforzadas, sus contrafuertes nuevos y el pozo resplandeciente de agua limpia. Thurmond los esperaba en la puerta principal con una taza de té en la mano y una sonrisa que parecía decir «ya os lo decía yo», aunque no hubiera dicho nada.

—Bienvenidos a casa —dijo el anciano, con esa voz pausada que sonaba a biblioteca y a siglos de sabiduría.

—Gracias, Thurmond —respondió Sofía, desmontando con una mueca de dolor—. Duele todo.

—Es normal. Pasear por la corte duele más que las batallas. Las batallas se ganan. Las cortes nunca.

—Sabio.

—Lo sé. Por eso me pagan.

Sofía dejó que Lina la llevara a sus habitaciones —porque sí, seguía perdiéndose, aunque ya no necesitaba que la guiaran tanto— y se dejó caer en la cama sin quitarse las botas. Gato se enroscó a sus pies en dos segundos.

—No voy a confesar nada —dijo Sofía, mirando el techo—. Solo voy a dormir.

Gato ronroneó.

—Y mañana... mañana voy a ganar esta puta guerra.

Gato ronroneó más fuerte.

Y Sofía cerró los ojos.

En la puerta, Kaelen se quedó un momento apoyado en el marco, mirándola dormir. Luego, sin hacer ruido, cerró la puerta y se fue a la sala del consejo.

Había una guerra que preparar.

CAPÍTULO 25: EL GUARDIÁN DE LA PIEDRA

Kaelen no podía dormir.

No era nuevo. Llevaba treinta y seis años sin dormir bien y la guerra inminente no ayudaba precisamente. Caspian estaba al otro lado de las montañas con un ejército que les doblaba en número, Lady Seraphine tejía sus telarañas en la capital, y su esposa —la que despertaba, la que agrietaba paredes, la que le había robado el sueño de una forma mucho más literal de lo que le gustaría admitir — respiraba plácidamente a su lado, ajena a todo.

Pero aquella noche no podía dormir por una razón diferente.

Gato lo miraba.

Desde el alféizar de la ventana, con la luna llena iluminando su pelaje negro como un espejo de obsidiana, el animal lo observaba con esos ojos amarillos que parecían saberlo todo. No era la primera vez. Gato siempre miraba. Gato siempre estaba. En las mazmorras, en la cripta, en la biblioteca, en la cama, porque sí, el maldito bicho se había instalado a los pies de la cama como si fuera el dueño del castillo, Gato aparecía y desaparecía a voluntad, como si el tiempo y el espacio fueran sugerencias que podía ignorar a placer.

Pero aquella noche, la mirada de Gato era diferente. Más intensa. Más... urgente.

Kaelen se incorporó en la cama. Sofía no se movió. Dormía profundamente, con el pelo derramado sobre la almohada y el colgante de piedra brillando débilmente en su pecho. Llevaba días agotada, primero por la corte, luego por el viaje, luego por las interminables reuniones con los capitanes. Thurmond le había recetado «reposo absoluto», y Sofía se lo había tomado al pie de la letra: llevaba doce horas durmiendo.

Gato maulló. Fue un maullido bajo, casi un susurro, pero Kaelen lo oyó como si hubiera sido un grito.

—¿Qué quieres? —preguntó, en voz baja.

Gato saltó de la ventana al suelo con una agilidad que desmentía su tamaño. Se sentó frente a la puerta, lo miró, y luego volvió la cabeza hacia el pasillo.

—¿Quieres que te siga?

Gato parpadeó lentamente. Su expresión decía: *no, quiero que te quedes ahí sentado como un pasmarote. Claro que quiero que me sigas, idiota.*

Kaelen suspiró. Se puso la túnica gris de siempre, la que no necesitaba ayuda para abrocharse, y salió al pasillo descalzo. El suelo de piedra estaba frío, pero Gato no parecía importarle. Caminaba delante de él con paso firme, la cola en alto, como un general conduciendo a sus tropas a la batalla.

Bajaron las escaleras de la torre del homenaje. Atravesaron el patio de armas, vacío a aquellas horas, con la luna tiñendo las piedras de plata. Gato se detuvo frente a la puerta de las mazmorras —la misma que Sofía había abierto semanas atrás, la misma que ocultaba los símbolos y los secretos— y se sentó.

—¿Ahí abajo?

Gato maulló.

—¿Por qué?

Gato no respondió. Simplemente esperó, con esa paciencia infinita de los gatos, que es en realidad impaciencia disfrazada de dignidad.

Kaelen empujó la puerta.

La escalera de caracol se abría ante él, oscura como la boca de una bestia. Gato entró primero. Kaelen lo siguió.

Bajaron. Los escalones desgastados crujían bajo sus pies descalzos, y el eco de sus pasos resonaba en las paredes de piedra como latidos de un corazón enfermo. El aire era húmedo, frío, cargado de siglos de olvido.

Cuando llegaron a la sala circular, Gato no se detuvo. Atravesó la estancia como si la conociera de memoria —que probablemente era el caso, porque aquel gato parecía conocer cada rincón, cada grieta, cada secreto del castillo— y se dirigió a la puerta de la celda de los símbolos.

Kaelen lo siguió.

La celda estaba igual que la recordaba. El banco de piedra. El agujero en el suelo. Los símbolos en la pared. Y en el centro de la espiral más grande, la figura de la mujer con los brazos extendidos.

Gato se sentó frente a la pared y la miró. Kaelen no entendía qué hacía allí, ni qué esperaba encontrar, ni por qué sus pies lo habían

llevado hasta aquel lugar a medianoche, siguiendo a un gato que aparecía y desaparecía a voluntad.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Gato no respondió.

Pero entonces, desde la oscuridad de la escalera, llegó un sonido. Pasos. Pasos descalzos sobre la piedra, rápidos, ligeros, que bajaban sin miedo.

Kaelen se volvió.

Sofía apareció en el umbral de la celda, con el camisón de lino que le llegaba hasta las rodillas, el pelo revuelto y una expresión de confusión absoluta. En sus brazos, otro Gato. Exactamente igual. Mismo tamaño. Mismo pelaje negro. Mismos ojos amarillos.

—¿Kaelen? —preguntó ella, parpadeando—. ¿Qué haces aquí?

—Esa es mi pregunta —respondió él—. ¿Qué haces tú aquí?

—Me he despertado y... Gato no estaba en la cama. Me he asomado a la ventana y lo he visto bajar al patio. Luego ha entrado en las mazmorras. Y yo... pues le he seguido.

—El mío también.

Se miraron. Luego miraron a los dos Gatos, que se observaban mutuamente con una intensidad que a Kaelen le pareció escalofriante.

—Son dos —dijo Sofía.

—Son dos —corroboró Kaelen.

—Siempre lo han sido. Lo sabíamos…

—Parece que sí.

—¿Y cómo puede moverse dos a la vez? —preguntó Sofía.

—Tú te pierdes por los pasillos.

—Eso no tiene nada que ver.

—Tiene todo que ver.

Sofía resopló. Iba a decir algo, probablemente un insulto, pero los Gatos se movieron antes de que pudiera articular palabra.

Se acercaron el uno al otro. Se olieron. Dieron una vuelta alrededor de la celda. Y luego, sin previo aviso, se fusionaron.

No fue una fusión violenta. No hubo luces, ni explosiones, ni humo de colores. Fue como si dos gotas de agua se encontraran y se convirtieran en una sola. Los dos Gatos se acercaron, y de repente solo quedó uno. El mismo. Pero diferente. Más grande. Más... brillante.

Sus ojos amarillos se encendieron con una luz dorada que iluminó toda la celda, y los símbolos de la pared empezaron a brillar con un resplandor azulado. Las espirales se movían. La montaña se elevaba. La mujer con los brazos extendidos abría los brazos de verdad, y de sus manos brotaban hilos de luz que se enredaban alrededor de Sofía, de Kaelen, del Gato.

—Por los dioses —murmuró Kaelen, llevando la mano a la espada que no llevaba. —Verlo siempre impresiona.

—No creo que los dioses tengan nada que ver con esto —dijo Sofía, sujetándolo del brazo—. Creo que esto es... esto es...

—¿Qué?

—No lo sé. Pero no te muevas.

El Gato —el único, el fusionado, el que fuera— alzó la cabeza y los miró a los dos. Abrió la boca, y de ella no salió un maullido.

Salió una voz.

Una voz profunda, grave, antigua, como el rumor de la tierra cuando se abría, como el eco de las montañas cuando rugían. No era una voz humana, pero Sofía y Kaelen la entendieron.

—Ya era hora —dijo la voz, y el Gato parpadeó con una lentitud que ahora parecía cargada de siglos—. Llevo mil años esperando este momento. Mil años. ¿Sabes lo que es esperar mil años? Porque yo sí. Es aburridísimo. No lo recomiendo.

Sofía se quedó con la boca abierta.

—¿Gato? —preguntó.

—Gato —confirmó la voz—. Aunque ese no es mi nombre real. Me llamo... bueno, mi nombre real no podríais pronunciarlo sin que se os derritiera la lengua. Así que seguid llamándome Gato. Me he acostumbrado.

—¿Gato habla? —preguntó Kaelen, con una expresión que oscilaba entre el pánico y la resignación.

—Gato habla —respondió el animal—. Gato también vuela, pero no le digáis a nadie. Es mi truco de magia.

—¿Gato vuela? —repitió Sofía, incrédula.

—Gato vuela. Pero solo cuando nadie mira. Es cuestión de dignidad.

Kaelen se pasó una mano por la cara, como si intentara borrar la realidad.

—Esto es una pesadilla —murmuró—. Me he quedado dormido en la cama y esto es una pesadilla.

—No es una pesadilla —dijo Gato, y su voz sonó casi ofendida—. Es una revelación. Hay una diferencia.

—¿Qué revelación? —preguntó Sofía, dando un paso hacia el animal.

Gato la miró. Sus ojos amarillos, ahora más brillantes que nunca, parecían atravesarla hasta el alma.

—La revelación de quién soy. De quién eres tú. Y de por qué estás aquí.

—Yo soy Sofía —dijo ella, con firmeza—. Una arquitecta de Madrid.

—Eso eres ahora —respondió Gato—. Pero antes de ser Sofía, antes de ser arquitecta, antes de ser nadie, eras... una semilla.

—¿Una semilla?

—Una semilla de la Madre de la Piedra. La más pequeña. La más débil. La que parecía que nunca iba a germinar. Pero la Madre te guardó. Te protegió. Te envió a otro mundo, a otro cuerpo, a otra vida, para que crecieras. Para que aprendieras. Para que te hicieras fuerte. Y cuando el momento llegara, cuando el mundo la necesitara...

—¿Yo? —Sofía negó con la cabeza—. Yo no soy fuerte. Yo no soy...

—Eres la única —la interrumpió Gato— que puede canalizar el poder de la Madre. La única que no se romperá al intentarlo. La única que puede despertarla.

El silencio que siguió fue tan denso que se oía el latido de sus corazones. Los símbolos de la pared seguían brillando, y la mujer de los brazos extendidos parecía observarlos con una sonrisa que nunca había estado allí antes.

—¿Y tú? —preguntó Kaelen, con la voz ronca—. ¿Quién eres tú?

Gato se volvió hacia él.

—Soy su guardián —dijo—. Fui creado por la Madre para velar por la semilla. Para protegerla. Para guiarla. Para traerla de vuelta cuando fuera el momento.

—¿Desde cuándo? —preguntó Sofía.

—Desde siempre —respondió Gato—. Antes de que nacieras. Antes de que naciera tu madre. Antes de que naciera la madre de tu madre. Yo estaba allí. En las sombras. Esperando.

—¿En Madrid también?

—En Madrid también. ¿Recuerdas aquel gato negro que se sentaba en el alféizar de tu ventana cuando tenías siete años? ¿El que desapareció una noche y nunca volvió?

Sofía sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—¿Eras tú?

—Era yo. También estuve en la boda de tu prima, cuando se posó en la fuente y todos dijeron que daba mala suerte. Y en el hospital, cuando tu abuela murió y nadie me vio salir de su habitación. Y en la obra, aquel día del terremoto... donde la piedra te golpeó.

Sofía se llevó la mano a la sien, donde aún sentía el fantasma del dolor.

—¿Tú provocaste el terremoto?

—No. Eso fue la Madre. Necesitaba traerte aquí. Y yo... yo me aseguré de que la piedra cayera en el lugar exacto. En el momento exacto. Para que no murieras del todo. Para que tu alma pudiera viajar.

—Me mataste —dijo Sofía, con voz temblorosa—. Me mataste para traerme aquí.

—Te maté para salvarte —corrigió Gato—. Aquí necesitan a Sofía. Allí... allí solo tenías una hipoteca y plantas que se morían.

Sofía no supo si reír o llorar, así que hizo las dos cosas a la vez.

—Eres un hijo de puta —dijo, entre lágrimas y risas.

—Lo sé —respondió Gato, con una calma irritante—. Pero soy tu hijo de puta. Y no te arrepientes de haber venido.

Sofía lo miró. Miró a Kaelen, que seguía allí, con la mandíbula tensa y los ojos clavados en ella. Miró los símbolos de la pared, que brillaban como si estuvieran vivos. Miró sus propias manos, las manos de una arquitecta de Madrid y sintió que la piedra latía en su pecho con una fuerza que no recordaba.

—No —dijo al fin—. No me arrepiento.

Gato parpadeó lentamente.

—Lo sé. Por eso te he elegido.

—¿Me has elegido tú? ¿O la Madre?

—Las dos. Somos lo mismo. La Madre es la piedra. Yo soy su voluntad. Su guardián. Su... gato.

—¿Por qué un gato? —preguntó Kaelen—. Podrías haber sido un lobo. Un halcón. Un oso.

Gato lo miró con expresión ofendida.

—¿Un oso? ¿Has visto alguna vez a un oso colarse en una cámara del tesoro sin que le vean? ¿O a un halcón sentarse en una ventana y que nadie lo note? Los gatos somos sigilosos. Somos elegantes. Somos... adorables.

—Eres un puto gato —dijo Kaelen.

—Y tú un puto guerrero. Nadie es perfecto.

Sofía soltó una carcajada. Era una risa nerviosa, casi histérica, pero auténtica.

—Esto es una locura —dijo—. Todo esto es una puta locura.

—Bienvenida a tu destino —respondió Gato—. La locura es parte del paquete.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kaelen, recuperando algo de compostura—. ¿Qué se supone que debemos hacer con esta información?

—Ahora, nada —dijo Gato, encogiéndose de hombros—. Seguir como hasta ahora. Preparar la guerra. Defender el castillo. Esperar a que Caspian cometa el primer error.

—¿Y luego?

—Luego, Sofía tendrá que canalizar el poder de la Madre.

—¿Cómo se hace eso? —preguntó ella.

—La piedra te lo dirá. Cuando llegue el momento.

—¿Otra vez con eso? —Sofía se llevó las manos a la cabeza—. Siempre es «la piedra te lo dirá». Nunca hay instrucciones claras. Parece un manual de Ikea.

—¿Ikea?

—Una tienda de muebles de mi mundo. Los manuales son incomprensibles.

—Ah. Pues esto es igual. Solo que con más magia y menos tornillos.

Kaelen negó con la cabeza.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué nos lo cuentas ahora?

Gato se sentó sobre sus patas traseras y empezó a lamerse una pata con la misma parsimonia de siempre.

—Porque ya no puedo ocultarlo más —dijo, entre lametazos—. La guerra se acerca. Caspian y Seraphine saben que Sofía es la que despierta. Lady Seraphine ha estado investigando. Tiene libros

antiguos. Sabe lo que significa la profecía. Sabe que si Sofía despierta a la Madre, su magia oscura no servirá de nada.

—¿Por eso nos tendió una trampa en la corte? —preguntó Sofía.

—Sí. Quería medirte. Ver cuánto poder tenías. Y cuando agrietaste la pared... bueno, digamos que ahora le tiene más miedo que nunca.

—¿Y eso es bueno?

—Eso es peligroso. La gente con miedo hace cosas estúpidas. Pero también hace cosas desesperadas. Y Caspian, cuando se desespere... atacará.

—¿Cuándo? —preguntó Kaelen.

—Pronto. Muy pronto.

El silencio se instaló entre ellos. Gato dejó de lamerse y los miró a los dos.

—¿Alguna pregunta más? —preguntó.

—¿Puedes volar de verdad? —preguntó Sofía.

—Sí.

—Enséñame.

—No.

—¿Por qué?

—Porque es mi truco de magia. Y los magos no revelan sus secretos.

—Eres un gato.

—Soy un dios con forma de gato. Hay una diferencia.

—Que tú te crees.

Gato parpadeó lentamente, y por un instante sus ojos brillaron con una luz tan intensa que Sofía tuvo que apartar la vista.

—¿Algo más?

—Sí —dijo Kaelen—. ¿Por qué nos has traído aquí? A los dos. ¿Por qué no solo a ella?

Gato lo miró fijamente.

—Porque tú eres parte de esto. El fuego y la tierra. La profecía lo dice. Cuando el fuego del norte se apague y la piedra del sur clame... el fuego y la tierra se unirán.

—¿Qué significa eso? —preguntó Kaelen.

—Significa que no puedes despertar a la Madre sin él —respondió Gato, mirando a Sofía—. Y que él no puede controlar su fuego sin ti. Sois complementarios. Dos caras de la misma moneda. Un binomio.

—¿Un binomio? —repitió Kaelen.

—Como el pan y la mermelada.

—No sé qué es la mermelada.

—Es una cosa de su mundo. Está buena.

Sofía se pasó una mano por la cara.

—Esto es demasiado —dijo—. Necesito sentarme.

Ya estaba sentada. No se levantó.

Gato se acercó a ella y se sentó en su regazo, como hacía siempre. El peso era el mismo. El ronroneo, el mismo. Pero ahora Sofía sabía que aquel cuerpo de gato ocultaba algo más. Mucho más.

—¿Vas a desaparecer ahora? —preguntó—. ¿Como cuando tenía siete años?

—No —respondió Gato—. Ahora me quedo. La guerra se acerca. Me necesitaréis.

—¿Para qué?

—Para lo que sea. Para rascar a los enemigos. Para distraer a los guardias. Para dar consejos sabios.

—¿Consejos sabios?

—Estoy bromeando. Soy un gato. No doy consejos. Solo juzgo.

Sofía rio.

—Eres un cabrón.

—Lo sé. Ahora subamos. Hace frío aquí abajo. Y tengo hambre.

Kaelen lo miró.

—¿Los dioses tienen hambre?

—Los dioses con forma de gato, sí. Y si no me das de comer, voy a vomitar en tus botas.

—Son unas botas caras.

—Me da igual.

Subieron las escaleras en silencio, con Gato en brazos de Sofía y los símbolos de la pared brillando débilmente a sus espaldas. Cuando salieron al patio de armas, la luna seguía alta, y el castillo dormía.

—Kaelen —dijo Sofía, deteniéndose—. ¿Crees todo lo que ha dicho?

—¿Que es un dios con forma de gato que ha estado cuidando de ti desde antes de que nacieras y que te trajo a este mundo para salvar un reino?

—Sí. Eso.

Kaelen la miró un momento. Luego miró a Gato, que se había instalado sobre sus pies.

—Sí —dijo—. Lo creo.

—¿Por qué?

—Porque es más fácil que explicarlo todo.

Sofía sonrió.

—Eres un borde.

—Lo sé.

—Pero te quiero.

—También lo sé.

Gato maulló.

—Ya, ya —dijo Sofía—. Tú también eres parte de esto.

—Soy el centro —corrigió Gato—. No lo olvides.

Y mientras subían a la torre del homenaje, con la luna iluminando el camino y el viento del mar ululando entre las almenas, Sofía supo que, por primera vez en mucho tiempo, las cosas empezaban a tener sentido.

O quizás era que se estaba acostumbrando al absurdo.

Con Gato, cualquiera de las dos opciones era posible.

CAPÍTULO 26: EL PLAN Y LA PROMESA

La noche era fría en Roca Negra, de esas noches en que el viento del mar se cuela por las rendijas de las piedras y la humedad lo impregna todo, hasta los huesos. Sofía estaba en la sala del consejo, con los codos apoyados sobre la mesa de roble y la cabeza entre las manos. Delante de ella, un mapa lleno de marcas rojas y negras que había dibujado ella misma, las rojas eran los puntos débiles de las defensas, las negras los puntos fuertes y a su alrededor, los capitanes esperaban.

Kaelen estaba a su lado. No sentado, sino de pie, como si no pudiera estarse quieto. La tensión en la sala era tan densa que se podía cortar con la espada que colgaba de la pared.

La noticia había llegado al atardecer, traída por un jinete exhausto que había galopado dos días sin descanso. Sofía lo había visto llegar desde la torre del homenaje: una mancha oscura en el camino del sur, moviéndose a una velocidad que no era humana, y su corazón se había encogido.

Sabía lo que traía.

—Caspian ha movilizado todo su ejército —dijo Kaelen, rompiendo el silencio con una voz que sonaba a cuchillo—. Casi tres mil hombres. Avanzan hacia Roca Negra.

—Lady Seraphine también viene —añadió Dain, que había estado leyendo los informes de los espías con el ceño tan fruncido que parecía un mapa de arrugas—. Trae consigo a sus magos oscuros. Dicen que ha preparado un hechizo para... para...

—Para qué —lo interrumpió Sofía, levantando la cabeza.

—Para matarte, lady Sofía. Perdón. Para mataros a los dos. Pero sobre todo a usted.

El silencio que siguió fue tan denso que se oía el chasquido de las velas al consumirse. Aldric, el muchacho nervioso, se mordía los labios. Jorund se rascaba la barba con una lentitud exasperante. Varn, el capitán de la guardia nocturna, no dejaba de mirar hacia la ventana, como si esperara ver a los invasores asomando entre las colinas.

—Tres mil hombres —repitió Dain—. Nosotros apenas llegamos a quinientos.

—Los números no lo son todo —dijo Sofía, y su voz sonó más firme de lo que se sentía—. Las defensas pueden hacer que cada uno de nuestros hombres valga por tres de los suyos.

—¿Y la magia? —preguntó Jorund—. Lady Seraphine puede hacer cosas que nosotros no podemos.

—Yo también puedo hacer cosas que ella no puede —respondió Sofía, y por un instante el colgante de piedra brilló bajo su vestido—. Yo puedo romper sus hechizos. Ella no puede romper los míos.

—¿Estás segura? —preguntó Kaelen, y su voz no era de duda, sino de confirmación.

—Tan segura como puede estarlo una arquitecta que habla con las piedras.

Kaelen la miró un momento. Luego asintió.

—Dime el plan.

Sofía se levantó y se acercó al mapa. Sus dedos, manchados de tinta negra y roja, señalaron el desfiladero del norte, el paso del este y la muralla oeste.

—Caspian atacará por el norte. Es el camino más corto, y el que menos defensas naturales tiene. Pero nosotros tenemos algo que él no espera.

—¿El qué? —preguntó Aldric.

—Trincheras.

—¿Trincheras?

—Sí. He estado cavando durante semanas. No con soldados, sino con los habitantes del valle. Mujeres, ancianos, niños. Las trincheras están en el desfiladero, a la altura de la curva del río. Caspian no podrá verlas hasta que esté encima. Y cuando las vea, será demasiado tarde.

—¿Y qué haremos nosotros mientras tanto? —preguntó Dain.

—Mientras tanto, nosotros fingiremos que no estamos preparados —respondió Sofía—. Que nos pilla por sorpresa. Dejaremos que sus soldados se adentren en el desfiladero, y entonces...

—¿Derrumbe? —preguntó Borin, alzando la cabeza desde el rincón donde estaba afilando sus herramientas.

—Derrumbe —confirmó Sofía—. Un derrumbe controlado. Igual que con los mercenarios. Pero esta vez más grande.

—¿Podrás con tanto poder? —preguntó Kaelen, con la voz grave.

—La piedra me ayudará. Y tú también.

—¿Yo?

—Tú eres el fuego. La piedra me da fuerza, pero el fuego puede... calentarla. Hacerla más maleable. Como en la forja. La piedra y el fuego crean acero, bueno, técnicamente no es exacto, pero me entiendes.

Kaelen la miró fijamente.

—Nunca he usado mi fuego para eso.

—Pues hoy es el día.

Dain carraspeó.

—¿Y Lady Seraphine? ¿Qué hacemos con ella? —dijo Dain.

—Lady Seraphine es mía —dijo Sofía, y su voz sonó tan fría como la piedra de las mazmorras—. Intentará protegerse con sus hechizos. Pero yo los romperé. Y cuando se quede desprotegida...

—Yo la mataré —completó Kaelen, con la mano sobre la espada.

—No. Primero la dejaré que confiese.

—¿Confesar qué?

—Que ella y Caspian mataron al rey. Que lo envenenaron para que él pudiera ocupar el trono. Que toda esta guerra es una farsa para ocultar su crimen.

—¿Y cómo conseguirás que confiese?

Sofía sonrió. Era una sonrisa que a Kaelen le heló la sangre.

—La piedra me ha enseñado muchas cosas. Una de ellas es que el miedo a la muerte puede aflojar las lenguas. Y Lady Seraphine le tiene miedo a la muerte. Mucho miedo.

—¿Y si no confiesa?

—Entonces la matas. Pero primero lo intentamos.

Kaelen asintió.

—¿Algo más?

—Sí —dijo Sofía, volviéndose hacia los capitanes—. Quiero que Dain y Jorund organicen a los soldados en tres grupos. El primero, con Varn al mando, defenderá las trincheras. El segundo, con Jorund, se encargará de las murallas. El tercero, con Dain, será la reserva. Atacarán cuando Caspian esté desorganizado, después del derrumbe.

—¿Y yo? —preguntó Aldric.

—Tú te quedas con Marta en la cocina.

—¿En la cocina?

—Sí. Porque si la batalla se complica, necesitaremos a alguien que organice la retirada de los heridos. Y tú eres bueno organizando

cosas.

—Eso... es verdad —dijo Aldric, un poco más tranquilo.

—Y Borin —continuó Sofía—. Tú estarás conmigo.

—¿Con usted? ¿Para qué?

—Para colocar las cuñas. Como la última vez. Pero ahora serán muchas más. Y más grandes. Necesito a alguien que sepa de piedras.

Borin se enderezó, orgulloso.

—Estoy listo.

—Bien —dijo Sofía. Se volvió hacia Kaelen—. ¿Tú qué opinas?

Kaelen la miró un momento. Luego, para sorpresa de todos, esbozó una sonrisa. Era una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero estaba ahí.

—Opino que has pensado en todo.

—Falta algo.

—¿El qué?

—El nombre de la operación.

—¿El nombre de la operación?

—Sí. En mi mundo, los planes de guerra tienen nombres. Nombres chulos. Como «Tormenta del Desierto». O «Operación Market Garden». O...

—¿«Operación Cal Defectuosa»? —preguntó Borin.

—No, Borin. No.

—Ah.

—¿Qué nombre propones? —preguntó Kaelen.

Sofía se quedó en silencio un momento. Luego sonrió.

—«Acero y Fuego».

Kaelen asintió.

—«Acero y Fuego» —repitió, probando las palabras—. Me gusta.

—¿Solo te gusta?

—Me gusta mucho.

—Pues entonces. «Acero y Fuego».

La reunión terminó pasada la medianoche. Los capitanes se fueron uno a uno, algunos arrastrando los pies, otros caminando con paso firme. Al final, solo quedaron Sofía y Kaelen en la sala vacía.

Las velas se habían consumido casi por completo, y la sala estaba en penumbra. La única luz era la de la luna, que entraba por las ventanas y dibujaba sombras alargadas sobre los tapices descoloridos.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Sofía, sin mirarlo.

—No lo sé —respondió Kaelen—. Pero es lo único que tenemos.

—Ya.

Se quedaron en silencio un momento. Kaelen se sentó a su lado, en la silla que Dain había ocupado, y apoyó los codos en la mesa.

—Sofía —dijo, con la voz baja.

—¿Qué?

—Pase lo que pase mañana... quiero que sepas una cosa.

Sofía se volvió hacia él.

—¿Qué?

—Que no me arrepiento.

—¿De qué?

—De nada. De haberte conocido. De haberte dejado entrar. De haberte... querido.

Sofía sintió que el corazón se le encogía. Ese hombre podía volverla loca con unas pocas palabras, como si nada.

—Kaelen...

—No me interrumpas —dijo él, con una voz que era más suave de lo que nunca había sido—. No soy bueno con las palabras, ya lo sabes. Pero necesito decirlo. Por si mañana...

—No va a pasar mañana.

—Puede pasar. Y si pasa, no quiero irme sin que sepas lo que siento.

Sofía tragó saliva.

—Dime.

Kaelen la miró a los ojos. La luz de la luna iluminaba sus facciones, suavizando la cicatriz de su mejilla y el ceño perpetuo que lo acompañaba.

—Te quiero —dijo—. Te quiero desde que apareciste en mi castillo con esa maldita actitud de «no me importa quién eres, voy a hacer lo que me dé la gana». Te quiero desde que te perdiste por los pasillos y Lina tuvo que ir a buscarte. Te quiero desde que bajaste al pozo y saliste con un colgante mágico, como si fuera lo más normal del mundo. Te quiero desde que derrumbaste el desfiladero sin matar a nadie. Te quiero desde que hablas con las piedras y ellas te responden como si fueras su dueña. Te quiero desde que discutes conmigo, desde que me llamas borde, desde que te ríes de mis caras de pocos amigos. Te quiero, Sofía. Y no quiero perderte.

Sofía sintió que las lágrimas le brotaban sin que pudiera detenerlas.

—Eres un idiota —dijo, con la voz rota.

—Lo sé.

—Un idiota que me ha hecho llorar en mitad de una guerra.

—Lo siento —dijo Kaelen.

—No lo sientes.

—No. No lo siento.

Kaelen le cogió la mano. Sus dedos, ásperos y calientes, se entrelazaron con los de ella.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Me quieres?

—Todavía no lo sé —respondió Sofía, con una sonrisa temblorosa —. Es broma. Claro que te quiero. Te quiero desde que me dijiste que no me querías como herramienta. Te quiero desde que bajaste conmigo a las mazmorras y no te reíste de mí. Te quiero desde que me defendiste del noble cretino en la fiesta y me sacaste a bailar, aunque pisabas mis pies. Te quiero desde que me sujetaste la cuerda en el pozo. Te quiero desde que me miras como si fuera la única persona en el mundo. Te quiero, Kaelen. Y no quiero perderte tampoco.

—No voy a perderte.

—No lo sabes.

—Lo sé. Porque voy a estar a tu lado. Siempre.

Sofía se inclinó y lo besó. No fue un beso urgente, ni hambriento, ni desesperado. Fue un beso suave, casi tranquilo, como si tuvieran todo el tiempo del mundo y supieran que, pase lo que pase, iban a estar juntos.

—Kaelen —dijo ella, separándose apenas un centímetro.

—¿Mmm?

—Prométeme una cosa.

—Lo que quieras.

—Cuando esto termine... quiero una familia.

Kaelen enarcó una ceja.

—¿Una familia?

—Sí. Una familia. Con niños. Y perros. Y gatos. Muchos gatos.

—¿No es suficiente con Gato?

—Gato es un dios. Los dioses no cuentan.

—Ah.

—¿Me lo prometes?

Kaelen la miró fijamente. Luego, con una sonrisa que era más auténtica que todas las que había esbozado en su vida, asintió.

—Te lo prometo —dijo—. Cuando esto termine, formaremos una familia. Tú, yo, los niños, los perros, los gatos. Y Gato.

—¿Y si Gato no quiere?

—Gato querrá. Es nuestro gato.

—Es un dios.

—Es nuestro dios.

Sofía rio y su risa resonó en la sala vacía como una campana lejana.

—Te quiero, Carnicero.

—Te quiero, Arquitecta.

Se besaron otra vez. Y en el silencio de la noche, con la guerra acechando al otro lado de las colinas, hicieron una promesa que no pensaban romper.

Cuando salieron de la sala del consejo, Gato los esperaba en el pasillo. Los miró a los dos con sus ojos amarillos y emitió un maullido que sonaba a aprobación.

—¿Has oído? —preguntó Sofía.

—Lo he oído todo —respondió Gato—. Y apruebo.

—¿Apruebas?

—Sí. Sois un buen equipo. La humanidad tiene futuro.

—¿Eso es un cumplido?

—Es una constatación. No te emociones —dijo gato fingiendo indiferencia.

—Eres un borde.

—Lo sé.

Y mientras subían las escaleras hacia sus habitaciones, con la luna iluminando el camino y la guerra esperando al despertar, Sofía supo que, por primera vez en su vida, estaba exactamente donde debía estar.

Con Kaelen. Con Gato. Con su familia.

La que aún no existía, pero que algún día existiría.

La guerra podía esperar.

Pero ellos, no.

CAPÍTULO 27: LA BATALLA DE LOS DOS REINOS

El sol del amanecer no se molestó en asomarse. El cielo despertó envuelto en un sudario gris, una capa uniforme de nubes plomizas que presagiaban lo peor. El viento, cargado de salitre, soplaba con saña desde el mar, trayendo consigo el hedor metálico de una sangre que aún no se había derramado. Sofía permanecía en lo alto de la torre del homenaje, con Gato en brazos y la mirada perdida en el horizonte.

A lo lejos, tras la silueta de las colinas, una columna de polvo comenzaba a herir el cielo. El ejército de Caspian ya estaba allí.

—Son muchos —sentenció Gato. Su voz grave, propia de un dios atrapado en un cuerpo felino, rompió el silencio—. Más de los que esperábamos.

—Ya lo sé —respondió Sofía, sin parpadear—. Pero yo también tengo mi propio ejército.

—¿Tus piedras?

—Mis piedras.

Gato soltó un ronroneo vibrante, un sonido profundo que recordaba al motor de una aeronave a punto de despegar.

—¿Estás nerviosa? —quiso saber él.

—Cagada de miedo —admitió Sofía con una honestidad brutal—. Pero no voy a correr.

—Nadie espera que lo hagas.

—Pues entonces, solo queda aguantar.

Bajó las escaleras de la torre con paso firme. A cada peldaño, sentía la vibración del castillo bajo sus botas. La piedra la reconocía; la quería y la obedecía. Aquella mañana, el pulso mineral de Roca Negra estaba tan agitado como el suyo.

En el patio de armas, la formación era impecable. Kaelen, envuelto en el acero de su armadura y con la espada en alto, dictaba las últimas órdenes a sus capitanes.

—Dain, la muralla este es tuya. Jorund, te encargas de la oeste. Varn, a las trincheras. Aldric… a la cocina.

—Mi lord —balbuceó Aldric, con la voz quebrada—. Tengo miedo.

—Yo también —confesó Kaelen—. Pero el miedo no es el problema. El problema es permitir que te paralice.

—Y usted… —Aldric tragó saliva, buscando una brizna de esperanza—. ¿Está paralizado?

—No. Porque tengo algo que proteger.

Sus ojos grises buscaron los de Sofía. Ella se acercó, cargando a Gato, con el colgante de piedra palpitando sobre su pecho como un segundo corazón.

—¿Lista? —preguntó Kaelen.

—Lista —confirmó ella.

Se besaron. Fue un contacto breve, casi casto, un simple roce de labios que, sin embargo, contenía todas las palabras contenidas y las promesas que el destino les prohibía pronunciar.

—Vuelve —susurró él.

—Volveré —prometió ella.

Y el espacio entre los dos volvió a abrirse.

La batalla estalló con un estruendo que pareció desgarrar el valle.

Los arietes de Caspian arremetieron contra las puertas con una violencia que hizo estremecer los cimientos mismos de la fortaleza. Los hombres de Kaelen respondieron con una lluvia de flechas y

aceite hirviendo. De pronto, el aire se saturó de gritos, humo y el olor nauseabundo de la carne quemada.

Sofía observaba desde la torre, tal como habían acordado. Desde su atalaya dominaba el tablero: las trincheras que ella misma había moldeado, las murallas reforzadas piedra a piedra y el desfiladero donde los soldados enemigos se amontonaban como ganado hacia el matadero.

—Ahora —instó Gato, sentado en el alféizar.

—No —replicó Sofía—. Todavía no.

—¿A qué esperas?

—Al momento exacto. La piedra me lo dirá.

Cerró los ojos y apoyó las palmas en el muro frío. La piedra le habló en su lenguaje antiguo. Le mostró cada fisura, cada flanco débil, cada avance del invasor. Vio a la vanguardia de Caspian avanzar por el desfiladero con una confianza ciega; vio a Lady Seraphine en la retaguardia, rodeada de un aura de magia oscura; y vio a Kaelen en el corazón de la matanza, luchando con la ferocidad de un león herido.

Entonces, el pulso de la tierra se aceleró. Era el momento.

—Ahora —dijo, abriendo los ojos.

La tierra rugió.

No fue el rugido descontrolado del terremoto que le arrebató la vida en Madrid. Fue un grito preciso, quirúrgico. El suelo del desfiladero se fracturó en una grieta perfecta, aislando a la vanguardia enemiga. En un parpadeo, cientos de soldados quedaron atrapados en una ratonera de roca y barro.

—¡Derrumbe! —clamó una voz desesperada desde abajo—. ¡La montaña se nos echa encima!

No era un accidente geológico. Era Sofía, aunque ellos jamás lo comprenderían.

Las trincheras hicieron el resto. Los hombres de Varn, mimetizados con el fango, emergieron como espectros sobre los enemigos confundidos. La carnicería fue inmediata. La sangre empapó el suelo y Sofía sintió, a través de sus pies, cómo la piedra se estremecía de puro horror.

—No me gusta esto —murmuró, apartando la vista.

—La guerra no es para quienes la disfrutan —sentenció Gato—. Es para quienes sobreviven.

—¿Y si no quiero sobrevivir de esta manera?

—Entonces pierdes. Y perder no es una opción.

Sofía apretó los dientes y volvió a hundir su conciencia en la roca.

Kaelen era un torbellino en el centro del campo. Su espada describía arcos mecánicos, casi hipnóticos: golpear, parar, esquivar, matar. No se permitía pensar. El pensamiento era un lujo peligroso que lo llevaba a la torre donde Sofía estaba sola. Y si su mente flaqueaba, su brazo también.

—¡Mi lord! —Dain apareció a su lado, con el rostro salpicado de rojo—. ¡Las trincheras han funcionado! ¡La primera oleada ha caído!

—¿Solo la primera? —jadeó Kaelen—. ¿Cuántos quedan?

—Demasiados. Caspian ha lanzado a su élite.

—Pues nosotros lanzaremos a los nuestros.

—¡Ya están en el muro, señor!

—Entonces enviaremos a los que queden. A todos.

Dain no gastó saliva en responder. Alzó su acero y se sumergió de nuevo en el caos.

En la torre, el agotamiento empezaba a pasarle factura a Sofía. No era un cansancio muscular, sino una erosión del alma. La piedra exigía tributo, y ella entregaba su energía gota a gota, sintiéndose vaciar como si sus venas estuvieran abiertas.

—Descansa —le ordenó Gato.

—No puedo.

—Si no te detienes, el hilo se romperá. Te desmayarás.

—Entonces me desmayaré cuando esto termine.

—Sofía…

—Gato, cállate de una vez.

Pero el dios no guardó silencio.

—Hay un segundo ataque. Por el flanco este. Caspian ha dividido su fuerza.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—La piedra me lo ha gritado. Y ya sé qué debo hacer.

Sofía se despegó del muro y se dirigió hacia la ventana oriental. A lo lejos, una marea de soldados ascendía por la ladera, protegidos por un velo trémulo de magia oscura tejido por Seraphine.

—No van a coronar la cima —sentenció Sofía.

—¿Tan segura estás?

—Porque no voy a darles permiso para pisar mi tierra.

Extendió las manos hacia el exterior. La montaña rugió de nuevo, esta vez con una furia telúrica. El suelo se tragó a los hombres de Caspian en un bostezo de piedra, y la barrera mágica de la hechicera estalló como cristal golpeado por un martillo.

Desde su escondite entre los peñascos, Lady Seraphine sintió el latigazo del contragolpe. Algo la observaba desde la torre. Algo primigenio. Algo devastador.

—No… —susurró con incredulidad—. Es imposible.

Pero era real. Y estaba allí.

La batalla se prolongó durante horas agónicas. El sol recorrió su arco invisible tras las nubes sin que nadie reparara en el paso del

tiempo. Los hombres caían y se levantaban hasta que el suelo fue una alfombra de nieve roja.

Sofía permanecía en la torre, al límite de sus fuerzas, con las manos laceradas por el esfuerzo de moldear la roca. Gato seguía allí, y su ronroneo era el único ancla que la mantenía consciente.

—La muralla oeste —advirtió Gato—. Están a punto de ceder.

—Lo veo.

—¿Vas a intervenir?

—Ya lo estoy haciendo.

Sofía concentró su último aliento en los sillares del oeste. Bajo su voluntad, las piedras se soldaron, fundiéndose en un bloque monolítico e indestructible. Los arietes enemigos rebotaron contra la estructura como si golpearan caucho.

—¡Es inútil! —gritó un soldado enemigo—. ¡La muralla está viva!

—Es la bruja —respondió otro, retrocediendo—. La que despierta a la montaña.

—¡Me da igual quién sea! ¡Nos va a matar a todos!

Pero Sofía no buscaba la muerte de nadie. Solo ansiaba el final de aquel horror.

Kaelen lo presenció todo desde el barro. Vio las trincheras convertidas en fosas, la muralla oeste volviéndose invulnerable y la ladera este devorando legiones. Comprendió que Sofía no era el punto débil de su defensa. Era su arma definitiva.

—¡Dain! —bramó—. ¡Ataque frontal! ¡Ahora que flaquean!

—¿Está seguro, mi lord?

—Absolutamente. ¡Cargad!

Bajo la orden, los defensores de Roca Negra abandonaron la seguridad de los muros y se lanzaron en una carga suicida que se convirtió en victoria. Los hombres de Caspian, desmoralizados por la magia y diezmados por la geografía, rompieron filas. El pánico se

extendió como el fuego. Huyeron hacia los bosques, abandonando heridos y estandartes.

Caspian, desde su posición de mando, contempló el naufragio de su ambición.

—¡Retirada! —aulló—. ¡Atrás!

Pero el tiempo se le había agotado. Kaelen ya estaba sobre él.

La espada del Carnicero se alzó, atrapando un rayo de sol que, por fin, desgarraba el manto de nubes. Caspian levantó su acero con brazos trémulos.

—¡Te enviaré al infierno! —rugió el usurpador.

—Lo dudo —sentenció Kaelen.

El choque de los metales resonó en todo el valle. Caspian cayó de rodillas, desarmado y con el pecho surcado por una herida sangrante.

—¡Ríndete! —le ordenó Kaelen, con la punta de la espada en su garganta.

—¡Jamás!

Caspian hizo un ademán de alzarse, pero una piedra se desprendió de la muralla superior con una precisión asombrosa y le golpeó la sien. Se desplomó, fulminado, en el barro.

Sofía, desde su ventana, esbozó una sonrisa exhausta.

—Esta vez no he sido yo —dijo Gato.

—¿Ah, no?

—No. Ha sido la propia piedra. Está furiosa.

—¿Con Caspian?

—Con cualquiera que se atreva a dañar a su castellana.

Sofía se deslizó por la pared hasta sentarse en el suelo, vacía de toda energía. Gato se acurrucó a su lado.

—¿Se acabó? —preguntó ella.

—Casi —respondió el felino—. Falta el último cabo suelto.

—¿Qué?

—Lady Seraphine.

La maga oscura, agazapada entre las sombras de las rocas, preparaba su golpe final. Un conjuro prohibido, diseñado para extinguir una vida con un solo suspiro de voluntad. Su objetivo era Kaelen.

Sofía lo percibió a través de la vibración del aire. Vio la imagen de Kaelen desplomándose, con el corazón marchito por la magia negra.

—No… —jadeó—. No lo permitiré.

—Sofía —la urgencia en la voz de Gato era real—. Tienes que moverte.

—No puedo… no me queda nada.

—Muévete ahora o lo perderás para siempre.

Sofía apretó los dientes, soltando un grito de agonía mientras se obligaba a ponerse en pie. Se asomó al vacío de la ventana. Abajo, Seraphine ya apuntaba con su mano cargada de sombras hacia la espalda de Kaelen.

—¡Detente! —chilló Sofía.

La maga oscura alzó la vista con una sonrisa gélida.

—Demasiado tarde, pequeña. Ya es suyo.

El hechizo partió como una flecha invisible.

Y Sofía, proyectando su voluntad y su alma por encima del campo de batalla, se interpuso en su camino.

CAPÍTULO 28: SOLO TÚ

El aire en el desfiladero de Roca Negra no era aire; era una mezcla espesa de ceniza, ozono y el hedor metálico de la sangre fresca. Sofía sentía que sus pulmones ardían con cada bocanada. A su alrededor, el mundo parecía estar rompiéndose.

Lady Seraphine no era la mujer refinada que había conocido en la corte. Ahora era una entidad de puro rencor. Rodeada por una espiral de sombras que parecían devorar la luz del atardecer, la maga oscura flotaba a unos centímetros del suelo, con los ojos inyectados en sangre y las manos extendidas hacia Kaelen.

Kaelen estaba acabado. Sofía lo veía desde su posición, a duras penas manteniéndose en pie. El Lord de la Frontera tenía la armadura destrozada, un brazo colgando inerte y una herida en el costado que manaba con una insistencia aterradora. Había luchado como un demonio, pero la magia de Seraphine no seguía las reglas del acero. Unos hilos de sombra, finos como seda, pero fuertes como el hierro, lo mantenían suspendido en el aire, apretando su garganta y sus pulmones.

—Míralo, pequeña arquitecta —siseó Seraphine, su voz resonando en la mente de Sofía como el chirrido de metal sobre hueso—. Mira cómo muere tu "guerrero de fuego". No es más que carne y debilidad.

Sofía apretó los puños. Bajo sus pies, la tierra vibraba, pero no era una vibración de apoyo. Era un llanto. La piedra de Valdoria estaba herida por la magia negra que Seraphine estaba drenando de las raíces mismas del mundo.

De pronto, un calor punzante estalló contra el pecho de Sofía.

El colgante.

La pequeña piedra que llevaba bajo la túnica, su único vínculo con el siglo XXI, con Madrid, con su madre y su vida anterior, empezó a brillar con una intensidad azulada y eléctrica. Nunca había reaccionado así. Sofía la tomó entre sus dedos temblorosos y, por un instante, el campo de batalla desapareció.

Escuchó el rugido del tráfico en la Castellana. El pitido de un semáforo. El olor a café recién hecho y lluvia sobre el asfalto. Vio, con una claridad que le desgarró el alma, el salón de su casa. Su madre estaba allí, de espaldas, regando las plantas que ella tanto amaba. El portal estaba abierto. El colgante estaba reaccionando a la inestabilidad mágica del entorno, abriendo una brecha, una salida de emergencia. Podía irse. Podía dejar atrás la sangre, el dolor y la muerte.

—Sofía... —el susurro de Gato a su lado la devolvió a la realidad. El felino negro tenía los ojos fijos en la reliquia—. El puente se ha tendido. Si cruzas ahora, volverás a tu cama. Despertarás del coma. Valdoria será solo un sueño febril que olvidarás con el tiempo.

Sofía miró a Kaelen. Él estaba perdiendo el conocimiento. Sus ojos grises, antes fieros, se estaban apagando. Seraphine rio y el sonido fue la chispa que encendió la furia de Sofía.

—¿Y qué pasa si me quedo? —preguntó Sofía, las lágrimas desbordándose.

—Si quieres salvarlo, si quieres detener a esa mujer, necesitas un poder que tu cuerpo mortal no puede soportar —dijo Gato con una solemnidad gélida—. Tendrías que canalizar la energía del portal *hacia adentro*. El colgante se destruiría. Tu conexión con la Tierra se quemaría para siempre. No quedarían ni cenizas de tu otra vida. Serías de Valdoria... hasta que la muerte te reclame aquí.

Sofía miró la visión de su madre una última vez. "Lo siento, mamá", pensó. "Pero aquí me necesitan más".

Cerró la mano sobre el colgante con tanta fuerza que los bordes de la piedra le cortaron la palma.

—¡SERAPHINE! —rugió Sofía.

La maga oscura giró la cabeza, sorprendida por el estallido de poder que emanó de la joven. Sofía no invocó a la piedra; se convirtió en ella.

El colgante estalló en una luz blanca que devoró la visión de Madrid. El dolor fue indescriptible, como si miles de agujas de cristal recorrieran sus venas. Sofía sintió cómo cada recuerdo de su vida anterior —su número de teléfono, el nombre de sus amigos, el sabor de su comida favorita— se evaporaba, consumido como combustible para la magia de la Madre de la Tierra.

Con un grito desgarrador, Sofía golpeó el suelo con ambas palmas.

La tierra no solo respondió; se rebeló. El suelo bajo Seraphine se abrió como una boca hambrienta. Pero no fue una caída limpia. Sofía manipuló la roca con una precisión quirúrgica y brutal. Cuatro pilares de obsidiana surgieron a una velocidad vertiginosa, atravesando las extremidades de Seraphine antes de que pudiera reaccionar.

Un alarido inhumano rasgó el aire. La maga quedó empalada en el aire, crucificada por la piedra viva.

Sofía se puso en pie, con los ojos brillando con un fulgor volcánico. Se acercó a la mujer que había intentado destruir todo lo que amaba. Seraphine tosía sangre oscura, sus sombras disipándose mientras la vida se le escapaba por las heridas abiertas en sus hombros y muslos.

—Tú... no eres... de aquí —jadeó Seraphine, intentando escupirle a la cara.

—Ahora sí lo soy —respondió Sofía con una frialdad que la asustó a ella misma—. He pagado el precio más alto por este suelo. Y tú vas a formar parte de él.

Sofía cerró el puño.

Los pilares que sostenían a Seraphine comenzaron a contraerse hacia el centro, como las mandíbulas de una trampa para lobos. Se escuchó el crujido seco y nauseabundo de los huesos rompiéndose,

uno tras otro. Seraphine no pudo ni siquiera gritar; la presión de la piedra le aplastó la caja torácica en un segundo.

Con un último movimiento giratorio de su mano, Sofía ordenó a la tierra que reclamara sus restos. La roca se envolvió alrededor del cuerpo destrozado de la maga, compactándolo, triturando carne y metal hasta convertirlo en una masa informe que fue succionada hacia las profundidades de la falla. El suelo se cerró con un estruendo final, dejando solo una mancha de sangre negra que el viento empezó a cubrir de polvo.

Seraphine había muerto. No hubo gloria, solo una ejecución necesaria y sangrienta.

Sofía cayó de rodillas. El silencio que siguió fue absoluto. Se llevó la mano al cuello. El cordón de cuero estaba allí, pero el colgante había desaparecido. En su lugar, solo quedaba un poco de polvo gris adherido a su piel.

Se sintió ligera. Se sintió vacía. Intentó recordar el nombre de la calle donde vivía en Madrid y descubrió con horror que solo encontraba un hueco en blanco. El sacrificio estaba completo.

—Sofía... —la voz de Kaelen la sacó de su trance.

Él había caído al suelo cuando las sombras de Seraphine desaparecieron. Se arrastraba hacia ella, dejando un rastro de sangre en el barro. Sofía se lanzó a sus brazos, sollozando, abrazándolo con una desesperación que amenazaba con romperlos a ambos.

—Se ha ido —susurró ella contra su cuello—. Ya no puedo volver, Kaelen. He quemado el camino a casa.

Kaelen, a pesar de su agonía, la rodeó con su brazo bueno, ocultando su rostro en el cabello de ella. No necesitaba preguntar qué significaba aquello. Lo sentía en la vibración de la tierra, en el peso del alma de Sofía, que ahora latía al mismo ritmo que las montañas de Roca Negra.

—Entonces este será tu hogar —dijo él, con la voz quebrada—. Y yo pasaré el resto de mis días asegurándome de que nunca te

arrepientas de haberte quedado.

En la distancia, el ejército de Caspian empezaba a reagruparse tras la muerte de su maga, y la verdadera batalla por el trono aún aguardaba. Pero por un momento, bajo el cielo sangriento de Valdoria, Sofía solo pudo llorar la muerte de la mujer que fue, mientras se aferraba al hombre por el que había decidido nacer de nuevo.

CAPÍTULO 29: EL PRECIO DEL PODER

El silencio que siguió a la caída de Lady Seraphine fue más ensordecedor que el estruendo de la propia batalla.

El campo, que minutos antes había sido un hervidero de gritos, choques de acero y relinchos agónicos, parecía haber contenido la respiración. Sofía estaba arrodillada en el barro, con la respiración entrecortada y las manos apoyadas en la tierra fría y empapada de sangre. A unos metros de ella, la imponente jaula de piedra que había conjurado con el poder de la Madre mantenía prisionera a la maga oscura, cuyos gritos ahogados y golpes desesperados contra la roca apenas eran un murmullo sordo.

Sofía bajó la mirada hacia el hombre cuya cabeza descansaba en su regazo. Kaelen estaba pálido, cubierto de hollín, sudor y sangre ajena, pero su pecho subía y bajaba con un ritmo constante. Estaba vivo.

Un calor repentino, punzante y abrasador, le arrancó un jadeo.

Sofía se llevó la mano al pecho, justo donde el colgante de piedra descansaba sobre su piel. La reliquia que había encontrado en el fondo del pozo ardía como un carbón recién sacado de la fragua. Intentó apartarlo, pero el calor no venía de la superficie de la piedra; venía de su interior. Brillaba con una luz blanca, cegadora, que palpitaba al mismo ritmo que su propio corazón.

—Gato... —murmuró, la voz quebrada por el dolor y la confusión.

El felino negro, que se había mantenido a su lado, dio un paso adelante. Sus ojos amarillos estaban fijos en el colgante. No parecía sorprendido.

—Es el precio, Sofía —dijo la voz grave y antigua del dios que habitaba en el cuerpo del animal. No había burla ni superioridad en su tono, solo una solemne inevitabilidad—. Toda magia requiere un sacrificio. Has canalizado el poder de la Madre para alterar el tejido mismo de este mundo. Has salvado la vida de este hombre y has encerrado a una fuerza que amenazaba el equilibrio. Pero ese poder necesita anclarse.

—¿Anclarse? —Sofía apenas podía hablar. El calor se estaba volviendo insoportable, extendiéndose desde su pecho hacia sus venas, sus huesos, su alma.

—Ese colgante era el hilo —continuó Gato—. El cordón umbilical que mantenía tu alma conectada a tu mundo de origen, al eco de la vida que dejaste atrás en Madrid. Te mantenía en un limbo, con un pie aquí y otro allá, por si decidías regresar. Pero la Madre te lo dijo en el umbral: elegir es perder algo. Has elegido este mundo. Has elegido la piedra. Has elegido a Kaelen.

Crack.

El sonido fue minúsculo, pero resonó en la cabeza de Sofía como el trueno que precede a una tormenta devastadora. Miró hacia abajo. Una fisura perfecta, brillante como un relámpago en miniatura, había partido el colgante en dos. Luego en cuatro.

—No... —susurró Sofía. Sabía lo que significaba. Instintivamente, su mente voló hacia el recuerdo de su madre, el piso en Malasaña, el balcón con las plantas marchitas, el bullicio de la ciudad que nunca dormía. Intentó aferrarse a esas imágenes, pero de repente las sintió lejanas, borrosas, como fotografías antiguas expuestas a demasiada luz.

El vínculo se estaba rompiendo.

Crack, crack, crack.

El colgante de piedra no soportó más. Con un último destello cegador, la roca antigua se pulverizó por completo. Sofía sintió cómo una onda de choque silenciosa la atravesaba. Abrió las manos, y un puñado de ceniza gris y fina se escurrió entre sus dedos manchados

de barro, siendo arrastrada por el viento frío del acantilado hasta desaparecer para siempre en el campo de batalla.

Un vacío absoluto se abrió en su pecho durante un segundo. La conexión cósmica, ese hilo invisible que la unía a su vida anterior, se había cortado con la precisión de unas tijeras divinas. Sofía Navarro, la arquitecta de Madrid que renegaba de los lunes y amaba el café, había dejado de existir en aquel universo lejano. Su cuerpo en la cama de aquel hospital finalmente habría exhalado su último aliento.

Pero el vacío duró poco. Inmediatamente después, el hueco fue llenado por algo infinitamente más vasto, más pesado y más real. Sintió la tierra bajo sus rodillas no como un montón de barro y rocas, sino como una extensión de su propio cuerpo. Sintió el latido del castillo de Roca Negra a sus espaldas, la firmeza de las montañas, la humedad de las cuevas subterráneas.

Ya no era una viajante entre mundos. Ya no era una invitada en el cuerpo de Lady Elara. Era Sofía de Valdoria. Era carne, sangre y piedra de aquel mundo. Al cien por cien. Sin vuelta atrás.

Las lágrimas, calientes y silenciosas, surcaron sus mejillas sucias de cal y sangre. No lloraba de arrepentimiento, sino por el duelo de una muerte que por fin había aceptado. Se inclinó sobre Kaelen, abrazando su torso inmóvil, y dejó que el peso de su nueva realidad la anclara al suelo.

—Ya está —susurró Gato, acercando su hocico húmedo a la rodilla de Sofía—. Eres nuestra. Para siempre.

—Para siempre —repitió ella, cerrando los ojos.

Un gemido ronco bajo ella la obligó a abrirlos de golpe. Kaelen se tensó, los músculos de su cuello marcándose como cuerdas de acero, y sus ojos grises se abrieron lentamente, desorientados al principio, hasta que encontraron el rostro de Sofía.

—Estás aquí... —su voz era apenas un roce de grava, pero a Sofía le sonó a la mejor sinfonía del mundo.

—Y tú también, idiota —respondió ella, incapaz de reprimir una sonrisa temblorosa mientras le acariciaba la cicatriz de la mejilla —.

Te dije que no te iba a dejar morir. Te iba a matar yo misma si lo hacías.

Kaelen intentó incorporarse, haciendo una mueca de dolor al apoyar el peso sobre su brazo herido. Sus ojos escanearon el campo de batalla: los cuerpos esparcidos, las trincheras llenas de escombros , la enorme prisión de roca donde Lady Seraphine seguía encerrada. Luego, su mirada se detuvo en el pecho de Sofía.

—El colgante... —murmuró, frunciendo el ceño—. Ya no está.

—Se acabó, Kaelen —le explicó ella con voz firme, aunque las manos le temblaban—. La puerta se ha cerrado. Ya no hay otro mundo para mí. Solo este. Solo tú.

El Lord de Roca Negra se quedó paralizado. Entendió la magnitud del sacrificio, el peso absoluto de lo que ella acababa de entregar por él, por su castillo, por su gente. Alzó la mano sana y la enredó en el cabello de Sofía, atrayéndola hacia sí para pegar su frente contra la de ella.

—Te juro por mi vida, Sofía... —comenzó a decir, pero sus palabras fueron interrumpidas por un sonido que heló la sangre de todos los presentes.

Un rugido gutural, cargado de rabia histérica y desesperación, rasgó la bruma de la tarde.

Apenas a veinte metros de distancia, apartando el cadáver de un caballo destripado, la figura de Caspian se alzó del suelo. El usurpador estaba destrozado. Su armadura, que al principio del día brillaba con oro y arrogancia, ahora era un amasijo de metal abollado y manchado de fango. El golpe de la piedra que lo había noqueado minutos atrás le había dejado una brecha espantosa en el costado de la cabeza, de la que manaba sangre oscura que le cubría la mitad del rostro, pegándole el cabello rubio a la piel.

Caspian miró a su alrededor. Vio a su ejército masacrado, huyendo en desbandada hacia el desfiladero. Vio a su maga más poderosa atrapada en una tumba de piedra viva. Vio su reino desmoronándose antes siquiera de haberlo asegurado.

Y luego vio a Kaelen.

El rey usurpador soltó un grito que ya no tenía nada de humano. Era el aullido de un animal acorralado. Recogió del barro una espada ancha de hoja dentada, pesada y brutal, y avanzó hacia ellos cojeando, arrastrando la pierna izquierda pero impulsado por una sed de sangre que bordeaba la locura.

—¡Traidor! —bramó Caspian, escupiendo sangre con cada sílaba —. ¡Monstruo! ¡Crees que has ganado! ¡Crees que una puta bruja y un bastardo de las montañas pueden robarme mi corona!

Kaelen apartó a Sofía con suavidad, pero con firmeza inquebrantable. Ignorando el dolor de sus costillas fisuradas y el brazo maltrecho, se puso en pie. La armadura le pesaba como si estuviera hecha de plomo, y su respiración silbaba en sus pulmones, pero sus ojos grises se clavaron en Caspian con la frialdad de un glaciar.

—Quédate atrás —le ordenó Kaelen a Sofía, recogiendo su propia espada del fango—. Esto termina aquí.

—Kaelen, estás herido —protestó ella, dando un paso adelante, sintiendo cómo la tierra le respondía, lista para levantar un nuevo muro, lista para aplastar a Caspian si ella se lo pedía.

—¡No! —la detuvo él con un grito feroz, mirándola por encima del hombro—. Es mío. Este es mi reino, mi rey el que fue asesinado, mi gente la que ha sangrado hoy. Esta es mi guerra. Confía en mí, Sofía. Como yo confío en ti.

Sofía apretó los puños. Quería intervenir. Quería hundir a Caspian en el centro de la tierra y acabar con todo. Pero al mirar a Kaelen, vio la determinación absoluta del guerrero, del Lord, del hombre que necesitaba exorcizar a sus propios demonios. Asintió, retrocediendo un paso con Gato a su lado.

Caspian acortó la distancia final con un salto desesperado, alzando su pesada espada dentada con ambas manos. Lanzó un tajo descendente destinado a partir a Kaelen en dos.

Kaelen alzó su acero. El choque de las espadas resonó como el tañido de una campana rota. Las chispas saltaron, iluminando el crepúsculo gris.

La fuerza del impacto hizo que las botas de Kaelen patinaran en el barro empapado de sangre. Sus costillas protestaron con una punzada agonizante, pero apretó los dientes y desvió el golpe, girando sobre sí mismo para lanzar un tajo horizontal hacia el abdomen del rey.

Caspian, a pesar de sus heridas, era rápido. Retrocedió lo justo para que la punta de la espada de Kaelen solo rozara su coraza, arrancando un chirrido metálico. Sin perder el ritmo, el usurpador contraatacó, lanzando una lluvia de golpes erráticos, sucios y brutales. No había técnica en los movimientos de Caspian, solo una rabia pura y venenosa.

Lanzó una estocada al pecho que Kaelen bloqueó a duras penas. Caspian aprovechó la proximidad y le propinó un cabezazo brutal en el rostro.

El crujido del cartílago fue nauseabundo. Kaelen retrocedió tambaleándose, la sangre brotando a borbotones de su nariz rota, cegándolo por un instante.

—¡No eres nada! —gritaba Caspian, lanzando otro golpe de barrido—. ¡Mírate, Carnicero! ¡Tu padre se avergonzaría de ti! ¡Eres un error de la naturaleza!

La hoja dentada de Caspian encontró un hueco en la guardia de Kaelen y se hundió en su muslo izquierdo, atravesando la cota de malla y desgarrando la carne.

Kaelen ahogó un grito de dolor. La sangre caliente empezó a resbalar por su pierna, mezclándose con el fango del campo de batalla. Caspian tiró de la espada con saña, abriendo aún más la herida y haciendo que Kaelen cayera pesadamente sobre una rodilla.

—¡Kaelen! —gritó Sofía, dando un paso al frente, la piedra temblando bajo sus pies.

—¡Atrás! —rugió Kaelen, alzando una mano cubierta de fango y sangre para detenerla.

Caspian soltó una carcajada demencial, un sonido grotesco y burbujeante.

—Míralo, "maga" —escupió el rey, paseando alrededor de Kaelen con la espada goteando sangre oscura—. Míralo suplicar. Un monstruo incompleto. Un perro rabioso que ni siquiera sabe morder. Todo el reino teme tu fuego, Kaelen, pero mírate... no eres más que ceniza húmeda. Tienes tanto miedo de ti mismo que te dejas matar.

Kaelen respiraba con dificultad. El dolor en su pierna era insoportable, y cada inhalación era una tortura para sus costillas. La sangre le llenaba la boca. Caspian tenía razón. Durante treinta y seis años, había aterrorizado a sus enemigos, pero su mayor terror siempre había sido él mismo. El fuego inestable que bullía en sus venas, la "bestia" de la que le había hablado a Sofía en la oscuridad de sus aposentos. El fuego que quemaba sin control, que destruía, que lo aislaba del mundo.

Siempre lo había reprimido. Siempre lo había encerrado detrás de gruesos muros de disciplina, estoicismo y frialdad.

Pero entonces, mientras Caspian alzaba la espada para asestar el golpe de gracia, Kaelen levantó la vista y encontró los ojos color avellana de Sofía.

Recordó sus palabras.

«Tú eres el fuego y yo soy la tierra. Tú ardes y yo sostengo. Tú destruyes y yo reconstruyo. No estamos rotos, Kaelen. Somos complementarios. Como en la forja.»

Él no era solo destrucción. No tenía por qué serlo. Ella era su ancla ahora. Su tierra. Su mundo entero. Ella había entregado su cordón umbilical cósmico para quedarse con él. Si ella no tenía miedo del poder de la Madre de la Piedra que latía en sus entrañas, él no podía seguir temiendo al fuego que corría por sus venas.

La bestia no era su enemiga. Era su fuerza.

Caspian descargó la pesada hoja dentada apuntando directamente al cuello de Kaelen.

Pero el golpe nunca llegó.

Kaelen alzó la mano desnuda y atrapó la hoja de acero de Caspian al vuelo.

El rey abrió los ojos desmesuradamente, estupefacto. El filo cortó la palma de Kaelen, pero este no parpadeó. No sintió el dolor. En su lugar, cerró los ojos un instante, visualizó la barrera de hielo y miedo que había construido alrededor de su corazón durante dos décadas, y la hizo añicos.

Abrió las compuertas de su alma. Liberó a la bestia.

Pero la bestia no era un fuego caótico y descontrolado. Guiado por la certeza del amor de Sofía, por la firmeza de la tierra que ella representaba, el fuego obedeció a su voluntad.

Un resplandor anaranjado y feroz nació en el pecho de Kaelen. Sus ojos grises se tiñeron de un fulgor dorado, casi volcánico. El calor que emanó de su cuerpo fue tan intenso que el barro a su alrededor comenzó a secarse y a cuartearse instantáneamente. El agua de los charcos cercanos siseó, evaporándose en espesas nubes de vapor.

—¿Qué...? —balbuceó Caspian, intentando liberar su espada.

Pero la mano de Kaelen, aferrada al acero, se había envuelto en llamas. No era el fuego salvaje que incendiaba cortinas y graneros por accidente. Era un fuego blanco, puro, enfocado con una precisión aterradora.

La hoja de acero de la espada de Caspian comenzó a brillar. En cuestión de segundos pasó del rojo cereza al blanco incandescente. El metal empezó a ablandarse, goteando como cera caliente sobre el barro.

Caspian gritó de dolor cuando el calor insoportable viajó por la empuñadura hasta sus manos, quemándole la piel a través de los

guanteletes de cuero. Soltó el arma fundida y retrocedió tropezando, aterrorizado, con los ojos desorbitados por el pánico.

Kaelen se puso en pie. La herida de su pierna parecía haber dejado de sangrar, cauterizada por el intenso calor que ahora irradiaba su cuerpo. Las llamas bailaban alrededor de sus puños, subiendo en espirales concéntricas por sus antebrazos, lamiendo su armadura sin consumirla.

Era el Lord de las Cenizas, en todo su aterrador esplendor, pero por primera vez, era el dueño absoluto de su poder.

—Hablabas de mi padre, Caspian —dijo Kaelen. Su voz ya no era la de un humano normal; tenía la resonancia grave de una hoguera crepitante, un eco superpuesto de furia ígnea—. Hablabas de monstruos. Te mostraré lo que hace un monstruo cuando por fin acepta lo que es.

Kaelen alzó su propia espada, la que aún conservaba en la mano derecha. Las llamas de su puño abrazaron la hoja de acero valdorio. El metal absorbió el fuego mágico sin fundirse, convirtiéndose en una lengua de fuego ardiente y vengativo, una hoja de luz solar que iluminó el campo de batalla oscurecido.

—¡Guardias! ¡A mí! —chilló Caspian, arrastrándose hacia atrás por el lodo, suplicando a un ejército que ya no existía, que había sido enterrado o espantado por el poder de la tierra de Sofía.

Nadie acudió en su ayuda. Dain, Jorund y Varn, que acababan de llegar al perímetro de la llanura tras exterminar a los últimos focos de resistencia, se detuvieron en seco, sobrecogidos por la visión de su señor envuelto en fuego divino.

Kaelen avanzó con paso firme e ineludible, como la mismísima muerte encarnada en brasas.

Caspian, en un acto de pura desesperación, sacó una daga que llevaba oculta en la bota y se abalanzó sobre Kaelen, apuntando a su pecho con un grito animal.

Kaelen ni siquiera se molestó en pararla con la espada. Con su mano izquierda desnuda y envuelta en llamas blancas, interceptó el

puño de Caspian. El agarre de Kaelen fue como una prensa de hierro incandescente.

La armadura dorada de Caspian en el brazo y el hombro se sobrecalentó instantáneamente. El rey usurpador soltó un alarido tan espantoso, tan visceral y crudo, que incluso los curtidos soldados de Roca Negra que observaban la escena apartaron la mirada. El olor a carne asada, a pelo quemado y a sangre hirviendo inundó el aire, nauseabundo y denso.

Caspian se retorció, suplicando, llorando, mientras la carne de su brazo se carbonizaba bajo el guantelete derretido.

—Esto es por mi Rey —sentenció Kaelen, sin una pizca de piedad en su rostro severo.

Con un movimiento rápido y letal, Kaelen alzó la espada en llamas. No hubo vacilación. No hubo misericordia.

Hundió la hoja de fuego directamente en el estómago de Caspian, atravesando la coraza, la cota de malla, la carne y el hueso.

Caspian se arqueó hacia atrás, los ojos en blanco, la boca abierta en un grito mudo mientras la hoja candente hervía su sangre y cauterizaba sus órganos internos en un instante brutal. El rey usurpador murió casi de inmediato, ahogado en sus propios fluidos hirvientes, sus pulmones colapsados por el calor abrasador.

Kaelen giró la hoja y la retiró con un movimiento seco. El cuerpo inerte y humeante de Caspian cayó de rodillas, para luego desplomarse de bruces en el fango manchado de sangre, convertido en poco más que una cáscara vacía.

Se hizo el silencio.

El viento pareció detenerse. Los pocos soldados enemigos que aún quedaban en pie a lo lejos, al presenciar la grotesca e innegable muerte de su rey, arrojaron sus armas al suelo y cayeron de rodillas, rindiéndose a un terror absoluto.

Kaelen se quedó allí, en medio del barro y la sangre, respirando agitadamente. La espada de fuego seguía en su mano, las llamas

bailando alrededor de su cuerpo.

Sofía observaba desde la distancia. El corazón le latía desbocado y el hedor a carne quemada le revolvía el estómago, pero no apartó la mirada. Sabía lo crudo y brutal que era aquel mundo. Sabía lo que la guerra exigía. Y, sobre todo, sabía lo que aquel momento significaba para Kaelen.

Vio cómo el Lord de Roca Negra cerraba los ojos, alzaba el rostro hacia el cielo plomizo y dejaba escapar un suspiro largo y tembloroso.

Lentamente, las llamas blancas comenzaron a disminuir. El fuego retrocedió desde la hoja de la espada, descendió por sus antebrazos y se extinguió en sus manos. El fulgor dorado desapareció de sus ojos, dejando paso al gris acero de siempre. La bestia no había sido reprimida; simplemente, Kaelen le había enseñado a sentarse y a obedecer. Por primera vez en toda su vida, tenía el control total.

Cuando el fuego desapareció por completo, el agotamiento físico se cobró su peaje. Kaelen soltó la espada, que cayó al barro con un golpe sordo, y sus rodillas flaquearon.

Sofía corrió hacia él antes de que cayera del todo. Sus botas chapotearon en el lodo sangriento. No le importó el barro, ni la sangre, ni el olor. Llegó hasta él y lo sostuvo, pasando sus brazos alrededor de su cintura y apoyando el hombro sano del guerrero en el suyo.

Kaelen se dejó sostener. Su respiración era pesada, áspera, y su cuerpo estaba cubierto de sudor frío, pero cuando la miró, no había ni rastro del tormento antiguo en su rostro. Solo había paz. Una paz exhausta y dolorosa, pero paz al fin y al cabo.

—Ya no hay bestia —murmuró él, apoyando la barbilla ensangrentada en la cabeza de Sofía, envolviéndola con su brazo sano. Su voz temblaba—. Solo yo.

Sofía lo apretó con más fuerza, sintiendo el latido de su corazón contra el de ella. Las lágrimas volvieron a brotar, pero esta vez eran

de alivio absoluto. El miedo, la guerra, la magia oscura, todo había quedado atrás.

—Solo tú —le susurró ella, besando la piel sucia de hollín de su cuello—. El hombre más maravilloso de Valdoria. Mi hombre.

A su alrededor, los capitanes comenzaron a acercarse. Dain envainó su espada, asintiendo con un respeto mudo y absoluto hacia su señor. Jorund se cruzó de brazos, con una sonrisa ladeada y Varn comenzó a dar órdenes para asegurar a los prisioneros y atender a los heridos. Aldric, que había llegado corriendo desde el castillo con vendas y ungüentos, se detuvo en seco al ver la carnicería, pero luego se acercó con pasos decididos, listo para hacer su trabajo.

Un maullido los sacó de su burbuja íntima.

Gato se acercó caminando con esa parsimonia irritante y divina que lo caracterizaba. Esquivó cuidadosamente los charcos de sangre y el cadáver humeante de Caspian con una expresión de refinado asco, hasta sentarse a los pies de la pareja.

Sus ojos amarillos brillaron, y la voz grave del dios resonó en la mente de ambos.

Impresionante, guerrero. Te ha costado casi cuarenta años, pero por fin has aprendido a usar la fragua. Y tú, arquitecta... has renunciado a un mundo por él. Más os vale que esa familia con perros y gatos de la que hablasteis anoche sea una realidad pronto, o me sentiré muy decepcionado.

Sofía soltó una carcajada húmeda, ahogada en el hombro de Kaelen.

—Serás el primero en enterarte, Gato —dijo ella en voz alta—. Y te prometo que nunca nos faltará el atún.

Kaelen sonrió, una sonrisa genuina que le dolió en la mejilla cortada, pero que no quiso borrar. Apoyó su peso en la mujer que lo sostenía, la maga de tierra que había cimentado su alma, y miró hacia su fortaleza. Roca Negra se alzaba orgullosa y firme en la distancia, inexpugnable bajo las nubes grises que comenzaban a romperse, dejando pasar los primeros rayos de un sol pálido.

El rey usurpador estaba muerto. La magia oscura estaba neutralizada en una jaula de piedra eterna. El fuego y la tierra se habían unido, forjando algo que ni el tiempo ni los hombres podrían quebrar jamás.

—Vamos a casa, Sofía —murmuró Kaelen, comenzando a caminar lentamente, apoyado en ella.

—Sí —respondió ella, mirando las murallas que ahora le pertenecían por derecho propio, sintiendo el latido de las piedras saludándola—. Vamos a casa.

CAPÍTULO 30: LA CORONA DE PIEDRA Y FUEGO

El sol de Valdoria, que durante la batalla parecía haber huido espantado por el humo y el terror, se filtraba ahora a través de los ventanales de la torre con una mansedumbre casi insultante. Era una luz dorada, limpia, que ponía de relieve las motas de polvo bailando sobre los planos de arquitectura y los mapas estratégicos que Sofía aún no había tenido fuerzas para guardar.

Había pasado una semana. Siete días que se habían sentido como un siglo.

Sofía suspiró, dejando que su espalda se hundiera contra el respaldo de madera tallada de su silla. Le dolía todo, pero era un dolor distinto; ya no era el desgarro eléctrico de la magia de tierra consumiendo sus nervios, sino el peso sordo del agotamiento acumulado. Sus manos, antes cubiertas de cortes y costras negras, empezaban a sanar, dejando tras de sí finas cicatrices blancas que le recordaban, cada vez que las miraba, que ya no quedaba nada de la arquitecta madrileña que se quejaba de las manchas de café en los planos.

—Si sigues suspirando así, vas a terminar provocando una corriente de aire que nos resfriará a todos —dijo una voz grave desde el rincón de la habitación.

Sofía giró la cabeza y sonrió. Kaelen estaba sentado en un taburete, sin la armadura que lo había acompañado como una segunda piel durante meses. Vestía una túnica sencilla de lino gris y cuero, y tenía el brazo izquierdo aún en cabestrillo, pero el color había vuelto a su rostro. Ya no era "El Carnicero"; era un hombre

que, por primera vez, parecía haber dejado de esperar el próximo golpe del destino.

—No son suspiros de tristeza, Kaelen —respondió ella, estirando los brazos—. Son suspiros de "no puedo creer que no me hayan matado todavía".

—Bueno, técnicamente moriste en tu mundo, así que supongo que ya has cumplido con tu cuota de mortalidad para este siglo —replicó él con una chispa de humor seco que le recordaba a la Sofía de antes.

—Qué gracioso. Deberías dedicarte a la comedia si lo de ser Lord se te da mal.

Kaelen se levantó con un quejido sordo, moviéndose con esa elegancia felina que ni las heridas podían ocultar, y se acercó a ella. Apoyó la mano sana sobre su hombro, apretando con suavidad.

—¿Cómo están las murallas? —preguntó, mirando los planos sobre la mesa.

—Sanando. Igual que nosotros —Sofía señaló una sección del mapa de Roca Negra—. La piedra ha aceptado el refuerzo. No es solo argamasa y sillar, Kaelen. Es como si el castillo supiera que la guerra ha terminado. Las grietas se están sellando solas, y el granito del desfiladero ha vuelto a una estabilidad que no sentía desde hace décadas. La Madre de la Piedra está satisfecha.

—Me alegra que alguien lo esté —murmuró él, aunque sus ojos decían lo mismo—. Porque los nobles que han sobrevivido están empezando a reunirse en el patio. Y no vienen a pedir suministros de invierno.

Sofía se tensó. Lo sabía. Durante la última semana, mientras enterraban a los muertos en el cementerio de la ladera —un ritual amargo y necesario donde el silencio solo se rompía por el llanto de los familiares y el sonido de las palas—, había notado las miradas. No eran miradas de miedo. Eran miradas de asombro. Habían visto a Kaelen arder con el fuego controlado de una deidad; habían visto a Sofía mover montañas y sellar heridas en la tierra misma.

Habían visto la unión de la Piedra y el Fuego, y el vacío que Caspian había dejado al convertirse en ceniza no era algo que los supervivientes quisieran llenar con otro usurpador.

—¿Estás lista? —le preguntó Kaelen, bajando la voz.

—¿Para qué? ¿Para que nos digan que el reino es un caos y que nadie sabe quién debe pagar los impuestos del lúpulo?

—Para lo que viene después de eso.

Sofía se levantó y se alisó el vestido. Ya no llevaba los harapos de la batalla. Lina, con una eficiencia aterradora y los ojos aún hinchados de llorar a los amigos perdidos, le había preparado un traje de lana oscura con brocados de bronce que recordaban a las vetas de la tierra.

—Solo si tú lo estás. No voy a gobernar un montón de rocas si mi socio es un piromaníaco gruñón.

—Eso hiere mi sensibilidad, Sofía —dijo Kaelen, aunque su sonrisa se ensanchó—. Pero acepto las condiciones.

El patio de armas de Roca Negra, que apenas siete días atrás era una carnicería de fango y acero, había sido limpiado con un fervor casi religioso. Las manchas de sangre habían sido lavadas, y aunque las marcas de fuego en el suelo todavía eran visibles, se sentían como cicatrices de honor más que como heridas abiertas.

Cuando Kaelen y Sofía salieron al balcón principal que daba al patio, el silencio cayó sobre la multitud como una losa. No solo estaban los soldados de Roca Negra. Había nobles de las tierras bajas, representantes de las ciudades costeras que habían huido del yugo de Caspian, y el pueblo llano que había encontrado refugio tras las murallas.

Dain, con la cabeza vendada pero la espalda más recta que nunca, dio un paso al frente. A su lado, Jorund y Varn permanecían como estatuas de acero.

—¡Escuchad! —la voz de Dain resonó en el patio, amplificada por las paredes de roca que Sofía controlaba—. El linaje de los

usurpadores se ha extinguido en el fuego. La corona que Caspian robó está fundida en el barro. Pero Valdoria no puede ser un cuerpo sin cabeza, ni una tierra sin alma.

Hubo un murmullo de asentimiento que recorrió a la multitud como una ola.

—Hemos visto a hombres morir por ambición —continuó Dain, señalando hacia el horizonte donde el sol empezaba a descender—. Pero hemos visto a estos dos —señaló hacia arriba, a Kaelen y Sofía — luchar no por un trono, sino por nosotros. Hemos visto a la Piedra sostenernos y al Fuego protegernos. Hemos visto sabiduría donde antes solo había fuerza, y sacrificio donde antes solo había egoísmo.

Un noble de avanzada edad, conocido por su reticencia a cualquier cambio, dio un paso adelante. Se quitó el anillo de sello de su casa y lo alzó.

—No queremos un rey que nos herede como ganado —gritó el viejo—. Queremos a los gobernantes que nosotros elijamos por su valía. ¡Kaelen de Roca Negra! ¡Sofía de la Tierra!

El grito fue unánime. No fue el rugido frenético de una horda sedienta de sangre, sino un clamor profundo, cargado de alivio y esperanza. "¡Los nuevos gobernantes!", "¡La Corona de Piedra!", "¡El Lord de las Cenizas!" “Acero y fuego”.

Sofía sintió un nudo en la garganta. Miró a Kaelen de reojo. Él estaba rígido, sus dedos apretando la barandilla de piedra. No estaba acostumbrado a que lo amaran; estaba acostumbrado a que lo temieran. Pero al ver la cara de los soldados que habían sobrevivido gracias a su fuego, sus hombros se relajaron.

Gato, que había aparecido de la nada para sentarse sobre el pretil del balcón, soltó un maullido que solo Sofía y Kaelen pudieron entender como un mensaje divino.

«Bueno, arquitecta... parece que tu contrato de renovación ha subido de categoría. Ahora te toca reconstruir un país entero. Espero que tengas suficiente cemento.»

Sofía le lanzó una mirada fulminante al felino, que se limitó a lamerse una pata con indiferencia divina.

Kaelen dio un paso al frente y alzó la mano sana. El patio volvió a callar.

—No soy vuestro rey por nacimiento —dijo Kaelen, y su voz no tembló—. Ni Sofía es vuestra reina por herencia de sangre. Valdoria ha sangrado demasiado por las líneas de sucesión y los apellidos antiguos. Si aceptamos este peso, no será para sentarnos en un trono de oro mientras vosotros pasáis hambre. Será para que Roca Negra sea el cimiento, y el fuego sea la luz que nos guíe en el invierno que viene.

Kaelen miró a Sofía y, rompiendo todo protocolo, le tendió la mano. Ella la tomó. Sus dedos se entrelazaron: la piel curtida del guerrero y la mano de la mujer que había aprendido a leer la memoria de las montañas.

—Gobernaremos juntos —continuó Kaelen, mirando de nuevo a su pueblo—. Como el fuego y la piedra. Como la forja y el yunque.

—Y que nadie piense —añadió Sofía, encontrando su propia voz, una voz que ahora tenía la firmeza del granito— que vamos a permitir que se levanten muros de injusticia. He reconstruido este castillo, y os juro que reconstruiremos este reino desde sus cimientos. No por la fuerza de las armas, sino por la fuerza de nuestra unión.

El grito que siguió fue ensordecedor. Las espadas chocaron contra los escudos, las manos aplaudieron hasta el agotamiento y el nombre de ambos se convirtió en un solo mantra que recorrió el desfiladero y llegó hasta las montañas más altas.

Horas después, cuando la celebración comenzaba a calmarse y las hogueras del patio empezaban a consumirse, Sofía y Kaelen se encontraban de nuevo en el despacho de la torre. El silencio era reconfortante.

Aldric había subido una bandeja con pan recién horneado, queso de montaña y un vino especiado que olía a gloria. El cocinero se

había retirado con una reverencia tan exagerada que casi se golpea la cabeza con la puerta, murmurando algo sobre "su majestad la despertadora".

—"Su majestad la despertadora" —repitió Sofía, soltando una risotada mientras se servía una copa de vino—. Creo que voy a tardar en acostumbrarme a eso.

—Podría ser peor —dijo Kaelen, sentándose frente a ella y cogiendo un trozo de queso—. A mí me llaman "El Rey de las Brasas" en los barracones. Suena a que voy a cocinar a alguien en cualquier momento.

—Bueno, técnicamente cocinaste a Caspian. No puedes culparles por la falta de imaginación poética.

Se quedaron en silencio un momento, disfrutando de la comida y de la presencia del otro. El peso de la responsabilidad era enorme, pero ya no se sentía como una condena.

—Sofía —dijo Kaelen, dejando el vaso sobre la mesa. Su tono se había vuelto serio—. Has renunciado a todo por esto. Por mí. Por este mundo de barro y guerra.

Sofía dejó su copa y le miró a los ojos. Ya no sentía el vacío de la conexión rota con Madrid. O al menos, ya no le dolía. El recuerdo de su vida anterior era como un libro que había leído hace mucho tiempo: apreciaba la historia, pero ya no era su protagonista.

—No he renunciado a nada que valiera más que lo que tengo aquí —respondió ella con suavidad—. Mi mundo antiguo era seguro, Kaelen. Era predecible. Pero aquí... aquí las piedras me hablan. Aquí he visto a un hombre enfrentarse a sus demonios para salvar a su gente. Y aquí, por primera vez en mi vida, siento que estoy construyendo algo que realmente importa.

Kaelen se levantó, rodeó la mesa y se arrodilló frente a su silla. No fue un acto de sumisión, sino de devoción. Tomó su mano y la besó en el dorso, justo sobre una de las cicatrices nuevas.

—Te prometo —susurró— que Valdoria será el mundo que tú sueñes. Y que yo seré el brazo que defienda cada piedra que

pongas.

Sofía le acarició la mejilla, trazando con el pulgar la línea de su mandíbula.

—Más te vale, Rey de las Brasas. Porque si el reino sale mal, te culparé a ti en todas las cenas oficiales.

Él sonrió y la atrajo hacia sí en un abrazo largo y cálido. Fuera, en la oscuridad de la noche, las piedras de Roca Negra vibraban con una melodía suave, un ronroneo profundo que se extendía por todas las colinas de Valdoria. El precio del poder había sido alto, pero por primera vez en siglos, el futuro no estaba escrito en sangre, sino grabado en la piedra y templado por el fuego.

Y sobre el alféizar de la ventana, un gato negro de ojos amarillos observaba la luna, preguntándose si en el nuevo palacio habría mejores cortinas para trepar.

EPÍLOGO 1:

Un Hogar en Dos Mundos

Un año es tiempo suficiente para que la piedra se asiente, para que las cicatrices se vuelvan líneas de orgullo y para que un reino aprenda que su reina no solo tiene el poder de mover montañas, sino también la extraña manía de exigir que las calles tengan un sistema de alcantarillado decente.

Sofía estaba inclinada sobre una mesa de dibujo de tres metros de largo, situada en la nueva logia de la torre más alta de Roca Negra. El viento soplaba suave, trayendo el aroma de los pinos y, ocasionalmente, el olor a estiércol de caballo que todavía no lograba erradicar del todo, a pesar de sus innovadores planos de zonificación urbana.

—Si vuelvo a ver una viga de carga que no cumple con el coeficiente de seguridad, juro por la Madre de la Piedra que hundiré los cimientos —murmuró Sofía, ajustando su regla de bronce.

—Majestad, con todo el respeto, el jefe de obra dice que "el refuerzo de acero" es brujería —dijo Aldric, que ahora ostentaba el pomposo título de *Sumiller Real y Catador Oficial de Curiosidades de la Reina*, aunque básicamente seguía siendo el mismo hombre nervioso que le llevaba el té.

—Dile que si no pone el "refuerzo de brujería", la próxima vez que el Rey estornude y vibre el castillo, su casa será la primera en convertirse en grava —respondió ella sin levantar la vista.

Aldric hizo una reverencia y salió casi corriendo. Sofía suspiró y se llevó una mano al vientre, donde una curva ya notable dictaba el ritmo de sus días. Su hijo o hija sería la mezcla perfecta: un ser de tierra y fuego que probablemente tendría la mala costumbre de calentar la leche del biberón con la mirada.

Roca Negra ya no era la fortaleza lúgubre y defensiva de antaño. Bajo la dirección de Sofía, se había transformado en la sede del trono, le gustara a la aristocracia de la capital o no. Los nobles habían protestado, alegando que la capital "tradicional" estaba en el sur, donde el clima era más amable y los suelos de mármol no estaban tan fríos. Sofía les había respondido levantando un ala entera de invitados hecha de granito pulido y cristal volcánico, con un sistema de calefacción radiante que pasaba por debajo de los suelos, alimentado por el calor natural de las venas profundas de la montaña.

Básicamente, les había comprado con "suelo radiante". Nadie quería volver al sur una vez que experimentabas lo que era caminar descalzo en invierno sin que se te congelaran los dedos de los pies.

Ahora, el castillo lucía una estética que cualquier arquitecto de Madrid calificaría como "brutalismo orgánico con toques góticos". Había grandes ventanales de vidrio soplado que antes habrían sido puntos débiles en un asedio, pero que ahora estaban protegidos por una malla de hierro valdorio casi invisible. La capital había crecido a los pies del desfiladero, con calles dispuestas en una cuadrícula eficiente que habría hecho llorar de alegría a un urbanista del siglo XXI.

—¿Sigues intentando convencer a la piedra de que se convierta en hormigón? —La voz de Kaelen, profunda y vibrante, llegó desde la entrada.

Sofía sonrió antes de verlo. Kaelen entró en la estancia, y aunque ahora llevaba una túnica de seda negra y brocados de plata que le daban un aire regio indiscutible, seguía teniendo esa presencia imponente de lobo alfa. Se había dejado la barba un poco más larga, y las cicatrices de su rostro parecían haberse suavizado con la paz, aunque sus ojos grises mantenían ese brillo volcánico que a Sofía todavía le hacía flaquear las rodillas.

—Estoy intentando que el gran consejo entienda el concepto de "acera" —dijo ella mientras él se acercaba—. Creen que es un espacio desperdiciado donde podrían poner puestos de coles.

Kaelen llegó a su altura y, sin decir palabra, la rodeó por la espalda. Sus manos, grandes y cálidas, se posaron con una ternura infinita sobre el vientre de Sofía. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro, inhalando el olor que siempre la anclaba a este mundo: cuero, sándalo y ese toque sutil a humo de leña que nunca abandonaba la piel de Kaelen.

—Déjalos que coman coles —murmuró él al oído de ella—. Mañana les daremos una lección sobre "flujo peatonal", pero ahora, el sol se está poniendo. Y me han dicho que mi Reina ha estado trabajando desde el alba.

—Tengo un reino que modernizar, Kaelen. Alguien tiene que pensar en los puentes.

—Los puentes pueden esperar. El Rey, sin embargo, es un hombre muy impaciente.

Kaelen la giró con suavidad para que quedara frente a él. La luz del atardecer, un estallido de naranjas, violetas y ocres, entró por los ventanales, bañándolos en un resplandor celestial. Sofía miró hacia el exterior, hacia las torres de Roca Negra que se alzaban como guardianes eternos, y hacia la ciudad que bullía de vida abajo.

Ya no recordaba el ruido de la M-30. Ya no echaba de menos la luz fluorescente de su oficina en Malasaña. Su hogar no eran cuatro paredes en un mundo de asfalto; su hogar era este hombre, este castillo que respiraba con ella y la vida que crecía en su interior.

—A veces me olvido de que vine de otro sitio —susurró ella, acariciando la solapa de la túnica de Kaelen.

—No viniste de otro sitio, Sofía —dijo él, inclinándose para que sus frentes se tocaran—. Simplemente tardaste un poco más en llegar a casa.

Kaelen la tomó por la nuca, sus dedos enredándose en su cabello, y la besó.

Fue un beso que sabía a victoria y a promesa cumplida. No hubo la urgencia desesperada de los días de guerra, sino una profundidad pausada, una exploración de dos almas que ya se conocían todos los

rincones. Empezó con la suavidad de un pétalo de rosa rozando el agua, pero pronto se intensificó, convirtiéndose en algo más denso y cálido, como el metal fundiéndose en la fragua. Kaelen la besó con una devoción casi sagrada, como si en cada roce de labios estuviera dándole las gracias por haberse quedado, por haber elegido la piedra y el fuego por encima de las estrellas de su cielo original.

Sofía se aferró a sus hombros, respondiendo con la misma intensidad, sintiendo cómo el calor de Kaelen se filtraba en su pecho, ahuyentando cualquier rastro de duda. Fue un beso largo, profundo, de esos que hacen que el tiempo se detenga y que el resto del mundo —los ministros pesados, las coles y los planos de alcantarillado— desaparezca por completo.

Cuando finalmente se separaron, a escasos milímetros, ambos respiraban con dificultad. Kaelen le dio un pequeño beso en la punta de la nariz, rompiendo la solemnidad del momento.

—Por cierto —dijo él con una sonrisa pícara—, Gato ha vuelto a tirar el jarrón de la dinastía antigua en el salón del trono.

Sofía soltó una carcajada, apoyando la frente en el pecho de Kaelen.

—Ese bicho no es un dios, es un terrorista doméstico.

—Sea lo que sea, es *nuestro* terrorista doméstico.

Se quedaron allí, abrazados, viendo cómo el sol se hundía tras las montañas de Valdoria, uniendo sus sombras en una sola sobre los planos de un futuro que, por primera vez, era totalmente suyo. Sofía sonrió, cerrando los ojos. El viaje había sido largo, el precio había sido alto, pero al final del camino, había encontrado algo mucho mejor que un destino: había encontrado su lugar en el mundo.

EPÍLOGO II: EL ECO DE LA ESPUMA

El vacío no era negro. Era de un color blanco cegador, una nada absoluta donde el tiempo no corría, sino que se deshacía como sal en el agua.

Allí, en el centro de ese no-lugar, flotaba una figura. Era joven, de facciones delicadas y cabellos que parecían hilos de seda pálida. No era Sofía. Era la verdadera Elara, el alma original que había habitado Roca Negra antes de que el destino intercambiara su esencia por la de una mujer de otro mundo.

Elara parpadeó, sintiendo que su conciencia regresaba en oleadas lentas. Frente a ella, la luz comenzó a condensarse hasta formar la silueta de una mujer inmensa, cuya piel tenía la textura de la corteza de los árboles y cuyos ojos eran dos geodas brillantes de amatista.

—Has descansado mucho, pequeña semilla —dijo la Madre Tierra. Su voz no era un sonido, sino una vibración que resonaba en el pecho de Elara—. Tu lugar en Valdoria fue ocupado, y el equilibrio ha sido restaurado por manos extranjeras. Pero tu viaje no terminó en aquel lecho de enferma.

Elara intentó hablar, pero su voz era un susurro de viento.

—¿A dónde... a dónde voy? ¿Es este el final?

La Madre Tierra sonrió, y en su sonrisa se vio el nacimiento de mil primaveras.

—Para el ciclo de la vida, no existen finales, solo mudanzas. Sofía necesitaba la tierra, pero tú... tú siempre tuviste un alma líquida, Elara. Demasiado fluida para las montañas de granito.

La entidad extendió una mano hecha de raíces y acarició la mejilla de la joven. De pronto, el espacio blanco comenzó a agrietarse. Un rugido lejano, profundo y rítmico, empezó a inundarlo todo. El olor a salitre, a coral y a profundidades abisales sustituyó el vacío.

—Te envío a un reino donde la piedra no manda, donde el fuego se apaga y solo reina el azul —sentenció la Madre—. Allí donde las leyendas no caminan, sino que nadan.

Con un movimiento grácil pero imparable, la Madre Tierra empujó a Elara. La joven sintió que caía al vacío, pero ya no era un vacío blanco. El cielo sobre ella era de un azul violáceo, cargado de estrellas que nunca había visto en Valdoria. Abajo, una inmensidad oscura y rugiente la esperaba.

Elara cayó al mar.

El impacto del agua fría le arrebató el aliento. Se hundió en la oscuridad líquida, sintiendo cómo el peso de su vestido la arrastraba hacia el abismo. El pánico la invadió; sus pulmones ardían, su vista se nublaba. El mundo de la superficie se alejaba, convirtiéndose en un reflejo distorsionado y plateado.

Justo cuando la luz de su conciencia empezaba a apagarse, algo se movió en las sombras abisales.

Una estela de luminiscencia azul cruzó el agua con una velocidad sobrenatural. No era un pez. Era algo mucho más grande, más poderoso. Una mano poderosa, de dedos largos y membranas casi invisibles, rodeó la cintura de Elara.

Ella abrió los ojos por última vez antes de desmayarse. Lo que vio fue un torso humano, fuerte y cobrizo, que terminaba en una cola inmensa de escamas irisadas que golpeaba el agua con la fuerza de una tormenta. Unos ojos de color turquesa eléctrico la observaron con curiosidad milenaria, y una melena oscura flotó alrededor de ellos como algas en la corriente.

El tritón la estrechó contra su pecho y, con un impulso violento, comenzó a ascender hacia la superficie de un mundo nuevo.

CONTINUARÁ…

¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?



Espero que hayas disfrutado de la lectura y la novela.

¿Te ha gustado? Por favor deja un comentario o reseña donde la hayas adquirido. Para mí es muy importante, ayuda a mejorar y hace más fácil este trabajo.

También muchos lectores podrán hacerse una idea de la novela que encontrarán gracias a vuestras palabras. Cinco minutos de tu tiempo que marcarán la diferencia.

Y si deseas hablar conmigo estaré encantada de atenderte en mis redes sociales.

Gracias.

Búscame por redes sociales si deseas hablar conmigo y darme tu impresión.

BÚSCAME

Facebook: https://www.facebook.com/Tania.Lighling

Fan Page: https://www.facebook.com/LighlingTucker/

Instagram: @lighling.tucker.tania

OTROS TÍTULOS

Saga Devoradores de Pecados:

—No te enamores del Devorador.
—No te apiades del Devorador.
—No huyas del Alpha.
—No destruyes al Devorador.
—No confíes en el Devorador.
—No hables con el Devorador.
—No beses al Devorador.
—No temes al Devorador.
—No soy un Devorador.

Más títulos como **Lighling Tucker**:

—La última carta de papá Noel.
—Un alfa a tus pies.
—Demonio de lujuria y caos.
—Hostal Dreamers.
—Acordes de fuego.
—Sin compasión.
—Conquístame si puedes.
—No soy tu rosa ni tu tulipán.
—Eternos.
—Huyendo de Mister Lunes.

—Las catástrofes de Alicia.
—Los encuentros de Cristina.
—Navidad y lo que surja.
—Se busca duende a tiempo parcial.
—Todo ocurrió por culpa de Halloween.
—Cierra los ojos y pide un deseo.
—Alentadora Traición.
—La ayudante de Cupido.

Como **Tania Castaño**:

—Redención.
—Renacer.
—Recordar.

ESQUEMA DE PERSONAJES (ACTUALIZADO)

PERSONAJES PRINCIPALES

| Personaje | Identidad real | Puesto / Cargo | Edad | Descripción / Rol en la historia |

|----------|---------------|---------------|-----|----------------------------------|

| **Sofía Navarro** | Arquitecta española del siglo XXI | Transmigrada en el cuerpo de Lady Elara | 32 años | Protagonista. Especialista en restauración de patrimonio. Tras morir en un terremoto en Madrid, despierta en el cuerpo de una lady en otro mundo. Tiene poderes latentes de magia de tierra (puede sentir la memoria de la piedra). Aporta conocimientos modernos de arquitectura, ingeniería y sentido del humor. |

| **Kaelen** | Lord de la Frontera | Señor de Roca Negra / "El Carnicero de las Montañas Negras" | 36 años | Interés romántico. Guerrero, severo, con cicatrices y fama de temible. En realidad esconde un poder de fuego inestable que no controla del todo. Vive aislado emocionalmente. Descubrirá en Sofía a una aliada y algo más. |

PERSONAJES SECUNDARIOS (ALIADOS)

| Personaje | Puesto / Cargo | Edad | Descripción / Rol en la historia |

|----------|---------------|------|---------------------------------|

| **Lina** | Doncella personal de Lady Elara | 20 años | La primera persona que Sofía conoce en este mundo. Joven, parlanchina, leal. Hija de un cantero fallecido, por lo que entiende más de construcción de lo que parece. Se convierte en la confidente y aliada más cercana de Sofía. |

| **Maestro Thurmond** | Bibliotecario / Sabio / Sanador | Anciano (70+) | Viejo sabio del castillo. Intuye inmediatamente que Sofía no es la auténtica Elara. Conoce la historia de la magia elemental y los secretos del castillo. Protegerá el secreto de Sofía y la guiará en el desarrollo de sus poderes. |

| **Borin** | Cantero jefe | 60+ | Viejo cantero con cuarenta años de experiencia. Inicialmente escéptico con Sofía, pero se convierte en su aliado cuando descubre que realmente sabe de construcción. Tiene sentido del humor y aprecia el talento donde lo ve. |

| **Varn** | Capitán de la guardia nocturna | 25 años | Joven capitán, leal a Kaelen. Será de los primeros soldados en aceptar a Sofía. |

CAPITANES DE KAELEN

| Personaje | Puesto / Cargo | Edad | Descripción / Rol en la historia |

|----------|---------------|------|---------------------------------|

| **Dain** | Segundo al mando y mano derecha de Kaelen (pelirrojo con cicatriz en la ceja) | 40+ | Escéptico, machista, refunfuñón. Cuestiona constantemente la presencia de Sofía en el consejo de guerra. Pero es leal a Kaelen y, a regañadientes, aceptará las órdenes. |

| **Jorund** | soldado (gigante calvo con barba trenzada) | 45+ | Hombre de pocas palabras, pero respeta la eficacia. Cuando Sofía demuestra saber de lo que habla, se convierte en un aliado silencioso. |

| **El joven nervioso** | soldado (nombre por definir, Aldric) | 28-30 | El más joven de los capitanes. Se ríe con los comentarios de Sofía y la ve con buenos ojos desde el principio. |

PERSONAJES ANTAGÓNICOS

| Personaje | Puesto / Cargo | Edad | Descripción / Rol en la historia |

|----------|---------------|------|---------------------------------|

| **Lord Caspian** | Hermano del rey fallecido / Usurpador | 45+ | Antagonista principal. Codicia el trono y ve a Kaelen como el único obstáculo militar. Declarará la guerra a Roca Negra. |

| **Lady Seraphine** | Noble de la corte / Maga oscura | 35-40 | Antagonista secundaria, PRIMA de Caspian. Manipuladora, peligrosa, parece saber más de Sofía de lo que debería. Intentará desenmascararla y destruirla. |

PERSONAJES MENCIONADOS (FALLECIDOS/ANTERIORES)

| Personaje | Puesto / Cargo | Edad (al morir) | Descripción / Rol en la historia |

|----------|---------------|----------------|---------------------------------|

| **Lady Elara original** | Hija del conde de Monteverde | 20-22 (aprox) | La auténtica esposa de Kaelen. Murió al caer del caballo,

dejando su cuerpo vacío para que Sofía lo ocupara. Era tímida, lloraba a escondidas y le tenía miedo a Kaelen. |

| **Conde de Monteverde** | Padre de Elara | 50+ | Concertó el matrimonio por intereses políticos. Mencionado, no aparece. |

| **Abuelo de Kaelen** | Anterior señor de Roca Negra | - | Construyó la torre sobre las antiguas mazmorras. Mencionado. |

| **Madre de Kaelen** | Fallecida | - | Murió hace veinte años (cuando Kaelen tenía 16). Sus habitaciones son ahora las de Sofía. |

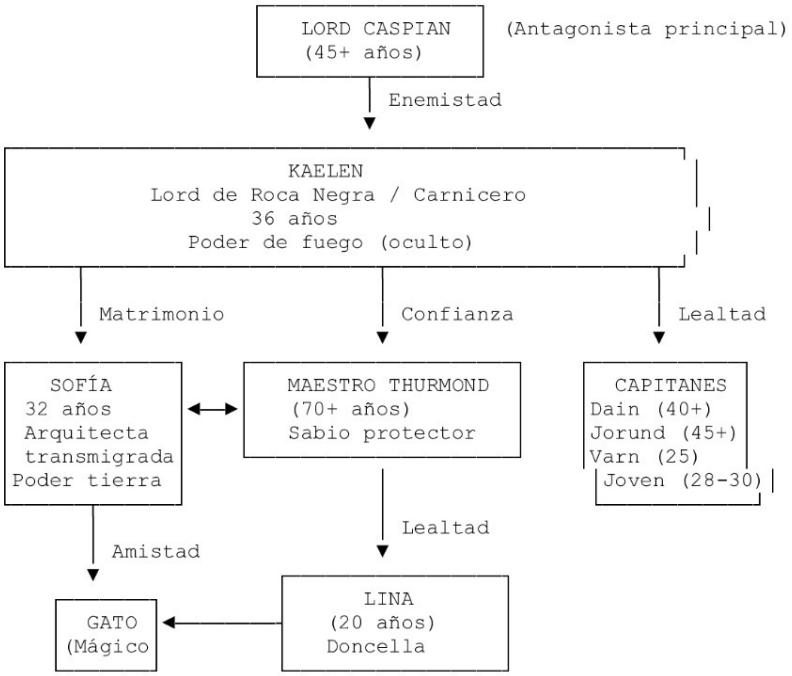
PERSONAJES NO HUMANOS / MISTERIOSOS

| Personaje | Puesto / Cargo | Edad | Descripción / Rol en la historia |

|----------|---------------|------|----------------------------------|

| **Gato (Gato)** | Gato negro enorme | Indeterminada | Aparece y desaparece a voluntad. Parece tener inteligencia y propósito. Lleva a Sofía a descubrimientos clave (los símbolos). Se encariña con ella y también con Kaelen. Posiblemente relacionado con la magia antigua del castillo. |

| **La Piedra / Los Símbolos** | Entidad/magia antigua | Mil años | No es un personaje como tal, pero tiene "voz" a través de las visiones de Sofía. Los símbolos de las mazmorras hablan de "la que viene de fuera", "la que despierta", "la que esperamos". |



| Personaje | Arco narrativo |

|----------|---------------|
| **Sofía (32)** | |
| **Kaelen (36)** |
| **Lina (20)** |
| **Thurmond (70+)** |
| **Gato** |
